

NOE CASADO

EDICIÓN LIMITADA

UNA
COMEDIA
ERÓTICA MUY
GAMBERRA



se

Lectulandia

La paciencia es una de las grandes virtudes que sin duda no puede incluirse entre las de Axel. Treintañero, empresario con taller mecánico propio y poco o nada dado a perder el tiempo. Por encima de todo, a quienes no soporta es a las mujeres desesperadas. Pero como reza el dicho: nunca digas de esta agua no beberé...

Visión de futuro. Esa es la gran idea que nos meten en la cabeza, pero que de ningún modo puede aplicarse a la vida de Portia. Dos divorcios, varios amantes, una amenaza de bancarrota y un hermano cansado de sufragar gastos la condenan a un puesto de trabajo con un salario mínimo y que como mucho le da acceso a ropa de fabricación masiva. Y para rizar el rizo, en un ambiente hostil...

¿Encontrarán Axel y Portia algún punto en común a pesar de pertenecer a mundos tan opuestos?

Lectulandia

Noe Casado

Edición limitada

ePub r1.0

NoTanMalo 24.10.17

Título original: *Edición limitada*

Noe Casado, 2017

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicada a J. No fue el primero, pero sí quien me mostró
la diferencia

Capítulo 1

—¡Levantemos las copas y brindemos por la feliz pareja!

Axel puso los ojos en blanco y disimuló su hastío, porque era la cuarta vez en una hora que oía esa frase y, la verdad, esperaba que en un ambiente tan selecto esas cosas no pasaran. Sin embargo, allí estaba, en el carísimo salón de un rimbombante hotel con tres nombres, observando cómo su hermana le sonreía a todo el mundo y aceptaba las enhorabuenas de los invitados. Vestida con un elegante traje azul, poco o nada parecido a un vestido de novia, y mostrando orgullosa su barriga de casi siete meses, se paseaba del brazo de su reciente y estirado marido, que por cierto a él seguía sin caerle demasiado bien, pero como ella lo había elegido, pues ajo y agua, no quedaba otra.

Tampoco le cuadraba que gente como su flamante cuñado organizara una boda con tan pocos invitados, pues allí no debía de haber más de cincuenta personas. Algo raro, porque un tipo como él debería haber montado un bodorrio de esos multitudinarios en los que no conoces a nadie. Pero no, el marido de Astrid había preferido una recepción discreta, igual que el enlace celebrado en el juzgado.

Axel cogió otra copa de champán y se paseó por la sala hasta llegar a donde estaba su hermana; aún no había podido felicitarla como era debido y de paso abrazarla. Todavía no estaba convencido de que el banquero fuera el marido idóneo para ella, pero de momento se limitaría a vigilarlo; luego, si Owen se desviaba aunque fuera un milímetro de lo prometido, le podría partir los dientes.

—¿Te diviertes? —le preguntó Astrid al verlo a su lado.

—Mucho —contestó él y se esforzó por resultar creíble.

—¡Qué mal mientes! —Ella se rio, dándole un empujoncito fraternal—. Y deja de toquetearte la corbata, estás guapísimo.

Le apartó la mano y le arregló el nudo, que se había dejado hecho un asco de tanto sobarlo.

—Divino de la muerte —rezongó Axel, porque lo de ir con traje y corbata no era para él. Su atuendo habitual eran los vaqueros, las camisetas y, como mucho, alguna camisa (lisa, por supuesto) si había quedado con alguna chica a la que no solo quisiera follarse, porque si el único objetivo era llevársela a la cama, ni se molestaba.

—Alegra un poco esa cara, anda. Antes de que mamá se preocupe —le pidió Astrid, señalando a la madre de ambos, Analie, que en ese instante charlaba toda sonriente con su consuegra.

Axel se esforzó, realmente lo intentó, pero su sonrisa se veía a la legua que era más falsa que un billete de tres euros.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó el novio, rodeando la cintura de ella y mirando a su cuñado con recelo.

—De puta madre —respondió Axel, consciente de que estaba fuera de lugar hablar en esos términos, pero se sentía agobiado en aquel ambiente.

—Excelente —murmuró Owen con su habitual tono serio, que suavizó cuando Astrid le dio un beso rápido en los labios.

—Voy a perderme por ahí —dijo Axel ante tanto despliegue de azúcar.

La situación lo superaba y no entendía por qué, pues nadie lo molestaba o hacía comentarios impropios.

Con la copa en la mano, aunque hubiera preferido una buena cerveza, deambuló por el salón observando a la concurrencia.

Poca gente, pero muy bien vestida. Allí podía verse un catálogo completo de alta costura. Se fijó en una morena con un vestido verde esmeralda. ¿Cómo podía ponérselo? Iba tan apretada como las tuercas de un submarino. Y aquel trapito debía de costar un fortunón, así que no entendía por qué no le habían puesto más tela. Joder, como se sentara, la pobre iba a tener un corte de digestión o a reventar las costuras, no lo tenía muy claro.

Axel no sabía muy bien cómo catalogar a su recién estrenado cuñado, pues entre ambos siempre había habido tensión, debido en gran parte a la prepotencia de Owen y a la poca tolerancia de él con los tipos adinerados; no obstante, reconoció para sí que con su hermana era un hombre distinto.

Observó a la pareja bailar acaramelados, como cualquier pareja de recién casados, y puso cara de circunstancias; solo esperaba no acabar así por una mujer. Aquella canción que sonaba, *Toi et moi* de Aznavour, debía de significar algo muy especial para ellos, pues aparte de bailar como solo dos enamorados pueden hacerlo, ambos movían los labios, cantando cada estrofa de la canción.

Distraído, se fue acercando a las puertas que daban al exterior. Anochecía y, a pesar de que no hacía buen tiempo, prefería pasar un rato a la intemperie, de esa forma no tendría que mantener la compostura y podría aflojarse la jodida corbata.

Cosa que hizo nada más poner un pie en la terraza. Descendió los cuatro escalones y por fin pudo respirar. Un bonito y cuidado jardín, poca luz y una carpa para los invitados. Se quedaría un rato a solas y después volvería a meterse en el papel de hermano de la novia, porque por Astrid cualquier esfuerzo merecía la pena.

Se apoyó en la balaustrada de piedra y se quedó allí relajado, pensando en que al cabo de tres días podría estar de nuevo en su taller. Solo se le cruzó un mal pensamiento: que el nuevo mecánico que había contratado no la pifiara en su ausencia. Porque Elías le ponía voluntad, pero a veces metía bien la pata.

Respiró hondo, agradeciendo el olor típico a jardín recién regado, aunque de repente torció el gesto, pues le llegó un tufillo nada común en un jardín tan exuberante, tan moderno y tan cuidado. Lo conocía a la perfección.

A Axel le traía sin cuidado que algún invitado saliera a fumarse un porrito, pero eso significaba, entre otras cosas, que no estaba tan solo como creía.

Se movió por inercia y localizó el punto exacto de donde procedía el olor.

—¿Quieres? —le preguntó una rubia y él negó con la cabeza.

Ya no tenía edad para esas cosas.

—No, gracias. Todo para ti —respondió, intentando no sonar muy desagradable, pues sus habilidades sociales se habían quedado en casa. En realidad, en pocas ocasiones hacía gala de ellas y tanto formalismo lo abrumaba.

La chica se encogió de hombros y Axel pensó que debía de ir bien cargadita de copas y otras cosas, porque con aquel vestidito metalizado tenía que estar muerta de frío. También pensó que podía dar muestras de caballerosidad y ofrecerle su americana, pero, qué carajo, él vivía en la Costa Cálida y no estaba acostumbrado a aquel clima tan húmedo.

La joven dio una calada a su cigarrito «con aliño» como si le fuera la vida en ello y él se volvió, dispuesto a dejarla a solas con sus vicios.

—Toma, llévate esto dentro —le dijo ella, interrumpiendo su retirada.

—¿Cómo dices?

La chica le entregó una botella vacía de champán, tratándolo como si fuera el jodido camarero. Aunque tampoco le extrañaba, pues con aquel traje podía pasar por uno de ellos.

Axel cogió la botella vacía, porque no le costaba nada llevársela, y entonces vio estupefacto que la rubia, con el porro en los labios, estaba descorchando otra botella con una habilidad asombrosa, sujetándola entre sus muslos desnudos, para después acabar bebiendo a morro.

Cualquier rastro de *glamour* quedó en el acto por los suelos ante aquella estampa. El vestido de lentejuelas y las sandalias de tacón plateadas debían de costar un ojo de la cara, eso seguro; sin embargo, se comportaba como una cualquiera.

—Anda, echa un trago, que parece que lo necesitas más que yo —dijo ella, pasándole la botella y mirándolo con los ojos achinados, mientras volvía a darle una calada al canuto con verdadera ansia.

—¿No tendrás por ahí una cerveza bien fría? —preguntó él, porque estaba hasta los mismísimos de las burbujas, los cócteles pijos y las bebidas sofisticadas.

—Aquí no, pero... —La joven se detuvo y esta vez prestó más atención a su inesperado visitante que a su porro. Lo miró de arriba abajo y después añadió—: Seguro que en el minibar de mi *suite* habrá alguna.

Axel arqueó una ceja. Aquello era una invitación y lo demás, tonterías.

Miró el reloj y torció el gesto.

—Me temo que no hay tiempo —comentó, entre el pesar por tener que rechazarla y cierto alivio, pues no estaba muy seguro de si follarse a una desconocida en la boda de su hermana era de recibo.

La rubia se puso en pie y él reconsideró en el acto su respuesta, ya que decir que era impresionante era quedarse muy corto. Puede que los tacones hicieran parecer más alta a cualquier mujer, pero aquella podía prescindir con facilidad de ellos para quedar a su altura. Lo único que no le gustó del conjunto fue su delantera, pues saltaba a la vista que era sintética. Nadie podía lucir un canalillo así estando tan delgada, por mucho Wonderbra que inventasen (sí, conocía la existencia de la prenda,

porque su hermana le dio por saco para que le comprara uno como regalo de cumpleaños cuando salió a la venta, a lo que él se opuso por razones obvias, aunque aprendió una valiosa lección de lencería femenina), pensó, sin perderse un detalle del cuerpazo de la rubia.

Ella, para incitarlo, convencerlo o porque tenía sed, bebió otro trago a morro de la botella de champán y dejó que unas gotitas resbalasen por su barbilla hasta llegar al canalillo de proporciones considerables.

—De acuerdo —aceptó Axel, y ella sonrió antes de agacharse, mostrarle un apetecible culo y agarrar un minibolso a juego con el vestido, del que sacó una tarjeta magnética que movió con picardía.

Él pensó que se la restregaría entre las tetas, pero no, no hubo suerte.

Para evitar al resto de los invitados y que les hicieran preguntas que no iban a poder responder, rodearon el edificio por los jardines hasta llegar a la entrada principal, de forma que pudieron acceder a los ascensores sin que nadie los viera.

—¿De la parte del novio o de la novia? —inquirió ella tras pulsar el botón de la quinta planta y recostarse en el fondo de la cabina en una postura forzada aunque sugerente.

—¿Importa? —respondió Axel, dando un paso pero sin tocarla todavía.

—Supongo que de la novia, porque a la familia de Owen los conozco desde que era niña —dedujo la joven, humedeciéndose los labios, un gesto claro de invitación a continuar.

La campanilla del ascensor detuvo cualquier acercamiento que pudiera considerarse como preliminares, así que sin perder un segundo salió tras ella, más que nada porque no tenía ni pajolera idea del número de habitación y luego porque, joder, qué culo. En movimiento había que observarlo a placer.

La rubia se detuvo junto a la puerta quinientos trece e insertó la tarjeta. Para ir supuestamente alegre debido al alcohol, acertó a la primera. Después se apartó y le hizo un gesto con la mano para que pasara primero. Axel no iba a andarse con chiquitas y entró sin siquiera parpadear.

Ella cerró tras de sí y lo miró. Había tenido buen ojo a pesar de la penumbra del jardín. Al encender la luz sonrió. Alto, moreno, buen cuerpo, nada escuchimizado como los últimos amantes con los que por desgracia se había tenido que conformar. Mirada desconfiada, acento español, pero rasgos que no cuadraban. Y si era un invitado de la novia...

«¿Y qué más da? —pensó—. Solo me lo quiero tirar para que la boda resulte un poco más interesante».

—Creo que lo que voy a decir está fuera de lugar, pero... el tiempo apremia —murmuró él, cruzándose de brazos.

—Yo contaba con tener unos preliminares más intensos en el ascensor, no te lo voy a negar —susurró ella, acercándose.

Axel miró el reloj e hizo una mueca.

—Nos quedan veinte minutos aproximadamente hasta esa estúpida costumbre que tenéis aquí de los discursos.

Ella arqueó una ceja ante sus palabras.

—Solo diecinueve. —Dio un paso más. Solo tenía que estirar el brazo y podría tocarlo—. No tienes pinta de casado, ¿cómo es que controlas tanto esto de las bodas?

—Tuve una novia fanática de Hugh Grant y me hizo ver al menos diez veces *Cuatro bodas y un funeral* —respondió, y ella se echó a reír.

Lo agarró de la corbata y dio un elocuente tirón, a lo que Axel reaccionó mirando el reloj una vez más antes de ponerle la mano en el culo y atraerla hacia sí. La joven ronroneó y a él no le quedó más remedio que olvidarse de la cervecita fresca y besarla.

La rubia respondió con más énfasis del que esperaba y todo se precipitó. Abandonó su boca y de reojo localizó la cama mientras ella le desabrochaba el cinturón. Jadeó cuando sintió su mano dentro de los pantalones, algo que agradeció, pues siempre apreciaba que una mujer no titubease y fuera directa al grano.

Llegaron a la cama a trompicones y Axel la empujó hasta hacerla caer encima y volver a besarla. Y no solo en la boca, sino también en el escote. Para lograrlo, apartó los finos tirantes del vestido y sonrió al no encontrar ni rastro de sujetador al que enfrentarse. No era muy aficionado a la cirugía estética, pero antes de atrapar un pezón se le pasó por la cabeza que aquello era un trabajo bien hecho.

Mientras torturaba aquel pezón, ya muy tieso, notó cómo ella le bajaba el pantalón y los bóxers por debajo del culo, liberándolo de ese modo para que estuviera listo.

—Espera un segundo —gimió, separándose para alcanzar su bolso y sacar un preservativo, que Axel le arrancó de las manos.

Tuvo que apartarse para realizar la maniobra pertinente, algo que pretendía hacer con la mayor celeridad posible; sin embargo, en lugar de esperar, ella se fue subiendo la parte inferior del vestido, revelando unas piernas extralargas y, lo que aún lo excitó más: la ausencia total de ropa interior y un pubis depilado.

—Joder... —Gruñó, ajustándose bien el condón; pero cuando por fin estuvo preparado para follar a la desesperada y a contrarreloj, ella le puso una mano en el pecho y lo detuvo.

—No pretenderás que me corra en cinco minutos en esta postura, ¿verdad?

Axel parpadeó porque no entendía a qué se refería.

—¿Cómo dices?

—Vamos, hombre, que ya tienes edad para saberlo. —Él la miró como si estuviera mal de la azotea. Ella explicó—: No voy a quedarme tumbada, con las piernas abiertas en la clásica, horrorosa y para nada eficiente postura del misionero, para que tú te corras y yo me quede con las ganas.

—No me toques los cojones...

—No hay tiempo para eso —replicó la joven—. De ahí que sea necesario

optimizar recursos.

—¿Te estás quedando conmigo?

La rubia negó con la cabeza y lo instó a sentarse en el borde de la cama, de tal forma que él fuera la parte menos activa y ella pudiera llevar el control.

—Si querías montarme, solo tenías que decirlo —susurró Axel, sujetándola de las caderas mientras ella se colocaba encima.

—Y ahora... —musitó, agarrándole la polla y llevándola justo a donde era necesario—... follemos.

No hizo falta que se lo dijeran más veces. Axel la sujetó bien y ella se dejó caer. Justo en el momento en que sintió cómo su erección quedaba atrapada, gimió encantado y buscó su boca para besarla como era debido, a lo que ella no opuso resistencia.

La chica comenzó a montarlo con verdadero arte y entrega, moviendo las caderas en rotación para que la fricción fuera la mayor posible. Con cada movimiento sus pechos subían y bajaban al mismo ritmo, ofreciéndole un ingrediente visual extra muy de agradecer.

Ella lo agarró de la corbata y tiró sin contenerse para que fuera más agresivo y Axel comenzó a empujar desde abajo, logrando que los jadeos de ambos fueran mucho más fuertes, al tiempo que clavaba los dedos en su trasero para mantenerla en la posición idónea y que lo que había empezado como un polvo exprés aceptable acabara siendo un polvo exprés memorable.

Desde luego no podía quejarse, porque hacía tiempo que no se topaba con una mujer tan espabilada, hábil y desinhibida; estaba hasta la coronilla de petardas pasivas.

Sin duda era una fiera, porque lo estaba exprimiendo con un arte que desde aquel instante la colocó en su *top five* de polvos. Saber que no podía follársela una segunda vez porque debía volver lo antes posible al salón y hacer acto de presencia antes de que su hermana se percatase de que se había escaqueado, limitaba mucho sus posibilidades, así que decidió aprovechar al máximo los minutos que le quedaban.

Embistió a lo bruto, a la desesperada, y por el gritito que lanzó la rubia debió de tocar un punto interior único, ya que sintió otro fuerte tirón de la corbata que casi lo dejó sin respiración. Al intentar inspirar, ella lo besó, robándole el poco oxígeno que había logrado atrapar, lo que le provocó una extraña reacción que desembocó en un orgasmo de esos que hasta te nublan la vista.

—Hostia puta... —jadeó al correrse y, la verdad, no se preocupó de mucho más, aunque, por como jadeó ella, también debía de haber llegado.

Axel se dejó caer hacia atrás, arrastrándola, y se quedaron así, recuperándose poco a poco hasta que la joven se incorporó a medias, con una sonrisa de lo más pícara, y extendió el brazo para agarrarle la muñeca, mirar el reloj y decir con voz sugerente:

—Nos han sobrado dos minutos.

Luego se apartó de él dejándolo en la cama desmadejado, con los pantalones a la altura de las rodillas. Y se ocupó hasta de quitarle el preservativo usado y tirarlo a la papelera. Después, mientras él volvía poco a poco a la normalidad, se acercó al espejo y se pintó los labios, se recolocó el vestido y, metiéndose bien los pechos dentro del escote, caminó hacia la puerta.

—*Ciao* —le dijo, lanzándole un beso y cerrando tras de sí.

—¡Joder! —exclamó Axel, consciente de que lo iba a pillar el toro.

Se levantó a toda prisa, se subió los pantalones y salió escopetado en busca el ascensor, donde aprovechó para peinarse con los dedos y colocarse bien la corbata, porque de poco o nada le había servido ver *Cuatro bodas y un funeral*.

Llegaba tarde.

Capítulo 2

—Owen siempre ha hecho bien las cosas, desde que era pequeño, y sé de lo que hablo —decía el hermano del novio, haciendo reír a los invitados con su desparpajo—. Así que cuando me dijo que se había liado con una rubia espectacular pensé que estaba borracho, porque eso era materialmente imposible. —Más risas, carraspeo del aludido y una sonrisa cómplice de la novia animándolo a continuar—. También sospeché que la borracha podía haber sido ella. —Más risas—. Todo el mundo sabe que existe un legado familiar que conservar y durante todos estos años he sufrido lo indecible, ya que veía pasar el tiempo y mi hermano nada, soltero, y lo que era peor, sin novia, y tal como se estaban poniendo las cosas ya nos daba igual si se liaba con una que con otra; lo importante era que tuviera herederos.

—Patrick... —masculló el novio, intentando que no se desviara del tema, porque a su gemelo se le daba carrete y luego era imposible detenerlo.

—Fijaos que hasta llegué a pensar que tenía un gemelo gay, lo cual sería sin duda un motivo de gran orgullo, pero por otro lado conllevaría tener que ocuparme yo del asunto de los herederos. ¿Os lo imagináis? —Se señaló a sí mismo y todo el mundo se echó a reír—. Y a pesar de que mi chica es purasangre —le dedicó a la aludida una miradita elocuente—, yo, la verdad, no tengo remedio y el resultado sería catastrófico.

—Patrick, por favor —intervino su chica, Helen, para que se callase de una maldita vez. Hasta le tiró del bajo de la chaqueta para llamarle la atención, aunque no sirvió de nada.

—El caso es que, contra todo pronóstico, por fin lo hemos conseguido. El gemelo bueno, adicto al trabajo y responsable, se lio la manta a la cabeza y logró engatusar a una mujer... —Patrick miró a su cuñada y esta le guiñó un ojo, sonriente, mostrándole su apoyo; no como Owen al que cada vez se veía más tenso—... y lo que es más importante, retenerla. —Levantó su copa y todos los asistentes hicieron lo mismo, empezando por Owen, que vislumbraba el final del discursito de las narices—. Astrid, aquí, delante de todos, es mi obligación decirte que ya no puedes echarte atrás. Te tienes que quedar con él porque... ¡en mi familia no se admiten devoluciones!

Todos estallaron en carcajadas, incluido Axel, porque, a pesar de todo, el jodido actor tenía su gracia, eso había que reconocerlo.

—Así que bien está lo que bien acaba, y puesto que Owen ha hecho los deberes y la próxima generación ya está en camino, ya puedo relajarme...

Sin dejar de sonreír, la novia se acarició el abultado vientre y con la otra mano sujetó la de Owen para que se tranquilizase, porque aquellas cosas no las llevaba muy bien.

—Y volver a darme la gran vida, que en los últimos tiempos me he descuidado un poco —continuó Patrick, ajeno al cabreo de su hermano. Sin embargo, lo miró de

reajo y decidió que ya le había tocado lo suficiente los cojones y cambió de registro —. Pero lo más importante es que... —hizo una pausa, alzó su copa y miró a los novios—, aun a riesgo de parecer un moñas, me siento feliz y emocionado por los dos. ¡Brindemos por ellos!

Owen respiró tranquilo y Astrid se levantó, con cierta torpeza debido a su estado, para abrazar al actor y susurrarle al oído:

—¡Eres un *crack*!

—Gracias. Tú eres la única que aprecia mis esfuerzos —respondió Patrick satisfecho, besando a su cuñada con fuerza.

—Ya hablaremos más tarde —le murmuró el novio a su hermano, fingiendo una sonrisa para que los invitados no sospecharan nada.

—Patrick, no seas malo —terció Marisa, abrazando a su díscolo hijo antes de acercarse a la novia—. Bienvenida a la familia.

—Gracias, Marisa —contestó Astrid emocionada, abrazando a su suegra con cariño.

—Cuando te cases pienso resarcirme de esto —dijo Owen, mirando a su gemelo.

—Pues espera sentado. —Patrick, que no tenía la más mínima intención de casarse, se rio. Y en el supuesto caso de que lo hiciera, desde luego sería en secreto y sin tanto boato.

El novio miró a Helen, que parecía tan tranquila.

—Yo tampoco quiero casarme con él —dijo esta por si acaso.

Tras los brindis y otra ronda de enhorabuenas, de nuevo se formaron diferentes corrillos por los que Axel deambuló. Charló un rato con sus padres, que no podían estar más emocionados, pese a que Manuel, su padre, se toqueteaba la corbata con la misma incomodidad que él. Sin embargo, su atención estaba puesta en los invitados, más en concreto en una invitada a la que no veía por ninguna parte. Sentía ciertos remordimientos, no por lo que había hecho, como era obvio, sino por todo lo contrario. Joder, se la había follado y ni siquiera le había preguntado el nombre. Por las cuatro frases que habían intercambiado era evidente que era una invitada del novio, pero que él supiera, su cuñado no tenía hermanas; así pues, ¿era tan solo una amiga de la familia o algo más?

Joder, a ver si iba a ser una ex de Owen y la había liado parda.

Quería averiguarlo por una razón claramente egoísta: para evitar situaciones incómodas o que Owen le partiera los dientes; Axel estaba seguro de que ganas no le faltaban, pues su relación había sido cautelosa desde el principio.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó Astrid, sobresaltándolo.

—¿A quién voy a buscar? No conozco a nadie —refunfuñó él en respuesta.

—Porque no quieres. Llevas toda la tarde intentando escaquearte, no creas que no me he dado cuenta, Axel, que nos conocemos.

—Vale, de acuerdo. —Forzó una sonrisa típica de hermano cariñoso—. ¿Así mejor?

—No te esfuerces tanto e intenta ser tú mismo —dijo ella con una sonrisa—. Anda, ven conmigo a charlar un rato, aquí hay hombres de negocios.

—Sí claro, de negocios... —murmuró irónico—. Seguro que trabajan doce horas diarias... se manchan las manos... regatean con proveedores...

—Pues sí, seguro, porque son todos unos adictos al trabajo —aseveró su hermana, pasando por alto su tono sarcástico.

A Axel no le quedó más remedio que seguirla. Estaba tenso por si se cruzaba con la rubia y daba la casualidad de que Astrid se la presentaba. De haber querido enterarse, desde luego no había nada mejor que preguntarle a la novia por la invitada, pero como no deseaba arriesgarse a ser interrogado por su embarazadísima hermana, optó por quedarse con la intriga.

Astrid lo condujo hasta el novio, que charlaba animado con su hermano.

—Enhorabuena por el discurso, desde luego lo mejor de la boda —dijo Axel, estrechando la mano de Patrick, y este, orgulloso, sonrió.

—Tenía mis dudas sobre el contenido.

—Pues en mi modesta opinión, lo has bordado —contestó él.

—Sí, un discurso excelente —terció Owen sin disimular su ironía.

—Qué aburrido eres, por favor. No sé cómo te aguanta Astrid. Te lo advierto: como la aburras con tus rígidas normas y se largue, terminamos a hostias —le advirtió Patrick, y Axel asintió, porque no podía estar más de acuerdo.

—No te preocupes por eso —replicó Owen sin entrar en detalles.

—Anda, mira quién viene por ahí... —exclamó Patrick, señalando a un tipo que se acercaba con cara de enfado—, pero ¡si es su excelencia!

El aludido llegó hasta ellos y suavizó un poco la expresión de malas pulgas ante la reverencia y las palabras burlonas del actor, al que por cierto obvió, estrechando solo la mano del novio.

—Mi más sincera enhorabuena —le dijo, y Owen aceptó encantado las felicitaciones de uno de sus mejores amigos, Pierce Wesley—. Y todavía no soy lord, que mi padre aún vive.

—Gracias —dijo Owen—. Y gracias por venir, sé lo ocupado que estás.

—No me perdería tu boda por nada del mundo, aunque siento llegar tarde —se disculpó Wesley.

—Te has perdido mi discurso —intervino Patrick, estrechándole la mano también.

—Y me atrevería a decir que habrá sido antológico. ¿Me equivoco?

—Mejor no preguntes —murmuró Owen.

—Como mi hermano es tan organizado, seguro que alguien ha grabado hasta la última palabra —contestó Patrick.

—Mis disculpas de nuevo, Owen —dijo su amigo en tono sarcástico.

—No te preocupes, entiendo que estuvieras ocupado.

—No, esta vez no han sido mis ocupaciones —respondió Pierce—. Un asunto familiar más bien —añadió, evidenciando su malestar.

Axel, que parecía el convidado de piedra y que nunca había conocido a un aristócrata, se dio cuenta de que era la ocasión perfecta para escabullirse y seguir con su objetivo de encontrar a la rubia. Dio un paso atrás, pero el novio, al que no se le escapaba una, se percató de ello e intervino.

—Ah, por cierto, te presento a mi cuñado, Axel González. —Y añadió con cierto tonito—: Gerente de Grúas González.

Axel, al que la bromita de *gerente* en principio le molestaba, ya que en comparación con los tipos que lo rodeaban su trabajo era insignificante, sonrió y, como si nada, se limitó a estrechar la mano del hombre.

—Encantado —dijo.

—Y él es...

—Su excelencia lord Wesley, Pierce para los colegas —se adelantó Patrick con guasa—. ¿A que parece normal?

—Es que lo soy —replicó el otro, sin molestarse por el comentario y dirigiéndose después a Axel—. Encantado.

—Bien, ahora que ya nos hemos presentado todos —apostilló el actor—, cuéntenos por qué esa cara de amargado. —Le dio unos golpecitos en la espalda—. Se ha casado Owen, Pierce; si él lo ha conseguido, todo es posible.

—Para de decir sandeces y deja que hable —intervino su hermano.

—No sé qué hacer con ella... —suspiró Pierce—. Acabo de enviarla a casa borracha perdida y solo Dios sabe qué más.

Los dos hermanos pusieron cara de circunstancias porque debían de saber a quién se refería, pero a Axel no le parecía buena idea enterarse de las intimidades de aquel hombre.

—Yo no soy el mejor ejemplo a seguir, así que mejor no digo nada —comentó Patrick, cerrando el pico y comportándose por una vez de manera sensata.

—Joder, me había prometido que se comportaría y no montaría más escándalos, pero se lo ha pasado todo por el forro —se quejó Pierce.

—He hablado con ella a primera ahora y parecía estar bien —dijo Owen preocupado.

—Pues no. Me han llamado del hotel pidiéndome «amablemente» que fuera a recogerla. Por lo visto estaba deleitando a los clientes del bar con un bailecito de lo más exótico —explicó cabreado.

—Lo siento de verdad, sabes el cariño que le tengo a Portia —dijo el novio con sinceridad.

—Es mi hermana y sé que debo ocuparme de ella, pero a veces la estrangularía. Lleva ya dos divorcios auestas, el último por cierto me ha costado un ojo de la cara, y no sé qué más hacer para que se comporte de una vez.

—La tontería se le quitaría trabajando —intervino Axel, para ahorrarse la historia de la pobre niña rica.

Pierce lo miró y sonrió sin ganas.

—¿Trabajando? —repitió con retintín—. La he colocado en varios puestos y ni por esas. Como secretaria fue un desastre. En administración, una calamidad. En el departamento de comunicación... joder, acabó liándose con un abogado de la competencia y revelando más de la cuenta.

—Ya me acuerdo —murmuró Owen, poniendo cara de circunstancias.

—No me refería a esos trabajos —dijo Axel, metiéndose de nuevo donde no lo llamaban—, en los que te puedes tocar los cojones y a final de mes tener un buen sueldo.

Tanto Owen como Pierce dieron un respingo ante aquel comentario con el que se sintieron aludidos.

—No sé a qué te dedicas —prosiguió Axel—, pero si fuera mi hermana la que estuviera por ahí zascandileando, bebiéndose hasta el agua de los floreros y follándose a cualquier imbécil sin dos dedos de frente, la pondría de cajera en un supermercado, de limpiadora en una empresa de servicios o de camarera en un chiringuito para turistas, con el salario mínimo.

—Joder, qué sádico —comentó Patrick, estremeciéndose.

—Tú no conoces a Portia. Es una mujer estupenda, solo que ha perdido un poco el norte —dijo Owen en su defensa.

—Chorradas —murmuró Axel, harto de tanta estupidez de la niña malcriada.

—Eso pasa por no hacer las cosas bien; si te hubieras casado con ella... —terció Patrick, señalando a Owen—. Como todo el mundo quería...

—Yo también lo pensé durante un tiempo, cuando estuvisteis liados —reflexionó Pierce, esta vez refiriéndose al actor—, pero me temo que vamos a seguir una generación más sin unir nuestros apellidos.

—Eso parece —convino el recién casado.

—Yo lo intenté, que conste, pero fue un desastre, y mira que la quiero a rabiar —apostilló Patrick.

Los cuatro se quedaron en silencio, ya que no había mucho más que decir al respecto. Axel seguía con la mirada puesta en todas las invitadas, sin localizar el vestido de lentejuelas. Owen consultaba de reojo su reloj, sin duda contando los minutos que faltaban para que todo aquel sarao acabase. Patrick sonreía burlón mientras le hacía algún que otro gesto obsceno a Helen y a Pierce, pensando en las palabras del gerente de Grúas González.

—Eso que has dicho... —empezó, dirigiéndose a Axel—, puede que tengas razón.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó él por si acaso; con aquella gente nunca se sabía.

—Lo de trabajar en un puesto digamos... de baja cualificación y salario reducido.

—Oye, ¿no estarás contemplando en serio esa posibilidad? —intervino Owen alarmado.

—Os dejo arreglando el mundo, que yo ya tengo plan para los próximos veinte

minutos —dijo Patrick, marchándose con una sonrisa lobuna en el rostro.

Todos supieron interpretar el motivo, aunque nadie dijo nada.

—Quizá haya llegado el momento de tomar medidas extremas —murmuró Pierce, dando muestras de que se preocupaba de verdad por su hermana y de que todo aquello lo superaba.

—No te precipites —le recomendó Owen.

—Portia no va a entrar en razón, tú la conoces tan bien como yo. He sido paciente, he tapado sus faltas y he hecho la vista gorda, pero cada vez está más descontrolada. Mis padres están fuera y no quiero preocuparlos más de lo necesario.

—Mano dura —insistió Axel.

—Te puedo asegurar por propia experiencia que eso no sirve —dijo Owen refiriéndose a su propio hermano, que había hecho también de las suyas y con el que intentaron varios métodos para hacerlo cambiar, ninguno con éxito.

—Pero puede que tenga razón...

—Ni te lo plantees, Pierce —lo interrumpió Owen, fulminando a su cuñado con la mirada por dar semejantes ideas.

—Portia está acostumbrada al lujo, a salirse con la suya, a no preocuparse por si un bolso cuesta mucho o poco...

—La típica niña malcriada —comentó Axel, y se ganó otra mirada de reprimenda de su cuñado.

—Eso no te lo voy a negar —admitió Pierce.

—Mándamela al taller y en tres meses te la espabilo. Media jornada, o sea, doce horas, de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Festivos y fiestas de guardar inclusive. Salario mínimo interprofesional —dijo describiendo sin inmutarse su jornada laboral.

—Mmm...

—Ni se te ocurra —le advirtió Owen pensando en Portia, a la que quería como a una hermana; no podía permitir algo así.

—Dame tu tarjeta —le pidió Pierce a Axel—. Quizá no haya que ser tan radical, pero sí al menos considerar la posibilidad.

—¡No vas a mandar a Portia a trabajar por una mierda de jornal! —exclamó Owen, poniéndose en lo peor.

—Negociemos.

—No quiero ser cómplice de esto —masculló el novio, y le hizo una seña a Astrid para que se acercara y le pusiera los puntos sobre las íes a su hermano.

Ella caminó hasta ellos sonriente y se situó de inmediato junto a su esposo. Entrelazaron los dedos en un claro gesto cariñoso y después miró a los tres hombres; allí se estaba cociendo algo y no quería quedarse al margen.

—Estás preciosa, querida —dijo Pierce besándola, y Astrid le sonrió agradecida.

—Muchas gracias, lord Wesley —respondió; no terminaba de creerse que estuviera delante de un miembro de la aristocracia—. ¿De qué hablabais tan

animados?

—De las niñas malcriadas —respondió Axel, y cogió una copa de champán, a falta de una cerveza bien fría.

—Joder... —exclamó Owen.

—Son como niños —los disculpó ella, al ver cómo su hermano y su marido se fulminaban con la mirada.

—En efecto, Astrid, hablábamos de Portia —corroboró Pierce con un deje de tristeza.

—¿Está bien? —inquirió Astrid con rapidez, preocupada.

—Me gustaría decirte que sí, querida, y no estropear el día de tu boda.

—Oh, por favor —dijo ella, soltando la mano de su esposo y acercándose a Pierce—. Lo importante es que no le haya pasado nada.

—Tranquila, ya está en buenas manos —afirmó él, agradeciendo el gesto—, aunque creo que tu hermano me va a ser de gran ayuda.

—¿Axel?

Este se encogió de hombros.

—Yo solo he dado mi opinión.

—Tu hermano, el iluminado, el as de la mecánica, el lince de los negocios, ha sugerido que le mandemos a Portia tres meses al taller para que espabile —le explicó Owen, acentuando cada palabra con su sarcasmo habitual.

—Pobre chica... —musitó Astrid, mirando de reojo a Pierce con una disculpa pintada en el rostro y confiando en que toda aquella conversación no fuese más que una de tantas que se olvidan al día siguiente.

Capítulo 3

Elías oyó el molesto chirrido de la puerta peatonal y puso mala cara. No hacía ni cinco minutos que se había puesto a revisar el coche que tenía entre manos y de nuevo lo interrumpían.

—Así no hay manera —protestó.

Primero había sido el cartero con las malditas cartas certificadas, de las que, por cierto, no había ninguna con buenas noticias. Después el teléfono, y ahora que por fin se había metido en faena, un nuevo cliente. Y luego llegaría Axel dando por el culo con la cantinela de que perdía demasiado tiempo fumando. Joder, que solo se había echado dos pitis y aún no se había tomado un cafelito; pero como el dueño se había ido al banco, a él le tocaba quedarse allí, al pie del cañón.

Así que se levantó con cara de fastidio de debajo del capó, dispuesto a atender con la menor amabilidad posible a quienquiera que fuera y a deshacerse de él para seguir con su trabajo. Al fin y al cabo, su trabajo no era de relaciones públicas, solo era mecánico, y en prácticas; entre sus atribuciones y su salario mínimo no entraba ser diplomático. Buscó un trapo con el que limpiarse la grasa de las manos, y cuando se volvió para mirar al cliente se quedó con la boca abierta, deslumbrado por el color rojo.

—Joder... —murmuró, sin dejar de retorcer el trapo grasiento entre las manos.

Parpadeó, porque desde luego tías como aquella no existían. O al menos no en la vida real. Parecía una de las modelos ligeritas de ropa que aparecían en los pósteres que aún conservaban en la oficina, de esas que salen en la tele, o que él tenía en su carpeta privada de imágenes del móvil para uso personal.

Elías se aclaró la garganta.

—¿Qué... qué desea? —preguntó como un perro baboso.

Y es que no solo el rojo intenso de su cortísimo vestido era para quedarse ciego, sino también sus piernas espectaculares, que comenzaban sobre unos altísimos tacones y acababan en unos muslos de infarto. Y si un hombre sobrevivía a aquella visión, aún faltaba el postre: una delantera de anuncio embutida en un escote revelador y, para rematar, un cabello rubio (a todas luces natural) de los que nunca esperas ver de cerca.

—Busco a Axel González —respondió ella en un castellano con un leve acento que Elías interpretó como británico.

—Pues... no está —dijo, sintiéndose un poco paleta por no ser más locuaz.

La joven miró a su alrededor e hizo una mueca de desagrado. Ni siquiera se molestó en quitarse las enormes gafas de sol. Se limitó a recolocarse el bolso bajo el brazo y a esperar.

Él, por su parte, quería mostrarse un poco más atento, pero seguía tan embobado que no conseguía articular una frase coherente; ella debía de pensar que era tonto o algo peor.

—Esto... señorita... —Lo intentó balbuciendo.

—¿Está o no está Axel? —preguntó la joven, impertinente y mirándolo de arriba abajo con indolencia.

—Pues... —contestó Elías, sintiéndose como una cucaracha que aquella jaca podía pisotear cuando quisiera.

En ese instante se abrió la puerta y un cabreado Axel entró a toda velocidad sin prestarle atención a nadie y, refunfuñando como una vieja, se metió en la oficina y cerró de un portazo.

Elías puso cara de disculpa a la mujer y se fue tras su jefe.

—¿Has terminado de cambiarle el aceite al Kia? —inquirió este de malos modos, moviendo los papeles esparcidos sobre su mesa y sin saludarlo.

—Estaba en ello, pero...

—Siempre igual. ¿Tan difícil te resulta hacer las cosas cuando se te dicen? Joder, Elías. ¡Que es un puto cambio de filtros y de aceite!

—¿Por qué estás de mal humor? —preguntó el joven, y Axel entrecerró los ojos. La chica de rojo que esperaba de pie en el taller le sonaba de algo, pero tenía tal cabreo que no podía pensar con claridad.

—Los cabrones del banco me han negado el préstamo —se quejó resoplando.

A Elías le dio risa, aunque tuvo que disimular, porque a su jefe aquello no le hacía ni puta gracia.

—Perdón —murmuró—, pero es que teniendo como tienes un cuñado banquero...

Axel no gruñó como un perro, pero casi, por lo que a su empleado se le quitaron las ganas de hacer un solo comentario más al respecto.

—Vamos a lo que importa —atajó Axel—. El Kia que tienes a medio hacer... —Entrecerró de nuevo los ojos y se fijó en la chica que aguardaba en el taller—. Por cierto, ¿no hemos hablado ya sobre lo de traerte aquí a tus rolletes?

Esto último Axel lo dijo con guasa, pues en su tono quedaba implícito que creía muy improbable que un tipo como Elías (joven, pero un poco desgarrado, con un cuestionable gusto en el vestir, como cualquier veinteañero despreocupado, y con un limitado lenguaje, consecuencia de haber crecido en la era de los mensajes abreviados) tuviera alguna posibilidad de ligarse a una mujer semejante.

—¿La rubia? —preguntó él señalándola.

—¿Te has traído a alguna más?

Elías negó con la cabeza.

—Qué más quisiera yo.

—¿Y qué quiere?

—Ha venido preguntando por ti. Ya me gustaría a mí conocer a una pibita así, joder; yo pensaba que ibas en serio con Paloma.

Axel se levantó de su sillón, que por cierto estaba hecho un asco y debería ir pensando en cambiarlo, porque chirriaba más de la cuenta y el escay tenía rozaduras

por todas partes y grietas por las que se escapaba el relleno de espuma, y decidió ocuparse en persona, porque con Elías resultaba imposible hacer las cosas bien. Le tenía aprecio, pero o se ponía las pilas o se vería obligado a despedirlo.

—¿Así es como tratas a la clientela? —lo reprendió, negando con la cabeza.

—¿Y qué quieres que haga?

—Dejar de comértela con los ojos y preguntarle qué desea —masculló, saliendo de la oficina y dirigiéndose a la joven. Con lo escasos que andaban de trabajo no se podían permitir el lujo de perder encargos. Luego ya le explicaría a su empleado, otra vez, lo de tratar bien a los clientes, porque no había manera.

A medida que se acercaba, empezó a comprender la actitud de Elías. Joder, estaba bien buena. Un buen culo, como vio ahora que ella le daba la espalda, unas piernas de esas que se sabe dónde empiezan, pero no dónde acaban... Interesante, últimamente no tenía clientas así.

—Buenos días —dijo al llegar junto a ella, intentando dejar a un lado su cabreo para resultar agradable.

La mujer de rojo se dio la vuelta al oírlo y se bajó un poco las gafas de sol para mirarlo por encima de ellas, y a Axel casi se le paró el corazón.

—Buenos días —murmuró ella, fulminándolo con la mirada.

Axel abrió los ojos como platos. No podía ser...

—¿Qué coño haces tú aquí?

—¿Y encima tienes el descaro de preguntar? —replicó ella subiendo el tono.

Oyeron unos pasos que se acercaban y Elías, como siempre a su bola, pasó junto a ellos para ocuparse del coche que tenía a medio terminar, pero Axel, previendo una tensa e incómoda conversación con la joven, cortó por lo sano.

—Lárgate a tomar un café o lo que te dé la puta gana —le dijo a su empleado.

—Pero ¿no acabas de decirme que acabe con el Kia? —inquirió Elías, confuso ante los cambios de humor de su jefe.

—¡Que te largues, joder!

—Vale, vale, ya me voy. ¡No hay quien te entienda! —rezongó, acatando la orden.

Una vez que vio al chico marcharse, Axel se encaró con su visita. Por norma general no le gustaban las sorpresas, y menos aún las de ese tipo. Las mujeres, cuando aparecían sin avisar, nunca llevaban buenas noticias.

—¿Podemos hablar o tienes que gruñirle a alguien más? —inquirió ella agresiva.

—Primero dime cómo me has encontrado y qué pretendes —exigió tenso, mientras intentaba no pensar en el porcentaje de fallos de los preservativos.

—Esto... —Asomó la cabeza Elías, ganándose una mirada de advertencia de Axel—, ahí fuera hay un taxista que dice que la rubia no le ha pagado la carrera.

—¿Qué? —graznó Axel.

—Que el taxista dice...

—Ya lo he oído —lo interrumpió él y la miró—. ¿Por qué no has pagado?

—Porque no tengo dinero —le respondió ella como si Axel fuera gilipollas.

Para evitar malos rollos con el taxista y que acabara llamando a la policía, Axel salió y sacó la cartera para pagarle. Eso sí, le pidió un recibo por si acaso y, gruñendo, volvió al taller dispuesto a enterarse del motivo por el que aquella joven había aparecido por allí y así poder echarla sin contemplaciones. Ya no tenía edad para numeritos de mujeres acosadoras.

—Y ahora vas a decirme qué cojones haces aquí —le pidió, señalando la oficina para que si a Elías le daba por interrumpir de nuevo no oyese la conversación.

Ella caminó como si fuera una diosa a la que había que rendir pleitesía y Axel inspiró hondo. Un problema más, y de los gordos, en su futuro inmediato. El día no podía ir peor, ¿o sí?

—Mira, guapo, todo esto es culpa tuya —le espetó la chica, mirando la cochambrosa silla antes de sentarse, y solo lo hizo porque estaba cansada.

—¿Perdón?

—Si hubieras mantenido el pico cerrado...

—No te sigo. Hasta donde yo sé, tú y yo solo...

—Follamos en la habitación de un hotel durante la boda de tu hermana —remató ella—, pero da la casualidad de que después, en vez de presumir de haber estado conmigo, como haría cualquier tipo, tú te dedicas a dar consejitos sobre cómo hay que tratar a las mujeres.

—Espera, espera —pidió él, tragando saliva a medida que ataba cabos lo más rápido posible—. ¿Qué me intentas decir?

—Que tú, gilipollas, le dijiste a mi hermano que lo mejor era que me pusiera a trabajar como cajera de supermercado y, claro, Pierce ha decidido hacerte caso y me ha traído hasta aquí engañada en su avión privado, y luego me ha dejado con lo puesto.

—Me cago en la puta... —masculló Axel.

—Yo no lo habría expresado mejor —contestó Portia con recochineo—. Así que ahora, señor Soluciones, ¿cómo vas a arreglar esto?

Antes que pudiera responder, le sonó el móvil y Axel miró la pantalla. Renegó, porque justo con la última persona con la que deseaba hablar en ese momento era Paloma, pero si estaban intentando arreglar las cosas no podía no coger su llamada.

Portia escuchó la conversación y por el tono, un poco más amable, se dio cuenta de que se trataba de un asunto personal. Después, cuando oyó que se despedía de un modo cariñoso, supuso que era una mujer. Traducido: una novia.

A Portia le traía sin cuidado que los tipos con los que se acostaba estuvieran casados, emparejados o lo que fuera, porque nunca se preocupaba de preguntar ni tenía luego remordimientos. Ella era libre, así que no le rendía cuentas a nadie, pero en el caso de Axel le molestaba porque era un hipócrita con mayúsculas y porque aquel era un argumento de peso que tenía para tocarle la moral; por su culpa estaba allí sin dinero, sin ropa, sin salida, y dentro de poco sin saldo en el móvil, porque su

hermano había dado orden de que le cortaran cualquier aportación económica, y para evitar que recurriera a amigos y conocidos, la había engañado metiéndola en su *jet* privado y abandonándola después en aquel pueblo dejado de la mano de Dios. San Pedro del Pinatar, le había dicho el taxista. Como si eso significara algo para ella.

Axel por fin colgó la llamada y la miró. Por supuesto, frunciendo el cejo, porque tenerla allí significaba problemas, muchos y grandes, y no estaba precisamente en un buen momento como para aguantar estupideces. Claro que el noventa y nueve por ciento de la responsabilidad era suya, por bocazas.

—Muy bien —masculló nervioso, pasándose una mano por el pelo, Paloma iba a ir a buscarlo para comer y prefería no tener que dar explicaciones—, me ocuparé de organizarte el viaje de regreso —prometió, pensando en buscarle un billete de avión económico y en cómo iba a cuadrar el presupuesto, pues llevaba tres meses intentando salvar los muebles en el taller. Había conseguido cubrir gastos, pero apenas tenía beneficios, así que cualquier desembolso imprevisto se lo trastocaba todo; no obstante, tenía que apechugar.

—Me parece que eres tonto o te lo estás haciendo —replicó ella; luego abrió su bolso, sacó un cigarrillo y se lo encendió.

Axel señaló el cartel de PROHIBIDO FUMAR y la chica le echó todo el humo en la cara en respuesta, dio otra calada y lo miró con indolencia.

—Definitivamente eres gilipollas —añadió ante su silencio—. Pero hoy me pillas benevolente y te haré un resumen. Mi querido hermano, influido por un mecánico entrometido, me ha mandado aquí contigo para que aprenda a valerme por mí misma y esas chorradas de autoayuda, en vez de enviarme a una clínica de reposo de esas en las que te dicen lo mucho que vales y te tratan como si fueras idiota, aunque la comida esté preparada por un chef de renombre. Eso le costaría una pasta al mes, y en cambio tú, ¿cuánto le cobras por soportarme?

Axel estuvo a punto de soltar unos cuantos improperios y romper algo, pero se controló, porque de ese modo solo conseguiría empeorar la situación. Tenía que encontrar una forma de librarse de ella, y antes tal vez podría ponerle encima un toldo, porque iba a acabar deslumbrado con aquel rojo bajo la luz de los fluorescentes.

Cogió el móvil de malas maneras y buscó el número de su hermana, porque era la única que podía ponerlo en contacto con la familia de la chica. Pero cuando estaba a punto de llamar, cayó en la cuenta de que Astrid estaba en plena luna de miel y que interrumpírsela, pese a ser una magnífica oportunidad de fastidiar a su cuñado, haría que ella se enfadara y se quisiera vengar más tarde.

Miró a Portia; no terminaba de asociar el nombre con la persona, pues para él aquella joven solo era la rubia a la que se había follado en la boda de su hermana. Dudó si preguntarle el teléfono de Pierce a ella, pero aparte de que hacerlo suponía quedar como un imbécil, daba por sentado que se negaría en redondo a facilitárselo para tocarle los cojones, seguro.

—Muy bien, ¿qué pretendes que haga? —preguntó, y ella, lejos de achicarse, se echó a reír.

—Un contrato de trabajo.

—¿Perdón?

—Durante los próximos tres meses pienso amargarte la vida —afirmó convencida y añadió, bajando la voz—: Por cabrón.

Ante esa rotundidad, Axel se quedó mudo. No era para menos. Puede que la rubia diera la impresión de ser una de esas mujercitas debiluchas, pero en cuanto abrió la boca disparaba con total precisión.

—Joder...

—Ahora, si eres tan amable —dijo ella, adoptando un tono tan falso que casi era peor que el de cabreo—, me gustaría ir de compras.

—¿Cómo dices?

Portia se puso de pie en toda su altura, adoptando una pose de marcado tono chulesco a la par que seductor, jugando muy bien la baza de dejar a un tipo sin palabras con su sola presencia, y Axel no fue inmune a sus encantos. Ella se dio cuenta y sonrió sin despegar los labios. Iba a joderlo, pero bien además, pues por su culpa se encontraba allí contra su voluntad.

Tres malditos meses sin su generosa asignación, ya que Pierce la había cancelado. Sin ninguna de sus pertenencias, que se habían quedado en su lujoso ático. Tan solo aquel vestido rojo de fiesta, unos altísimos tacones, sus gafas de sol y algo de maquillaje en el bolso.

—Necesito ropa, calzado... ¡bragas! —Esto último lo dijo con la voz de una actriz porno para ponerlo más nervioso.

—Me cago en todo lo que se menea...

—Así que, venga, estoy segura de que por aquí habrá algunas *boutiques* decentes. Necesito de todo y después espero que me hayas buscado un alojamiento adecuado a mis necesidades —le espetó, poniéndose una mano en la cadera y hasta relamiéndose ante la expectativa de saquearle la tarjeta de crédito. Cosa que podría hacer que Portia se sintiera un poco mejor, ya que estaba segura de que aquel gañán, como el resto de los hombres, se pondría de morros teniendo que estar todo el día de tienda en tienda gastando, llevando las bolsas y aguantando sus dudas sobre si este o aquel modelito le sentaba bien.

Axel gruñó y agarró de malos modos las llaves del apartamento de encima del garaje. Astrid había vivido allí antes de la boda. Un piso pequeño que aún conservaban porque venía bien para casos de emergencia, y también por motivos sentimentales, ya que fue la primera vivienda donde se instalaron sus padres después de casarse, mientras ponían en marcha el taller mecánico.

—Vamos, te mostraré dónde vas a quedarte.

Él empezó a subir una escalera metálica que *a priori* parecía endeble y Portia lo siguió disimulando su regocijo. Según recordaba, aquel hombre estaba de toma pan y

moja, y la verdad era que en vaqueros su trasero resultaba aún más tentador, pero como era gilipollas, mejor centrarse en lo importante.

A pesar de todo, recordó su encuentro con él. Apresurado, vulgar, satisfactorio... como tantos otros antes; sin embargo, lo seguía teniendo presente, cuando otras veces al día siguiente ya los borraba de su memoria sin la mayor dificultad. Quizá se estuviera haciendo mayor, o sencillamente fue tan bochornoso lo que ocurrió después que todo se le mezclaba y por eso lo recordaba.

Axel abrió una puerta de mala gana y le hizo un gesto para que entrara primero. Portia abrió los ojos como platos.

—¿Es una broma? —inquirió, volviéndose para mirarlo.

—Es pequeño, pero puedes apañarte —dijo él, observando el salón.

—No pienso vivir aquí ni borracha —se obstinó ella.

—Pues tú verás, porque no hay otro sitio.

Portia se calló. Decidió que primero se compraría un nuevo vestuario y después le dejaría bien claro que de ninguna manera iba a vivir en aquel cuchitril tres meses.

Capítulo 4

Durante el breve trayecto en coche hasta un centro comercial próximo no se dirigieron la palabra. Ni siquiera se miraron. No al menos a la cara, que ella ocultaba tras las gafas de sol.

Él mantenía la vista fija en la carretera. Al menos casi todo el tiempo, ya que de vez en cuando le era imposible no desviar unos segundos los ojos hacia las piernas femeninas. Al acomodarse Portia en el asiento, el ya de por sí reducido vestido se le había subido, y seguramente faltaban unos dos centímetros para que pudiera verle las bragas; eso si las llevaba, claro, porque la experiencia le decía que quizá no se las había puesto.

Y por si conducir con aquella rubia descocada a su lado no era ya suficiente problema, estaba Paloma, que se había puesto en plan inquisitorial cuando la había llamado para decirle que no podría comer con ella. Como era de esperar, se había mostrado desconfiada. De acuerdo, Axel había sido un poco cabrón con ella en el pasado, pero ahora intentaba hacer las cosas bien, aunque por alguna razón el destino, el karma o su puta madre se aliaban en su contra para joderle los planes.

Portia, por su parte, se mordía la lengua para no insultarlo, pues a medida que iba tomando conciencia de lo que le esperaba se deprimía más y, claro, tenía que volcar su frustración en alguien, y como Pierce estaba de viaje de negocios, lo haría con el que tenía más a mano. Por supuesto, en cuanto tuviera oportunidad, su hermano se las pagaría, como no podía ser de otro modo. Ya vería cómo hacerlo.

Llegaron al centro comercial y Axel aparcó de malas maneras, impaciente por acabar con aquello, pues había dejado otra vez solo a Elías y el chico podía liarla en medio minuto.

Portia, que con aquellos taconazos caminaba como una *geisha* detrás de él, y ralentizaba más de la cuenta sus pasos, con tal de fastidiarlo un poco. Ni loca iba a permitir que la llevara de compras exprés; ella tenía buen gusto y criterio y eso conllevaba tiempo.

Refunfuñando, y en vista de que la rubia de un momento a otro iba a provocar un altercado en las galerías comerciales con su aspecto, Axel la agarró de la mano para que fueran más rápido y acabar cuanto antes con aquella tortura.

—¡Eh, tío, ni se te ocurra tocarme! —le espetó ella, soltándose rabiosa ante su contacto.

—Oye, guapa, yo no tengo toda la mañana —contestó él, pegándose a ella para hablarle en voz baja y evitar que todo el mundo se enterase—, así que date prisa. — Por supuesto, omitió lo de que dejase de dar la nota, porque a buen seguro la chica se crecería y se pavonearía para llamar aún más la atención y dejarlo en evidencia.

—Pues aparta tus manazas de mí —siseó Portia, dando un paso atrás para mantener las distancias.

En contra de lo que Axel pretendía, su discusión llamó la atención de otros

clientes y, claro, eso lo puso todavía de más mal humor. Odiaba ser el centro de atención, pero por lo visto, con la «mujer de rojo» pasar desapercibido iba a resultar misión imposible.

—Deja de tocarme los cojones —murmuró en tono amenazante, agarrándola de la muñeca y echando a andar con ella a remolque.

—Qué más quisieras —replicó Portia, mirándolo como si fuera un leproso.

Él arqueó una ceja, pero se calló una réplica contundente, con lo que por fin logró que dejaran de seguir llamando la atención.

A medida que iban caminando, a trompicones, por las galerías, ella se fijó en varios establecimientos y memorizó la ubicación para visitarlos más tarde. Pero según avanzaban y no se detenían en ninguno, empezó a mosquearse y sus sospechas se confirmaron cuando él la metió en una tienda de una gran cadena textil de bajo coste.

Miró el letrero del establecimiento, después a él y por último a las personas que pululaban por allí.

—¡¿Perdona?! —exclamó horrorizada.

Axel entrecerró los ojos, ya que entre el gritito y la pinta de Portia habían conseguido que el guardia de seguridad los mirara de forma extraña.

—Vamos, joder... —Tiró de nuevo de ella y, sorteando clientas, llegó hasta la sección de ropa femenina, donde se detuvo junto a un expositor de camisetas.

Axel sabía más o menos qué le sentaba bien o mal a una mujer, aunque su criterio se basaba en el método empírico. Tener una hermana menor que le pedía opinión le había sido útil, y por supuesto estaban las mujeres con las que salía, pero más allá de eso le traía sin cuidado si la ropa era de un diseñador u otro o si ese año se llevaba o no una prenda en concreto.

—¡¿No pretenderás que me ponga una camiseta de seis euros?! —inquirió Portia sin atreverse a tocarlas—. Por ese precio se desintegrarán en el primer lavado.

—Elige una —insistió Axel.

—Son una birria. ¡Seis euros, qué barbaridad!

—Tienes razón —contestó él y la llevó hasta el siguiente expositor, donde estaban las rebajadas a tres euros—. Haz el favor de coger un par.

—Ni hablar. Me niego a ponerme ese tipo de ropa —se obstinó ella, cruzando los brazos.

—Entonces no me dejas salida, elegiré yo por ti. ¿Qué talla usas?

—La XS —respondió Portia, antes de darse cuenta de que esa información sería utilizada en su contra.

—Ya me extraña, con ese par de tetas... —murmuró Axel, y escogió tres camisetas de la talla M—. Toma, blanca, negra y azul, que combinan con todo.

—Te he dicho que no quiero esta mierda, y además me están grandes —insistió ella, colocándose una encima del cuerpo para que lo entendiera.

—Mira, guapa, si te compro camisetas XS las revientas en menos de una semana,

y no estoy dispuesto a compartirte más; ¿me sigues? Así que andando.

Lo que no dijo fue que si se ponía esa talla provocaría un tumulto, porque ningún hombre en cincuenta kilómetros a la redonda, incluidos los gais, podría pasar por alto su delantera.

Portia abrió los ojos como platos y buscó una respuesta contundente, pero él esbozó una sonrisa de lo más cínica, que venía a significar que tenía la sartén por el mango y le tocaba aguantarse.

—No entiendo cómo la gente puede ir vestida con ropa así —comentó ella, negando con la cabeza. Era la primera vez que tenía el dudoso honor de pisar una tienda semejante.

—No todo el mundo puede gastarse cantidades indecentes en trapitos —replicó él, señalando el vestido rojo de Portia.

Tras la humillante experiencia con las camisetas, llegó otra peor, la de los pantalones. De nuevo eligió él y, aunque ella intentó explicarle que debía probárselos por si acaso, Axel no dio su brazo a torcer. Eso sí, hizo una concesión y sumó un cinturón ¡sintético! A la compra.

Aunque creía estar ya curada de espanto, se llevó otro chasco cuando pasaron por la sección de lencería. Bueno, llamar a aquello *lencería* según la opinión de Portia era ser generoso en exceso. Debería denominarse *bragas a granel*.

Axel cogió un paquete de cinco y lo echó en el cesto y ella, tras hacer un rápido cálculo, añadió otro paquete.

—¿Qué coño haces? —preguntó él de mala leche, devolviendo el segundo paquete al expositor.

—Pase que tenga que llevar bragas baratas —siseó Portia entre dientes, cogiendo de nuevo el paquete para echarlo al cesto—, pero te recuerdo que la semana tiene siete días y que aquí vienen solo cinco.

—Joder, pues las lavas —sentenció él antes de colocarlas en su sitio y dejarla allí plantada.

—Me las descuentas del sueldo —remató ella, siguiéndolo con el estuche de bragas de la discordia en la mano—. O me las lavas tú a mano con un jabón neutro, como prefieras.

Axel se fue a las perchas donde estaban los sujetadores y, previendo otra discusión, la miró y respiró antes de decir:

—Para evitar males mayores, ¿qué talla de sujetador?

—Adivínalo —replicó altanera, inspirando para que su delantera fuera aún más evidente.

—Eso me pasa por preguntar. A tomar por culo —masculló él, seleccionando dos sostenes deportivos, amorfos y de color carne que no le sentarían bien a nadie.

—Déjame a mí, anda, que al final me pondrás un saco encima y me dirás que es un Dior. No tienes ni puta idea de moda.

—Ni tú de modales, así que estamos en paz —replicó él y se cruzó de brazos

mientras ella miraba, volvía a mirar, toqueteaba el tejido, torcía el gesto, elegía otro, resoplaba al ver el precio, iba al perchero siguiente, buscaba su talla, se lo ponía encima del pecho para ver si era la correcta...—. ¿Qué, te decides?

—No sé los años que tienes ni me importa, pero a tu edad ya deberías estar al tanto de que es importante elegir bien un sostén. No quiero que me deje marcas, o que me duela la espalda. Debe ser flexible, pero sujetar bien, porque es incomodísimo realizar cualquier actividad con las tetas colgando y...

Axel levantó una mano para que se callara; aquella clase magistral de lencería le resbalaba, había aprendido a desabrochar sujetadores con una sola mano y no iba a perder el tiempo con esos detalles que a efectos prácticos de nada le servían.

—Ahórrate los detalles «técnicos» y date prisa o termino escogiendo yo por ti...

De mala gana, Portia eligió tres, aunque en el último segundo su lado más perverso salió a la luz y añadió uno negro con unos horteras lacitos rojos, muy putón, para que él se sintiera incómodo.

De la sección de *bragas a granel* pasaron a la de calzado. Es decir, una nueva etapa en la carrera de los horrores, con Portia intentando, sin éxito, comprender cómo aquello tenía compradores. Mientras ella se escandalizaba en el reino del cuero sintético, Axel ya había pillado calcetines y estaba a punto de coger un par de sudaderas de la percha de los saldos.

—¿Algo más? —le preguntó él, más por fastidiar que por otra cosa.

—Sí.

Axel frunció el cejo. ¿Qué otra cosa podía hacerle falta? Así, a lo tonto, iba a gastarse unos cien euros y todo para una semana, dos a lo sumo, ya que en cuanto pudiera la enviaba de vuelta.

—¿Y qué te falta?

—Maquillaje.

—Joder...

—Crema hidratante hipoalergénica, corrector de ojeras, tónico facial, agua micelar, brillo de labios, delineador de ojos, gel exfoliante sin parabenos, un champú nutritivo y otro purificador, mascarilla para pelo rubio, mascarilla con filtro solar, pues aquí pega que da gusto...

A Axel le parecía que iba a salirle humo por las orejas y no era para menos. Portia le recitaba los productos como si nada. Por supuesto, cayó en la cuenta de que se estaba burlando, y como su paciencia se había agotado en la sección de bragas, decidió coger el toro por los cuernos.

Con ella a remolque, llegó a la zona de cajas y lo sacó todo, dejándolo en el mostrador de malas maneras. Si tenía prisa iba listo, pues la dependienta, en vez de marcar los artículos y meterlos en la bolsa, debió de considerarlos una especie de clientes Vip y empezó a doblar con excesivo cuidado las prendas una a una. Axel pensó que se habían compinchado para joderlo, porque otra explicación no se le ocurría.

Con la bolsa y noventa y dos euros menos en la cartera, salieron de la tienda y entraron en el supermercado. La condujo directo y sin escalas a la zona de cosmética, pero tomando la precaución de ir a donde estaban los productos de marca blanca.

—Alto. Por ahí sí que no paso. Tengo la piel muy sensible, no puedo echarme cualquier crema, podría afectarme.

—Mira, esto es lo que hay. —Señaló un bote de champú de litro de marca desconocida—. Te sobra para estar limpia y aseada. Y respecto al maquillaje... estoy seguro de que no lo necesitas.

Portia refunfuñó, pero ¿sus últimas palabras habían sonado a halago? Aunque podía ser una estratagema para engatusarla. Puesto que con voces y palabras groseras no había logrado nada, ahora intentaba ser amable y enredarla.

En vez de rebatirle nada, cogió los productos que ella consideraba imprescindibles y punto. No tenía por qué dar más explicaciones.

Axel miró los envases sin dar crédito. ¿Tanta mierda había que echarse en el cuerpo para estar guapa o al menos intentarlo?

Entendía que necesitara un gel de baño, un champú y hasta crema hidratante. Incluso toleraba el desodorante, aunque siempre había sido partidario del olor natural y limpio de la piel; no obstante, iba lista si pretendía que le comprase tantos potingues.

—Si dentro de tres días tengo la cara llena de granos, será por tu racanería —lo acusó Portia al más puro estilo niña consentida.

—Podré vivir con ello —murmuró él indiferente, acercándose a la caja para abonar la compra.

—Tus clientes no opinarán igual —musitó ella, encogiéndose de hombros.

Axel no dijo ni mu y pagó la cuenta, quería regresar cuanto antes al taller. Guardó en su cartera los comprobantes, porque por supuesto que iba a descontárselos del sueldo. Pero vio su gozo en un pozo, pues cuando ella salió tras él sonó la alarma.

—La madre que la parió...

Apareció uno de los guardas de seguridad, que se la comió con los ojos.

—Ops, lo siento —canturreó Portia, parpadeando e inclinándose hacia delante para que el pobre chico le viera hasta el ombligo—. Si quiere... puede registrarme...

—No hace falta, señorita —dijo el segurata.

—Tú te lo pierdes —terció Axel sonriendo.

—Abra el bolso, por favor...

—Es que con las prisas... —se disculpó ella y se metió la patilla de las gafas de sol en el escote, haciendo que este fuera aún más pronunciado—. Ya sabe cómo son los hombres, que no entienden de estas cosas. He olvidado que llevaba esto. Cariño...

—Se dirigió a Axel—, págalo, por favor.

A «cariño» se le borró la sonrisa en el acto, pero ella, dispuesta a que su venganza fuera total, se contoneó hasta él y le dio un beso en los labios, tal como haría una efusiva novia.

—¿Se lo cobro entonces? —preguntó la cajera, que por lo visto no había caído bajo la influencia de Portia, porque tenía una cara de amargada que para qué.

—Sí, por favor. Y disculpen de nuevo —contestó ella, bien pegada a su «novio»; incluso enganchó el brazo con el suyo, le restregó las tetas por él y se mostró mimosa y agradecida cual rubia imbécil porque su chico le compraba regalos.

Axel se quedó de piedra al saber lo que iba a tener que soltar por un frasco enano de crema, una barra de labios y otra cosa que no sabía lo que era.

—Gracias por todo y disculpen las molestias —canturreó Portia, despidiéndose de los empleados sin soltarse de su «hombre».

Mientras caminaba en dirección al aparcamiento, Axel ideaba la mejor manera de devolverle el golpe. Aparte de hacerle gastar una fortuna en cuatro mierdas, había tenido que soportar la vergüenza de que le llamaran la atención, algo que no le había ocurrido nunca.

En cuanto pudo se soltó de ella y entonces se dio cuenta de la estratagema utilizada en la que él había caído como un tonto. Portia quería esos productos y nada mejor que «obligarlo» a comprárselos.

Arrancó el coche y condujo de forma muy agresiva de regreso al taller, donde podría gritarle como era su deseo.

—Eres una hija de la gran puta —escupió sin embargo, nada más incorporarse a la autovía, sin poder contenerse.

Ella se encogió de hombros, indiferente ante su cabreo, pues se había salido con la suya. Y pensaba seguir haciéndolo.

—Eso te pasa por roñoso —dijo en voz baja, mirando por la ventanilla como si el conductor fuera su chófer y no su futuro jefe.

—Te he oído. Joder, por lo menos podrías tener la decencia de disculparte.

Portia ni se molestó en responderle y así, en silencio, llegaron al taller, donde Elías estaba hablando con un cliente. Ella se acercó al joven y, con una sonrisa de anuncio, le dio un beso en la mejilla, después le tendió la mano al cliente y dijo:

—Hola, soy Portia, ¿en qué puedo ayudarlo?

Axel, malhumorado, se vio obligado a intervenir.

—Disculpe, señor Martínez, es nueva y aún no sabe cómo funcionan las cosas.

—Qué cabrón, Axel, vaya potranca te has echado —replicó el señor Martínez, babeando delante de ella sin disimulo.

—Elías lo atenderá —zanjó Axel, agarrando a Portia y llevándosela hacia la escalera, dispuesto a encerrarla en el apartamento y a no dejarla salir de allí hasta que pareciera una mujer normal y no una chica de calendario.

Capítulo 5

Axel cerró de un portazo, dejando a Portia en el apartamento de encima del garaje con instrucciones muy claras: que se instalase a su antojo, se cambiara de ropa y después de comer bajara al taller.

Luego se centró de nuevo en el trabajo, dispuesto a ponerse al día, ya que Elías había intentado sin éxito cambiar la correa de distribución de un Renault Clio y ahora él tendría que hacer horas extra para poder entregar el coche en el plazo acordado con el cliente.

—Lo siento tío... —se disculpó Elías.

—Déjalo, no le des más vueltas —contestó Axel resoplando, porque la cosa ya no tenía remedio. Además, meterse en faena podía ser un buen recurso para olvidar a cierta mujer prefabricada que había tenido la desgracia de conocer.

Se puso el mono de trabajo, mandó a Elías a su casa y, con la radio encendida de fondo, se acercó hasta el coche y comenzó a desmontar las piezas. Poco a poco se fue olvidando de los problemas con Piernas Largas, de todo lo que no fueran herramientas, y así se le pasó el rato.

Cuando acabó y empezó a hacer las comprobaciones pertinentes, cayó en la cuenta de que eran casi las nueve y no había probado bocado.

Se limpió las manos de grasa y por inercia miró hacia arriba. No había oído ni un solo ruido procedente del apartamento, lo que en general se podría considerar una buena noticia; no obstante, en caso de la rubia peleona la cosa cambiaba. Se quitó el mono y, tras lavarse bien, subió la escalera de dos en dos, no fuera a ser que aquella loca hubiera hecho alguna estupidez.

Que las niñas mimadas se deprimían por cualquier chorrada.

No llamó a la puerta, sino que entró directamente. Encontró todas las luces apagadas y ni rastro de Portia; eso lo empezó a preocupar, ya que desde un punto de vista estricto él era el responsable, y al menos tenía que localizarla, aunque solo fuera para echarle de nuevo la bronca.

Entonces se dio cuenta de que quizá había sido muy brusco con ella. De acuerdo, Axel no se caracterizaba por tener paciencia ni mostrar comprensión ante lo que él consideraba chorradas, pero es que encima, justo el día que volvía del banco más quemado que la pipa de un indio, se encontró a la chica allí, en su taller, el mismo que pretendía reformar para poder abarcar otro tipo de trabajos y no limitarse a cambiar aceite, arreglar embragues y poco más. Axel quería, soñaba con poder reparar coches clásicos, darles una nueva vida y especializarse en eso. Sabía que ese mercado tenía un gran potencial, pero el imbécil del banco no opinaba lo mismo.

De acuerdo, podía bajarse los pantalones y llamar a su cuñado. Este no solo podría darle un crédito, sino también ofrecérselo en unas condiciones inmejorables, pero eso significaba soportarlo y tener que tragarse el orgullo. Además, él no se lo puso fácil cuando Owen, en un alarde de modales anticuados, se presentó con la idea

de hacer una especie de petición de mano. Fuera como fuese, Astrid lo recibió con los brazos abiertos.

—¿Portia? —llamó con cuidado.

Se acercó a la puerta del dormitorio y, pese a que podía entrar sin más, creyó razonable respetar su intimidad. Ya no se sentía tan alterado, y por tanto bien podía ser un poco más delicado.

Como ella no respondió, bajó con cautela el picaporte y pasó al interior, donde se la encontró tan pancha, sentada en la cama en bragas y con una de las camisetas nueva «tuneada», es decir, recortada de manera que realzaba mucho más su delantera, arreglándose las uñas de los pies.

—¿Está lista la cena? —preguntó Portia, dejándolo estupefacto. Él se había pasado la tarde currando como un loco para entregar un coche a tiempo, y ella que había dedicado el rato literalmente a tocarse los pies, ahora le exigía la cena.

—Si quieres cenar, te la preparas tú solita, que ya tienes edad suficiente.

—He mirado en el frigorífico y no hay nada decente —se quejó Portia, poniéndose en pie.

Axel podía estar cabreado, pero no era inmune a sus encantos. Y había que reconocer que con unas bragas baratas y una camiseta de oferta seguía siendo una mujer impresionante y además, iba sin maquillar. Y con la cara limpia, la verdad era que parecía otra, lo había dejado sin palabras.

—¿Estás sordo? —preguntó ella con impertinencia al ver que se había quedado mudo—. He mirado y solo hay leche normal, queso, embutido y pan de molde. ¿Cómo pretendes que me alimente con ese cóctel de hidratos, grasas saturadas y calorías?

—Mira, no me toques más los cojones —dijo él, reaccionando por fin y enviando a la mierda el leve intento de comportarse de forma más amigable—. Estoy cansado, me voy a mi casa a descansar.

—Ah, vale. Pues me visto en un segundo y nos vamos —anunció Portia, dejándolo solo en el dormitorio con una perturbadora imagen de su trasero mientras se alejaba caminando como solo las chicas lo pueden hacer para torturar a un tipo cabreado.

—Eh, un momento, espera. —Intentó detenerla yendo tras ella, pero para el caso que le hizo...

Portia se quitó la camiseta y se quedó desnuda de cintura para arriba, sin preocuparse de que unos ojos la observaran, se puso su vestido rojo y metió sus escasas pero valiosas pertenencias en una bolsa de plástico. Luego se calzó y esperó junto a la puerta a que él reaccionase.

—Estoy lista —dijo cantarina.

—No vas a venir a mi casa. Ni hablar.

—Pues entonces búscame una habitación de hotel... —Portia remarcó cada sílaba de *habitación de hotel* de manera que la mente masculina hiciera una rápida

asociación antes de continuar—: Acorde con mis necesidades.

—No me voy a gastar ni un céntimo más. ¿Estamos? Aquí puedes vivir perfectamente.

—Está bien... como quieras...

Esa repentina rendición le dio mala espina y la miró entrecerrando los ojos. Se la había jugado en el supermercado y no podía fiarse ni un pelo de aquella cabecita loca, aunque nada hueca. Cayó en la cuenta de que, como reza el dicho popular, hay que tener cerca a los amigos, pero aún más cerca a los enemigos, y ella desde luego ocupaba toda esta categoría.

Portia sonrió con disimulo. Aún no se le había ocurrido ninguna barrabasada que hacerle como represalia, aunque si se esforzaba un poco más lo conseguiría. Cruzó los brazos y esperó a que él se diera cuenta por sí solo de que andaba listo si pensaba mangonearla todo el tiempo.

—De acuerdo —aceptó Axel a regañadientes, y sacó las llaves del coche mientras le señalaba la puerta que conducía al taller.

Él bajó delante, porque prefería no ver cómo se las apañaba ella para descender por la escalera con aquellos tacones increíbles. La muy obstinada no se había querido poner las cómodas deportivas que habían comprado.

Se subió al coche sin abrirle la puerta y puso el motor en marcha.

Portia se acomodó en el asiento de atrás y con toda la mala leche del mundo dijo:

—A casa, por favor.

—No me toques los cojones... —masculló él, mirándola a través del retrovisor.

—Oye, que lo hago para preservar tu intimidad. Si alguien me ve contigo en el coche a estas horas pensará que tienes un lío. Sí, no me mires así. Yo no daría crédito a esos rumores porque nadie se creería que tú y yo... ¡por favor! —Portia se rio con desdén—. Ya me entiendes, pero prefiero evitarte problemas.

—Mueve tu culo aquí delante —le espetó él, a punto de abandonarla en la gasolinera.

Portia obedeció, tardando lo máximo posible y mostrándole más piel al sentarse de la que a juicio de Axel era necesario. Eso lo hizo acordarse de Paloma.

—Joder... —Gruñó, sacando su móvil para llamarla.

Portia se puso el cinturón de seguridad y cruzó los brazos.

—¿Arrancas?

—Un momento... —dijo él, haciéndole un gesto para que se mantuviera callada—. Hola, cariño, verás, me ha surgido un problema y... —Portia se echó a reír, lo que hizo que él la fulminase con la mirada advirtiéndole que no toleraría otra interrupción—. ... esta noche tengo que quedarme de guardia con la grúa.

—¿Qué le ha pasado a Elías? —preguntó Paloma.

—Pues... esto... —titubeó.

Portia resopló y pensó en echarle una mano, fingiendo por ejemplo que era una cliente y que Axel estaba ocupándose de remolcar su vehículo; no obstante, prefería

verlo pasar un mal trago y recrearse en su desgracia. Por no mencionar que el muy gilipollas hablaba como un moñas con su chica. «Es como todos», se dijo.

—Se ha puesto enfermo —respondió Axel no muy convincente.

—Pero si me lo he encontrado hace un rato y estaba bien...

—Joder... —masculló entre dientes el mentiroso y miró las piernas de Portia.

Se encontraba en la típica situación en la que no había hecho nada malo pero todas las pruebas apuntaban en su contra.

—¿Axel? —murmuró Paloma.

—Acaba de llamarme —dijo, tomando nota mental de avisar a Elías nada más colgar de Paloma.

Portia, divirtiéndose de lo lindo, bajó el parasol y comenzó a pintarse los labios de una forma poco convencional. Cualquiera cosa con tal de echar más leña al fuego.

—Me ha dicho que se siente mal y que... —Axel intentó continuar, pero le resultaba complicado ante aquella provocadora. De mala hostia, agarró el parasol y lo plegó hacia arriba, pero le sirvió de muy poco, porque Portia, lejos de estarse quieta, se acercó al retrovisor central para proseguir con sus labores de acicalamiento; al estar más cerca podía olerla—. En fin, que lo siento mucho, pero esta noche no voy a poder quedar contigo.

—Axel, hoy me has dado plantón dos veces —se quejó Paloma—. Sé que tu trabajo es importante, pero deberías pensar un poco más en mí.

Al oír esa frase, él pensó en todo el tiempo que había procurado no tener novia precisamente para no soportar recriminaciones de esa índole.

—Lo siento de verdad, Paloma, ya te compensaré —dijo, y después se hubiera dado de tortas allí mismo por soltar una estupidez semejante y con público delante.

—Así no va a funcionar nuestra relación, Axel. Yo te quiero, pero me lo pones tan difícil...

Él cerró los ojos, porque tanto topicazo acabaría con él.

—De acuerdo, hablaremos el fin de semana. Te llamo —dijo, intentando finalizar en ese punto la conversación, pues en ese momento Portia, no contenta con sacarlo de sus casillas pintándose, empezó a jugar con las patillas de las gafas de sol entre los labios de una forma muy perversa.

—¿Me lo prometes? —preguntó Paloma, y él se dio cuenta de su desconfianza.

—Sí. Te lo prometo. Adiós.

—Dime al menos que me quie...

Axel colgó antes de verse obligado a soltar alguna estupidez más en presencia de Portia. Quería llegar a casa, darse una buena ducha, cenar cualquier cosa y meterse en la cama. Así pues, maniobró para incorporarse al tráfico, dudando en todo momento de si era buena idea llevarse a aquella joven a casa. Aunque, como suele ocurrir, todavía existía algo peor, que era dejarla sola, por lo que se recordó que solo estaba escogiendo el mal menor.

Axel vivía en el centro de San Pedro del Pinatar, cerca del ayuntamiento, así que

debería ir pensando en cómo entrar en su edificio sin llamar la atención con Portia a su lado. Aparcó en el lugar de costumbre y, tras bajar del coche, abrió el maletero y sacó una chaqueta que siempre llevaba por si acaso.

—¿Qué haces? —protestó ella cuando se la colocó sobre los hombros.

—Ha refrescado. No quiero que cojas frío —mintió él, que iba en manga corta.

—Qué caballeroso —rezongó Portia, quitándosela—. Hace calor, así que tranquilo, que no me enfrío.

—Joder...

Saludó con la mano a un par de conocidos de su club cicloturista que se encontraban en una terracita próxima, que miraron a Portia como si fuera una aparición mariana.

—¡Axel! —le gritó uno—. Ven a tomar una copa con nosotros.

—¿Vas a rechazar una cervecita bien fría? —preguntó otro de la cuadrilla.

Él negó con la cabeza y metió a Portia a empujones en el portal.

—Parecían simpáticos —comentó ella—. Y me apetecía tomar algo.

—No me toques los cojones...

Nada más entrar en su apartamento, echando humo porque todo eran complicaciones, cogió el móvil y llamó a Elías para que no metiera la pata.

—¿Cuál es mi dormitorio? —preguntó Portia con la bolsa en la mano, mirando las puertas del pasillo y siguiéndolo hasta la sala.

—Ese —contestó Axel refiriéndose al sofá del salón—. Elías, escucha y escucha bien. Si Paloma te pregunta, esta noche yo me quedo con la grúa porque tú estás enfermo, ¿entendido?

—Pero ¿qué líos te traes con tu novia y la rubia? —preguntó el chico confuso, y Axel se dio cuenta por el tono de que estaba por ahí; solo confiaba en que no se hubiera ido de botellón.

—Nada que a ti te importe. Recuérdalo bien, esta noche estás enfermo y yo de guardia. ¿Comprendido?

—Esto va a traer cola... —comentó el joven divertido.

—Haz lo que te he dicho —exigió Axel con voz autoritaria antes de colgar, porque ya solo le faltaba que le replicase su empleado.

Tras ocuparse de su coartada, miró a Portia, que había permanecido callada, un mal síntoma, de pie en medio del salón. Estaba muerto de hambre y no le apetecía cocinar, así que tenía dos opciones: la primera, encargarse él mismo del asunto (y Axel cocinaba por obligación, no por devoción), o pedirselo a ella, aunque dudaba que ni siquiera supiera hervir agua.

—Voy a darme una ducha. Puedes ir preparando algo de cenar —le dijo, tentando a la suerte.

—¿Yo? —inquirió Portia señalándose—. Yo no soy tu chacha.

—Con esas pintas... —murmuró él, dejándola con la palabra en la boca.

Ella adoptó una pose de top model y sonrió de una manera que no presagiaba

nada bueno.

Axel se fue a su dormitorio y sacó ropa limpia del armario para encerrarse luego en el baño, nada de andar en pelotas o con una toalla enrollada a la cintura teniendo visitas. Otro motivo más por el que disfrutaba viviendo solo. Y mira que Paloma insistía en que compartieran piso, pero él se resistía, porque entonces no podría tirarse a la bartola en el sofá, dejar la lata de bebida en la mesa sin posavasos o pasearse desnudo. Sin embargo, debería ir pensando en modificar esos hábitos si de verdad quería que su relación con ella funcionara. Tras regresar de la boda de su hermana y después de liarse con una rubia desconocida, ahora ya no tan desconocida, Axel se había planteado centrarse de una vez por todas.

Mientras se duchaba, a toda velocidad por cierto, no dejaba de pensar qué estaría maquinando aquella loca que tenía en su apartamento. Así que se vistió a toda prisa y salió en su busca. Se la encontró sentada tranquilamente en el sofá, con cara de no haber roto un plato y, por supuesto, sin haber movido un dedo.

—¿No te ibas a encargar de la cena? —preguntó de malos modos.

Portia ni lo miró, se limitó a encogerse de hombros y a murmurar:

—Estará lista en diez minutos.

Axel frunció el cejo, porque aquello no le cuadraba. Se fue a la cocina, preparado para ver un desastre, pero nada más abrir la puerta se quedó ojiplático. Con una mujer así uno nunca estaba lo bastante preparado.

—Joder, joder, joder... —farfulló sin dar crédito—. La madre que la parió...

Todo estaba impecable, sin un solo cacharro sucio ni una sola cosa fuera de su sitio. Tal como él lo había dejado a primera hora de la mañana antes de ir a trabajar.

En ese instante, mientras pensaba en cómo deshacerse de un cadáver y que pareciera un accidente, sonó el timbre y tuvo que contar hasta diez para que no le diera un ataque al corazón. Con treinta y ocho años, era muy joven para morir por culpa de una rubia entrometida.

—Cariñooooo, la cena ya está aquí, ¿puedes venir? —canturreó Portia, y él abandonó la cocina.

Estaba en el recibidor toda sonriente, sosteniendo la puerta con una mano y la bolsa de la cena con la otra, mientras un repartidor esperaba a que le pagasen.

—Ah, hola, Axel —saludó el chico y él resopló.

Otro conocido que lo había visto con Portia. Cojonudo. A ese paso, todo San Pedro del Pinatar iba a enterarse de su no rollo con la rubia, lo que desembocaría en problemas con Paloma.

—¿Cuánto te debo? —preguntó de mala gana, porque no quería líos.

Tras encargarse de pagar la cena y de imaginar cinco formas de deshacerse de la rubia, todas demasiado agotadoras para un hombre que llevaba en pie desde las ocho de la mañana, dispuso la comida en la mesa de la cocina y Portia, toda sonrisas, se sentó lista para comer sin mover un dedo.

—Al menos podrías traer los cubiertos y las servilletas —dijo Axel, fulminándola

con la mirada, porque la arpía esperaba con pose de niña rica a que él lo hiciera todo.

Por lo visto, la muy zorra había pedido sin conocimiento, porque allí había comida para un regimiento; además, no se había cortado un pelo y también tenían vino, del caro, por supuesto. Vamos, que si la hubiese llevado a cenar fuera le habría salido más barato.

Y para su total desconcierto y enfado, ella se limitó a picotear. Nada de comer en condiciones, pese a que todo estaba riquísimo.

—¿No quieres más? —le preguntó con ironía cuando vio que solo cogía una tosta de salmón ahumado, y eso que había pedido una docena, la muy vengativa.

—Perfecto —comentó él, sirviéndose tres—, ya tenemos la comida y la cena de mañana.

Portia sonrió y se chupó los dedos, exagerando, claro, pero él debía de estar cansado, pues apenas la miró. Entonces se dio cuenta de que quizá ya había sido lo bastante cabrona por un día y que podía aflojar un poco.

Además, ya tenía ideado el plan para amargarle el día siguiente.

Capítulo 6

—Pero ¡¿qué cojones...?!

Axel, al que le había costado conciliar el sueño y estaba a punto de lograrlo, se incorporó al oír unos pasos. Pero eso no era todo, además notó cómo alguien apartaba las sábanas y se acomodaba a su lado.

—¡¿... Haces?! —Remató y encendió la luz para comprobar que el sentido del oído no le fallaba. Efectivamente, alguien se había metido en su cama y, lo que era aún más sangrante, sin su permiso.

—Intentar dormir —respondió Portia, bostezando y cubriéndose con las mantas antes de adoptar su posición preferida en la cama—. Buenas noches.

—Oye, voy a hacer como que esto no está pasando —dijo Axel, controlando su mala leche—. Vas a salir de la cama, de mi cama, te vas a volver al sofá y listo.

—No pienso pasar allí la noche —replicó Portia, moviéndose de tal forma que la manta se deslizó y él se dio cuenta de un detalle vital.

—¿Estás desnuda?

—Pues claro. ¿No pretenderás que me acueste vestida? —rezongó, para añadir con aire indolente—: Gilipollas...

—Lárgate al sofá —insistió él, sentado en la cama e intentando taparse, porque también estaba como Dios lo trajo al mundo y no le apetecía ni rozarse con ella.

—Ve tú, no te jode —replicó Portia altanera.

—Te he dejado una manta y un par de almohadas —le recordó Axel, elevando un poco el tono ante tanta testarudez.

—Mira, si quieres destrozarte la columna, es todo tuyo. Pero yo ni loca voy a dormir ahí. Aparte de incómodo, el tejido es sintético.

—¡Que te largues, joder! —gritó él, perdiendo la paciencia.

Portia, que estaba molida, se dio la vuelta sin importarle lo más mínimo mostrarle su delantera, no se iba a volver de repente pudorosa, y lo señaló con un dedo.

—Déjame en paz. Quiero dormir. Así que si tienes ganas de pelea, te esperas a mañana —le espetó toda digna, y volvió a bostezar.

—¡No podemos compartir cama! —exclamó Axel gruñendo, mientras intentaba mirarla a los ojos, porque la muy asquerosa pretendía distraerlo.

Ella resopló.

—Oye, tranquilo, ¿vale? No voy a meterte mano, ni a tocarte siquiera. No lo haría ni con un palo. Por favor, qué engreído.

—No me toques los cojones...

—Ya te he dicho que no te pienso tocar nada —contestó ella, dándole la espalda y volviendo a acostarse—. Apaga la luz y déjame en paz. Que das mucho por el culo.

Refunfuñando como una vieja sobre la inconveniencia de tener tan cerca a una rubia como aquella, y haciéndose la firme promesa de no volver a abrir la boca delante de desconocidos y de reservarse su opinión sobre la vida en general, Axel

acabó apagando la luz y quedándose dormido. Por supuesto, tuvo la precaución de situarse bien al borde, bajo ningún concepto quería rozarse con ella.

* * *

Cuando Portia volvió a ser consciente de su persona, ya había amanecido y se encontraba en la gloria, por así decirlo. Hacía mucho, pero que mucho tiempo que no dormía tan a gusto. Puede que haber tomado solo una copa de vino fuera el motivo principal, pero también el hecho de sentirse arropada, recostada sobre un cuerpo caliente y notando una mano estratégicamente colocada sobre su culo.

Se movió solo un poco y hasta tuvo la tentación de ronronear de lo bien que se encontraba. Desde luego, no le apetecía lo más mínimo abrir los ojos ni abandonar la cama. Incluso pensó que era un sueño, pero no, alguien respiraba a su lado.

Sin embargo, hay momentos que no pueden disfrutarse todo lo que una desea, y un estridente y machacón zumbido interrumpió su placentero despertar. Y no solo eso, sino que además hizo que abriera los ojos y se quedase pasmada al ver a quién pertenecía el torso sobre el que descansaba y la mano que tenía en el culo.

—¿Qué haces encima de mí? —preguntó Axel de malas maneras, mirándola como si fuera el demonio y tan sorprendido como ella de hallarse en aquella postura—. Aparta las manos.

—Pues empieza por quitar tú las tuyas de mi culo —exigió ella, separándose todo cuanto la cama le permitía. Le dio la espalda y cerró los ojos—. Joder con el subconsciente —murmuró, dispuesta dormirse de nuevo y olvidar aquel incidente.

Axel se levantó y buscó algo con lo que cubrirse para salir del dormitorio, pero cuando ya tenía los bóxeres puestos se fijó en Portia allí tapada y negó con la cabeza.

—Querida, son las siete y media —canturreó con falsa amabilidad.

—Vete a la mierda —dijo ella con la voz amortiguada por las sábanas.

—Ya puedes ir moviendo el culo. Solo hay un cuarto de baño, así que si quieres ducharte... tú verás —le dijo.

Portia refunfuñó y se dio la vuelta para mirarlo. Un error de principiante, porque mientras él levantaba la persiana para jorobarla y que la luz entrase en el dormitorio, pudo observarlo a placer. Allí de pie, en ropa interior, no tenía pinta de mecánico gilipollas, sino de macizorro despeinado. Y, la verdad, echaba de menos un buen revolcón, porque tras haberse acostado con él el día de la boda de Owen, no había estado con ningún otro.

—Ve tu primero —le dijo, para poder arañar unos minutos más y dormir.

—Ni hablar. No me obligues a meterte en la ducha a empujones —replicó él, señalando la puerta de malos modos y, claro, como era de prever, Portia lo ignoró y se arrebujó aún más bajo las mantas.

Axel, que nunca se había caracterizado por su paciencia ni por sus dotes diplomáticas, fue directo a por ella, o mejor dicho, a por las mantas, de las que tiró dejándola desnuda, en posición fetal y de muy mal humor.

—¿Es que no puedes ir a fastidiar a otra parte? —preguntó Portia con retintín. Lo que la molestaba no era estar desnuda, sino que no le permitiera dormir un rato más. Y, por supuesto, haberse despertado abrazada a él. Un imprevisto que cabrearía a cualquiera.

—¡Levántate ya! —gritó Axel, cansado de tanta tontería—. Te recuerdo que debemos cumplir un horario y si llegamos tarde te descontaré el tiempo que pierdas.

—Negrero... —farfulló ella, incorporándose de mala gana. Aunque medio segundo después cambió de parecer y esbozó una media sonrisa de lo más felina, no por estar contoneándose desnuda mientras obedecía, sino por lo que se le acababa de ocurrir para amargarle el día.

Mientras Portia derrochaba agua, porque según Axel nadie podía tardar tanto en ducharse, él preparó el desayuno. Si la muy pija pretendía que comprase productos especiales, iba lista; se tendría que conformar con café y magdalenas de las de toda la vida.

Miró el reloj una vez más. Ya llegaba tarde, así que, previendo un enfrentamiento, el enésimo, y no llevaban juntos ni veinticuatro horas, se armó de valor y fue hasta el cuarto de baño. No llamó antes de entrar, sino que abrió la puerta y se la encontró sentada sobre la tapa del retrete, untándose crema con una parsimonia exasperante.

Y lo que era peor, con el grifo abierto.

—¡Derrochar agua debería ser delito! —le espetó él, acercándose para cerrarlo.

—Qué exagerado —replicó Portia, subiendo las manos por su pierna derecha en un lento movimiento.

—Y más en una región donde no abunda —apostilló Axel en tono de reprimenda.

—La próxima vez lo tendré en cuenta —contestó con desdén.

—¿Acabas ya? Yo también quiero ducharme —dijo ante la pasividad de ella—. Tienes el desayuno en la mesa de la cocina.

—Qué detalle —se burló Portia, mirándolo de reojo; seguía llevando solo los malditos bóxeres—. Ah, por cierto, estas toallas son muy ásperas. Quiero otras nuevas, más esponjosas y suaves.

—Qué te largues, joder, que tengo que ducharme —insistió Axel al ver que no se movía.

—Todo tuyo —replicó ella, señalándole el plato de ducha, pero sin mostrar la más leve intención de abandonar el cuarto de baño.

—No me toques los cojones... —masculló él impaciente.

—¿No tenías tanta prisa? Pues dúchate y déjame en paz, que tampoco voy a ver nada del otro mundo —respondió Portia con mala leche.

Como Axel no quería perder más minutos en una discusión a todas luces ridícula, y agarrarla del brazo y sacarla a empujones era jugarse la integridad física, optó por

la solución menos mala: movió la puerta de la mampara y se metió dentro, desprendiéndose de los bóxeres y mostrándole el culo.

En ese momento debería haberse olvidado de que tenía público y meterse bajo el chorro de agua; no obstante, tenía en su mano un arma muy poderosa y muy tentadora, y la utilizó sin dudar.

—Haz el favor de lavarlos a mano y con jabón para prendas delicadas —soltó mientras se reía y le lanzaba los bóxeres a la cara, acertando de lleno.

—¡Cabrón! —exclamó ella, apartando la prenda de un manotazo y poniendo cara de asco.

La magnífica panorámica de él desnudo, por detrás y por delante, no compensaba ese gesto de pésimo gusto.

¿O sí?

Para no darse de cabezazos contra la pared y acabar rindiéndose antes incluso de poner en marcha su plan de terminar con aquella chorrada en menos de una semana, Portia se marchó del baño pasando por alto las carcajadas de él. El muy cretino hasta se había puesto a silbar.

Se sentó a la mesa de la cocina y miró la cafetera con desconfianza. Se ajustó la toalla que llevaba enrollada y, más por necesidad que por otra cosa, acabó sirviéndose una taza. Torció el gesto al dar el primer sorbo, porque esperaba un brebaje, no un café decente. Así que se llenó la taza de nuevo e hizo una concesión a las magdalenas. Se comió la mitad de una, con eso ya tenía suficientes calorías para pasar la mañana.

Como aquel gruñón había dicho, el tiempo apremiaba, y si debía vestirse para ir a trabajar no podía quedarse más rato allí sentada. Así que se fue al dormitorio antes de que él apareciera y se vistió acorde con el día que le esperaba.

Axel entró en la cocina recién afeitado, con el pelo húmedo y una sonrisa arrogante, sin duda creyéndose vencedor tras haber ganado un asalto. Una vez que hubo comprobado que ella ya había desayunado, pues allí estaban las migas y la mitad de la magdalena, se fue en dirección al dormitorio. Portia se limitó a mirarlo con desdén y a subirse la cremallera de la amorfa sudadera gris de chándal que por desgracia tenía que ponerse.

—Vamos a llegar tarde —le dijo con recochineo, dejándolo para que se vistiera.

Él apareció cinco minutos más tarde con unos vaqueros y camiseta negra, zapatillas deportivas y gafas de sol. ¿Cómo era posible que un atuendo tan básico, tan proletario, le sentara tan bien?

Portia se escondió tras sus enormes gafas de sol, lo único que le quedaba de marca, y encabezó la marcha hacia su primer día en el terrible y desconocido mundo laboral.

Axel esbozó una sonrisa, pero se contuvo muy mucho de ampliarla. Aquella nueva «empleada» rubia iba a tener que esforzarse de lo lindo, porque mentalmente él ya había trazado un excelente plan de prácticas para ella.

A pesar de todos los contratiempos, no llegaron tan tarde como Axel imaginaba, por lo que el taller abrió a su hora.

Siguiendo su rutina habitual, él se fue al despacho para ver los partes de trabajo y ella, sin nada mejor que hacer, fue detrás.

El primer punto del día era facilitarle un uniforme de trabajo a Portia, así que abrió el armario donde guardaba la ropa de faena y cogió una camiseta con el logo del taller y unos pantalones grises de mecánico de esos que regalan los proveedores cuando se les hace un pedido.

—Toma, cámbiate —le dijo sin apenas mirarla.

—¿Aquí, delante de todo el mundo? —preguntó ella, para nada molesta, solo por tocarle la moral. Sostenía las prendas como si fueran radiactivas y esperaba indicaciones.

—Ahí tienes los servicios... —murmuró Axel en respuesta, señalándole una puerta y obviando informarla de un pequeño detalle.

Portia, dispuesta a obedecer, aunque a su manera, abandonó la oficina. Miró por encima del hombro a su «jefe» y al ver que estaba concentrado en la pantalla del ordenador, hizo un barrido rápido con la vista y localizó lo que necesitaba: unas tijeras.

Las cogió con rapidez y se fue al aseo, donde nada más abrir la puerta sintió como si le dieran un bofetón.

—¿¡Qué asco, por favor!?! —exclamó, poniendo cara de circunstancias.

—Este es tu primer encargo, hacer que quede como los chorros del oro —dijo Axel a su espalda, sobresaltándola, ya con el mono de trabajo puesto—. Toma, lejía y un estropajo —añadió, dejándola sola ante el peligro.

—Este gilipollas se va a enterar... —murmuró Portia, resoplando y respirando lo menos posible para que no le diera algo allí mismo ante tanta guarrería.

Lo primero era protegerse, no fuera a ser que pillara alguna enfermedad, así que fue en busca de su «estimado» jefe con la intención de pedirle una mascarilla y unos guantes. Se lo encontró inclinado, con medio cuerpo metido bajo el capó de un Opel Corsa gris. De fondo sonaba la radio y ella negó con la cabeza.

—Vaya culo —reconoció, y después recordó que era su enemigo; no podía distraerse de su objetivo principal. Caminó hasta quedar a su altura y le dijo con falsa amabilidad—: ¿Dónde puedo encontrar una máscara antigás y unos guantes especiales para la recogida de residuos?

—Si quieres te compro un traje para la manipulación de plutonio —replicó él, volviendo un instante la cabeza antes de concentrarse de nuevo en el filtro de aire que estaba cambiando.

—Pues ya me dirás cómo pretendes que limpie ese baño, porque yo ahí no meto la mano ni por todo el oro del mundo.

—Buenos días, jefe —saludó Elías cantarín, mirándolos sorprendido de que ella estuviera allí.

—Llegas tarde, como siempre —comentó Axel—. Anda, busca unos guantes o algo para que no se rompa una uña mientras limpia el aseo.

El joven abrió los ojos como platos. Sabía que aquel sitio había sido declarado zona catastrófica hacía tiempo y que limpiarlo iba a resultar una tarea complicada. Miró a la chica con pena, pues no le gustaría estar en su pellejo. Buscó lo que Axel había indicado y se lo entregó.

—Lo siento —dijo a Portia, y luego fue hasta donde estaba su jefe y bajó la voz para que ella no oyese la conversación—: ¿No es un poco retorcido tirarse a una tía y luego ponerla a limpiar un aseo como ese?

Axel, que no estaba por la labor de dar explicaciones, lo fulminó con la mirada.

—Tú ocúpate de lo tuyo, ¿estamos?

—Lo decía porque antes, mientras me tomaba un cafelito en el bar de aquí al lado, me han preguntado por ella. Por lo visto anoche te la llevaste a casa y...

—Joder... —masculló él. Si ya lo comentaban en el bar, era cuestión de una hora que Paloma estuviese al tanto—. Joder... —repitió.

—Oye, que yo estoy de tu parte. Cuando me han preguntado, he dicho que solo es un lío de una noche, nada serio. Para no comprometerte. Que ya sé lo tiquismiquis que eres con tus cosas.

Axel se rio sin ganas.

—No me ayudes más, por favor, y ponte a currar —le dijo antes de cabrearse de verdad, porque tal como iban las cosas, todavía podían empeorar.

—Por cierto, ¿te la has tirado o no? Es que no me ha quedado claro —inquirió Elías con cierto tono de admiración.

—A trabajar...

—Vale, vale. Eres como el perro del hortelano, ni jodes ni dejas joder —rezongó el chico mientras se marchaba para cambiarse y empezar a trabajar.

Portia, por su parte, metida de lleno en el apasionante mundo de la limpieza, arrugaba la nariz porque en su vida había estado tan cerca de la lejía. Temía que en cualquier momento los guantes que llevaba se desintegraran, pero al final resistieron y poco a poco los baldosines volvieron a ser blancos, igual que la loza de los sanitarios.

Cuando acabó, se dio cuenta de que debía de haber inhalado vapores psicotrópicos tras más de una hora allí metida, pero sonrió, porque por primera vez en su vida había hecho un trabajo manual. No obstante, fueran cuales fuesen los posibles efectos de los vapores de la lejía, no bastaron para desterrar su idea de venganza y, con todo ya limpio y reluciente, bien podía dar el siguiente paso.

Se miró al espejo, puso la misma cara que la madrastra mala malísima de Blancanieves y después cogió su ropa de faena y las tijeras y decidió que, ya que estaba en un taller de automóviles, podía tunear su atuendo y su maquillaje a juego con el establecimiento.

Sonrió de nuevo.

Capítulo 7

Axel terminó con el Opel Corsa y lo arrancó para sacarlo fuera del taller a la espera de que su dueño acudiera a recogerlo. Elías continuaba ocupado con una furgoneta y, por lo tanto, solo le quedaba controlar a la rubia.

Reconoció para sí que había sido un cabronazo con lo del aseo, porque allí no entraba nadie desde tiempos inmemoriales, pues utilizaban el del apartamento superior; no obstante, tenía que encontrar el modo de bajarle los humos a Portia, porque si no ella se le subiría a la chepa y entonces él quedaría a su merced.

Al pensar eso, cayó en la cuenta de que la susodicha llevaba demasiado tiempo callada y desaparecida, lo que podía ser una bendición si se tratase de una empleada normal, pero no en su caso. Así que, tras dejar bien estacionado el coche que había reparado, fue en su busca.

No tuvo que emplearse a fondo para encontrarla, pues el silbido de Elías fue un excelente indicativo de dónde estaba. Cuando la vio no podía dar crédito a sus ojos. Ahora comprendía por qué había estado tanto rato callada. Como los niños pequeños, si no se los oía jugar era que la estaban armando.

—Alucinante —silbó Elías, admirando la estampa, mientras se limpiaba las manos en los pantalones.

Y por si acaso las cosas no estaban ya lo bastante complicadas...

—¿Axel? —La voz de Paloma llamándolo desde la puerta era lo que menos necesitaba para solucionar aquello.

La rubia se acercó sonriente, subida en sus tacones de infarto, con el mono de trabajo recortado a la altura del muslo como si fueran unos *shorts*, que incluso había deshilachado, y la camiseta verde de Grúas González, a la que le había practicado varios cortes. El primero, a la altura del escote, dejándolo en pico de tal forma que se le veía con claridad el borde del sujetador negro; y otro, por la parte inferior delantera, para poder hacerle un nudo justo por debajo del pecho y mostrarle a todo el mundo su ombligo.

—Buenos días, soy Portia, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó toda sonrisas a la recién llegada como si de una eficiente empleada se tratase.

—Axel, ¿quién es? —preguntó Paloma al borde de la histeria, mirando alternativamente a la joven y a su novio.

—La nueva secretaria —respondió Elías solícito, ganándose un guiño cómplice de Portia y una mirada asesina de Axel.

—¿Axel? —insistió Paloma desconcertada.

Él se acercó e intentó llevársela del taller, aunque por lo visto eso iba a ser misión imposible, pues lo más seguro era que a Paloma ya le hubiesen llegado los rumores de lo que todo el mundo imaginaba que había ocurrido, pese a no ser cierto.

—Vamos fuera, por favor —le pidió él, advirtiéndole con la mirada a sus dos empleados que no quería oír ni un solo comentario.

—¿Se puede? —preguntó entonces una voz, y Axel cerró los ojos.

Otra pesadilla. Genaro, uno de sus clientes habituales, cincuentón, soltero, funcionario y con tiempo libre para dar por el culo, acababa de llegar.

—Adelante —contestó Axel, tirando de Paloma para salir de allí cuanto antes.

Como era de esperar, Genaro se fijó en Portia y ella, lejos de sentirse incómoda, le sonrió y adoptó una postura que solo podría definirse como de chica calendario. En ese instante Axel se prometió quitar del taller todas las imágenes de chicas insinuantes contorsionándose sobre tubos de escape y otros recambios automovilísticos.

—¿Eres la nueva? —le preguntó el recién llegado a Portia.

Las noticias volaban.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarlo?

De nuevo aquella voz susurrante, con su acento inglés que le crispaba los nervios, y todo con Paloma presente. Cojonudo.

—En muchas cosas, criatura... —murmuró Genaro, acercándose hasta Axel para darle la típica palmada de envidia masculina en la espalda—. Eres mi héroe —le susurró, dejándolo luego para irse directo hacia Portia.

—Pues usted dirá... —murmuró ella, y como no tenía otra cosa mejor que hacer, y de paso le tocaba, pero bien, los cojones a Axel, caminó hacia la oficina como si desfilara, para alegría de su público masculino en general (con solo una excepción) y desconsuelo de la otra mujer presente, que hervía de indignación.

—¿Cómo has podido hacerme algo así? —le recriminó Paloma, siseando al que se suponía que era su novio.

—No es lo que parece... —murmuró él, sintiéndose un gilipollas olímpico, pues todas las pruebas estaban en su contra.

Portia lo oyó y se sintió aún mejor mientras cogía una de las carpetas en las que Axel guardaba los formularios de cada vehículo y acompañaba a Genaro fuera del taller para hacer ella el trabajo de recepción del coche.

El paseíllo que les dedicó fue antológico. Elías casi babeaba emocionado (le costó un triunfo no aplaudir) y, por supuesto, sin querer perderse ni un segundo, salió también fuera por si podía echar una mano. Al culo de ella, claro, pues por las palabras de Axel dedujo que a este la chica ya no le interesaba.

Mientras, en el taller estaba a punto de estallar un drama de histeria y celos femeninos de grandes proporciones.

—Antes de que te pongas nerviosa, te diré que Portia está aquí solo por cuestiones laborales, nada más —se adelantó Axel, con la intención de apaciguar un poco a una Paloma que lo miraba como si deseara estrangularlo.

—¿Tan tonta crees que soy, Axel? —respondió cabreada—. ¡Anoche te vieron llevártela a tu casa! ¿Y todavía me dices que me tranquilice?

—Joder... —farfulló él, sin saber cómo salir del atolladero. No una, sino dos mujeres tocándole los cojones. Genial.

—Habíamos hablado de volver a intentarlo, de empezar algo juntos, y tú vas y te lías con la primera zorra que aparece —continuó recriminándole Paloma despechada, recurriendo a aquellas frases manidas que Axel odiaba.

—No me he liado con ella, maldita sea. —«No al menos cuando crees», se recordó.

—Ya, claro. Y yo me chupo el dedo. No hay más que verla y verte a ti.

—Pero ¿qué dices?

—¡Que se te cae la baba, idiota! Como a todos, y ahora encima eres la envidia del pueblo.

—¡Que no pasó nada! —exclamó, frustrado por ser declarado culpable sin comerlo ni beberlo, ni follársela.

—Me mentiste. Anulaste nuestra cita porque dijiste que tenías guardia y resulta que no, que lo que querías era llevártela a tu casa para... para...

A Axel no le hacía falta que rematara la frase; además, dudaba que Paloma pronunciara la palabra que estaba pensando, pues siempre se mostraba bastante comedida al usar términos sexuales.

—... Acostarte con ella —dijo terminando su acusación.

—¿Cómo carajo te lo explico? —masculló él, respirando hondo para no acabar gritando.

—Diciéndome la verdad. No tomándome por una estúpida. Sé la fama que tienes y muchas amigas me lo advirtieron cuando empecé a tontear contigo...

—Cojonudo... —murmuró Axel, poniendo los ojos en blanco.

—No lo niegues; tienes fama de conquistador, de que no se te escapa una... Y yo he debido de ser la más tonta de todas, porque sabiéndolo me he dejado arrastrar...

A él aquel diálogo de película romántica lo enervaba, y mucho. Paloma solita y sin ayuda se estaba montando una trama alucinante y todo sin motivo. De acuerdo, las pruebas, todas ellas circunstanciales, no abogaban a favor de su causa, pero joder, un poco de confianza.

Y sí, había tenido sus líos, ¿quién no? Pero había apostado por su relación con ella. Ya estaba mayor para rollos de una noche. Y además, teniendo en cuenta las consecuencias... mejor no recaer.

—Lo estás sacando todo de quicio. Piensa un poco, por favor —le pidió en tono conciliador.

—Ese es el problema, que pienso demasiado. Yo lo estoy dando todo en esta relación y tú no te implicas emocionalmente como yo necesito que lo hagas.

Axel no resopló de milagro. Otra sarta de topicazos que lo ponían de mala hostia. ¿Es que las mujeres no podían hablar con normalidad en vez de hacerlo de esa forma tan rimbombante?

—Paloma, no tengo nada con ella —repitió, sonando todo lo convincente que pudo.

—Demuéstralo.

Ahora sí resopló, ya no pudo contenerse más. Tras las palabras enrevesadas, las acusaciones infundadas y demás estupideces, ahora llegaba la prueba. Eso que por lo visto todo hombre debe hacer para que le crean. Da igual si todo se basa en conjeturas, da lo mismo si no has hecho nada, el caso es que ellas aplican el principio de que eres culpable hasta que no se demuestre lo contrario.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —preguntó con ironía.

—Despidiendo a esa zorra —exigió Paloma.

—Joder...

Tan enfrascados estaban en la discusión que no oyeron los pasos de la comitiva encabezada por Portia, que avanzaba llevando detrás dos perritos falderos mirándole el culo como si fuera un manjar divino.

—Oye, guapa, yo no soy ninguna zorra —se defendió Portia altiva—. Yo lo hago gratis —añadió, para mayor enfado de Axel, que negaba con la cabeza mientras pensaba «¿qué he hecho yo para merecer esto?», y de Paloma, que se contenía para no arrancarle los pelos—. Y sí, anoche fui a casa de tu novio y dormí con él, pero porque su sofá es incomodísimo.

—Cállate —le advirtió Axel cabreado.

—Y tranquila, mujer, que no es para tanto. No lo tocaría ni con un palo. Todo para ti —remató, dejando a la pobre Paloma al borde del llanto histérico, a Axel como un calzonazos y a Elías encantado, porque veía oportunidades—. Genaro, ¿me acompaña al despacho para hacer los trámites? —le preguntó al encantadísimo cliente, que no dejaba de sonreír pensando que también tenía una oportunidad con la chavala.

Portia, que no tenía la más remota idea de mecánica, simplemente anotó en la hoja de trabajo: «Hace un ruidito al girar el volante». Que los mecánicos se esforzaran por averiguar el motivo de la avería y la subsanaran. Luego, con total descaro, se sentó encima de la mesa de la oficina y le pasó una copia a Genaro para que la firmara y él, sin dejar de sonreír, le entregó las llaves de su Ford Mondeo y una tarjeta con su teléfono.

Portia sospechó que, de haber sido ella una persona aprovechada, podría haber conseguido que le pagase un vestuario nuevo, unas vacaciones y hasta una liposucción.

—Lo llamaremos en cuanto sepamos qué le ocurre a su coche —dijo, buscando la grapadora para adjuntar la tarjeta al parte de trabajo.

—Espero impaciente su llamada —respondió Genaro, encantado con el trato que estaba recibiendo.

Satisfecha por la tarea bien hecha, acompañó al hombre hasta la puerta, con el consiguiente nuevo desfile, y después de despedirlo se sentó al volante, arrancó el coche y lo llevó hasta la zona del elevador para que lo arreglaran. Elías, solícito, le indicó las maniobras precisas para que lo consiguiera a la primera.

—Deberías dejar que te explique la situación —estaba diciendo en ese momento

el gerente de Grúas González.

—Escúchame bien, o la despides o no vuelvas a llamarme. Te he perdonado varias veces, pero no pienso darte más oportunidades.

—Paloma, no exageres —replicó Axel, porque, que él supiera, no tenía nada que perdonarle, pues había tenido sus rollos cuando no iban en serio, es decir, cuando se suponía que cada uno podía ir y venir a su antojo, y además tampoco habían sido tantos—. Quiero contarte por qué está aquí...

—Ya se lo explico yo, cariño —lo interrumpió Portia, acercándose a la parejita y mirando a Paloma con cierta pena por tener que aguantar al mecánico gruñón.

—Tú te callas —terció Axel, temiéndose lo peor.

—Esto es la monda —se guaseó Elías sin perder ripio y abandonando sus quehaceres para contemplar el sainete protagonizado por una novia petarda que se mostraba ultrajada, una rubia despampanante y un jefe gilipollas, porque había que serlo para no mandar a la mierda a la novia petarda.

—Pues resulta que aquí tu «novio» es un bocazas. Yo estaba tan feliz en Londres, con mis amigos, mis fiestas y mis cosas, cuando este —le señaló el pecho con un dedo y él se lo apartó de un manotazo— apareció. No te aburriré con los detalles, no son nada memorables... —recalcó bien cada sílaba para que Axel se diera por aludido—, pero no se le ocurrió otra cosa que sugerir que yo trabajara aquí por motivos que no vienen al caso, y mi hermano, lord Wesley —también remarcó lo de *lord* para impresionar un poco, pese a que su padre aún vivía y Pierce todavía no tenía el título—, aceptó su sugerencia. Y aquí estoy, durante los tres próximos meses tendré que aguantar a tu novio como jefe.

—¿Es eso cierto? —inquirió Paloma desconfiada.

—Pues sí, ya ves. Así que no veas fantasmas donde no los hay —replicó la rubia.

—¿Cómo sé que dices la verdad y que no has venido para tirarte a Axel? —insistió la novia celosa.

El aludido arqueó una ceja. La Paloma que él conocía jamás se hubiera referido al hecho de tener relaciones sexuales con alguien como *tirárselo*. Sí que estaba cabreada, sí.

—¿Tú crees que yo haría un montón de millas, viviría en una caja de cerillas y soportaría estupideces para follarme a un tipo como este cuando conozco a gente famosa a patadas? —preguntó Portia sin andarse por las ramas, mirando al «tipo» como si fuera un apestado.

Él prefirió callar, porque era mil veces preferible que lo tildara de poco atractivo una mujer como Portia, que Paloma siguiera indagando en los detalles.

—Cariño, quiero creerte —dijo esta, acercándose a su novio tras reflexionar sobre las palabras de la chica.

—Pues créetelo —apostilló Portia—. No tiene nada que merezca la pena, al menos esta mañana en la ducha así me lo ha parecido.

—¿Te ha visto desnudo?! —exclamó la pobre Paloma, a la que le daban una de

cal y otra de arena.

—Joder, ¿quieres callarte? —intervino Axel, cansado de aquel rifirrafe.

—¿A que todavía tendremos pelea de mujeres en el barro? —bromeó Elías, frotándose las manos ante la posibilidad. De producirse, por supuesto apostaría por Portia.

—Ha sido accidental —respondió esta—. Por cierto, ¿tú le lavas los calzoncillos a mano?

—¡¿Qué?! —chilló Paloma.

—Es que esta mañana me lo ha pedido —prosiguió la rubia, divirtiéndose como nunca—, y no sé, chica, eso es algo muy personal, es cosa de novias, ¿no crees? —Por el tono quedaba implícito que con lo de *novias* se refería a novias serviles.

Axel hubiera querido darse de cabezazos, a poder ser contra una viga de hierro, porque aquello iba a acabar en tragedia. Paloma, siempre contenida y educada, estaba perdiendo los nervios ante las continuas provocaciones de Portia.

No obstante, pese a todo reconoció que la jodida tenía gracia como actriz de melodrama. Aunque, por supuesto, reírle las gracias era lo último que debía hacer si quería conservar su puesto de mando, pero no por ello dejaba de pensar que era la que estaba resultando ganadora.

Y sí, una pelea en el barro de ambas, como había dicho Elías, tendría su atractivo.

—Me voy —anunció Paloma, apartándose ligeramente el flequillo de la cara—. Quiero que la despidas, Axel. No voy a tolerar que me insulte de ese modo ni que le permitas vivir en tu casa.

—Puede venirse conmigo —sugirió Elías, emocionado con la posibilidad.

—Deja de decir estupideces —replicó su jefe—. Paloma, tranquilízate, ¿de acuerdo? Hablamos este fin de semana.

—Échala de aquí. Si de verdad me quieres, debes hacerlo —dijo ella antes de marcharse y, marcando su territorio, besó a Axel en los labios con rapidez, sin pasión, antes de abandonar el taller.

—Menudo melodrama... —afirmó Elías silbando.

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó Portia sin esforzarse mucho por ser zalamera, pues era consciente de que el chico era su aliado.

—Aquí no se puede fumar —les recordó Axel gruñendo.

—Ven conmigo, rubia —dijo Elías mostrándole su paquete, el de tabaco.

Axel se quedó solo en el taller. Debería estar cabreado con Portia, pero en el fondo no lo estaba tanto como aparentaba. Paloma le había montado la típica escena de la que él siempre había huido como de la peste. La de una mujer cegada por celos absurdos, exigente e incapaz de entender que de haber querido pegársela con otra, no sería tan idiota como para llevarse luego a su ligue al trabajo y hacerle limpiar el aseo.

La frase «si de verdad me quieres...», además de ser un chantaje emocional en toda regla, significaba que él debía hacer lo que fuera para complacerla, sin

cuestionarlo, como una oveja que sigue al pastor de su rebaño.
¿De verdad la quería hasta ese punto?

Capítulo 8

Una semana más tarde...

Axel nunca creyó que pronunciaría la frase «no doy abasto», pero así era. En el taller no había espacio para un solo coche más. Elías y él estaban todo el día ocupados, sin apenas tiempo para comer. Y, lo más alucinante, con lista de espera.

Desde luego, cuando se hizo cargo del taller su ilusión era aquella, tenerlo a tope. Y era la primera vez que ocurría. Había tenido épocas mejores y peores, no obstante, nunca habían estado desbordados.

Averiguar los motivos no era muy complicado, pues no había lanzado una campaña de publicidad ni hecho ofertas, por lo que, aunque le jorobase reconocerlo, solo existía una explicación posible. La responsable de todo aquello no era otra que la joven que estaba sentada en ese momento en su despacho, respondiendo al teléfono y atendiendo a los clientes. Por lo visto se había corrido la voz por todo San Pedro del Pinatar de que en Grúas González trabajaba una Barbie mecánica y, claro, había hasta quienes se acercaban con la excusa de revisar su automóvil aunque no le pasara nada a este.

Incluso clientes que hacía tiempo que no iban habían vuelto. Y también estaba el que, con un coche nuevo, en vez de ir al concesionario para que se lo revisaran, aparecía en el taller con la ridícula excusa de que prefería dejarlo en manos de Axel porque era el mejor mecánico.

Sí, claro, y Portia una monja de clausura.

Es que el espectáculo que esta ofrecía era un poderoso imán para todo tipo de babosos. Se paseaba y/o desfilaba por el taller carpeta en mano, anotando los datos de los clientes, riéndose con ellos y ofreciéndoles inmejorables vistas de su anatomía.

Axel terminó de cambiar unas bujías y miró la hora. Sábado, más de las seis de la tarde y aún tenía que revisar un presupuesto. A ese paso iba a ser el más rico del cementerio, porque llegaba a casa molido, sin ganas de nada, ni siquiera de discutir con Portia, y eso que ella se esforzaba en provocarlo. Tras tenerlo en constante estado de alerta por si le echaba sal al café o le estropeaba un pantalón salpicándose de lejía, cosa que no llegó a ocurrir, había empezado a relajarse, porque Portia tenía un arma mucho más poderosa, y era restregarle el éxito del negocio gracias a su presencia.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Elías, entregándole el parte del coche que acababa de llevar con la grúa.

—No —contestó Axel, que no veía el momento de marcharse a casa.

Quería descansar aunque fuera un par de horas, porque le había prometido a una suspicaz Paloma que pasaría todo el fin de semana con ella, es decir, que harían cosas de parejitas. Algo que no le hacía ni puta gracia, pero como ella más o menos le había pasado por alto el tema de Portia, consideró oportuno transigir y aburrirse sábado y

domingo.

A priori no le apetecía lo más mínimo, porque, para ser sincero, ese tipo de planes nunca le habían atraído, es más, hasta se había descojonado de quienes pasaban por el tubo; pero ahora Paloma lo tenía cogido por los huevos y puede que el maldito sentido de culpabilidad hubiese hecho el resto.

—¿Puedo invitar a la rubia a salir? —preguntó Elías, sin hacer caso de su negativa y arriesgándose a cabrearlo.

Axel lo miró fijamente y negó con la cabeza.

—¿No es un poco mayor para ti? —dijo, para sacarle esa idea de la cabeza.

—¿Y qué más da? Está bien buena. Mis colegas no hacen más que preguntarme por ella y como tú no estás interesado...

—Ve de fiesta con tus amigos y déjala tranquila. Esa chica no es para ti. Te devoraría vivo —contestó, recordando lo que se empeñaba en olvidar para mantener la paz mental, porque cada vez que Paloma se ponía en plan meloso insinuándole de forma indirecta que deseaba algo más que abrazos, Axel no terminaba de animarse y se excusaba con el cansancio y las obligaciones... es decir, con lo que siempre había considerado burdas mentiras para no follar y ahora, mira por dónde, era él quien las utilizaba, sintiéndose por ello un poco miserable.

Bueno, también influía el hecho de que el sexo con Paloma era, por decirlo de una forma elegante, convencional, previsible. A ella le costaba soltarse y Axel, acostumbrado a un poquito más de acción, le parecía aburrida, pero en la vida no todo iba a ser diversión. Iba cumpliendo años y, bueno, con ella podía sentar la cabeza.

—Ojalá me devorase vivo —replicó Elías, arqueando las cejas—. Y, la verdad, estoy cansado de las chicas de mi edad, son unas ñoñas. Según dicen, las treintañeras son mucho más espabiladas. Ya me entiendes.

—Diviértete con las de tu edad, Elías —le aconsejó Axel paciente, como un adulto responsable.

La protagonista de la conversación salió de la oficina tras haber puesto al día las cuentas y se acercó a ellos. Como siempre, iba ataviada como una chica de calendario. En esa ocasión había agujereado una de las camisetas rebajadas en los lugares estratégicos, de tal forma que dejaba ver un trocito de piel por aquí, un ombligo por allá, un retazo de sujetador por acullá... lo justo para tener a toda la clientela como loca por ver si enseñaba más de la cuenta. Y luego, faltaría más, estaba la parte de abajo. Los *shorts* ya no le parecían lo bastante provocativos, por lo que se las había ingeniado para transformar un anodino pantalón negro en la prenda más sugerente posible, rompiéndolos justo por debajo del culo, enseñando a cada paso una pequeña porción de muslo y el contorno de las bragas. Si a todo ello se le sumaba su estilo al caminar, su desparpajo y sus poses, la combinación era explosiva.

—¿Te apetece venir a pasar un buen rato conmigo? —le preguntó Elías, haciendo caso omiso de la recomendación de su jefe, el cual, por cierto, cruzó los brazos a la espera de ver cómo aquella arpía lo mandaba a paseo. O no, porque con ella nunca se

sabía.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Portia, acercándose al chico y cogiéndole el paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón sin cortarse. Gesto que por supuesto deleitó a Elías.

—Salir con los colegas... tomar algo... pasar un buen rato... —contestó, como si fuera un planazo.

—En resumen, ir de botellón —intervino Axel con malicia, porque alguien con el morro tan fino como Portia seguro que rechazaba una propuesta como aquella. Algo que a él debería traerle sin cuidado, al fin y al cabo era cosa de ella y, pese a compartir cama, literalmente, no tenían una relación como para que se inmiscuyese en sus asuntos.

—¡Vale! —aceptó risueña—. Iré a casa a cambiarme.

—¡Genial! Paso a buscarte en ¿una hora?

—Dale dos, tiene que pasar por el departamento de chapa y pintura —masculló Axel, molesto al ver cómo se relacionaban sus empleados dejándolo a él al margen.

Por toda respuesta, Portia, descaro e inteligencia a partes iguales, saltándose a la torera la prohibición de no fumar, encendió un cigarrillo y, apoyándose en el hombro de Elías, exhaló el humo cual actriz glamurosa de los años treinta, molestando un poco más a Axel, que la fulminaba con la mirada.

—Pues no se hable más —dijo Elías alegre y emocionado ante la expectativa de aparecer delante de sus colegas con Portia del brazo y lo que surgiera luego.

A Axel no le quedó más remedio que morderse la lengua y tragar, porque si decía en voz alta lo que pensaba, empezaría una discusión y además se le podría ver el plumero, porque a pesar de querer obviarlo con todas sus fuerzas, pensaba en Portia y se sentía tentado por ella. Sin embargo, debía esforzarse por Paloma y para ello lo primero era pasar por casa y arreglarse; si se le ocurría presentarse en la casa de ella con vaqueros y camiseta, le montaría un buen pollo.

Pero ir a su casa para ducharse y cambiarse de ropa para un fin de semana romántico significaba coincidir con Portia mientras ella se arreglaba para salir con Elías. No estaba muy seguro de cuál de las dos cosas le daba más por el culo.

Tal como había previsto, tuvo que verla enfundarse su vestido rojo deslumbrante, el mismo con el que se había presentado en su taller el primer e inolvidable día, vestida para arrasar y levantar miles de exclamaciones de admiración a su paso, mientras él sacaba del armario unos pantalones azul marino y la siempre clásica camisa blanca. Así ataviado parecía el típico yupi idiota. Transigía hasta ese punto, pero la corbata quedaba descartada. Se remangó la camisa porque así se sentía más cómodo y se puso los zapatos de vestir. Otro suplicio por el que pasar para darle gusto a Paloma.

Con las llaves del coche en la mano, salió del dormitorio y se encontró frente a frente con Portia, que estaba saliendo del baño. Pintada como para dejar KO a quien se pusiera por delante.

«Joder», pensó, con ganas de mandar a la mierda a Paloma e irse por ahí con Portia, que, maldita sea, estaba como para caer de rodillas allí mismo.

—Vaya, no sabía que los fines de semana trabajases como camarero —le espetó ella mientras se guardaba en el bolso la barra de labios.

—Ya ves... —respondió él sin enfadarse por aquel ácido comentario.

—Pues nada, que ganas mucho con las propinas —añadió Portia, y dio media vuelta dejándolo allí con la palabra en la boca.

Elías la esperaba ya en la calle y, puesto que el apartamento de Axel estaba en el centro, no necesitaban desplazarse en coche. Eso para el chico significaba caminar al lado de ella y presumir delante de propios y extraños. Para Portia suponía en cambio la oportunidad de despejarse un poco, de volver a divertirse sin preocupaciones y de sentirse otra vez a gusto, porque la última semana, pese a los breves momentos en los que se regodeaba con las dificultades de Axel, todo había sido rutina.

Axel... Joder, parecía otro vestido así. Al verlo, su mente se había trasladado de inmediato al día en que lo conoció. Si había dicho que parecía un camarero había sido solo para tocarle la moral, pero la verdad era bien distinta. Estaba guapísimo, con un aire elegante sin llegar a ser pedante como muchos tipos a los que ella conocía de su círculo habitual. Había estado a un tris de darle plantón a Elías y provocarlo un poco solo para ver si era capaz de volver a tirárselo.

—Os presento a Portia —dijo el chico, cuando llegaron al bar donde estaban sus colegas.

Un coro de exclamaciones fue el saludo de aquellos cuatro veinteañeros, además, claro, de las miradas especulativas, pues ni en sus mejores sueños se imaginaban que una mujer así pudiera acercarse a ellos.

Elías la presentó a sus amigos y a un par de chicas que más tarde se unieron a ellos, y que, por cierto, la miraban entre la envidia y la indignación: por un lado les encantaría ser como ella, pero por otro la consideraban competencia desleal.

Portia quiso integrarse en el grupo y aceptó compartir la bebida (algo que nunca hubiera hecho en otras condiciones). También procuró reírse con las ocurrencias y los comentarios de los chicos, pero a cada minuto que seguía allí se daba cuenta de que no le gustaba mucho aquello de estar sentada en una silla de formica, bastante dura por cierto, escuchando música horrorosa y teniendo la incómoda sensación de que parecía la hermana mayor de todos ellos.

Así que dos horas después de salir de casa, se excusó y decidió regresar al apartamento. Le apetecía estar sola y, dado que el mecánico gruñón pasaría la noche fuera, tenía la oportunidad de relajarse sin ser observada. Convivir con él había sido una dura prueba. Tener que estar todo el rato alerta, incluso cuando se dormía por si volvía a tocarlo, tensaba a cualquiera.

Elías intentó disuadirla, pero Portia se mantuvo firme. Eso sí, se despidió de él dándole un rápido beso en los labios en agradecimiento por los detalles que había tenido con ella durante toda la semana, y le birló tres cigarrillos para disfrutarlos en

soledad.

Cuando llegó al piso lo primero que hizo fue ponerse cómoda: nada de camisetas agujereadas ni tacones. Se calzó las deportivas de piel sintética (no todo era perfecto), se puso un pantalón corto y, como hacía calor y Axel no estaba, asaltó su armario y escogió una camiseta sin mangas que le iba grande.

Se tumbó en el sofá y decidió no pensar en nada, porque si lo hacía no conseguiría relajarse. Llevaba solo una semana allí, pero había superado la primera prueba. Merecía un descanso.

Se acostó relativamente pronto para ser un sábado por la noche, dispuesta a disfrutar de algo tan tonto como tener toda la cama para ella sola y poder volver a dormir desnuda, cosa a la que había tenido que renunciar para no caer en la tentación.

Así que acostada en la cama, en penumbra, su idea inicial de no darle vueltas a la situación en la que se veía inmersa se fue por el retrete, ya que era demasiado importante como para mirar hacia otro lado. Haber sobrevivido una semana no significaba que fuera a seguir haciéndolo, pues había momentos en los que la rabia y la impotencia se apoderaban de ella.

Luchaba con uñas y dientes para vencer a aquel hombre, pero ¿cuál era el premio?

Suspiró y movió las almohadas en un vano intento de sentirse cómoda; sin embargo, no lo logró, y a pesar de que dormirse sería la mejor forma de dejar de pensar, el sueño le era esquivo. Resignada, se levantó y fue hasta la ventana con el último cigarrillo de que disponía, lo encendió y exhaló el humo, y por primera vez en varios días se sintió abatida. Dejar entrar al desánimo era muy peligroso, pero quizá pudiese permitirse unos minutos de autocompasión, solo lo que duraba el piti.

Después se metió en la cama convencida de que acabaría durmiéndose, y estaba a punto de lograrlo cuando oyó el chasquido de la cerradura.

—Mierda... —murmuró, dudando si hacerse la dormida o buscar unas bragas y una camiseta con las que cubrirse.

Solo podía ser él, pues nadie más tenía llaves. ¿Qué carajo hacía en casa? ¿No se suponía que estaba con Paloma?

Solo faltaba que el muy imbécil se la hubiera llevado para hacer manitas, porque a buen seguro que aquella pánfila no se desmelenaba como era debido.

Los pasos acercándose al dormitorio la pusieron de los nervios. Justo lo que no necesitaba, un enfrentamiento cuando estaba de bajón. La puerta se abrió, ya no tenía tiempo de ponerse nada encima. Se quedó quieta, tal vez Axel solo hubiese ido a buscar algo y después se largase.

Pero no, se quedó allí de pie, mirando la cama. Portia no podía verle la cara, aunque desde luego intuyó que no tenía la intención de recoger nada. Lo vigiló de reojo, para que él no se percatara de que estaba despierta. Parecía cansado, aburrido.

Se sentó en el lado contrario de la cama y empezó a desvestirse. «Joder, joder, joder», pensó ella. ¿Qué les había ocurrido a los tortolitos para que él regresara antes

de tiempo a casa? Daba igual, estaba allí, desnudándose y estropeándole el plan de estar sola un día. Lo vio tirar de mala gana la ropa que llevaba y que tan bien le sentaba y levantarse ya solo con los bóxeres, para luego apartar las sábanas con la evidente intención de meterse dentro.

—Haz el favor de ponerte en tu sitio —pidió él con voz cansada, y entonces Portia se dio cuenta de que sus dotes de actriz eran pésimas.

¿Cómo había descubierto que estaba despierta?

Daba igual, se limitó a obedecer y a colocarse en posición fetal, bien alejada de él. Desde luego, lo de dormirse ya iba a ser imposible.

Las respiraciones de ambos, quizá más fuertes de lo habitual, delataban el estado de cada uno y, claro, el que menos paciencia tenía fue el primero en romper aquel extraño silencio.

—¿Te lo has tirado?

Portia no se echó a reír de milagro al oír la pregunta. De acuerdo, podía haber sentido una irrisoria tentación de hacerlo con Elías, pero apenas le duró cinco segundos, por lo que no contaba como pensamiento impuro.

Responder a aquella cuestión quedaba descartado, así que lo mejor era que lo reconcomiera la duda, o, qué carajo, también podía utilizarlo en su contra por preguntar lo que no le incumbía.

—Por lo menos uno de los dos ha mojado —lo chinchó, tirando de la sábana sin importarle si lo destapaba.

Alex gruñó, porque volvía calentito de su cena con Paloma. Calentito en el mal sentido, ya que habían discutido y, para evitar decir una palabra de más, se había limitado a acompañarla a su casa y regresar a la suya. A la mierda el fin de semana romántico y todo porque al día siguiente él quería quedar con sus amigos por la mañana, como iba haciendo desde hacía años.

—¿Y qué te hace pensar que yo no he follado? —preguntó, poniéndose boca arriba, con las manos debajo de la nuca, consciente de que no iba a poder dormir hasta saber qué había estado haciendo la rubia con Elías.

—Déjame pensar... ¿El hecho de que si de verdad te la hubieras tirado ahora no estarías aquí conmigo, dándome la lata, y te habrías quedado con esa mujer, abrazándola? O... ¿tan mala es en la cama como para no querer repetir por la mañana?

—Paloma no es cualquier mujer —la defendió ante el tono marcadamente desdeñoso que había utilizado Portia—. Es mi novia.

—Te acompaño en el sentimiento —rezongó ella con rapidez, ganando otra vez la partida.

Capítulo 9

Cla, cla, cla...

Portia abrió un ojo al oír por tercera vez ese extraño y molesto sonido. No había descansado bien por miedo a despertarse abrazada a Axel, o, peor aún, metiéndole mano. La frustración la lleva a una a hacer cosas de lo más estúpidas; si al menos se hubiera dado un revolcón para poder sobrellevarlo... la tensión habría disminuido. Por suerte ahora estaba sola en la cama y podía estirar los músculos.

Cla, cla, cla...

—Otra vez ese jodido ruido —masculló.

No tenía la menor idea de qué podía ser... ¿Tal vez alguien dando martillazos? Pero ¿quién iba a tener tan mala leche un domingo por la mañana? ¿A Axel ahora le daba por el bricolaje? ¿O solo lo hacía para jorobarla?

Conociéndolo, lo más probable era que se hubiese levantado antes para tocarle las narices.

Cla, cla, cla...

Tampoco parecía el sonido de alguien aporreando una puerta, así que pese a desear con toda su alma dormir la mañana entera, decidió averiguar de una maldita vez de qué se trataba. Era irritante y ya no podía más. Ni la almohada lo amortiguaba y era evidente que no se trataba de un vecino. Apartó las sábanas a un lado y, cuando estaba a punto de poner los pies en el suelo, lo oyó de nuevo, esa vez acercándose al dormitorio.

Cla, cla, cla.

Y de repente todo el misterio se aclaró...

Un tipo vestido de licra negra caminaba como si fuera pisando huevos, con un casco aerodinámico en la cabeza sin abrochar y unas gafas negras deportivas. Portia no salía de su asombro. Nunca habría pensado que tuviera esa afición; le pegaba más juntarse con los amigotes y plantarse delante un televisor enorme para ver un partido de fútbol, mientras iban vaciando botellines de cerveza, soltando ordinarièces y rascándose los huevos.

Axel se detuvo junto a la mesilla y la miró como si fuera un grano en el culo, y cogió su móvil y las llaves.

—¿Adónde vas así vestido? —preguntó ella, que lo último que esperaba era encontrárselo como si fuera a correr el *Tour* de Francia un domingo por la mañana.

—A jugar al fútbol —respondió él, arqueando una ceja ante aquella pregunta tan ridícula, y para que no solo su tono fuera burlón, adoptó una pose cercana a la parodia para que lo examinase a conciencia.

—Vas muy mono, sí... —dijo Portia, tumbándose de nuevo y cubriéndose con la sábana. La visión de Axel con ropa tan ajustada era demasiado perturbadora y prefería cerrar los ojos. Ahora entendía el ruido, pues vio que llevaba las calas para sujetar los pedales de la bici enganchadas en las zapatillas y al andar resonaban.

Cla, cla, cla...

—Dos domingos al mes quedo con mis amigos del club cicloturista y hacemos rutas por la provincia —explicó él sin venir a cuento, pero no le costaba nada.

—Vaya... eres una caja de sorpresas. Nunca pensé que te gustara el deporte. Pero ten cuidado, a tu edad los esfuerzos te pueden pasar factura.

—Tengo muchas aficiones que no conoces —contestó—. Y me conmueve tu preocupación por mi salud. Tranquila, hago ejercicio con regularidad.

Portia disimuló una sonrisa. Lo había provocado, pues era evidente que no hablaban exclusivamente de deporte, pero él no había entrado al trapo.

—Yo ya quemé anoche suficientes calorías como para toda la semana —añadió, echando más leña al fuego.

Axel, al que no le hacía ni puta gracia esa posibilidad, prefirió no responder y caminó en dirección a la puerta. Se detuvo justo antes de abandonar el dormitorio y, mientras se abrochaba el casco, dijo:

—No me esperes para comer. ¿Podrás apañártelas sola? —preguntó, dejando implícito que la consideraba un desastre en el ámbito doméstico.

—No me moriré de inanición, si es lo que temes —replicó ella, evitando mirarlo. Joder, qué apretadito iba...

—Ah y pon la lavadora. Solo hay que apretar un botón y luego tender la ropa; ¿serás capaz?

—Lárgate por ahí a darles a los pedales. Ah, y no te olvides de las rodilleras y las coderas. Como le has quitado los ruedines a la bici, puedes hacerte pupa si te caes.

Axel se echó a reír y el cla, cla, cla de sus zapatillas de ciclista fue la despedida.

Ahora que por fin estaba sola y podía vagar en la cama toda la mañana no se dormía, pues tras una semana levantándose a las siete y media (¿quién se lo iba a decir?), su cuerpo se había habituado a ese maldito ritmo, y si encima le añadía la visión de aquel culo prieto enfundado en licra ya le era imposible pegar ojo.

Así que tras un cuarto de hora refunfuñando como una vieja, sola en la cama, dando vueltas y aburrida, decidió levantarse. Al estar sin compañía ni vigilancia molesta ya no tenía gracia pasearse desnuda, y como no le quedaba ropa limpia, se fue al armario y le birló a Axel unos bóxeres que harían las veces de pantalón, y otra de sus camisetas. Podía ser un incordio, pero tenía el armario bien surtido. Antes de cerrar las puertas, se fijó en el resto de su ropa. Solo un traje, el mismo que llevaba el día de la boda. Metido en su funda. Como la tonta que nunca había sido, lo descolgó y lo miró. Sí, era el mismo, y sintió un ramalazo de estupidez, porque, desde su primer divorcio nunca se había parado a pensar en un hombre y hacerlo significaba peligro. Se pondría melancólica y, puesto que no estaba en su ambiente para poder desquitarse liándose con alguien y yéndose de copas a algún club de moda donde solo hubiera gente guapa y con estilo, mejor no tentar a la suerte.

Guardó el traje en su sitio, bueno, al menos lo intentó, para que luego él no la llamase *cotilla*, no sin antes hacer una estupidez como olerlo, porque saltaba a la vista

que ya había pasado por la tintorería. Se fue a la cocina dispuesta a desayunar. Como todos los días, se encontró el café hecho, lo cual era un detalle, pues no tenía ni pajolera ida de cómo prepararlo con aquel trasto tan anticuado. Hacía tres días habían discutido porque ella le había «sugerido» que se deshiciera de aquella cafetera y comprase una de cápsulas, pero Axel, como siempre, se había negado refunfuñando, porque por lo visto cualquier gasto extra lo ponía de los nervios.

Como no había otra opción, se sirvió una taza y fue al frigorífico a por la leche. Y entonces sonrió: le había comprado leche de soja desnatada.

—Qué detalle —murmuró, sacando el envase.

Sentada en la cocina, sin nada que hacer, disfrutó de la soledad y de su café, mirando los muebles desanimada, hasta que se fijó en un pósit verde pegado en la lavadora.

—«No se te olvide poner la lavadora». —Leyó e hizo una mueca. Menudo planazo para pasar el día...

Sin recoger la taza sucia, se puso a ello. No podía ser muy difícil. Como no vio el manual de instrucciones por ningún lado, se dejó guiar por la intuición. Fue al cesto de la ropa sucia y, a bulto, fue metiendo prendas hasta llenar el tambor. Después buscó detergente y echó la cantidad que le pareció necesaria, es decir, hasta llenar el compartimento, aunque no midió bien y parte del contenido cayó chorreando. Por último pulsó el botón de encendido. No pasó nada y eso la hizo pensar que algo se le estaba olvidando...

Trató de hacer memoria; Axel se ocupaba de esa engorrosa labor durante la semana. Axel... con pantalones de ciclista ajustados... Mmm, mejor no pensar en eso.

—Vale, hay que elegir el programa y listo... —comentó, mirando la rueda.

Como solo vio letras y números, eligió la posición del medio y pulsó de nuevo el botón de encendido. La lavadora empezó a funcionar. Sonrió, satisfecha por haberlo logrado, y se fue a la ducha; necesitaba un buen baño.

Decidió que nada de una ducha rápida, disponía de tiempo para ella y podía aprovecharlo. Por desgracia lo del baño con espuma y sales aromáticas quedaba descartado, no solo por la falta de su gel de baño especial que siempre usaba en casa, sino también porque Axel solo tenía ducha, no bañera. Un ligero contratiempo.

Bueno, se limitaría a la ducha y luego se daría un buen masaje en las piernas, se pintaría las uñas y se alisaría el pelo, porque la verdad era que lo llevaba hecho un desastre con aquel champú barato que ese tacaño le había comprado.

Limpia, exfoliada, la manicura decente, el pelo arreglado...

Tres horas más tarde ya no sabía qué hacer para entretenerse. Tenía que prepararse algo de comer, pero cocinar, como otras tantas labores domésticas, no era lo suyo, aunque como tenía tiempo de sobra se puso manos a la obra. Abrió los armarios y buscó en ellos. Se decidió por algo que todo el mundo decía que era fácil: la pasta.

Sin embargo, lo que para cualquier mortal mayor de catorce años era un plato sencillo de preparar, para Portia fue desesperante. Leyó las instrucciones de cocción, pero se despistó y en vez de macarrones obtuvo un amasijo de pasta incomible. Lo tiró y empezó de nuevo, vigilando esta vez con más precisión el tiempo; no obstante, tampoco tuvo éxito. Irritada pero aún decidida a alcanzar su objetivo, desterró la idea de la pasta y se pasó al arroz, otro plato *a priori* sencillo...

Dos horas más tarde, estaba sentada frente al televisor comiéndose un bocadillo de pan de molde (algo prohibido por su nutricionista de cabecera), porque era lo único que había sido capaz de prepararse. Al menos no se moriría de hambre. También se había cogido una fruta y un yogur, con eso aguantaría hasta la cena.

Sin otra cosa que hacer, se tumbó en el sofá de material sintético con el mando a distancia. Pasó la tarde aburrida y sin más objetivo que vegetar y, por extraño que pareciera, llegó a la conclusión de que echaba de menos a Axel. Un motivo más para darse de tortas, pues echar de menos a un tipo gruñón como aquel significaba estar muy mal de la cabeza o falta de sexo, no estaba segura. Dormir con él todas las noches había sido una dura prueba que la iba a volver majara. Su «jefe», por su parte, se había portado bien, nada de rozarse accidentalmente o tocarla, más bien la evitaba.

Resoplando, haciendo *zapping*, desganada y tumbada en el sofá se la encontró Axel a las siete de la tarde, cuando volvió a casa. A pesar de que llegaba con unas ganas terribles de ducharse, se fue directo a buscarla y, la verdad, no se esperaba encontrar una estampa similar. Portia con la cara lavada, sin un gramo de maquillaje y con su ropa puesta. Eso sí, las uñas de los pies resaltaban pintadas con esmalte rojo.

Pensó algo que decir que fuera gracioso y provocativo a la vez, pero al final prefirió recurrir al clásico «hola».

—Vaya, veo que no te has hecho ni un rasguño; mejor, porque no me apetece jugar a las enfermeras. Y además no quedan tiritas de dibujos.

Axel sonrió ante su saludo. Por lo visto seguía en plan combativo. Perfecto.

—Ni loco me dejaría curar por ti. Dudo que tengas conocimientos de enfermería —contestó, dejándola en el salón y yéndose al cuarto de baño.

Portia se encogió de hombros, por supuesto que no tenía la más remota idea de primeros auxilios, pero podían pasárselo muy bien jugando a médicos.

—Tú te lo pierdes —murmuró, sabiendo que él no podía oírla.

Axel, por su parte, tras darse una revitalizadora ducha se fue al dormitorio en busca de ropa limpia, no sin antes dejar la otra en el cesto de la sucia. Al hacerlo torció el gesto, pues había sido muy claro antes de marcharse y le dio mala espina lo que allí vio. No quería cabrearse antes de tiempo, pero la duda pudo con él y, con solo la toalla enrollada a la cintura y descalzo, fue a la cocina para comprobar si, como le había dicho, la colada estaba en el tendedero.

—¡La madre que la parió! —exclamó, sin poder creer lo que tenía delante. Aquello era zona catastrófica de primer nivel—. ¡Joder! Pero ¿qué coño ha hecho esta loca?

No sabía si llorar o mandar reformar la cocina, porque tal como estaba, se tardaría menos que en limpiarla. Ni un solo milímetro de la encimera estaba libre. Había cacharros con restos de comida amontonados por todos lados y papel de cocina arrugado y pringoso. Azulejos salpicados de a saber qué, detergente goteando de la lavadora...

Echando humo por las orejas, fue al salón, donde se encontró a Portia tan pancha acurrucada en el sofá y con cara de no haber roto un plato, lo cual era cierto, ¡porque no quedaba un puto plato limpio que romper!

—¿Se puede saber qué cojones has hecho en mi cocina? —preguntó elevando el tono, porque con el cabreo que tenía le resultaba imposible serenarse.

—La comida —respondió ella, mirándolo como a un gilipollas—. Ah, y también he puesto la lavadora, como tú querías —añadió con aire indolente.

—Haz el favor de no tocarme los cojones, que me tienes calentito —masculló él, de pie delante de ella y, claro, Portia no desaprovechó la ocasión para arrimar el ascua a su sardina.

—Oye, guapo... —Lo miró de arriba abajo como miraría un escaparate en busca de algo interesante y, al no encontrarlo, mostrar su desilusión, solo que en ese caso sí lo había encontrado, pero no podía permitirselo—... a mí no me eches la culpa de que tu novia sea una estrecha y no se deje. Llámala y que te los toque ella. Déjame en paz.

—Haz el favor de mover el culo hasta la cocina y limpiar ese desaguisado, que, por cierto, no sé cómo narices has hecho, porque es imposible manchar tanto en tan poco espacio —dijo tenso, muy tenso.

—Vas listo. Yo ya he puesto la lavadora, lo menos que puedes hacer tú ahora es recoger. Eso es igualdad.

—¡No me toques los cojones! Ni igualdad ni hostias.

Cansado de sus respuestas, a cual más desesperante, la agarró sin contemplaciones del brazo, tiró y la puso en pie sin importarle la resistencia que obviamente ella ofrecía. Casi a rastras y pasando por alto sus quejas, la llevó hasta la zona cero y la metió dentro de un empujón.

—Voy a vestirme y cuando vuelva quiero ver esto como los chorros del oro, ¿me has comprendido?

Portia cruzó los brazos y, arrogante y dispuesta a no obedecer, se apoyó en el frigorífico y miró a Axel entrecerrando los ojos. Iba listo si pensaba que con esas voces la intimidaría. Como él continuaba allí sin moverse, solo con la jodida toalla que la ponía de los nervios, abrió la nevera y sacó una cerveza. Pasó por delante de sus narices buscando el abrebotellas y con total parsimonia quitó la chapa y la tiró al cubo de la basura, encestando a la primera.

Axel arqueó una ceja ante aquella manifiesta insubordinación, pero aún la arqueó más cuando Portia, en un claro gesto provocativo, empezó a beber a morro, teniendo especial cuidado en rodear el cuello de la botella con los labios y de ese modo imitar

un gesto sexual imposible de obviar.

—¿Decías? —preguntó.

Pero Axel no estaba para tonterías. No podía olvidar que aquella niña malcriada había dejado su cocina hecha un desastre y que encima pretendía irse de rositas. Toda la situación se le estaba yendo de las manos. Primero Paloma con sus ridículas imposiciones, prohibiéndole que se fuera de ruta en bici con sus colegas de toda la vida, y ahora Portia, con una sublevación doméstica en toda regla. Por no mencionar la descarada insinuación.

—Por si tienes problemas de oído, he dicho que voy a vestirme y que cuando...

Ella no lo dejó terminar. Recorrió la distancia que los separaba y se quedó frente a él, con la botella cerca de los labios aunque sin rozarla con ellos.

Axel entrecerró los ojos. Aquello no podía significar nada bueno.

Portia sonrió, una de sus sonrisas maliciosas.

—¡Pues vístete de una jodida vez! —exclamó, antes de tirar de la toalla y dejarlo desnudo para recreo de su vista y ¿enfado? de Axel.

Se escapó corriendo por el diminuto pasillo con la toalla en las manos hasta llegar al cuarto de baño, donde la dejó tirada en el suelo.

Axel la siguió, importándole un pimiento estar en bolas.

—Vas a recoger la cocina, te pongas como te pongas —la amenazó, acorralándola en el baño.

Portia tragó saliva. Su alarma interna decía «Peligro, mucho peligro». No tanto por lo que él pensara hacerle, sino por ella misma, porque si con la toalla estaba la mar de atractivo, sin ella para qué contar. Además, al parecer su numerito con la botella lo había animado bastante.

—¿Y qué vas a hacerme si no obedezco? —lo provocó, mirando de reojo su entrepierna y mordiéndose el labio como una niña mala caprichosa.

Axel tenía que pensarlo muy bien antes de formular su amenaza. Ya no se trataba de una cuestión doméstica, ella lo ponía al límite y era una cuestión de orgullo.

—Mírame a los ojos —ordenó y, pese a que tocarla podía ser contraproducente, le cogió la barbilla, obligándola a obedecer.

Portia no estaba por la labor de acatar ninguna orden; no obstante, tuvo que reconocer que aquel tono bajo, susurrante, tocaba una fibra de su ser que no debería tocar. Tragó saliva, estaban en un reducido espacio, no podía ni siquiera levantar la rodilla y zafarse de él. Axel la tenía acorralada y, lejos de sentirse molesta, lo cierto era que sintió el cosquilleo previo a la excitación entre las piernas. Otro signo más de que necesitaba echar un polvo, pero él no era el candidato idóneo.

Axel perdió por un instante la concentración y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para recordar, uno, que Portia era su «enemiga», y dos, que Paloma seguía, o debería seguir estando presente para él a la hora de tomar decisiones. Acordarse de su novia hizo que retomara el buen camino y, sonriendo de un modo bastante cínico y aprovechando la ley de la ventaja, empujó a Portia hasta

colocarla bajo la ducha y sin contemplaciones abrió el grifo del agua, fría, por supuesto.

—¡Serás hijo de mala madre! —chilló ella.

—Esto te refrescará las ideas —dijo, riéndose y apartándose.

—¡Cabrón!

Portia salió porfiando, gruñendo y tiritando de la ducha. Se desnudó y buscó una toalla con la que secarse. Cuando se miró al espejo hirvió de rabia, parecía un perro mojado; sin embargo, más allá de su apariencia, lo que la irritaba de verdad era verse como perdedora.

Con el orgullo tocado pero no hundido, se fue por ropa seca pensando en cómo devolverle el golpe, porque iba a hacerlo y con intereses.

Vestida con un horripilante chándal, fue a buscar al objeto de su ira y se lo encontró en la cocina con el trapo en la mano, recogiendo los restos de su experimento culinario. Por lo visto, Axel prefería darle un remojón y ceder antes que tener la cocina hecha un asco.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó con guasa.

—No, deja, que aunque parezca imposible, eres capaz de romper más cosas o de quemar algo y no tengo ganas de llamar a los bomberos —respondió él sin mirarla.

—Es una pena, la verdad, me apetecía un poco de acción esta noche —comentó, refiriéndose a los bomberos.

—Deja de tocarme la moral —masculló Axel.

—Como tú quieras —convino, mostrándose inusualmente dócil.

Portia se sirvió una copa de vino y se limitó a mirar el desorden que había causado en su intento de prepararse la comida. Como mucho, se apartaba cuando él pasaba cerca. No movió ni un dedo. Hubo de reconocer que verlo ocuparse de esos menesteres le extrañó, pues nunca imaginó que fuera hábil en el ámbito doméstico.

Cuando él terminó de ordenarlo todo y la cocina volvía a verse normal, Axel torció el gesto al darse cuenta de un detalle que con todo aquel desastre no había tomado en consideración.

Se agachó junto a la lavadora y negó con la cabeza al ver que estaba llena de ropa.

—Joder, no me digas que has puesto la lavadora y no has sido capaz de tenderla.

—Está bien, no te lo diré —comentó Portia indiferente, bebiendo otro sorbo de vino. Daba gusto verlo así, en cuclillas. Ocultó su sonrisa.

Axel abrió la lavadora y fue sacando toda la ropa empapada para descubrir con verdadero terror que aquella insensata no había separado las prendas por colores y que las más claras se habían teñido.

—No me lo puedo creer —gimió tras respirar hondo, porque no daba crédito. Cogió una camiseta gris y se puso en pie, mostrándosela; estaba llena de manchas azul oscuro—. ¿Cómo coño ha pasado esto?

—¿Y a mí qué me cuentas? —replicó ella disimulando una sonrisa, porque, mira

por dónde, sin esforzarse ya tenía su venganza por el remojón de antes. Para rematar solo tuvo que añadir—: ¿Preparas tú la cena o me encargo yo?

Capítulo 10

Otra semana más tarde...

El éxito de clientes de la primera semana no fue un espejismo. La segunda semana de Portia como trabajadora de Grúas González fue aún más alucinante que la primera. Y eso a Axel lo llevaba por la calle de la amargura. Toda una contradicción, pues el negocio le iba viento en popa y la caja estaba llena, pero le escocía que ella se exhibiera delante de todos aquellos hombres. Le parecía una falta de respeto hacia sí misma y, de haber podido evitarlo, desde luego que lo habría hecho.

Optó por no mencionárselo, pues se lo tomaría a la tremenda y eso se traduciría en su radicalización.

Otra semana más de trabajo a destajo y de enfrentamientos con Paloma, que todos los días se pasaba por el taller al salir de su trabajo y se sentaba en la oficina para vigilar, cual inquisidor, cualquier movimiento que pudiera confirmar sus sospechas. Por supuesto, su presencia fue munición extra para la provocación de Portia, pero para Axel fue un suplicio, pues le resultaba muy incómodo trabajar siendo observado.

El que se divertía, y de lo lindo, era Elías. Con toda aquella situación se lo pasaba en grande chinchando a Axel y haciendo bromas con Portia sobre la «vigilanta» que tenían. Que si fruncía el cejo, que si no podía ir peor conjuntada, que si parecía una abuela... cualquier cosa para divertirse a costa de la amargada Paloma.

Elías, todavía esperanzado, continuaba tirándole los tejos a la rubia, ya sin molestarse en disimular delante de un Axel atado de pies y manos, pues cualquier gesto de mínimo interés hacia ella fuera de lo laboral sería de inmediato motivo de conflicto, y ya estaba el ambiente bastante enrarecido con Paloma como para enfadarla aún más.

Esta quería que el siguiente fin de semana lo pasaran juntos, el anterior había sido un fiasco y deseaba intentarlo de nuevo, pero Axel se resistía, no solo porque dudaba que pudiera soportar hacer las cosas que a Paloma tanto le gustaban, sino porque además el miedo a cómo podría encontrar su apartamento al regresar le impedía distraerse.

Mientras él vigilase, la cosa iba tirando; cada noche preparaba la cena y Portia recogía (más o menos) todo bajo su mirada. Después compartían cama, pero nada más, y, todo había que decirlo, habían ido limando asperezas o podía ser que ambos llegasen tan cansados a casa que no tuvieran fuerzas para discutir. Como era lógico, a Paloma no le hacía puta gracia que ambos vivieran bajo el mismo techo, pese a que Portia, en un alarde de sentido común, había jurado y perjurado que Axel dormía en el sofá.

—Bueno, jefe, por hoy ya basta —dijo Elías, entrando en el despacho, donde Axel hablaba por teléfono y Paloma, a su lado, cruzada de brazos, fruncía el cejo. Miró a la novia del jefe y le sonrió un poco forzado; no quería malos rollos, aunque

era difícil hacerse amigo de una mujer que lo miraba por encima del hombro.

—Estoy que me muero de sed —dijo Portia, secándose el sudor de la frente como solo ella podía hacerlo, mientras entraba también en una oficina que empezaba a parecer el camarote de los hermanos Marx.

Fue hasta el pequeño frigorífico y sacó un botellín de agua que primero se pasó por el escote para refrescarse y después por la frente. Elías sonrió encantado con la visión, Axel la fulminó con la mirada y Paloma soltó algo así como «zorra» entre dientes.

—Qué fresquita —dijo Portia cantarina, dejando que algunas gotas resbalasen por su barbilla y de ahí a su pronunciado escote.

Elías babeó, Paloma repitió «zorra» y Axel se pasó la mano por la cara, ya que su taller se había convertido en el escenario de un sainete, y todo por su mala cabeza.

—Aquí está el parte de trabajo del coche de Venancio. Todo revisado —dijo el chico, entregándoselo a Axel—. Yo me marchó, que tengo planes. ¿Te apuntas, Portia?

Ella puso morritos, como una consumada *porno star*, y después negó con la cabeza; eso sí, sonriendo para que el chico no se sintiera desairado.

—No. Hoy no. Como Axel se marcha el fin de semana... por ahí —esto último lo dijo con sorna—, tendré la casa para mí sola y por fin podré pasearme desnuda sin molestarlo. No te imaginas lo tiquismiquis que es este chico con esas cosas, como si nunca hubiera visto a una mujer desnuda...

Y hasta suspiró con exageración, faltaría más, para que sus palabras fueran aún más provocadoras. Axel ya no sabía dónde meterse y Elías arqueó las cejas emocionado al imaginar la escena. No así Axel, que casi se atragantó y evitó mirar a Paloma, algo que no le hacía falta para saber qué cara estaba poniendo.

—Vámonos ya —dijo esta altiva, poniéndose en pie y situándose junto a Axel con la típica pose de novia celosa-posesiva.

«Como si eso pudiera detenerme», pensó Portia, aunque prefirió coquetear un poco más con Elías, su incondicional servidor.

—¿Me acercas a casa? —le preguntó.

—Faltaría más —dijo él, encantado de poder seguir adorando al objeto (inalcanzable) de sus deseos—. Te llevo en la moto.

—No, que eres un peligro, mejor llévate un coche —intervino Axel, arriesgándose a tener un conflicto con Paloma; sin embargo, debía velar por la seguridad de sus «empleados».

Elías optó por no cabrear más a Axel, al que veía muy tenso, y aceptó la sugerencia, por lo que quince minutos después, Portia entraba en casa, tras dejar a su compañero con la miel en los labios, pues, como hacía cada tarde al acabar su jornada laboral, le daba un pico y punto. El pobre se marchaba con una sonrisa tontorróna, dedicándole un piropo que la rubia agradecía, pero nada más.

Otra vez sola. Eso sí, tras dos semanas sin tener a la asistenta ni a la cocinera

cerca había aprendido a valerse por sí misma, por lo menos a un nivel básico. Muy básico. Le había prometido a Axel que no volvería desordenar la cocina y, ante la duda, él le había dicho que no tocara nada, bajo pena de una ducha fría.

Bueno, bien mirado una ducha fría tampoco era tan mala, pues estaba hasta la peineta de soportar su frustración sexual. Podía prescindir de los hombres, desde luego, para eso estaban sus sofisticados y añorados juguetes, que ahora echaba de menos. Si su «querido» hermano le hubiese dejado hacer la maleta, ahora estarían junto a su ropa y no tendría que apañarse de otra forma más manual... pensó mientras se preparaba la cena.

Tomó fruta, algo que la fascinaba, pues desde que estaba allí alucinaba con la calidad y el precio de la misma, y un yogur. Nada que pudiera poner en peligro la integridad de los electrodomésticos. Había hecho una promesa al respecto.

Cuando acabó de cenar, y sintiéndose un poco ridícula, llevó la bandeja a la cocina y lo dejó todo recogido. No era tan difícil. Se tumbó en el sofá y buscó algo que ver en la tele que mereciera la pena. En un canal daban una peli que hacía tiempo que no veía y que siempre le había gustado: un clásico en blanco y negro, *La reina Cristina de Suecia*. Oh, cómo disfrutaba viendo a la Garbo. Sus primeros planos, la mujer que representaba... y ese final amargo... Pese a saberse los diálogos y las escenas casi de memoria, Portia no pudo evitar llorar.

También puede que su estado anímico influyera, pues aunque se hacía la fuerte el noventa y nueve por ciento de las veces, tenía que reconocer que era muy duro estar siempre alerta a los ataques de una novia ultrajada y un mecánico gilipollas. Y además jugando en campo contrario. Solo podía contar con el apoyo de Elías. Menos mal, sonrió al pensar en él. Era una pena que fuera tan joven.

Apagó la tele y miró la hora. Casi la una de la madrugada. Hacía calor y abrió la ventana para que entrara un poco de aire fresco, pero no hubo suerte, así que decidió darse una ducha antes de irse a la cama. Si dispusiera de dinero, tendría cigarrillos, o si Elías le hubiera hecho un préstamo; sin embargo, tocaba aguantarse.

Darse duchas frías a su edad era de lo más ridículo, así que puesto que estaba sola y nadie podía interrumpir su sesión de autosatisfacción, y como era una de las mejores formas de liberar la tensión y de conciliar el sueño, empezó a tocarse. Nada de ir despacio, nada de ir probando; se colocó una mano entre las piernas y, mientras dejaba caer el agua tibia sobre su cuerpo, presionó sobre su clítoris, emitiendo el primer gemido. Hasta ese instante no fue consciente de cuánto lo necesitaba. Con el dedo índice continuó frotándose, al tiempo que apretaba los muslos. Cerró los ojos concentrada, en busca de una imagen erótica que la ayudara y, por desgracia, la que le vino a la cabeza no fue la que deseaba. De ninguna manera quería correrse con Axel protagonizando una fantasía, por mucho que el mecánico la incitase a ser atrevida. No, nada de eso. Había estado con suficientes hombres como para encontrar otro aliciente.

Respiró, dejó de tocarse y pensó en su apartamento... en su bañera de

hidromasaje... en el perfume del gel de baño... en su vibrador de doble cabezal... y en Axel mirándola excitado.

—¡No! —gimió, enfadada porque él se había colado de nuevo en su idílica composición.

Inició todo el proceso de nuevo, resignada a tener un invitado no deseado en su cabeza. Sin embargo, no hubo forma, él se deslizaba en cada una de sus fantasías, por lo que acabó rindiéndose a la evidencia. Quería correrse y punto. ¿Qué más daba?

Cambió de postura para que el agua le acariciara el pubis, mientras su mano se movía con rapidez entre sus muslos, logrando retomar el ritmo necesario. Presionó lo justo sobre el clítoris, recorrió sus labios vaginales para darse pequeños respiros antes de ser más contundente...

Gimió bien alto, estaba sola y aquello desataba todavía más su excitación. Su cabeza no dejaba de recrear imágenes picantes, lo cual le iba de perlas. Apoyada en la pared de azulejos, sentía el frío en su espalda, un magnífico contraste, porque todo su cuerpo ardía. Gimió bien fuerte, se mordió el labio, qué placer...

Cerca, sentía el orgasmo tan cerca que inspiró hondo, preparada para disfrutarlo. Su dedo índice se movía ya sin control, sus jadeos la delataban y su boca entreabierta buscaba aire. Estaba a un paso, a un único paso de correrse. No era consciente de nada más...

—Deja que me ocupe yo...

Portia abrió los ojos como platos, aunque mantuvo la mano entre sus piernas. Lo último que esperaba. Axel estaba de pie frente a ella, empapándose la ropa, respirando igual de agitadamente y acorralándola contra la pared del fondo. El reducido espacio jugaba en su contra, Portia no podía evitarlo y él lo sabía.

Tomó el mando, le quitó la mano y la sustituyó por la suya. Portia le apartó el pelo mojado que le caía sobre la frente para poder verlo bien y separó un poco las piernas. Y Axel supo aprovechar la ocasión. La encontró suave, resbaladiza y la penetró con dos dedos, disfrutando del gemido que ella emitió, y todo sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Esto es lo que necesitas? —preguntó, conteniéndose para no besarla también, porque el cuerpo le pedía acción de varias formas creativas.

Su tono ronco evidenciaba que también estaba cachondo.

—Sí... —gimió, encantada con la rudeza y la precisión de sus dedos.

Axel había llegado a casa hastiado y con un dolor de cabeza impresionante; lo último que esperaba encontrar era a una rubia masturbándose en la ducha y, si bien podría haberse quedado mirando y disfrutar del sensual espectáculo, había preferido participar. Pese a que hacerlo podía implicar ganarse un bofetón. Sin embargo, ella se había limitado a mirarlo, en un primer momento con cara de lógica sorpresa, para después dejarlo meter la mano entre sus espectaculares muslos y ser él quien la tocara. Y no solo con un roce, sino penetrándola con los dedos y sintiendo el calor, la suavidad y cómo se tensaba.

Curvó los dedos en el interior de su sexo, pensando en cómo sería utilizar también la boca y, en respuesta, Portia se pegó a su cuerpo, escondiendo la cara en su cuello y amortiguando un poco los gemidos que emitía. Unos gemidos que a Axel le sonaban a música celestial. Deseaba acariciarla, no solo entre las piernas, pues sus tentadores pezones, duros y mojados, le provocaban ideas de lo más excitantes; sin embargo, prefirió concentrarse solo en un punto.

—Un poco más fuerte —rogó, tragando con dificultad mientras se contoneaba sobre su mano, desesperada por correrse.

—Por supuesto —convino él, porque le costaba muy poco satisfacerla.

Presionó no solo con las manos, sino también con todo su cuerpo, echándose sobre ella y apretándola contra la pared. Notaba la camisa empapada, lo mismo que los pantalones de vestir, pero le traía sin cuidado. De buena gana mandaría a la mierda su ropa con tal de poder seguir tocándola de aquella manera.

Los recuerdos del breve encuentro que tuvieron en el hotel y que tanto se había empeñado en olvidar cada noche cuando la tenía durmiendo a su lado, regresaron, y no solo eso: le sirvieron para que se volviera más codicioso.

Portia se aferraba a su hombro, clavándole los dedos como una gata salvaje a punto de ser domesticada, mientras Axel continuaba hundiendo los dedos en su interior y frotándole sin piedad el clítoris. Notaba lo cerca que estaba de correrse y se apartó lo justo para poder observar su rostro. Allí estaba, con los ojos entrecerrados, la cara limpia, despeinada, pero sin perder aquel aire orgulloso y altivo tan propio de ella. El mismo que lo cabreaba y lo excitaba a partes iguales.

—Axel... —gimió.

—Joder, Portia... —Gruñó él, sin perderse ni un solo gesto—, te estás deshaciendo en mis manos.

Ella inspiró hondo. Nunca había sido amiga de ese tipo de declaraciones tan previsibles y se lo hizo saber.

—Deja de decir cursilerías y méteme otro dedo —exigió.

¿Quién era él para no cumplir sus órdenes?

Lo hizo y, con la mano libre, la sujetó a la altura de la garganta para que se arqueara y, pese a ser una postura algo forzada, logró que al sentirse más expuesta aumentara su excitación.

Portia a duras penas conseguía respirar, la mano en su cuello la forzaba a hacerlo por la nariz. Miraba a Axel y no podía evitar que la tensión se le acumulara en el sexo; los dos allí bajo el chorro del agua, ella desnuda, él vestido, recreando una escena típica, tan típica que *a priori* podía resultar ridícula, pero que la ponía muy cachonda.

Su intenso jadeo confirmó su intuición. Axel fue un poco más allá y presionó su clítoris con el pulgar. No fue suave ni amable. No era lo que ella deseaba. Tenía que ser primitivo y violento.

—Córrete, Portia —le exigió, tan tenso o más que ella.

Y Portia se derritió allí mismo. Boqueando incluso como un pez fuera del agua.

Axel cerró el grifo y la sujetó, cogiéndola por debajo de las axilas, un último gesto antes de salir de la ducha, y la habría llevado en brazos hasta la cama si ella no se hubiera rebelado.

—No me toques —siseó, buscando una toalla para secarse y evitando mirarlo; tras el orgasmo se sentía rabiosa consigo misma por haber sido tan débil.

—Un *gracias* no estaría de más —masculló Axel, empezando a quitarse la ropa empapada de malas maneras, porque la muy zorra ahora se mostraba otra vez altiva y encima hasta ofendida.

—¿Por qué? —preguntó orgullosa, secándose el pelo con energía.

No quería fijarse en él; no obstante, resultaba muy difícil no hacerlo mientras se iba sacando todas las prendas empapadas.

—Si quieres, me acerco y te lo recuerdo —insinuó Axel, tirando la camisa de vestir hecha una bola al cesto de la ropa sucia. Agarró de mala leche otra toalla y comenzó a secarse el torso.

—No te he pedido nada, me estaba ocupando yo sola del asunto —replicó Portia, pasándose un peine por el pelo para desenredárselo.

—Pues no te has quejado —respondió él, y se desabrochó los pantalones.

—Espera que salga, no quiero tener pesadillas antes de dormir —dijo ella, y lo empujó para salir del cuarto de baño.

Axel continuó desvistiéndose, mientras despoticaba sobre la estupidez humana, la suya en particular, porque mira que uno llega a hacer bobadas. Pero, tras pasar cuatro horas con Paloma, aburriéndose como una ostra, para acabar discutiendo por el temita de siempre, había optado por dejarla plantada y regresar a su apartamento a la espera de que las aguas volvieran a su cauce. En el camino de vuelta había estado pensando en cómo plantearle la situación a Paloma, porque así no podían seguir.

Al entrar en casa, había oído el ruido procedente del cuarto de baño y le extrañó, ya que a esas horas esperaba encontrar a Portia dormida, no masturbándose en la ducha. Y, claro, después de tantos días en dique seco, con aquel increíble cuerpo que cada día contemplaba (él y unos cuantos más) ahora mojado, acariciándose, tras las noches que había pasado durmiendo a su lado... ¡Joder! ¿Quién era el valiente que se contenía?

De todas formas, parecía que lo hubiesen mirado una panda de turtos, porque con Paloma las cosas se habían torcido, y mucho, pero con Portia nunca podría funcionar nada.

Se miró al espejo y, algo más tranquilo, bajó la vista y negó con la cabeza; esa noche tampoco mojaría. Resignado, y puesto que casi eran las dos de la madrugada de un olvidable sábado, recogió el cuarto de baño y se fue a la cama.

Allí estaba ella, tumbada en su lado de la cama, tapada y dándole la espalda. Como todas las noches. Casi era mejor hacer que fuera verdad la mentira que le decían a Paloma y dormir en el sofá, pensó Axel con ironía.

Se acostó boca arriba. Eran muchas las cosas que se le pasaban por la mente, empezando por la fundamental: ¿cómo había llegado él, alérgico a los problemas, a una situación tan complicada? Y no con una mujer, sino con dos. De locos.

Si lo pensaba con detenimiento acabaría con dolor de cabeza, y de propina de huevos, porque, joder, qué follón sin comerlo ni beberlo.

Hacía calor, y la verdad era que con tantas cosas en la cabeza le resultaba casi imposible conciliar el sueño. Empezando por la más evidente: su erección. Tenía mil motivos para desanimarse, bastaba con pensar en los inconvenientes de acercarse a Portia y las consecuencias de su lengua viperina, pero, por lo visto, o bien le iba la marcha o las situaciones más rocambolescas aumentaban su libido; otra explicación no era posible.

No había mucha luz en la alcoba, pero sí la suficiente para distinguir su silueta. Portia continuaba dándole la espalda y él, empalmado. Ni los pensamientos más antieróticos le hacían efecto, así que con cierta cautela bajó una mano hasta poder tocarse. Lo más sensato sería irse al cuarto de baño y ocuparse del asunto con rapidez; sin embargo, le daba rabia que, estando en su propia casa, en su propia cama, tuviera que andarse con aquellas zarandajas.

Miró de nuevo a la rubia, ni se movía siquiera. Aun así, le pareció ridículo a su edad encontrarse en aquel estado, que era fruto de la gran coalición femenina formada por dos arpías, que para más inri no se podían ni ver entre ellas, pero que a la hora de jorobar su vida sexual habían dado en el clavo.

Continuó tocándose, despacio, como una forma (ridícula, la verdad, y a todas luces ineficaz) de relajarse, aunque tampoco le importaba; estaba a gusto y eso era lo que contaba. Desde luego, el lunes pondría fin a aquella situación. En primer lugar hablaría con Paloma: eso de castigar a un tío privándole de sexo era, además de anacrónico, absurdo. Si de verdad ella estaba interesada en mantener una relación sana, debería ir asumiendo ciertas cosas, empezando por no utilizar el sexo como arma de chantaje.

Por supuesto, hablaría también con la rubia que dormía a su lado. Se acabó lo de compartir cama; al sofá y que se jodiera, que ya era demasiado choteo todo aquello. Convencido que esa era la política a seguir, reanudó sus trabajos manuales mientras lo enviaba todo al diablo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Portia, sobresaltándolo.

Se había dado la vuelta y lo miraba como si fuera un alienígena o algo peor. Hasta frunció el cejo cuando interpretó, por su postura, lo que se llevaba «entre manos».

Y Axel, hastiado de todo, cabreado por todo y muy muy excitado, estiró la mano con la que se estaba tocando, la agarró de la muñeca y, con brusquedad, hizo que la mano de ella se posara sobre su polla.

—¿Tú qué crees?

Capítulo 11

—¿Dudas? —preguntó él, sujetando aún con más fuerza la mano de ella sobre su erección, para que de ningún modo pudiera apartarse. Disfrutaba tanto o más provocándola verbalmente que tocándola, y como ayuda para crear ambiente funcionaba a la perfección.

La reacción lógica de Portia fue liberar su mano, no porque le molestara tocarlo, sino por aquel tono arrogante que él empleaba. Y porque no soportaba aquellos comportamientos dominantes de ningún tío.

Aunque en un momento dado... podría hacer una excepción.

No. Ni hablar. Si quería que le hiciera un apaño, al menos que se esforzase en seducirla. Nada de quedarse tumbado mientras ella se ocupaba de todo.

—Eres patético... —rezongó, tirando una vez más de su brazo sin éxito.

—Lo que estoy es cachondo —la contradujo él en tono burlón.

—Ya, claro... —farfulló—. Vienes de darte el lote con tu novia la estrecha y luego pretendes que yo me ocupe de todo. Pues vas listo.

Axel hizo una mueca ante el apelativo de *estrecha*, pues se acercaba bastante a la realidad. Paloma no había sido nunca muy desinhibida, pero en algunas ocasiones sí mantenían relaciones sexuales. En los últimos tiempos muy de vez en cuando y, la verdad, él cada día se esforzaba menos en convencerla. Y como ahora tenía a Portia viviendo en casa, no podía dejar de pensar en la rubia y el polvazo acelerado que echaron en aquel hotel sin siquiera presentarse.

—Yo hace mucho que no me «doy el lote» —replicó, picado en su orgullo, pero sin permitir que ella se soltase.

—Pues no lo parece, porque te comportas como un mono hipersexuado —le espetó Portia molesta consigo misma, porque los efectos del orgasmo acuático se estaban diluyendo y su cuerpo pedía más.

—Mira quién fue a hablar...

—Yo tengo excusa. No me dio tiempo a hacer la maleta.

—¿Eso qué tiene que ver? —preguntó extrañado, pues no veía la relación.

—No pude traerme mis juguetes ni un amante decente. Y con tanto trabajo no he tenido tiempo de buscar algo aceptable por estos lares con lo que desahogarme.

—No lo entiendo, porque ofertas has tenido a patadas —se burló Axel, pese a que le escocía cada vez más que todos los que se acercaban al taller la devorasen con la mirada.

—Soy muy exigente, no me conformo con cualquier cosa.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo él con cautela.

—Suéltame de una maldita vez.

—A decir verdad, hace tiempo que yo tampoco encuentro a nadie aceptable en la cama —dijo para pincharla, porque ya estaba bien de tanto ataque directo a su amor propio, joder.

—No me extraña, para exigir hay que contribuir —replicó orgullosa.

—Oye, seamos francos —dijo Axel, bajando un poco el tono, algo innecesario, ya que estaban solos, pero de ese modo sonaba más íntimo y seductor—. Tú no eres de esas que se conforman con lo de antes y yo, pues... tampoco —añadió, apretando aún más la mano de Portia contra su polla.

—Pues llama a tu «novia» y que se abra de piernas. O que te la menea ella. Lo de chupar mejor lo olvidamos, porque seguro que no te lo hace. A mí déjame dormir tranquila.

Axel no sabía si gruñir o estallar en carcajadas.

—No me voy a quedar con las sobras de nadie —añadió Portia.

—Tranquila. Hoy se podría decir que estoy sin estrenar —se guaseó, moviendo la mano sobre la de ella para así obtener un poco de fricción; la conversación lo ponía caliente, aunque no necesitaba palabras, sino hechos.

—Pues menéatela tú solito, estoy segura de que sabes muy bien cómo hacerlo. Debes de tener mucha práctica —dijo, tirando por enésima vez de su brazo, pero no hubo manera, Axel la mantenía bien sujeta.

—Tiene más gracia que me la menees tú. Confío en que también vayas sobrada de experiencia —replicó.

—¿Quieres que te haga una paja? —preguntó burlona.

—Si no tienes nada mejor que ofrecer... —musitó él en tono desafiante, a ver si con un poco de suerte ella recogía el guante.

Portia no se lo tomó como una afrenta personal, ya que estaba lo bastante segura de sí misma y de sus habilidades como para titubear. Y además saltaba a la vista que Axel quería provocarla. Ahora bien, ¿qué debía pesar más a la hora de tomar una decisión? ¿Dejarlo con la miel en los labios o devolverle el favor?

Sonrió y él, debido a la penumbra, no pudo percatarse de ello; sin embargo, cuando, pese a la limitación que suponía tener la muñeca sujeta, empezó a mover la mano por todo su pene, presionando lo justo para que Axel advirtiese sus intenciones, notó cómo aflojaba un poco la presión.

Él elevó un poco las caderas, pero como no se terminaba de fiar, seguía agarrándola; eso le permitió a ella abarcar mejor su erección, dedicando especial cuidado a la punta, lo que hizo que él tomase una profunda inspiración.

Excelente, ahora solo quedaba conseguir que gimiera.

—Suéltame si quieres que lo haga bien —pidió en voz baja, acercándose a su oído de tal forma que su ruego sonara mucho más elocuente e insinuante.

Ante esa petición, hecha en el tono adecuado, Axel le liberó la mano y Portia se recostó sobre él, poniéndose más cómoda. Ella marcaba el ritmo. Y pensaba aprovecharse de esa circunstancia. Aquel imbécil iba a conocer muy bien sus habilidades, y luego, al volver con la tontaina de Paloma, sufriría de lo lindo por tener que conformarse con sexo convencional y aburrido.

Axel estaba muy excitado y Portia procuró ir más despacio de lo aconsejable.

Subía y bajaba la mano, apretando en puntos clave, pero sin la precisión que a él le habría gustado. Se estaba comportando, a propósito, como una novata en el arte de la masturbación.

—Yo pensaba que esto ya lo tenías controlado... —murmuró Axel con un deje guasón, porque si bien era cierto que lo estaba tocando de una manera muy placentera, no era menos cierto que sabía hacerlo mucho mejor.

También podía conformarse, dado su estado de excitación; cualquier manoseo, por mediocre que fuera, le serviría para correrse. No obstante, prefería disfrutar de sus habilidades, que a buen seguro lo dejarían sin respiración.

En respuesta, ella bajó la mano hasta sus testículos y apretó, no con tanta fuerza como para hacerle daño, pero sí para que se lo tomara como una advertencia.

—No me obligues a atarte a la cama... —le advirtió con aquel tono de chica mala, muy mala, capaz de volver locos a los hombres con tan solo un parpadeo.

Ahora bien, en lo de masturbarlos, podría decirse que estaba un poco desentrenada, ya que en los últimos tiempos todo había sido rápido, nada de preliminares.

—Me encantaría —replicó juguetón, en apariencia sumiso a sus sugerencias. No obstante, ceder aunque fuera tan solo un milímetro ante Portia se pagaba muy caro, por lo que añadió—: Pero dudo que tengas huevos para hacerlo.

Ese comentario, de lo más desafiante, le valió un mordisco en el lóbulo de la oreja. Mordisco que por otro lado le encantó. Aquello era lo que buscaba, un poco más de agresividad, y gimió entregado, aunque aprovechó las circunstancias para rodearle la cintura con un brazo para sentirla más cerca y, de paso, tocarle el culo, pues, ya puestos, no iba a desperdiciar la oportunidad de manosearla un poco. Se atrevió incluso a poner un dedo justo en la separación entre las nalgas, y al ver que no lo apartaba, sonrió y lo mantuvo en ese punto.

Portia aceleró. De repente parecía mucho más hábil. Con el pulgar y el índice formó un anillo perfecto que deslizaba arriba y abajo, y con las uñas de los dedos restantes le rozaba las pelotas cada vez que llegaba a la base, haciendo que Axel siseara y se retorciera.

—¿Alguna sugerencia más? —preguntó, lamiéndole la oreja.

—Tú sigue así, que enseguida tendrás una recompensa —respondió él entre jadeos.

—Muy gracioso —musitó Portia, poniéndolo todavía más cardíaco—. Pero estoy segura de que en tu vida te la han meneado así.

—¿Así de mal, quieres decir?

Ella rio entre dientes. De acuerdo, se lo había puesto a huevo. Por una vez dejaría pasar la afrenta y se concentraría en demostrarle que podía dejarlo sin aliento y marcarlo de por vida.

Se acercó más a él, con una pierna encima como si quisiera inmovilizarlo, a lo que Axel respondió con un jadeo, encantado, por supuesto, pues cuanto mayor fuera

el contacto entre ambos cuerpos, mucho mejor. Portia se contoneó sobre él sin dejar de masturbarlo. Ejerció más presión con los dedos, en especial en la base, como si le estuviera colocando un anillo para que su erección se mantuviera, aunque, por lo que notaba, no le hacía ninguna falta.

Axel jadeó y se revolvió. Era jodidamente buena con las manos, lástima que no pudiera disfrutar de otras de sus habilidades. Sentía la tensión constante en la que lo mantenía, sabiendo sin duda cómo crear la suficiente expectación para tenerlo desesperado. Si alguna vez disponía de la oportunidad, se vengaría sin dudar.

—Mmm —murmuró para animarla a que continuara, mientras todo su cuerpo se preparaba para el inminente orgasmo. Y, joder, lo necesitaba, vaya si lo necesitaba—. Portia...

A ella ese gemido entre lamento y satisfacción le encantó, por supuesto. Se dio cuenta de que ya no quedaba espacio para las provocaciones ni las bromas. Quería que recordase siempre aquel momento, que ninguna mujer en el futuro la superase. Para ello utilizó las dos manos. Una la situó entre sus piernas, acariciándolo despacio hasta llegar a sus testículos, que rozó con la yema de los dedos, y con la otra movió su pene con más energía, notando cómo Axel respiraba más deprisa y se retorció bajo sus atenciones.

—¿Qué pasaría si ahora me detuviese? —lo provocó, haciendo que se tensara al contemplar esa posibilidad.

Él inspiró. Vaya preguntita...

—No te atreverás —masculló entre jadeos, pues ella continuaba masturbándolo.

—Es tan tentador —replicó Portia con voz más sensual.

Axel resopló, pero como ella seguía con las manos sobre su polla, podía respirar tranquilo; todo lo tranquilo que la situación le permitía.

—Portia... —Gruñó, apretando su culo para tener algo tangible que tocar. No recordaba la última vez que una tía le había hecho una paja, pero desde luego aquella no podría olvidarla.

Oír su nombre dicho en ese tono encendería a cualquiera, y más a ella, que llevaba un largo periodo de sequía. Axel tenía toda la razón; por desgracia, lo de la ducha había sido un triste aperitivo para una *gourmet* como ella.

—A la porra —dijo de repente, soltándole la polla y dejándolo con la boca abierta—. Se me ha cansado la mano.

Él la miró como si estuviera loca, que lo estaba, porque al final había cumplido su amenaza. Qué hija de la gran puta, dejarlo de ese modo.

—Pero ¿qué...? —masculló, apretando los dientes. Se incorporó sobre los codos, tenso y dispuesto a saber por qué finalizaba aquello.

—Si vamos a hacerlo... —Portia se movió con rapidez, colocándose a horcajadas sobre él—, hagámoslo bien.

Axel, que no sabía qué se proponía, asistió atónito a su extraña maniobra. Primero, para su más completa estupefacción, le agarró la polla y después, para ya

terminar de rematarlo, se acomodó encima de él cual amazona desesperada.

—Joder... —Gruñó, al sentir cómo le apretaba el miembro con brusquedad, lo situaba bajo su sexo y, sin tanteos ni nada parecido, descendía hasta que pudo sentir cómo entraba hasta el fondo.

Portia gimió bien alto y apoyó la palma de las manos sobre su pecho. Le pellizcó las tetillas haciéndolo gruñir y después le clavó las uñas, mientras él, algo confuso por la extraña sucesión de acontecimientos, la agarraba del culo. Y cuando ella comenzó a montarlo con verdadero arte, Axel cerró los ojos: aquello era un sueño húmedo y lo demás, tonterías.

Ella sabía muy bien cómo moverse, por lo que aguantar, aunque solo fueran tres minutos más, resultaría una ardua tarea. Entre el recalentamiento acumulado de los últimos quince días, la estimulación manual previa, la provocación dialéctica y ahora el meneo intenso al que lo estaba sometiendo, iba a ser complicado, por no decir imposible, retrasar su orgasmo. Sin embargo, Axel apretó los dientes y embistió desde abajo, elevándola y consiguiendo que Portia también gimiera cada vez más alto. Pero no deseaba quedarse en ese punto, todavía podía hacerlo mejor y, aprovechando que ella estaba encima, deslizó una mano hasta situarla a la altura de su sexo, y desde allí le frotó el clítoris para que la estimulación fuera lo más completa posible.

Ella le agarró la muñeca, encantada sin duda con su idea, y se balanceó aún con más ímpetu, apretando con fuerza sus músculos internos para que de ese modo él jadeara descontrolado y ella pudiera al fin correrse.

—Me encanta cómo me aprietas —jadeó Axel, sin dejar de presionar con el pulgar el botón entre sus piernas. Eso sí, lamentaba que no hubiera un poco más de luz para poder admirar su delantera subiendo y bajando. Se conformó con el sentido del tacto: alzó una mano y comenzó a pellizcarle un pezón.

—Hazlo más fuerte —suspiró Portia, arqueando la espalda.

Necesitaba un poco más de agresividad.

—Faltaría más —contestó él, presionando el ya de por sí duro pezón, y ella chilló, se agitó y le clavó las uñas hasta que cayó desmadejada sobre su pecho, recibiendo en el acto un gran abrazo, porque Axel, acto seguido, por fin pudo correrse y liberar toda la tensión acumulada.

Portia se quedó allí, empapada de sudor, recostada sobre él, aún sintiéndolo en su interior. No era muy dada a aquellas muestras de afecto poscoital; sin embargo, estaba tan a gusto que merecía la pena quedarse un ratito.

Axel, por su parte, no tenía nada en contra de los gestos cariñosos después de follar, siempre y cuando no llevaran a la confusión. La mantuvo abrazada porque, qué coño, se estaba de puta madre y porque el polvo había sido excelente. Hasta tuvo la consideración de agarrar la sábana y taparlos a ambos para que no se enfriaran tras el intenso ejercicio.

Ella notaba cómo el sueño, que antes había sido tan esquivo, ahora hacía acto de

presencia y, moviéndose lo imprescindible, se fue deslizando a un lado y se acurrucó sin decir esta boca es mía, mientras él, sin saber muy bien a qué atribuir aquel silencioso comportamiento, la miraba de reojo. Parecía otra, tan calladita. Ni un comentario sarcástico, ni una respuesta burlona. Ni un ataque directo a su persona... Aquella faceta «normal» de Portia era toda una novedad.

Tampoco iba a desvelarse por tal circunstancia. Para una vez que la cosa funcionaba entre los dos y se sentía a gusto tras haber echado un buen polvo, y como lo de compartir cama con ella ya podía considerarse un hábito, optó por dormirse.

* * *

Portia se despertó y se sintió extraña. Ya había amanecido y puso mala cara. Con eso de madrugar todos los días, su cuerpo se había acostumbrado, chafándole cualquier idea de quedarse en la cama por lo menos hasta el mediodía.

Pero más allá del fastidio que eso suponía, lo que la hizo sentirse incómoda fue notar un brazo rodeándole la cintura justo por debajo de los pechos, algo que podía soportar, aunque lo que más la cabreó fue darse cuenta de que no solo había un brazo, sino todo un cuerpo masculino pegado a su espalda.

Intentó separarse y al no conseguirlo entró en acción su lado más impertinente. Como no estaba muy segura de si Axel estaba dormido, movió el brazo e hizo palanca, lo que provocó un gruñido por parte de él.

—¿Qué cojones pasa? —masculló soñoliento, manteniéndola abrazada.

—No te he dado permiso para hacer la cucharita —le espetó altiva—. Así que vete a tu lado de la cama.

—¿Cómo dices? —preguntó, desconcertado ante aquel arranque de mala leche matutino.

—Lo que oyes. Que haya follado contigo no significa que necesite estas chorradas de estar abrazados ni nada por el estilo, y si quieres volver a meterla en caliente, solo tienes que decirlo, nada de ir como un perro sarnoso arrimándote a traición.

—Esto es una pesadilla... —suspiró Axel, negando con la cabeza.

La soltó y se tumbó boca arriba, cubriéndose el rostro parcialmente con el brazo doblado, sin poder entender los cambios de humor de aquella mujer.

—Y tú un incordio —replicó ella.

—Oye, que quede claro: yo sé muy bien lo que es un rollo de una noche. No voy a ir detrás de ti suplicando y haciendo toda clase de estupideces para conseguir que te dignes mirarme, oh, diosa inalcanzable —se mofó con un tono casi poético.

—Eso espero —convino Portia algo más tranquila.

—Ya sé que estás acostumbrada a que todos los hombres se deshagan en

alabanzas y que debes sufrir las consecuencias de tu atractivo... —le soltó irónico—, pero te prometo, con la mano en el corazón —no solo lo dijo, sino que lo hizo, todo con un gesto de lo más teatral—, que no seré yo quien perturbe tu descanso con proposiciones molestas.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó picada en su orgullo.

—Mucho. He de reconocerlo, no solo eres buena en la cama, sino además divertida.

—Tampoco hay que esforzarse mucho, la verdad, si tenemos en cuenta dónde está el listón...

—No tienes ni puta idea de mi historial, así que no opines.

—Yo solo me baso en lo que he visto —comentó ella, colocándose también boca arriba, pues discutir con él la animaba; no tenía sentido negarlo.

Al menos Axel no parecía de esos que con enseñarte la polla pensaban que ya tenían el noventa y nueve por ciento del trabajo hecho. Para algunos, bajarse los pantalones era la única maniobra de seducción que llevaban a cabo.

—¿Te incluyo en la cola? —preguntó, mirándola de reojo. Joder, a primera hora de la mañana, despeinada, sin maquillaje y con cara de sueño estaba para echarle un polvo antológico. Era una lástima que esa posibilidad estuviese descartada.

—Reconócelo, ni en tus mejores sueños imaginaste poder follar con una tía como yo —replicó orgullosa, y Axel amplió la sonrisa al saber cuál sería la réplica perfecta.

—Pues a pesar de ser muy inferior a tu condición de exigente diosa del sexo, este simple mortal no tuvo que esforzarse mucho para quitarte las bragas.

—Si mal no recuerdo, no llevaba, así que no te cuelgues medallas —le recordó ella disimulando una sonrisa.

Axel sonrió. Joder, además de estar buena era ingeniosa.

—Buenos días —dijo, poniéndose de costado para mirarla a los ojos e intentar empezar de nuevo.

—Buenos días —respondió Portia, aceptando el gesto de buena voluntad—. Y ahora que parece que nos comportamos como amantes normales, ¿me preparas el desayuno?

—¿Amantes normales? —repitió Axel con retintín al oír esa definición tan extraña.

—Más o menos —murmuró ella—. ¿Se te ocurre una mejor?

—Mmm... No. Nos quedaremos con esa. Y sí, te preparo el desayuno, que serás buena en la cama, pero con un exprimidor...

—Prefiero exprimerte a ti... —hizo una pausa para lamerse los labios—... chato.

Capítulo 12

Axel se levantó de la cama y, de buen humor pese a lo raro que había empezado el día, se fue a prepararle el desayuno a Portia. Bueno, una razón de peso era evitar que ella destrozara la cocina, pero eso no iba a decírselo, porque sería estropear la endeble paz que habían alcanzado.

Aún no había llegado a la puerta cuando se detuvo al oír un insolente silbido. Miró por encima del hombro y se encontró con una no menos insolente rubia recostada en su cama, en una postura que invitaba a unirse a ella y a olvidarse del desayuno.

—¡Tío bueno! —exclamó Portia con un tono cercano al pitorreo—. Vaya culito... Mmm...

Y, por decirlo de alguna manera, Axel se unió al enemigo y, en vez de replicar, posó para ella con gracia y desparpajo.

—¿Quieres o no quieres un desayuno en la cama? —preguntó sonriente.

Portia arqueó una ceja y bajó la vista hacia su entrepierna para después relamerse. La insinuación fue clara, por lo que él, en un alarde de castidad, se cubrió y negó con la cabeza.

—Depende... de lo que me ofrezcas —respondió juguetona, mordisqueándose el pulgar.

—Empezaré con un café... caliente, caliente... —dijo Axel, siguiéndole el juego.

—¿Ah, sí? —murmuró zalamera—. ¿Qué más?

—¿Zumos, tostadas integrales...? —preguntó él, pasando por alto la invitación que le estaba haciendo desde la cama y que sin duda sería mucho mejor que irse a la cocina.

—Tomaré lo que tengas a bien prepararme —ronroneó Portia y, tras humedecerse un dedo, se lo deslizó hasta el pecho y empezó a tocarse, poniéndolo de los nervios.

—Pues no se hable más. Ahora vuelvo.

Ella se quedó sola en la habitación, sin comprender cómo Axel había rechazado una invitación tan evidente. Se echó hacia atrás y, torciendo el gesto, reflexionó en todo lo que le estaba ocurriendo en los últimos tiempos. Todo era tan diferente...

Vale, para empezar, se había acostado con él, hasta ahí todo normal, pero lo que llamaba la atención era que Axel, lejos de seducirla o de regalarle los oídos con halagos y demás estupideces, iba al grano. Y, por si fuera poco, no babeaba como un perro. Eso demostraba que no siempre pensaba con la cabeza de abajo. Toda una novedad, desde luego.

Y encima le preparaba el desayuno.

—Joder... —murmuró, tapándose la cara con las manos, porque no estaba acostumbrada a ese tipo de detalles por parte de los hombres con los que follaba—. ¿Me ha rechazado?

Como no podía entenderlo, optó por levantarse e ir a darse una ducha, para

empezar con las ideas claras, porque podía ser muy peligroso encariñarse con él.

Renovada tras pasar por el cuarto de baño y sin molestarse en ponerse nada encima, la toalla era más que suficiente, se fue en busca de Axel, al que encontró solo con un pantalón corto de deporte untando tostadas.

Portia no era muy amiga de tomar hidratos de carbono, y el pan de molde tenía unos cuantos, pero podía darse un caprichito, ya que el chico se había molestado.

—¿Hoy no vas a pedalear? —le preguntó burlona al sentarse junto a él.

—Pues no, hoy libro. Así que venga, es domingo; ¿qué te apetece hacer? —contestó en tono amable, porque le costaba muy poco serlo.

—Supongo que tu oferta no incluirá ir de compras, ¿verdad? —tanteó Portia, aunque en el fondo sabía que era una posibilidad muy remota.

—Piensa en algo que no implique gastar dinero —dijo Axel inclinándose hacia ella, antes de añadir—: Venga, estoy seguro de que hasta tú eres capaz de pensar en algo gratis.

—Ya hemos follado, no sé qué otra cosa podemos hacer.

Él se echó a reír a carcajadas y se zampó otra tostada mientras la miraba, retándola a que ideara algo que poder hacer un domingo.

—Piensa... —dijo, bajando el tono para que fuera más sugerente—. Piensa...

Portia sonrió de medio lado. Vale, tenía razón, no estaba acostumbrada a pasar el día sin gastar un céntimo. Si estuviera en su casa, podría llamar a unas conocidas y quedar para un desayuno tardío en un local de moda, o pasar por un salón de belleza para recibir el último tratamiento, o acudir a un centro comercial exclusivo donde quemar la tarjeta de crédito, porque la gente como ella nunca pagaba con dinero en efectivo.

—Mmm —musitó, solo para ganar tiempo, pues no se le ocurría nada «gratis».

Axel, al que no se le borraba la sonrisa, terminó de desayunar y se puso a recoger la cocina mientras ella seguía devanándose los sesos en busca de algo para darle en los morros. Seguro que si se esforzaba, lo conseguiría.

—Nos van a dar las uvas... —canturreó él, pinchándola.

—Muy bien, me apetece... —Chupó la cuchara para así obtener toda su atención —... pasar un día en la playa.

—¿Perdón?

—Aquí tenéis playa, ¿no?

Axel frunció el cejo. La sola idea de llevarla a un lugar público lo hacía temblar. Para empezar, llamaría la atención, y en segundo lugar, podía toparse con unos cuantos conocidos que le irían con el cuento a Paloma y, pese a que lo suyo estaba prácticamente finiquitado, seguía siendo cauteloso; vale, y también era un hipocritilla por no querer darle munición para que luego le pusiera la cabeza como un bombo.

—Sí, tenemos —admitió de mala gana. Otra vez se iba a meter en un lío por bocazas.

—Pues no se hable más. Prepara algo rapidito para comer, bebida fría y llévame a

una de esas playas solitarias donde poder tomar el sol a gusto, sin niños salpicándote ni gente parlotando a voces ni ligones de playa.

A Axel se le encendió una lucecita y pasó por alto el asunto de que él iba a tener que encargarse de prepararlo todo. Era un precio muy bajo con tal de complacerla y apartarla de las miradas indiscretas y, ya de paso, disfrutar de un día tranquilo de playa.

Así que dos horas más tarde, ambos llegaban caminando hasta una playa alejada de toda civilización, en donde aún crecía la vegetación propia del Mediterráneo e incluso quedaban dunas. Y no solo eso, además ni rastro de humanidad. Por no haber, no había ni un acceso para vehículos. Habían tenido que caminar unos dos kilómetros por un sendero por el que como mucho pasaba alguna bicicleta. Solo unos pocos privilegiados conocían aquel paraíso en el que las garras de *boom* inmobiliario aún no habían logrado dar un zarpazo y estropearlo.

—Es alucinante... —murmuró Portia mirando a su alrededor, encantada con el lugar escogido por Axel—. No creía que quedaran rincones así, la verdad.

—Por desgracia, toda la costa mediterránea está masificada, pero este sitio se ha librado de momento de la mirada de los especuladores. Solo venimos los de aquí, muy poca gente de fuera lo conoce.

Axel dejó la mochila que había cargado durante todo el trayecto a un lado, junto con la sombrilla, mientras ella extendía la esterilla en el lugar que le pareció más indicado. Sin echarle una mano, empezó a quitarse la ropa.

—Pero ¿qué coño haces? —preguntó él, mirándola de malas pulgas.

—Ponerme cómoda —respondió Portia, continuando su labor.

—¿Y el bikini? —Axel señaló su pecho desnudo, donde se suponía que debería haber dos piezas de tela cubriéndolo.

—Has dicho que pensara algo que hacer sin gastar. No tengo bikini ni nada parecido, así que... —Se encogió de hombros y empezó a bajarse los pantalones, arrastrando de paso sus bragas.

—¡No puedes tomar el sol en pelotas! —rugió Axel, mirando a su alrededor. El ser humano más cercano se encontraba al menos a medio kilómetro, pero no por ello se sentía tranquilo.

—No me gusta que me queden marcas —se defendió ella, tumbándose desnuda sobre la esterilla y poniéndose las gafas de sol.

—No me toques los cojones... —farfulló él, abriendo la sombrilla de malos modos para colocarla delante y que al menos disimulara un poco.

—Qué antiguo eres, por favor —se quejó ella, moviéndose hasta encontrar la postura más cómoda. Incluso dobló las rodillas, para tormento de Axel y, de momento, para disfrute de nadie.

Refunfuñando como una vieja, él empezó a preparar el campamento y sacó su toalla para tumbarse y relajarse, aunque para ello debiera quedarse primero ciego y no mirar a la rubia desnuda de su izquierda. Se quitó la camiseta y la metió arrugada

en la bolsa. Sin dejar de mascullar improperios, incluido su clásico «no me toques los cojones», acabó por rendirse, ya que Portia ni se inmutaba. Luego sacó la crema solar, dispuesto a ser el único adulto responsable.

—Anda, date la vuelta, que con esa piel tan blanca te vas a freír al sol —le dijo, arrodillándose a su lado.

Ella se deslizó las gafas de sol hacia abajo y, con una pose de lo más indolente, lo miró y negó con la cabeza.

—Sabes perfectamente que no puedo ponerme cualquier crema, me pueden salir manchas —replicó, volviendo a colocarse las gafas en su sitio e ignorándolo por completo.

—No me toques los cojones —refunfuñó Axel y la empujó para que se moviera.

—Oye, si quieres sobarme, no tienes por qué inventarte excusas tan pueriles.

Él se echó a reír, porque la situación no era para menos, lo que llamó la atención de Portia, pues había pasado del cabreo al descojone en menos de medio minuto y eso no estaba bien.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Joder, es que... Verás, mi padre me contaba que antes, cuando venían las turistas extranjeras a tostarse al sol... —Se echó a reír de nuevo, sin poder continuar la historia, lo que despertó aún más el interés de Portia—. Como las chicas de aquí no se dejaban tocar, ellos aprovechaban... para poder sobar un poco, ya me entiendes.

Portia arqueó una ceja.

—No me digas...

—Pues sí. Por lo visto era muy difícil tocar piel, por no mencionar que las chicas «decentes», como se las llamaba, rara vez usaban trajes de baño digamos... modernos, y, claro, los hombres de aquí, cuando aparecieron las primeras turistas, por lo visto se ofrecieron «amablemente» a ponerles crema y así podían tocar un poco.

—Qué surrealista... —murmuró ella sonriendo.

—Mucho, pero no te preocupes, mi intención de verdad que es evitar que acabes achicharrada por el sol. Sobre todo porque si no tienes cuidado, esta noche me darás la lata y será imposible aguantarte cuando estés roja como un cangrejo.

—Si insistes... Pero antes déjame leer la composición de esa crema.

—Deja de tocarme los cojones —dijo él en un tono que no admitía réplica.

Portia se puso boca abajo y Axel echó una generosa cantidad de crema sobre su espalda, que después empezó a esparcir con movimientos más o menos suaves. Ella se relajó, porque ese inesperado masaje en la espalda le resultaba de lo más agradable. Un detalle más de Axel que nunca habría esperado. Los tíos con los que Portia salía no se preocupaban de si su piel sufría daños.

Cierto que como masajista no se ganaría la vida, pues movía las manos de forma brusca, pero tampoco importaba; el detalle de haber pensado en todo era lo que había que tener en cuenta, más allá de la calidad del servicio.

—Listo. Ahora boca arriba —dijo él, esperando que obedeciera a la primera, algo

que para Portia no era posible. Disfrutaba provocándolo, por lo que se removió como una gata mimosa e incluso ronroneó, frotándose contra la esterilla.

—¡Ay! —Una buena nalgada puso fin a su actuación y se volvió hasta quedar boca arriba.

—Deja de hacer el bobo —murmuró Axel.

Luego le echó un buen chorro de crema solar en el estómago y Portia, que aún podía tocarle un poco la moral, se incorporó a medias, se apoyó en los codos y, mirando el producto blanquecino, dijo:

—Me siento como una actriz porno... —Suspiró y, con el dedo índice, esparció la crema dibujando círculos sobre su piel como si se tratara de otro tipo de fluido, uno orgánico para ser exactos.

Axel arqueó una ceja.

—¿Es una invitación? —preguntó con guasa y, sin esperar a que respondiera, le apartó la mano y se encargó él mismo de untarla a conciencia, que con tanta tontería al final iba a quemarse.

Portia se mantuvo quieta, sin dejar de observarlo. Tarde o temprano tendría que esparcir la crema por zonas menos «seguras» y quería ver cómo se comportaba. Más que nada por si surgía una nueva oportunidad de pincharlo. Un vicio de reciente adquisición del que gozaba como la que más.

Sin embargo no hubo suerte. Axel pasó la mano por encima de su pubis depilado sin comportarse de manera diferente y continuó hacia abajo dejando sus largas piernas protegidas. Para la parte superior del cuerpo se acercó más a ella y se ocupó de los brazos, los hombros... y al llegar a sus pechos frunció el cejo.

—¿Cuánto te han costado? —preguntó antes de echarles crema, pregunta que a ella la pilló por sorpresa. Los tíos se los tocaban, le echaban piropos, se ponían cachondos... No se interesaban por el coste.

—Fueron un regalo de Monty —dijo Portia, encogiéndose de hombros.

—¿Un regalo de quién?

—De Montgomery, mi primer marido. Me regaló la operación por nuestro segundo aniversario.

—Joder... qué... original.

—Monty siempre quería complacerme. No me negaba nada. Supongo que era su forma de compensar sus ausencias.

—¿Y por qué te pusiste pechos? ¿A él no le gustabas?

—Oye, si hubieras nacido con una polla de cuatro centímetros —para dar más énfasis a su explicación, utilizó los dedos índice y pulgar, y Axel torció el gesto—, estoy segura de que no te importaría pasar por el quirófano —añadió con retintín.

—La talla de sujetador no siempre es en lo primero que nos fijamos los hombres —le recordó.

—Puede que tú digas eso para quedar bien, pero no me lo trago. Y para tu información, yo ni siquiera necesitaba llevar sujetador. Era plana como una tabla.

—Sigo sin entenderlo... Y encima lo pediste como regalo de aniversario... — murmuró con evidente incredulidad, porque no comprendía cómo una mujer podía pedir algo así.

—Tú no lo comprendes. En los círculos en los que yo me muevo la apariencia lo es todo. ¿Sabes?, si vas a una recepción con un vestido que ya has llevado antes, te conviertes de forma automática en blanco de las críticas. Tu aspecto lo es todo.

—Sigo sin entenderlo —repitió Axel, tumbándose a su lado al terminar la tarea de untarla.

—Mira, cuando crecía, pensaba que tarde o temprano empezaría a tener pecho, como el resto de mis amigas, pero aquí... —Se agarró los pechos y los movió— no pasaba nada. Vale, me vino de perlas a los dieciocho, pues trabajé como modelo.

—¿Has trabajado como modelo? —La interrumpió sorprendido, no por la ocupación, sino porque una mujer como ella hubiera trabajado alguna vez.

—Pues sí. Con mi figura casi andrógina tenía mucha demanda. Pero lo dejé, era agotador. No solo era posar, sino también acudir a fiestas para que babosos con traje, los que tienen el dinero, invirtieran en las empresas de los creadores. Aunque estos sean los que venden el producto, los babosos con traje y corbata quieren recrearse la vista e intentar ligarse a las modelos, porque, a diferencia de muchos diseñadores, ellos no son maricas, ¿me sigues? Y, claro, tras pasar la noche de fiesta, al día siguiente una no está lo que se dice muy fotogénica.

—¿Y por eso lo dejaste?

—Por eso y porque para entretenerme en las fiestas y no acabar clavándole el tacón a uno de esos babosos, empecé a empolvarme la nariz.

Axel no dijo nada, pues la historia era tan típica que no lo sorprendía en absoluto. Tampoco le daba pena, pues Portia había nacido en una familia adinerada y, de haber querido, podría haber tenido una vida más feliz.

—Continué de fiesta en fiesta hasta que conocí a Monty. Él no era como los demás tipos con traje —prosiguió, y Axel detectó un deje de nostalgia.

—¿Y surgió el flechazo? —No quiso sonar irónico, pero no lo consiguió.

—Pues sí —contestó ella, obviando su sarcasmo—. Y eso que era quince años mayor que yo. Desde el principio me miró de forma diferente y se preocupó por mí. Y como yo quería marcharme de casa, acepté casarme con él. Por supuesto, mis padres lo aceptaron, aunque a regañadientes, no porque fuera un mal tipo, sino porque yo era muy joven.

—¿Y qué pasó?

—Que me lo consentía todo, a veces creo que se comportaba más como un padre que como un esposo, y yo me dediqué a pasarlo bien. Mintiéndole, como podrás suponer, en ciertos aspectos.

—Mmm...

—No me juzgues —le advirtió.

—No lo hago, sencillamente no me das pena. Por lo que dices, tenías a tu lado a

un buen hombre y no lo supiste apreciar.

—En eso te doy la razón —admitió Portia torciendo el gesto, pues no tenía sentido negar la evidencia—. Monty me quería. Se preocupaba por mi bienestar. Cierto que pasaba muchos días fuera, viajando, y que yo fui una inconsciente; sin embargo, él nunca me lo reprochó hasta que ya fue demasiado obvio.

—Te pilló en la cama con otro —dijo Axel, intuyendo lo que iba a continuación.

—Casi, listillo —replicó ella.

—Si no quieres hablar del tema, lo comprendo —contestó él, pues la conversación versaba sobre temas muy personales y se dio cuenta de que aún no tenían tanta confianza como para llegar al punto de las confidencias.

Portia respiró y se movió un poco, dudando si seguir confesando sus pecados, algo que por cierto no había hecho con nadie. Su familia se los imaginaba, aunque nunca lo mencionaban. Solo había una notable excepción: Patrick, un amigo y compañero de juergas sin igual, que la comprendía y que en muchas ocasiones incluso le había cubierto las espaldas.

Observó a Axel allí tumbado, con un anodino bañador azul marino que le quedaba de muerte (aunque a ella le habría encantado que se pusiera uno bien apretado), y pensó que ya daba igual. Podía contarle partes de su vida de las que no estaba precisamente orgullosa. Al fin y al cabo, pasada su condena de tres meses lo perdería de vista y, además, estaba mostrando una actitud bastante comprensiva, nada de recriminaciones ni consejos.

—¿No adivinas el siguiente capítulo? —preguntó guasona.

Capítulo 13

—Sorpréndeme —musitó Axel, dispuesto a escucharla sin entristecerse por la historia de la pobre niña rica, capítulo 2.

Por favor, que había mucha gente que de verdad lo estaba pasando mal y que se esforzaba día a día por salir adelante. Sin pataletas y sin lloriqueos. Sí, la escucharía, pero ni de coña iba a ablandarse.

—Monty era incapaz de negarme nada. Me quería, eso saltaba a la vista, y por eso yo me aproveché. Era joven, pero también muy estúpida —dijo Portia con un deje nostálgico, reconociendo para sí que se arrepentía profundamente de haber hecho tanto daño.

—Toma, bebe algo, no te vayas a deshidratar —la interrumpió él, pasándole un botellín de agua sin demasiada consideración; incluso llegó a sonar impertinente.

—Tenía todo lo que quería y me lo pasaba en grande, más libertad de la que imaginas siendo una mujer casada con un hombre de negocios importante, y no supe administrarla —reconoció con pesar, llegando a la conclusión de que cuando regresara a su vida, una de las cosas que debería hacer sería llamarlo y... Bueno, pedirle perdón ya no tenía sentido, pero sí podía hablar con Monty.

«Mano dura», pensó Axel, absteniéndose de decirlo en voz alta porque se había prometido no volver a darle consejos a nadie, que luego se volvían en su contra. La prueba palpable estaba tumbada a su lado. Una interesante perspectiva, aunque un excelente recordatorio para mantener el pico cerrado.

—Todas tenemos un día tonto... tú ya me entiendes...

—Yo no tengo tiempo para eso —la interrumpió él en tono desapasionado.

—Conocí a un tipo. Guapo, encantador, divertido, bueno en la cama... —Se detuvo para mirarlo de reojo y, a favor de Axel, hubo de reconocer que no se inmutó ni se sintió molesto por oírla hablar de otros hombres, lo cual ya era un avance y otro detalle, pues por lo general los tipos con los que una se acostaba la noche anterior no se mostraban muy proclives a oír hablar de las andanzas y virtudes de otros. Por lo general aparecía el ridículo sentimiento posesivo y lo jodía todo—. Me daba lo que yo necesitaba...

—Lo que tú creías necesitar —la cortó él, dándose cuenta de lo impropio del comentario—. Lo siento, continúa.

—No, si tienes toda la razón —admitió dejándolo pasmado, pues Axel esperaba alguna réplica hiriente; con Portia, qué menos.

Cuando creía que ella ya no hablaría más debido a sus interrupciones, prosiguió:

—Gordon, con el que luego tuve la desgracia de casarme, era el típico tío que se las ingeniaba para vivir sin dar un palo al agua.

Axel, que todos los días se levantaba a primera hora de la mañana, que en muchas ocasiones no paraba ni para comer, que retrasaba cobrar su sueldo para poder afrontar los pagos, que se peleaba con el banco para conseguir una mierda de crédito, prefirió

no decir en voz alta lo que pensaba, porque le jodía, y mucho, que hubiera gente así en el mundo.

—Monty nos pilló en la cama, desnudos, pero no follando como mandriles, que también lo hacíamos, sino poniéndonos hasta las cejas, y yo, como una estúpida, me reí de él, de su aspecto formal, de su dedicación al trabajo... Todo me daba igual y Gordon se limitó a sonreír como el imbécil que yo aún no sabía que era. —Hizo una pausa para beber un poco de agua antes de continuar—. Y, pásmate, fui yo quien pidió el divorcio y, claro, Monty me lo concedió. Hasta fue generoso en el acuerdo de separación.

Portia por lo general no lloraba, las crisis de llanto eran de personas débiles e inmaduras; sin embargo, al recordar la humillación que sufrió su primer marido, tuvo que respirar hondo.

Debería detenerse en ese punto y no continuar hablando, pero como ya había abierto el armario de los malos rollos, bien podía ventilarlo y sacar todo lo que había dentro.

—Fue muy generoso, cuando la verdad es que cualquiera me hubiera dejado sin nada, pero Monty me quería y, ante todo, pensó que si yo era feliz con otro, pues adelante.

—Perdón de antemano por preguntar, pero ¿aceptaste su dinero? —preguntó Axel y, al hacerlo, quedaba implícita la mala opinión que se estaba formando de ella.

—Sí, lo acepté —admitió Portia torciendo el gesto, pues ahora, en retrospectiva, no se sentía muy orgullosa de ello—. Y antes de que lo preguntes, me lo fundí todo, y no solo eso, sino también la parte que me correspondía de mi herencia. La vida nocturna y el desenfreno son muy caros.

—Sobre todo cuando llevas del brazo a un parásito —añadió Axel, que seguía sin apiadarse de ella.

—Eso no te lo voy a discutir —convino ella con un suspiro—. Aunque, señorita, en mi defensa alegaré que yo no estaba al cien por cien de mis capacidades. Es muy difícil darse cuenta de lo que ocurre a tu alrededor cuando llevas dos noches seguidas de fiesta, vas a casa para dormir cuarenta y ocho horas seguidas y solo te levantas para ir al siguiente club de moda.

—Y yo perdiendo el tiempo en el garaje... —apuntó él con ironía.

Portia se incorporó hasta quedar sentada, ofreciéndole una magnífica perspectiva de su espalda. Axel permaneció tumbado, sin saber muy bien cómo tomarse aquellas revelaciones, pues le jodía bastante que ella frivolizara. La gente que conocía se mataba a trabajar para salir adelante y no se fundía la pasta en estupideces.

—Hasta que un día me llamaron del banco informándome que no quedaba saldo para hacer frente a los pagos.

—O sea, que nada de remordimientos de conciencia, ni recapacitar... te quedaste sin pasta —dijo él, pasmado ante su actitud.

—Ya te he dicho que no pensaba con demasiada claridad —se defendió Portia,

mirándolo por encima del hombro.

—Eso dicen todas —comentó tan pancho, incluso se estiró.

—Se supone que cuando se cuentan estas cosas, quien las escucha se solidariza o, al menos, se muestra comprensivo —le recriminó, aunque en el fondo agradecía la ausencia de moralina.

—¿Y cómo acaba la historia?

Ella hizo una mueca.

—Pues mal, como puedes imaginar. Gordon, aparte de gastar lo que no era suyo y dejarme en la ruina, me la pegaba con otras, aunque hubiera preferido que solo me engañara en el tema sexual; así al menos ahora podría estar plácidamente en mi casa y no aquí, trabajando en un taller de mala muerte, con un jefe insoportable y... —Se detuvo para dedicarle un barrido visual muy elocuente, que Axel prefirió obviar, porque seguían estando en un lugar público y ella aún no se había puesto nada encima.

—Por lo menos te has librado de ese parásito, ¿no?

—Sí, mi hermano se encargó de ello. Le pagó una buena suma para que firmara los papeles del divorcio. Se largó y, bueno, yo tuve que someterme a un programa de rehabilitación si quería recibir ayuda económica de mi familia.

—Algo de lo más lógico, en mi modesta opinión —dijo Axel sin rastro de sarcasmo.

—Pero no es fácil dejar atrás un estilo de vida así, ¿sabes? Y además creo que en esa clínica solo me cambiaron los vicios; eso sí, el alcohol es más barato que la droga y fumarme un peta de vez en cuando me relaja, la verdad.

—¿Y no has pensado en trabajar con tu hermano?

—¿Con Pierce? ¿Tú estás loco? Es insoportable, un adicto al trabajo. Como tu cuñado, pero más borde. No admite errores, no da segundas oportunidades, no te deja margen de maniobra... —Lo miró por encima de las gafas y añadió con malicia—: ¡Como tú! —Y se echó a reír, relajando el ambiente, tenso debido a las confidencias.

—Y a mucha honra —contestó él sonriendo, mientras adoptaba una pose típica de despreocupación, como si lo que acabase de oír fuera el mayor de los halagos.

—Desde luego, nunca debería haber engañado a Monty —suspiró Portia al cabo de unos segundos—. Me quería y, de haber seguido con él, nunca habría acabado así.

—¿Desnuda en una playa con un simple mecánico? —sugirió guasón.

—Sin amigos, con un apartamento que si me descuido perderé y trabajando por un salario de mierda. Un plan cojonudo y alentador, ¿no te parece?

—Decir que te lo has buscado tú solita sobra, pero es lo único que se me ocurre —dijo Axel, y a Portia no le quedó más remedio que aceptarlo—. ¿Y no has pensado en pedirle ayuda a tu exmarido?

—No —respondió, negando con la cabeza.

—¿Por qué?

—Muy simple, me la daría sin dudarlo y entonces caería otra vez en el círculo

vicioso...

—Vaya, si en el fondo tienes principios —replicó él, intentando no sonar muy burlón.

—¡Ya ves, la rubia tiene orgullo! —exclamó ella, riéndose de sí misma—. No, en serio. Monty se volvió a casar, tiene dos hijos y le van muy bien las cosas. No quiero estropearle la vida, se merece todo lo bueno que le ocurra.

—¿Mantienes contacto con él?

—Sí, por supuesto. Él me perdonó hace mucho. Nunca fue un hombre vengativo —admitió con cariño al recordarlo.

Llevaban un buen rato allí, solos en la playa, hablando, y la verdad era que habían logrado hacerlo sin insultarse, sin decir una palabra más alta que otra y sin recriminaciones, lo cual ya era un buen síntoma.

Tras escuchar la historia de Portia, Axel prefirió guardar silencio y a ella también debió de parecerle una buena idea, pues se tumbó boca abajo y cerró los ojos, dispuesta a disfrutar de un día de playa con compañía decente y a no pensar en otra cosa que no fueran los rayos de sol sobre su piel.

Así pues, se puso cómoda, apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos. Desde luego, la faceta de Axel como «amiga» también la sorprendía. Ni un amago de celos, ni una pregunta morbosa, ni tampoco respuestas dañinas; solo se había mostrado sincero, lo que en su círculo habitual nunca sucedía, ya que la gente con la que se codeaba disfrutaba, y mucho, viendo la caída en desgracia de los demás. Incluso se hacían apuestas.

—¡Axel, tío! —exclamó una voz de hombre, sobresaltándolos a los dos.

Axel se incorporó de repente y lo primero que hizo fue agarrar su camiseta y taparle el culo a Portia, que, o bien quería provocar, o bien se había quedado dormida. Daba igual, prefería no averiguarlo.

—¡Esto sí que es primera línea de playa! —exclamó otro.

Él se puso en pie y saludó a aquellos dos amigos, a los que conocía desde el colegio, Arturo y Fermín. Dos colegas de juerga con los que había pasado incontables horas y con los que además compartía la afición por el ciclismo, pero de ningún modo le apetecía charlar con ellos estando Portia desnuda, o, ya puestos, vestida, allí presente.

—Quita esto —murmuró ella, destapándose y dejándose de nuevo el culo al aire —, que luego quedan marcas.

—Tápate, joder —masculló Axel y Portia alzó la cabeza para ver qué ocurría.

Sonrió al ver a dos tipos comiéndosela con los ojos, uno casi calvo pero con buen físico y otro con exceso de vello corporal y mirada lasciva, mientras Axel se ponía delante, tapándole el sol y las vistas. Se dio la vuelta hasta quedar sentada, sin importarle que se le vieran los pechos. Por suerte, la camiseta de él cayó sobre su regazo, pero no había que ser astrofísico para ver que no había parte inferior de ningún bikini alrededor de sus caderas.

—Qué calladito te lo tenías, ¿eh, granuja? —lo provocó Fermín, el lascivo, sin apartar la vista de Portia, que jugueteaba con la camiseta arrugada sin dejar de sonreír.

—Cómo ha cambiado Paloma, ¿no? —apuntó el otro tocapelotas, el calvo, en tono de guasa.

—¿Qué tal, chicos? —preguntó ella toda amabilidad, para disgusto de Axel y alegría de sus amigos.

—Encantado, soy Arturo —dijo este mientras se adelantaba, tendiéndole la mano que, por supuesto, ella estrechó risueña.

«Que no se levante, que no se levante», pensaba entretanto Axel.

—Y yo Fermín —se presentó el otro del mismo modo.

—¿Sois pareja? —Disparó Portia y ambos fruncieron el cejo y se apartaron.

—¡No! —exclamaron y Axel sonrió levemente.

—Ah, bueno, es que este sitio está tan apartado que es ideal para parejitas —remató ella con cara de no haber roto un plato, mirando a Axel por encima de sus gafas con un parpadeo coqueto que los recién llegados envidiaron en el acto—. Pero, tranquilos, si aún no habéis salido del armario...

Axel se rio entre dientes y la «parejita» aumentó aún más la distancia entre ambos, por si las moscas.

—Bueno, tío —terció Arturo, antes de que lo cambiasen de acera a empujones—, ¿cómo tú por aquí? Nunca has sido muy aficionado a la playa.

Él se percató del tonito que utilizaba su amigo para dejarlo en evidencia delante de Portia, que no perdía la sonrisa, y eso no significaba nada bueno, porque quería decir que aquella cabecita estaba elaborando una réplica contundente y, la verdad, cualquiera de los tres hombres podía ser el blanco y no le apetecía serlo él.

—Será su ascendencia nórdica —apostilló Fermín en el mismo tono.

Portia, que lo sospechaba, lo miró de arriba abajo y Axel le hizo un gesto con la cabeza para que tuviera cuidado, pues debido a un descuido, la camiseta con la que se cubría la entrepierna se había deslizado un poco.

Ella, con un arte destacable, lo puso en el disparador al apartarla justo hasta el límite, antes de estirla sobre sus piernas.

—Y vosotros ¿qué hacéis por aquí? —preguntó Axel, intentando quitarlos de en medio en un tono de lo más desapasionado, mientras cruzaba los brazos y controlaba de reojo que Portia no enseñara mucho más.

—Dar un paseo por una zona tranquila... —respondió Fermín, encogiéndose de hombros y sin perder de vista a la rubia, porque de un momento a otro le iba a alegrar el día.

—Y darnos un baño, que los turistas acaparan todo —añadió Arturo.

—Pues nada, que lo paséis bien —dijo Axel, haciéndoles un gesto para que se largaran.

—Prometemos no mirar, chicos —apostilló Portia con aire pícaro.

Axel torció el gesto, no solo por el tono, sino también por el parpadeo de propina que les dedicó y, faltaría más, por otro centímetro de piel que dejó al descubierto.

—Que no somos... —empezó Fermín, pero Portia lo interrumpió.

—No pasa nada, en serio. Axel y yo tenemos cosas de que hablar, ¿verdad?

—Muchas cosas —corroboró el aludido, cada vez más tenso y tomando una importante nota mental: no sacar a Portia de casa sin antes ponerle un toldo—. Muchas muchas.

—Pues nada, parejita, que lo paséis bien —se burló Arturo, pendiente en todo momento de mantener las distancias con Fermín, que hacía tres cuartos de lo mismo.

—Os dejamos a solas —apostilló Fermín, y echaron a andar, alejándose, para alivio de Axel, que en cuanto lo consideró seguro, dijo:

—Oye, te podrías cortar un poco, ¿no?

—¿A qué te refieres? —replicó ella, fingiendo indiferencia, pues era muy consciente de la situación exacta de la camiseta sobre su cuerpo.

—A nada, déjalo —gruñó él, porque aquel numerito, tan peligroso como excitante, lo había puesto cachondo, y nada mejor que meterse en remojo para aplacar sus ardores—. Me voy al agua.

—¡Te acompaño! —exclamó resuelta, levantándose.

—Joder... —masculló Axel, pasándose una mano por el pelo y fulminándola con la mirada—. Tú te quedas aquí, quietecita y calladita. ¿Estamos?

—¿Y por qué, si puede saberse? —le espetó altanera, al tiempo que arqueaba una ceja y, ya de paso, la espalda, porque no era tan tonta como para no intuir el motivo de su cabreo. Se lo había pasado bomba provocándolo delante de sus amigos. Ver su cara, a medio camino entre el cabreo y el evidente interés, era el combustible ideal para que Portia continuara con su jueguito.

—Porque me gusta bañarme solo, por eso —respondió molesto.

—El sistema métrico decimal no es lo mío, pero me arriesgaré y diré que eso... —señaló el mar— es lo bastante grande como para que ni nos rocemos.

—No me toques los cojones... —rezongó Axel.

Y la dejó plantada para encaminarse hacia el agua, donde se zambulló sin perder un segundo.

Ella sonrió encantada y decidió darle unos minutos de tregua, mientras disfrutaba observando cómo entraba en el agua a grandes zancadas para luego lanzarse de cabeza, y porque, gruñón y todo, seguía teniendo morbo, vaya si lo tenía; eso no se lo quitaba nadie.

Se quedó sentada, aparcando de momento las ganas de refrescarse, con los brazos apoyados en las rodillas y teniendo otro de aquellos momentos tontorrones en los que se ponía en plan reflexivo y que en los últimos tiempos se le repetían tanto y desembocaban en algo aún más peligroso: le daba por pensar esto y aquello de tal forma que hasta se planteaba la posibilidad de ser, por fin, una buena chica.

Parapetada tras sus gafas de sol, no apartaba la vista de Axel, aunque poco a poco

fue fijándose más en el paisaje marino. Respiró y se sintió bien, notando el calor del sol del Mediterráneo sobre su piel desnuda. Cerró los ojos un segundo, pues temió que aquello solo fuera una ilusión óptica, aunque al abrirlos por suerte todo seguía igual.

Sonrió. Desde luego, era la primera vez que se sentía a gusto de verdad desde que había llegado, y todo de una manera tan simple que asustaba. No tenía nada, todo era de prestado, y en vez de ponerse a gritar, a quejarse y a salir corriendo, seguía allí, sentada en una esterilla de playa (que con toda probabilidad Axel habría comprado en el mercadillo) y sonriendo como una idiota.

Y lo más extraño, relajada y excitada al mismo tiempo. Eso sí, muy consciente de que él era uno de tantos y que tarde o temprano aquella inexplicable atracción se convertiría en aburrimiento. Lo mismo que le ocurría con un traje de diseñador: podía ser perfecto, pero a la siguiente temporada perdía todo su atractivo.

Capítulo 14

—¿Qué haces?! —chilló Portia sobresaltada, abandonando sus reflexiones al sentir el brusco contraste de temperatura.

—Espabilarte —respondió Axel divertido, salpicándola de nuevo de agua al moverse junto a ella.

—Pareces un perro sarnoso sacudiéndose —farfulló ella, al tiempo que se secaba con la camiseta de él y se la dejaba hecha un asco.

—Parecías estar en otro sitio, la verdad —comentó Axel, quien se sentó para ocuparse de la intendencia. Le entregó un bocadillo, por supuesto de tamaño reducido, porque de no ser así, Portia le daría una clase magistral sobre hidratos, calorías y demás gilipolleces que solo quien tiene tiempo libre y ganas de tocar los cojones menciona—. Cómetelo —dijo, cuando la vio desenvolverlo poniendo cara rara.

—No sé yo si esto...

—Joder, es un puto sándwich, tiene hasta un poco de verde, para que no me des la lata —la interrumpió de mala leche, ocupándose de su propio bocadillo.

—¿Los has preparado tú?

—¿Yo? No digas bobadas, ha sido el mayordomo. No te jode... —le espetó con sarcasmo, mientras negaba con la cabeza y pensaba en lo malcriada que estaba.

—¿Está bueno? —preguntó Portia, tras dar el primer bocado.

—Dímelo tú. —Axel señaló la comida, poco o nada dispuesto a soportar críticas sobre su arte a la hora de preparar bocadillos.

—El mayordomo, digo —le aclaró ella, y él la miró sin comprender—. Para tirármelo, ya me entiendes.

Axel se atragantó y comenzó a toser, por lo que Portia, toda amabilidad y disimulando una sonrisa de satisfacción, se puso de rodillas detrás de él y empezó a darle unos golpecitos en la espalda como si fuera un niño pequeño, sin tener en cuenta que: uno, él no necesitaba esos cuidados, y dos, sentía en todo momento el roce de sus pezones, lo que ayudaba aún menos a su recuperación.

—Ya estoy bien —afirmó, sin sonar muy convincente, y bebió un buen trago de agua para pasar la comida y el susto; sin embargo, ella continuó torturándolo con las manos y con aquella otra parte que nada más imaginarla lo excitaba, y como no quería volver a darse un remojón, tuvo que intervenir—: Deja de restregarte, maldita sea.

—Qué más quisieras —aseguró Portia, dándole un pescozón por impertinente.

Y así, de golpe y porrazo, al carajo el buen ambiente creado, pensó él, arrepintiéndose de haber sonado tan bruto, pues podría haber utilizado un tono más suave o, sencillamente, haberle dicho que ya era suficiente y que siguiera comiendo.

Torció el gesto. Portia no se merecía aquella contestación, sin embargo, provocaba en él, aunque no era una excusa válida, la peor de sus reacciones. Y no

sabía, o no quería saber, muy bien por qué. Quizá fuera inseguridad, porque por primera vez en su vida se encontraba frente a una mujer que no titubeaba, no se callaba y le plantaba cara desde el principio. Y sí, había tenido relaciones con bastantes arpías como para verlas venir, pero ninguna lo había hecho de forma tan abierta. Eran más taimadas, se esforzaban por disimular su verdadera naturaleza, en cambio Portia iba de frente, sin medias tintas, y eso lo jorobaba y lo desconcertaba un poco.

Ella se acabó su sándwich y le tiró a la cara el envoltorio hecho una bola, demostrando una vez más su carácter de niña malcriada deseosa de llamar la atención para que todo el mundo la tuviera en palmitas, pero Axel se limitó a guardarlo en la bolsa y a seguir comiendo. Por supuesto, no dijo nada cuando ella se tumbó, dobló las rodillas y separó lo justo las piernas en una pose de lo más sugerente.

¿Debía tomárselo como una invitación o como una provocación?

Portia era de esas mujeres que, sin esforzarse demasiado, resultaban sugerentes. En ella podía considerarse innata la capacidad para dejar sin habla a un hombre, y además sabía usar a la perfección sus armas, por lo que Axel optó por tomar el camino menos complicado para su paz mental y su alivio inmediato.

Sin embargo, ya debería saber que con Portia, para eso y muchas otras cosas, tenía que ir un paso por delante, pues mientras evaluaba sus opciones, ella ya había tomado una decisión y, sin ningún miramiento, se estaba acariciando un pecho y emitiendo unos murmullos que, si bien eran lo bastante bajos como para no alertar a nadie, era difícil pasarlos por alto, estando como estaba tan cerca de ella.

—La madre que te parió... —masculló Axel, apartándole la mano y sujetándosela con fuerza para que no retomara sus actividades libidinosas—. Vas a conseguir que seamos el centro de atención.

—Pues no mires —le espetó ella, antes de recuperar su mano, que por suerte dejó quietecita.

—No me toques los cojones —rezongó él, recurriendo a su frase favorita.

Pero su alivio fue efímero, ya que Portia, dispuesta a tocarle la moral o a acabar en el cuartelillo de la Guardia Civil por escándalo público, se puso de costado y le colocó la mano sobre la entrepierna, que ya presentaba evidentes síntomas de interés.

—No seas envidioso —canturreó, frotándolo con la maestría que Axel ya conocía de primera mano—, que para ti también hay.

Él miró a su alrededor, nervioso y empalmado (ninguna de las dos circunstancias eran bien recibidas) y, aunque ninguna de las pocas personas que pululaban por allí los vieran, eso no significaba que pudieran dejarse llevar.

—Portia, joder... —Gruñó.

Ella supo en el acto que aquella protesta carecía de la convicción suficiente para hacerla desistir, ya que la cosa se seguía animando y él no la apartaba. Se inclinó un poco más y de esa forma pudo acercar los labios a su oído y ronronear, mientras su mano se internaba debajo de la tela del bañador.

—Esto se está poniendo interesante —musitó y le atrapó el lóbulo entre los dientes para tirar de él, logrando que Axel gimiera encantado.

Se retorció e intentó por todos los medios no cerrar los ojos, porque entonces estaría perdido por completo y a aquella insensata le traería sin cuidado el hecho de que tuvieran espectadores en primera fila.

Pero una cosa era decirlo y otra, hacerlo, porque en la versión al aire libre Portia era tan buena o mejor como la versión privada, o puede que fuera la sensación de peligro la que acentuaba su excitación. El caso era que Axel no podía evitar gemir mientras ella se iba colocando encima de él y le bajaba el bañador.

—A la mierda la precaución —musitó y, acto seguido, pasó de la actitud sumisa a la activa y llevó una mano al culo femenino, al tiempo que con la otra la sujetaba de la nuca para atraerla hacia abajo y besarla en condiciones.

Portia respondió con entusiasmo y gimió sin apartarse mientras continuaba masturbándolo, ahora con mayor dificultad debido a la postura, pero no parecía importarle, pues Axel por su parte le magreaba el culo y continuaba besándola con verdadero arte. Se incorporó sobre él, se relamió y después bajó la cabeza para, con la punta de la lengua, recorrer su pecho, notando en el acto el sabor salado de su piel. No se quedó en ese punto... Axel tragó saliva al observar cómo se deslizaba hacia abajo e iba lamiéndolo. A la altura del ombligo, muy a su pesar, tuvo que intervenir.

—Para... joder...

—Ni hablar —replicó ella con voz sensual.

—Con la de gente que lleva un móvil encima, dispuestos a grabarlo todo... —se quejó, pero sin apartarla.

—Déjate hacer...

Pasar por alto su queja significaba en primer lugar salirse con la suya, lo que de por sí ya era placentero, pero además le apetecía continuar. No sabía muy bien por qué, pues por lo general, cuando hacía una mamada, era más bien por seguir un guion o devolver el favor; sin embargo, a Axel quería hacérsela y estaba dispuesta a continuar.

—No seas mojigato —le recriminó, humedeciéndose los labios y sujetándole la polla con una mano antes de añadir con aire travieso—: Prometo que no te dolerá.

Él resopló por no echarse a reír; desde luego, con una mujer así nunca se aburriría en la cama, pues a la parte técnica del asunto (en la que era una maestra) se sumaba su gracia y chispa, algo que se agradecía como incentivo extra.

Las comparaciones son odiosas, pero en la cama Paloma no tenía nada que rascar, y en la playa o cualquier otro sitio Axel ya ni se lo planteaba, pues nunca se atrevería ni a proponérselo y mucho menos a follar como estaba a punto de hacer con Portia.

Y lo más extraño era que ni siquiera sentía un amago de remordimiento por estar toqueteando a otra, cuando se suponía que con Paloma tenía una relación de esas que las películas moñas se empeñaban en llamar *monógamas* para joder al personal.

Portia, por su parte, ajena a sus peligrosos devaneos mentales, se ocupó de lo que

tenía entre manos y recorrió toda su erección con la lengua, desde abajo hacia arriba y, una vez allí, atrapó su polla con los labios y empezó a succionar.

—¡Hostia puta! —exclamó él, incapaz de contenerse.

—Lo tomaré como un cumplido —murmuró ella.

No se limitaba a metérsela en la boca y a chupar con más o menos gracia, iba más allá. Presionaba con los labios, arañaba con sutileza, le apretaba las pelotas con una mano y, ya como toque maestro, con la punta de la lengua buscaba cada recoveco, proporcionándole una increíble sensación justo en la punta. Era jodidamente buena. Qué coño, la mejor, sin lugar a dudas.

Sin embargo, Axel seguía inquieto. La verdad era que caminar hacia el coche, conducir hasta casa con una erección de caballo y arriesgarse a que se enfriara el ambiente no le hacía ni puta gracia, pero tampoco continuar allí tumbado, dejando que Portia se la chupara mientras él no hacía nada; así que como pudo se movió hasta liberar su polla y la miró a los ojos.

—Escucha, ya me correré otro día en tu boca...

—¿Cómo dices? —preguntó ella, frunciendo el cejo por haber sido interrumpida.

—Vayamos a lo práctico.

Aprovechando la ley de la ventaja, la tumbó de espaldas y se puso encima, dispuesto a follársela de manera rápida y contundente, dejando para la intimidad del dormitorio las habilidades orales de ella y las suyas propias, que con sumo gusto llevaría a la práctica en cuanto le fuera posible.

—Eh, eh, eh... ¡Aparta! —ordenó Portia empujándolo e impidiendo cualquier maniobra de aproximación.

—Portia, maldita sea... lo haces muy bien, pero no tenemos tiempo —replicó Axel mientras intentaba abrirle las piernas con la rodilla.

—¡No pienso follar así!

Él se apoyó en los antebrazos y se apartó lo justo para mirarla a los ojos, porque se estaba perdiendo algo y deseaba saber qué.

—¿Estabas dispuesta a hacerme una mamada pero no quieres follar? —inquirió con visible incredulidad.

—Yo no he dicho que no quiera —replicó casi ofendida.

—¿Entonces...? —preguntó él volviendo a la carga. Solo faltaba que acabaran discutiendo, estando como estaban, con el culo al aire y excitados.

—Lo que no quiero es hacerlo así. No me gusta esta postura —le explicó, antes de añadir con malicia—: Ya deberías saberlo.

—¿Te me vas a poner petarda ahora?

—Oye, guapo, por si no lo sabes, aquí se trata de que los dos lo pasemos bien, yo dudo mucho que yo llegue a correrme contigo encima. Lo siento, la estimulación es insuficiente.

—¿Me estás vacilando? —preguntó frunciendo el cejo, porque no podía tratarse más que de una broma.

—¿Tú crees que tengo cara de guasa? —respondió Portia con otra pregunta y esperó a que él dijera algo, pero como no lo hizo, tomó las riendas del asunto.

—Pues ya me contarás qué hacemos con esto —indicó Axel, señalando su erección.

—Date la vuelta y déjame a mí, que por lo visto voy a tener que ocuparme de todo —resopló ella, empujándolo.

Axel no tenía ganas de discutir, porque en su estado de excitación podía sufrir daños irreversibles, de modo que se recostó en la esterilla y la ayudó a subirse encima. Ningún tío en su sano juicio opondría resistencia cuando una rubia tan decidida estaba a punto de montarlo; sin embargo, él torció el gesto, ya que aquello empezaba a convertirse en una rutina.

—No te lo tomes a mal, pero me gustaría cambiar de postura para... ¡Oh, joder! —exclamó, quedando su protesta en nada cuando ella se dejó caer sobre su polla y apretó todos sus músculos internos, exprimiéndolo al máximo.

—¿Decías? —inquirió con retintín, balanceándose sobre él, y Axel cerró el pico. Más tarde, si se acordaba del asunto, lo sacaría a colación, pues no dejaba de ser curioso el hecho de que Portia siempre quisiera estar encima.

Portia se movía con la seguridad acostumbrada, proporcionándole todo el placer físico que el acto en sí llevaba consigo, aunque Axel también obtenía otro tipo de satisfacción, más difícil de aceptar y, por supuesto, más peligrosa. Por si acaso, decidió concentrarse en follar y no en averiguar la intensidad de sus emociones, las cuales, por cierto, debería ir guardando en el armario para no meterse en camisa de once varas. Nada mejor para eso que concentrarse en el plano sensorial y dejar el emocional para otro día, y para ello empezó por levantar las manos hacia aquel par de tetas, por muy sintéticas que fueran, que se movían delante de su cara. Apresó los pezones y tiró de ellos, lo que se tradujo en una mayor presión sobre su polla, ya que Portia, encantada con la maniobra, apretó más sus músculos internos, acercándolo al punto de no retorno.

Axel tuvo que apretar los dientes para no correrse, pese a que era lo que le pedía el cuerpo. Le apetecía alargar aquello, no solo por motivos obvios (satisfacer a Portia), sino también porque era todo tan extraño, surrealista y arriesgado, que muy difícilmente se repetiría, así que sería de estúpidos desaprovechar la ocasión, por mucho gilipollas con cámara que pudiera aparecer.

Ella, por su parte, no podía encontrarse mejor, frotándose sobre él, encantada con la estimulación que recibía justo en el clítoris y, por supuesto, la visión de absoluta rendición que él ofrecía, jadeando debajo de ella y embistiendo.

—Sigue —le ordenó, echándose hacia delante para lamerle los labios, primero con delicadeza, para que se confiase, y después mostrándose agresiva y mordiéndole el inferior, mientras le robaba el aliento y mezclaba sus propios gemidos con los suyos.

—Joder... —masculló Axel, tensando el cuerpo en respuesta a los mordiscos más

o menos cariñosos de ella. Se había follado a tías agresivas, pero como Portia ninguna.

—Córrete, Axel... —musitó ella con voz ronca junto a su boca, y él elevó la pelvis para penetrarla con fuerza, alzándola incluso.

—Solo si me acompañas —replicó, respondiendo a su reto, porque a pesar de estar follando y de tener mermadas sus capacidades cognitivas, no era tan tonto como para no darse cuenta de que lo estaba poniendo a prueba.

—Faltaría más —dijo ella, y esbozó una media sonrisa de satisfacción al comprobar que Axel no era tan tonto como el noventa y nueve por ciento de los hombres. Ese era otro punto a su favor, aunque la verdad, no debería ser así, pues resultaba más sencillo que reaccionara como el resto; de esa forma, al tenerlo en la categoría de insustanciales, podría dejarse de consideraciones.

Gimió y un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, Portia lo estaba exprimiendo. Aquel calor, aquella humedad, aquella presión y en especial su forma de comportarse lo volvían loco y lo arrastraban a situaciones como aquella en la que se hallaban inmersos.

—Empuja más fuerte, estoy a punto de correrme —exigió ella jadeante, clavando las rodillas en la arena y aferrándose a sus hombros para coger el impulso necesario y alcanzar el orgasmo.

—Por supuesto. —Aceptó la sugerencia encantado, a pesar de que con el rabillo del ojo vio a varias personas paseando por la orilla de la playa, las cuales en menos de cinco minutos estarían tan cerca que hasta podrían aplaudir al finalizar ellos la faena.

Portia también se percató y, por supuesto, se lo tomó de un modo más excitante: tener público no era ninguna novedad para ella, y para que su actuación fuera excelente, se irguió y, sin el menor pudor, alzó los brazos y continuó montándolo mientras se alborotaba el pelo.

—La madre que te parió... —masculló Axel, respirando cada vez de forma más errática, sin saber muy bien cómo salir de aquel embrollo.

—No seas tan mojigato —le recriminó Portia entre jadeos, humedeciéndose los labios y acariciándose el pecho... cualquier cosa con tal de volverlo loco.

Y surtió efecto. Sin dejar de apretar los dientes, Axel empujó por última vez y se corrió en su interior. En ese mismo momento, pensó que le traía sin cuidado que lo pillaran follando en la playa como un turista borracho. Solo le importaba el hecho de abrazarla, de sentir cómo Portia alcanzaba el orgasmo, y todo lo demás se podía ir a la mierda.

Ella se estremeció y él buscó su boca, agarrándola de la nuca para acercarla a él. Sin embargo, tras un leve contacto, Portia lo dejó anonadado cuando, en vez de relajarse y quedarse a su lado, se apartó de un salto y echó a correr desnuda hacia el agua, alegrando la vista que quienes paseaban por la orilla.

Axel terminó sonriendo.

Después se subió el bañador.

Capítulo 15

Prepararse para lo peor no significaba necesariamente saber cómo afrontar una situación difícil, y el lunes a primera hora de la mañana, cuando Axel llegó al taller con Portia a remolque (porque la señoritinga tardaba lo indecible en salir del baño y vestirse), se encontró de morros con Paloma, a la que sin duda alguna alguien había puesto al tanto del curioso día de playa del que habían disfrutado la Barbie mecánica y él.

Menos mal que lo acontecido después, tanto cuando estaban a solas en la playa como en el apartamento, no había trascendido, porque de ser así, Paloma le cortaría los huevos. Lo que venía a reforzar su decisión de poner punto final a lo que era una atípica relación, pues si bien con Portia Axel no tenía ningún futuro, tampoco le parecía razonable continuar jugando con una novia a todas luces con fecha de caducidad.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Paloma, controlando su enfado e indignación e intentando no mirar a Portia para evitar arrancarle los pelos uno a uno.

—¿Qué... de cháchara, jefe? —canturreó Elías recién apeado de su moto, acercándose a Portia para darle los buenos días con un sonoro beso en la mejilla que ella aceptó encantada y al que correspondió con una deslumbrante sonrisa.

—Hola, guapo, ¿nos tomamos un café? —contestó, aceptando el brazo que el chico le ofrecía y entrando con él en el taller.

—Claro que sí, y un piti, que luego no nos dejan fumar en toda la mañana —añadió Elías contento.

Axel torció el gesto, porque ese día la rubia se había superado a sí misma al ponerse un pantalón recortado que le había birlado a él y se las había apañado para que le sentara como un guante. Esa mujer con las tijeras tenía arte, era imposible pasarlo por alto; otra cosa muy distinta era que ese arte fuera apto para todos los públicos.

La «modelo» y el mecánico en prácticas se metieron dentro del taller, ofreciéndoles privacidad, algo que Axel no estaba muy seguro de si le convenía.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de encima aparecer con ella? —lo increpó Paloma en cuanto se quedaron a solas.

—No me toques los cojones... —rezongó él y respiró hondo, porque después de un fin de semana atípico aunque más o menos armonioso, no le apetecía empezar el lunes de mala leche, y Paloma era una experta en conseguirlo.

De acuerdo, le debía al menos la deferencia de hablar con ella; sin embargo, no era ni el momento ni el lugar.

—¡No tengas encima la desfachatez de dejarme con la palabra en la boca! —le espetó Paloma demostrando su enfado, el cual por cierto iba en aumento.

—Escucha, ahora no puedo hablar; ¿estamos?

En ese instante apareció un nuevo cliente, quien, deteniendo el coche a la altura

de ellos, para bochorno de Axel y cabreo de Paloma, preguntó:

—Eh, tío, ¿dónde está la rubia de atención al cliente?

—Hola, Paulino, ¿qué le pasa a tu Honda nuevo? —preguntó Axel, entrecerrando los ojos.

—No lo sé, pero viniendo hacia aquí he oído un ruidito y no quiero arriesgarme. Siempre es mejor prevenir —contestó el hombre.

—Dame las llaves, luego te lo miro —dijo Axel impaciente, mientras Paloma fulminaba a los dos hombres con la mirada.

Nadie desconocía el motivo por el que Paulino, como tantos otros clientes, acudían al taller de Axel en los últimos tiempos.

—Mejor voy yo a la oficina para hacer el papeleo —replicó el propietario del coche, entrando sonriente en el taller con perspectivas no solo de rellenar un formulario, sino también de recrearse la vista.

Paloma resopló, porque la aparición de aquel cliente venía a confirmar sus sospechas, y su supuesto novio, como el resto de los hombres, babeaba ante la intrusa, como había decidido llamarla.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó con retintín, cruzando los brazos.

Axel la miró y disimuló su malestar. Sin poder evitarlo, comparó una vez más a las dos mujeres que en los últimos tiempos lo atormentaban, eso sí, de manera bien distinta, y llegó a la conclusión de que con ninguna de las dos podría vivir una vida como él deseaba, pero que puestos a elegir el mal menor, se quedaría con Portia, porque al menos las sesiones de sexo serían infinitamente más creativas. Aunque, ¿cuánto duraban esa atracción y esa respuesta tan excitante?

—Axel, no voy a seguir siendo el hazmerreír de todos. ¿Sabes lo que comentan a mis espaldas? —prosiguió Paloma en plan victimista.

—No hagas caso a los chismorreos.

—¡No son chismorreos! —estalló—. Para empezar, vives con ella y dudo mucho que una mujer así sea decente y se comporte; seguro que es facilona y tú, incapaz de resistirte.

—No la insultes —dijo él en tono de advertencia, en primer lugar porque Paloma no era quién para juzgar a Portia, y en segundo porque esos concepto de *decente* y *facilona* eran de lo más caducos.

—¡Encima la defiendes! Ya veo que te ha comido el coco. Bueno, y por lo visto no solo el coco —apostilló con segundas.

—Vamos a ver, Paloma: para empezar, ya no existen mujeres facilonas, ¿de acuerdo? Son personas que deciden sobre su sexualidad con libertad. Así que olvida esos conceptos, joder, que pareces tu abuela.

—¡Te has acostado con ella! ¡No lo niegues! —lo acusó tras escuchar su acalorada defensa.

De nuevo el sonido de un claxon interrumpió su discusión y ella, con tal de guardar las apariencias, aunque estuviera cabreada, se hizo a un lado.

—¿Qué tal, Ovidio? —le preguntó Axel al recién llegado. Otro cliente. Cuarentón, en buen estado físico. Compañero del grupo cicloturista. Divorciado—. ¿Problemas con tu Alfa Romeo?

El otro saludó a Paloma en plan seductor, quitándose las gafas de sol con calculada parsimonia, y después se dirigió a Axel:

—No sé qué le pasa. En las curvas se oye un ruido y...

—Joder, hoy es el día de los ruiditos —murmuró Axel—. Anda, dame las llaves, que le echaré un vistazo.

—Ya, si acaso mejor te las dejo en la oficina, ¿vale? —contestó Ovidio todo ufano, metiendo el coche en el taller.

—Como verás, estoy hasta arriba de trabajo; mejor quedamos para comer y hablamos.

—No, hablamos ahora —se obstinó Paloma—. De entrada, tienes que echarla de tu casa. Que se busque una pensión barata. O que se largue a su país. Así estaremos todos más tranquilos.

—Escucha, no la voy a dejar en la calle porque no tiene ni un céntimo —respondió él—. Segundo, no voy a seguir escuchando estupideces que solo responden a tus celos, por otro lado infundados.

—¡No son celos! Tienes algo con esa mujerzuela y encima pretendes hacerme creer que son invenciones mías.

—No sé qué te pasa. Sabes perfectamente que la cuestión no es si me acuesto o no con ella. Hasta la fecha, siempre he tenido mis rollos, nunca te he prometido exclusividad. No sé por qué ahora te pones tan tiquismiquis.

—Porque te quiero, Axel, y no puedo soportarlo más.

—Eso es chantaje emocional y lo sabes —la reprendió él resoplando, porque no quería llegar a ese punto tan delicado.

—No es chantaje, es la pura verdad. Sé que no me has hecho promesas, sin embargo, hemos seguido viéndonos y, bueno... creía que ya íbamos en serio.

—Detesto este tipo de conversaciones —comentó Axel, torciendo el gesto. Las odiaba, y de ahí que hasta la fecha las evitara siempre que podía en la medida de lo posible.

Sin embargo, por su mala cabeza, por la aparición de Portia o por lo que fuera, ahora Paloma lo había acorralado.

—Pero en algún momento tendrás que sentar la cabeza, casarte, formar una familia...

Él se mordió la lengua, porque si una conversación llena de tópicos ya lo ponía de mala leche, el temita de sentar la cabeza lo ponía en el disparador. Era cierto que se lo había planteado, pero como idea, no como realidad, y que se lo impusieran lo jorobaba bastante. Amén de que Paloma lo aprovechara para llevarlo a su terreno.

—No sé por qué te has montado esa película, Paloma. Haz el favor de no seguir por ese camino —dijo en claro tono de advertencia.

—Has jugado conmigo, con mis ilusiones... —le espetó ella, a punto de echarse a llorar.

Algo que, Paloma debería saberlo, provocaría en Axel la reacción contraria, y lejos de ablandarlo haría que se mostrase aún más a la defensiva.

—Yo no he jugado a nada —replicó, hastiado de aguantar memeces—. Fui claro desde el principio. No sé a qué viene ahora tanto melodrama.

—Porque nada más aparecer esa mujer por aquí ha conseguido que vivas con ella, y a mí en cambio solo me has invitado un par de veces a tu casa.

—Que comparta piso con ella no significa que vaya en serio con ella, joder —replicó de mala leche ante aquella ridícula suposición.

—Eso lo dices para desviar la atención —lo acusó Paloma por enésima vez—. Me he fijado en cómo la miras. —Axel resopló—. Y no es ningún secreto que te gustaría enrollarte con ella y dudo mucho que ella se resistiera, ya que estamos.

—¿Otra vez con esa chorrada? Mira, tengo trabajo, y mucho, así que dejémoslo aquí, por favor.

—¿Te acuestas o no con ella? —insistió Paloma.

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó él a su vez.

—No hace falta que me respondas... —replicó con sarcasmo—. Os ponen un par de tetas delante y sois como un toro ante un trapo rojo.

A Axel no le pasó por alto el tono de desprecio hacia Portia, algo que debería traerle sin cuidado, aunque lo jodía, porque era muy injusto. Sin embargo, optó por no defenderla más, pues así la conversación tocaría a su fin.

—Escucha, Paloma, entiendo tu manera de enfocar las cosas y sé que no puedo pedirte que comprendas la mía, por eso es mejor dejarlo aquí.

—¿Después de todo lo que hemos hecho juntos?

Él hizo un rápido balance y llegó a la conclusión de que no había sido nada del otro mundo, pero prefirió callárselo.

—No voy a cambiar mi forma de pensar.

—¿Por qué no lo intentas? —sugirió ella a la desesperada, viéndole un poco las orejas al lobo tras haberse puesto demasiado exigente.

—Porque no me da la gana, maldita sea, Paloma.

—¿Y por ella sí?

—No la metas en esto.

Paloma se tragó las lágrimas. Sabía que lo de aquella rubia era pasajero y que si aguantaba un poco el chaparrón conseguiría que Axel volviera al redil. Había jugado la baza de la lástima, la de hacerlo sentir culpable, y solo le quedaba una, consciente de que aquella mujerzuela se largaría tarde o temprano: la de exigir.

—Ella o yo, elige —dijo, lanzando un órdago en toda regla.

Axel negó con la cabeza, pues en el fondo lo apenaba que una mujer como ella recurriera a ese tipo de chantaje para retenerlo a su lado. Valía mucho más que eso.

—Ni tú ni ella —contestó y dio media vuelta para dirigirse a su oficina, donde,

con toda probabilidad, se encontraría otro frente abierto, ya que los dos «inesperados» clientes de primera hora llevaban demasiado tiempo ocupándose del papeleo.

Sus sospechas se confirmaron nada más poner un pie dentro. Allí estaba Portia, sentada encima de la mesa de la que no hacía mucho era su oficina. Con sus largas piernas cruzadas en una actitud poco o nada acorde con lo que se esperaba de una trabajadora. Con su bufón particular, Elías, y sus dos nuevos vasallos, Ovidio y Paulino, babeando mientras ella, la princesa, sonreía dejando a toda su corte embobada.

—¿Qué cojones estáis haciendo todos aquí dentro? —masculló Axel entrando en su oficina, donde con tanta gente no podía ni dar un paso—. Tú —señaló a su empleado—, a tu puesto. Revisa el Honda de Paulino. Tú —miró a Portia—, baja el culo de mi mesa y tráeme un café.

Ella, en vez de replicarle, obedeció con la lentitud y provocación suficientes como para hacerle hervir la sangre. Caminó hasta quedar frente a él y entonces preguntó con su voz más erótica:

—¿Y cómo lo quieres?

Axel tragó saliva. Ovidio sintió un ramalazo de envidia y Paulino deseó tener veinte años menos, para ligarse a la Barbie mecánica.

—El café, quiero decir —añadió Portia, volviéndolos todavía más locos.

—Como te dé la puta gana —respondió Axel, fingiendo normalidad, pese a estar muy cerca de su punto de ebullición.

Ella se dispuso a abandonar la oficina, contoneándose, y antes de salir por la puerta se detuvo junto a Elías, quien nada más verla cambió su expresión neutra por otra mucho más alegre.

—Vaya malas pulgas, tío —le recriminó Ovidio—, yo sería incapaz de tratarla así.

Axel los mandó a freír espárragos, eso sí, con algo de educación, porque no podía permitirse el lujo de perder clientes, aunque fueran un incordio e inventaran excusas para llevar su coche al taller. Era ante todo un profesional: revisaría los vehículos y listo.

Se puso manos a la obra, dispuesto a dejar a un lado sus problemas con las mujeres, o mejor dicho, los problemas que le creaban las mujeres, cuando con el rabillo del ojo vio las piernas de la discordia caminando hacia donde él estaba y supo en el acto que se avecinaba una tormenta.

—Aquí tiene... jefe —dijo Portia sumisa y Axel desconfió, pues lo más probable era que le volcara el café encima para escaldarlo.

Cogió la taza y miró a la rubia entrecerrando los ojos. ¿Qué estaba tramando aquella cabecita loca?

—¿Desea alguna otra cosa... jefe?

—No —murmuró él, y ella lo dejó tranquilo.

Dio un sorbo al café, pensando que quizá le hubiera echado sal en vez de azúcar o a saber qué, pero no, estaba delicioso. En su punto, lo cual lo mosqueó aún más, pero como tenía trabajo, se lo acabó y siguió con lo suyo.

Portia, por su parte, se fue a la oficina y se puso frente al ordenador para registrar unas facturas. Se acordaba más o menos de cómo se hacía de cuando había trabajado en una de las empresas familiares, así que poco a poco fue sintiéndose segura y a la hora de comer manejaba el programa de contabilidad con soltura. Eso sí, de vez en cuando no podía evitar echarle una miradita a Axel.

Observarlo era un gustazo. Con el mono de trabajo que le daba aquel aire de mecánico malote y su expresión de perdonavidas, le entraban ganas de embadurnarse de aceite y restregarse contra la carrocería de cualquier vehículo para que él apareciera con una llave del doce y la arreglara de arriba abajo. Suspiró incluso, porque se estaba poniendo muy tontorrón.

Saltaba a la vista que Axel era un tipo para pasar el rato y, aunque hubiera discutido con aquella petarda amargada que tenía por pseudonovia, Portia estaba segura de que claudicaría ante ella y por lo tanto no merecía la pena darle más vueltas. Disfrutaría del momento y listo.

A la hora de comer, el mecánico cañón entró en la oficina y se quedó con los brazos cruzados y una expresión a medio camino entre la incredulidad y la admiración al verla trabajar sin rechistar. La mesa de oficina estaba más ordenada que nunca y el papeleo, al día.

—¿Sorprendido? —murmuró ella sin mirarlo, mientras continuaba tecleando.

—La verdad es que sí —contestó él, sentándose.

—Axel, tío, ¿puedo cogerte la tarde libre? —preguntó Elías, entrando sin llamar antes a la puerta—. Me ha surgido un tema familiar y...

—Estamos hasta los topes —lo interrumpió él, negando con la cabeza.

—Joder... —protestó el chaval—. No te lo pediría si pudiera arreglarlo...

—Anda, sé bueno —intervino Portia, abogando en favor del chico—. Nos las podemos apañar. Hoy no creo que entren más coches y si luego Elías se compromete a recuperar las horas...

—¿Quién cojones manda aquí? —protestó Axel, sintiéndose el último mono pese a que la respuesta la tenía muy clara. Era una pregunta retórica.

—Claro que recuperaré las horas, faltaría más —contestó Elías, sonriéndole a su compañera por echarle un cable.

—Está bien —accedió el jefe gruñón, mirando a Portia en señal de advertencia para que no volviera a meterse en esos asuntos.

»¿Te apetece ir a comer? —le preguntó a continuación.

—Bueno... —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Si no es mucha molestia...

—No me toques los cojones, Portia. Estoy intentando ser amable.

—Pues te sale de pena, la verdad —replicó—. Y si te sientes culpable por lo de

antes, tranquilo, solo ofende el que puede y no el que quiere.

—Que intente ser educado no significa que te esté pidiendo perdón, ¿estamos?

—Oye, que te entiendo, ¿vale? No es agradable que tu novia venga a quejarse porque le das plantón o porque te vas con otra.

—¡¿Has estado escuchando?!

—¡Como para no hacerlo! Habéis radiado la conversación. Si hasta he lamentado no tener palomitas, como en el cine. Elías y yo hemos flipado con el numerito que te ha montado. Yo creía que ya no quedaban mujeres así en el mundo.

—Joder... —farfulló él, porque también se había enterado Elías y eso le tocaba aún más la moral. Y porque había defendido a Portia y eso solo aumentaría el ego de esta, lo cual era lo más contraproducente del mundo.

—Tranquilo, chaval, que no le contaré a nadie tus secretos —dijo seria, pero la oportunidad era demasiado buena como para desperdiciarla—. Me invitarás a tu boda, ¿verdad?

Y luego se echó a reír, algo que lo desesperó. Sin embargo, acabó contagiándose, porque desde luego era mucho mejor reírse que acabar amargado.

—*Ad calendas graecas* —contestó y Portia puso una cara extraña—. ¿Qué pasa? ¿Los mecánicos no podemos saber latín?

—No te pega mucho, la verdad —contestó ella, mirándolo fijamente—. ¿Qué otros secretos ocultas?

—¡A ti te los voy a contar! —exclamó, consciente de la intensa mirada de que era objeto.

—Empieza por decirme qué escondes bajo esa lona —dijo Portia, señalando el bulto junto a la puerta.

—Un coche —respondió Axel enigmático, entrando en su juego de hablar de una cosa en apariencia poco o nada peligrosa, sabiendo ambos que se referían a algo muy distinto.

—Eso ya lo había deducido yo sola —le espetó ella, humedeciéndose los labios para preguntar con malicia—: ¿Es robado?

—¡No! —respondió él escueto, sonriendo de medio lado.

—Qué pena, tendría mucho más... —Otra vez sacó la lengua para provocarle un infarto o una erección, nunca se sabía, y añadió—: morbo, ¿no crees?

Se inclinó hacia delante y Axel permaneció cruzado de brazos, estático.

—No sabría decirte... —susurró, disimulando su interés en aquel extraño juego.

—¿Me lo enseñas? —inquirió provocativa.

—Depende... —dijo él, inclinándose también y olvidándose del viejo Mercedes SL500 que llevaba allí una eternidad, y concentrándose en la sugerente rubia que lo miraba desde el otro lado de la mesa de forma poco o nada buena.

Capítulo 16

—Pues yo quiero verlo... to-do —musitó Portia, poniéndose en pie de aquella forma sensual y provocativa como solo ella sabía hacer. Unos movimientos ralentizados, que en otra mujer podrían parecer una simple coreografía, pero que en su caso acompañaban a su voz de manera increíble.

Axel se echó a reír ante aquel despliegue de vulgaridad erótica. Despliegue por otro lado de lo más eficaz, pues no era tan tonto como para no darse cuenta, pero aun así incapaz de resistirse. Por lo visto, con él funcionaba a las mil maravillas, por lo que casi se vio obligado a decir:

—Pues vamos.

Axel también se incorporó, con mucha menos gracia y salero, y, sacando del armario de la galantería un gesto poco o nada habitual en él, le abrió la puerta, a lo que ella respondió arqueando una ceja.

—Gracias, caballero.

Caminaron juntos hasta donde estaba el coche y Axel levantó el toldo que lo cubría, mostrándole a Portia un polvoriento pero espectacular descapotable de los años ochenta, gris plata, que necesitaba una reparación urgente, aunque conservara el aspecto majestuoso de los Mercedes de gama alta.

Ella posó la mano en el capó y no le importó mancharse; el vehículo era espectacular. Lástima no poder utilizarlo. Todo un clásico.

—¿Por qué no lo arreglas? —preguntó con sinceridad, abandonando de momento el tono pícaro.

Axel sintió un ramalazo de vergüenza y al mismo tiempo de pena, porque no sabía muy bien cómo responder a esa pregunta formulada sin acritud.

—Si te soy sincero... —titubeó mientras buscaba una excusa, aunque tras diez segundos de infructuosa reflexión, decidió que inventar excusas baratas era perder el tiempo—. Qué cojones, no tengo un puto duro para comprar los recambios originales que necesito.

Portia siguió mirando el coche y sonrió con tristeza.

—Pues es una pena... De todas formas, si cambiaras un poco la forma de llevar el negocio... —se atrevió a decir.

—¿Cómo dices? —La interrumpió él, antes de que ella se metiera donde no la llamaban; no iba a consentir que encima criticara su forma de llevar su taller.

—Desde que me ocupo de la contabilidad y demás asuntos administrativos, me he dado cuenta de que llevas el negocio de una manera... —Se detuvo y él cruzó los brazos, advirtiéndola con la mirada de que tuviera mucho cuidado con lo que iba a decir... anticuada. Ya está, ya lo he dicho.

—¿Anticuada? —repitió Axel picado en su orgullo.

—Pues sí, eso he dicho —le confirmó Portia, porque no tenía sentido negarlo y porque viéndolo trabajar cada día horas y horas, se daba cuenta, pese a sus limitados

conocimientos del mundo empresarial, de que los beneficios no estaban en consonancia con el esfuerzo.

—¡Qué sabrás tú de llevar un negocio!

Tapó de malos modos el Mercedes. De repente, por un comentario desafortunado, todo el buen ambiente se había ido a la mierda y de nuevo se iniciaban las hostilidades.

Sin mediar palabra, se dio la vuelta y caminó a grandes zancadas hacia su oficina, cogió las llaves del taller y, abriendo la puerta, dijo:

—Si quieres comer, te sugiero que me acompañes. No tengo todo el día.

—Tanta amabilidad me confunde —se guaseó Portia, acercándose a él.

Ella salió primero y caminó con su contoneo habitual, consciente de que Axel no se perdía detalle. No esperó a que le abriera la puerta del coche, porque lo más probable era que el mecánico protestón no se comportara como un caballero, como en efecto sucedió. Cuando él arrancó, ella ya se había puesto el cinturón, las gafas de sol y la sonrisa más falsa de su repertorio.

Axel condujo en silencio, eso sí, mirándola de reojo y pensando en cómo todo se iba complicando por momentos, porque, además de tener que soportarla, ahora la muy pija pretendía criticar su forma de llevar la empresa. «¡Petarda!», pensó con rabia. ¿Qué narices sabría ella de llevar un negocio? ¡Ella, que no había dado un palo al agua en su vida!

Lo que había que escuchar por tener oídos...

—Oye, deja de golpear el volante, que me pones nerviosa —le dijo Portia, al ver que lo hacía por tercera vez.

—Ya hemos llegado —refunfuñó Axel como una vieja a la que le pisan un juanete.

Ella miró a su alrededor. Aquel debía de ser un lugar entre típico y cutre, pero con el humor de perros que tenía don Imposible, cualquiera se lo hacía notar.

Lo siguió al interior del local y, sin salir de su asombro por aquella decoración tan... tan... indescriptible, se sentó a la mesa sin decir una palabra.

Pero si Portia estaba alucinada con aquel ¿restaurante?, no lo estaban menos el resto de los presentes al verla a ella. No le quitaban el ojo, pues en un bar de «currantes» rara vez se veía a mujeres así y por tanto la expectación era máxima.

—¿Qué tal Axel y... compañía? ¡Cuánto tiempo sin verte por aquí! Nos tenías abandonados —saludó la camarera.

—Hola, Loles —respondió él incómodo.

—Aquí tenéis el menú, ahora vuelvo y os tomo nota —dijo la mujer, mirando a Portia como si fuera su peor enemiga y, claro, ella se dio cuenta.

—¿Con esta también has follado? —le preguntó a Axel en voz baja, no por celos, sino para tocarle un poco la moral y porque la camarera se lo comía con los ojos.

—Sí, ¿por qué? —respondió sin inmutarse; no merecía la pena ocultarlo.

Portia sonrió de medio lado, agradeciendo su sinceridad, sin embargo, era una

oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar y, claro, volvió a la carga.

—Pues por cómo te mira, me da la impresión de que podrías volver a hacerlo en breve —soltó toda ufana y, cuando Loles se acercaba con el cestillo de pan, añadió—: lo de follar con ella, me refiero.

La camarera arqueó una ceja cuando Axel resopló incómodo ante tan desafortunado comentario. Bueno, quizá la razón fuera más bien que se había sentido picado en su orgullo, porque una mujer normal se habría mostrado un pelín molesta al toparse con una «rival», pero Portia no era normal, y encima bromeaba sobre el asunto.

—Agradezco tu interés por mi vida sexual, y también tu generosidad, dado que, por lo visto, consideras tus habilidades insuficientes para mantenerme contento —replicó y miró de nuevo el menú, pese a que ya tenía decidido qué iba a tomar.

—Reconozco que contigo no me estoy esforzando mucho, la verdad —dijo ella con desdén y Axel casi se atraganta—. Pero es que necesito estímulos, digamos, más... interesantes para ponerme al cien por cien —remató con una sonrisa de anuncio—. Así que, nada, invita a la camarera esta noche a tu casa. Prometo mirar solo un poquito para ver si me inspiro o algo. Palabra que no interrumpiré.

—Deja el tema de los cojones, ¿de acuerdo? —masculló cuando Loles les llevaba las bebidas.

Lo que le faltaba para su paz mental, la idea de aquellas dos juntas y revueltas en la cama con él. Para morirse allí mismo, pues su rollo con Loles había durado apenas dos semanas y le había costado bastante lograr que ella aceptara el final. Por suerte, ella había encontrado a otro a quien darle la lata y ahora ellos dos hasta se llevaban bien.

Portia decidió no pincharlo más y optó por lo más verde, insustancial y anodino del menú, porque en los últimos tiempos se estaba despistando un poco de su estricta dieta, y pase que tuviera que llevar bragas de oferta, usar cremas de marca blanca y no poder ir a la peluquería, pero de ahí a comer hidratos, grasas saturadas y demás guarradas, ni hablar.

Axel no hizo ningún comentario cuando la oyó pedir, se limitó a cerrar el pico. Allá ella si se quería morir de hambre. Por suerte, no tuvo que regañarla por remover la comida en el plato ni por dejarla a medio acabar, y como al parecer no tenían nada más que decirse, se evitó una disputa verbal pública, lo que le venía de perlas para no dar la nota, porque con Portia allí ya la estaban dando bastante.

Los demás comensales la miraban de forma descarada y a él, con evidente envidia. Por supuesto, los allí presentes sabían quién era ella, pues las noticias volaban y probablemente toda la comarca ya estuviera al tanto de la presencia de la Barbie mecánica.

Cada vez que la camarera se acercaba para algo, Portia intentaba provocarla, bien arqueando una ceja o bien bebiendo agua de una forma un tanto obscena, de lo que por supuesto se percató todo el local. Algo que a Axel le sentó como una patada en

los huevos, porque odiaba ser el centro de atención.

Así que se prometió no llevar nunca más a la rubia a comer a un lugar público. Desde el día siguiente, solo bocadillos o comida rápida en el apartamento de encima del garaje.

Regresaron al taller, donde ella se ocupó de sus tareas, a saber: recepcionista, atención al cliente, contable, proveedora de cafés y/o refrescos, y mecánica en ciernes, pues cuando tuvo toda la oficina ordenada, ya hubo hecho el pedido de repuestos y se aburrió de cotillear por internet, fue en busca de su jefe, que se encontraba apretando las tuercas de las ruedas de un todoterreno, con una llave de tubo en la mano.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó de manea inocente, situándose a su lado.

—¡Joder! Qué susto me has dado —exclamó Axel sobresaltado y dejando a un lado la pistola neumática para evitar un disgusto. Miró a Portia de reojo y sospechó de inmediato.

—Qué susceptible estás hoy... —ronroneó ella, poniéndolo aún más nervioso si cabía.

—¿No tienes nada que hacer? —le preguntó él de malos modos.

—Pues no, ya lo tengo todo en orden y me aburro... —Suspiró cual damisela atolondrada, lo cual era aún más sospechoso.

—Así que has pensado, ¿por qué no voy a tocarle un rato los cojones? —dijo Axel acabando la frase, y Portia sonrió.

—Qué bien me conoces —canturreó y se situó detrás de él, para, en un movimiento inesperado, añadir, susurrándoselo al oído—: Y cómo me pones...

Y no contenta con ello, le colocó una mano en la espalda y la fue deslizándose hacia abajo, exagerando un poco su respiración para que fuera aún más ruidosa, hasta llegar a su bonito trasero y darle un buen azote. Lástima que llevara los vaqueros puestos.

—¡Estate quieta! —protestó Axel, aunque no con la convicción que cabría esperar, lo que a Portia le vino de maravilla, porque movió la mano hacia delante y, pegándose a su espalda, se frotó contra él, acariciándolo por encima de la bragueta; lo último que Axel imaginaba.

—¿Decías?

—¿A qué estás jugando? —inquirió él, apretando los dientes.

—A nada, tranquilo —contestó, presionando un poco más su maliciosa mano—. Sencillamente, he tenido un ramalazo de inspiración, que, mezclada con el aburrimiento en la oficina, ha causado estragos en mi débil contención. Ya sabes, las rubias somos volubles, impredecibles...

Axel dudaba que aquella cabecita loca fuera tan tonta como él había pensado en un principio. Puede que fuera una niña malcriada, sin embargo, no la había visto llorar ni llamar por teléfono pidiendo ayuda.

Se apartó de ella, no porque le disgustara el jueguito, sino porque estaban en horario laboral y en cualquier momento podría aparecer alguien y el chisme de que

andaban liados quedaría del todo confirmado. Sus dos colegas, Fermín y Arturo, ya habían comentado algo de pasada, pero si un cliente los sorprendía en aquella tesitura, nadie dudaría de lo que se llevaban entre manos.

—¿Y no puedes esperar hasta la hora de cierre? —preguntó y ella negó con la cabeza.

A Axel le apetecía, y mucho, que Portia hiciera realidad su inoportuna inspiración sobre su cuerpo, pero en otro momento a poder ser.

—No, no soy capaz de esperar —dijo ella con voz ronca, convencida de que él terminaría picando.

—Joderrrrr...

Axel caminó a grandes zancadas hacia la persiana metálica y la bajó de malos modos. Después de asegurar los pasadores laterales, echó el pestillo de la puerta peatonal y acto seguido se situó otra vez frente a ella y dijo en tono desafiante:

—Veamos lo inspirada que estás.

Sin esperar una respuesta, le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Oyó cómo la herramienta que Portia sujetaba caía al suelo y, si bien en cualquier otro momento eso habría sido motivo de enfado, en esa ocasión no la regañó. Nada de tanteos, sino que con una actitud de lo más arrogante la mantuvo bien sujeta, esperando quizá que ella le diera un bofetón, pero por si acaso no aguardó ni un segundo más y buscó sus labios.

Al parecer no iba a recibir ninguno, no al menos a corto plazo, pues Portia se aferró a sus hombros y abrió la boca para corresponder a aquel alarde de dominación. Puede que no fuera muy aficionada a dejarse someter, pero Axel la ponía, y mucho, y de ahí que pasara por alto su agresividad.

Dejó también que la levantara, sujetándola del culo, para acercarla así al primer coche disponible; daba lo mismo si estaba sucio o no. La depositó sobre el capó y ella buscó una postura cómoda, mientras separaba las piernas; sin perder un segundo, Axel se situó en medio.

Portia lo agarró del cuello de la camiseta y tiró para acercarlo y besarlo. Ahora iba a ser ella la dominante y no encontró resistencia.

—Estoy muy pero que muy inspirada —ronroneó—, pero aún lo puedo estar mucho más.

Esas palabras fueron mágicas, pues Axel sonrió de medio lado y se le echó encima, aplastándola contra la carrocería del vehículo.

—Pues venga, demuéstramelo —musitó, besándola de nuevo.

Portia le mordió el labio, algo más fuerte de lo que sería recomendable; sin embargo, ese conato de agresividad fue respondido por él de manera muy similar: la agarró del pelo y tiró, obligándola a arquearse para de ese modo acceder a su garganta y morderla.

Gimió encantada y metió una mano entre sus cuerpos para desabrocharle el cinturón, maniobra a la que Axel colaboró al apartarse lo imprescindible. Toda

aquella escena podía ser tónica, previsible y con unos diálogos de lo más manidos, sin embargo, Portia se había excitado, se había sentido con ganas de más y no solo de tocarle los cojones en sentido figurado. De ahí que le hubiese consentido que la tumbara sobre el coche; pero no estaba dispuesta a seguir en aquella postura, porque si no, todo el numerito de machoman se iría por la borda, pues ella, que se conocía bien, se quedaría a medias. Y eso no pensaba consentirlo de ninguna de las maneras.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Axel para provocarla y, mirando hacia abajo, alabó en silencio la habilidad de ella para meter la mano dentro de sus pantalones sin titubeos, segura de sí misma.

—¿Tú que crees? —replicó altanera, agarrándole la polla y estrujándosela dentro del puño, lo que hizo que él tragara saliva y se pusiera más cachondo al mismo tiempo.

—Joder, te gusta duro, ¿eh?

—No tanto como a ti, por lo visto —replicó ella, demostrándole que todavía podía ser más agresiva.

—Te vas a enterar... —soltó Axel desafiante, y no se anduvo con zarandajas. Agarró la camiseta recortada y la rasgó hasta dejar a la vista un sujetador sencillo, pero que en el cuerpo de Portia parecía una creación de alta costura.

Ella, por su parte, movió los pies y colocó uno sobre su erección, presionando y frotando. Él siseó y apartó aquel peligroso pie de su entrepierna, porque si Portia se lo proponía podía hacerle mucho daño. Se acercó de nuevo y ella no perdió la oportunidad de despeinarlo y tirarle del pelo al sentir cómo se lanzaba en picado hacia sus pezones, que le empezó a morder sin contemplaciones, apartándole de malas maneras las copas del sujetador. Portia gimió alto y claro ante aquel excitante dolor, que logró no solo que continuara excitándose, sino además que, como solía ocurrirle con Axel, se sintiera viva, olvidando la parte mecánica del sexo a la que en los últimos tiempos se había acostumbrado más por necesidad que por otra cosa.

Y él, sin podérselo creer, continuó agasajándola y dedicando toda su atención a aquel par de tetas de escándalo y de pago, mientras aguantaba la presión constante de su entrepierna, agudizada sin duda por los maliciosos movimientos de la hábil mano femenina.

A pesar de todo, prefirió seguir soportando aquello, porque sentía la necesidad de devorarla viva y de dejarla exhausta, ya que no solo debía bregar con la lengua afilada de Portia, que estimulaba y mucho el juego sexual, sino también con una especie de sensación, algo que lo impulsaba a entretenerse y a satisfacerla de la manera más detallista, pese a ser consciente de que si en ese mismo instante la penetraba, no encontraría resistencia.

—Quiero ponerme encima —murmuró ella, mordisqueándole el lóbulo de la oreja, porque aquellos preliminares la habían llevado al punto de ebullición y, pese a que aún no la había tocado entre las piernas, sentía la misma tensión que si llevara al menos cinco minutos masturbándola.

—¿Ya empezamos? —masculló él sin hacer caso, pues quería llegar hasta el final en aquella otra postura.

—Oye —Portia le puso una mano en el pecho para llamar su atención y, aunque respiraba de manera agitada, fruto inequívoco del calentón, continuó hablando—, no te lo voy a repetir más veces: odio estar debajo.

—No me toques los cojones... —bufó Axel, y contó hasta tres para analizar la situación. Polvo impresionante en horas laborables (algo que no había hecho nunca, pues hasta la fecha no había tenido una empleada como ella) o dolor de huevos (con la posibilidad de que no se resolviera al llegar a casa).

Así que, gruñendo, se apartó para permitir que ella se incorporase. Aunque medio minuto después se le pasó el cabreo, ya que Portia, con su *savoir faire*, se deshizo sin ninguna ayuda de sus micropantalones, dejándolos caer por sus espectaculares piernas, al tiempo que sus bragas también eran historia.

La camiseta, otrora decente y ahora rasgada, salió volando y aterrizó encima de uno de los coches. Y, como broche final, se desabrochó el sujetador y, al más puro estilo *stripper*, se lo lanzó a la cara, dejándolo pasmado mientras ella caminaba despacio en dirección a la oficina.

A Axel se le secó la garganta, y a pesar de que los cuerpos femeninos ya no podían sorprenderlo, tras haberse tirado a unas cuantas tías espectaculares, seguía sin hallar en su historial ningún precedente mínimamente parecido a Portia.

En cuanto pusieron un pie dentro del pequeño despacho, ella lo empujó hasta la silla y lo hizo sentarse, mientras le bajaba los pantalones hasta medio muslo. Sin perder ni medio segundo, se subió a horcajadas encima de él, aunque dándole la espalda, y con la misma habilidad y premura, le agarró la polla para metérsela ella misma.

—Joder, Portia... —siseó Axel encantado con sus movimientos, nada más sentir su calor y humedad.

Ella comenzó a balancearse y a oprimirlo de tal forma, que, si él no se concentraba un poco, iba a correrse en menos que canta un gallo y, consciente de que no deseaba entrar en el club de los eyaculadores precoces, llevó las manos hacia delante y, agarrándola de los muslos, la abrió todo lo que la desvencijada silla permitía, para dejar su sexo mucho más expuesto. Después metió la mano entre sus muslos y buscó su clítoris, que empezó a estimular de inmediato, y ella, encantada con la iniciativa, colocó su propia mano sobre la de él y presionó para que, unidas, el roce fuera aún mayor.

—Eres la hostia... —dijo Axel, empujando hacia arriba.

—Lo sé... —ronroneó ella en respuesta, disfrutando como una loca de aquel polvo improvisado.

No solo se trataba del placer físico; también el factor sorpresa, el entorno y demás jugaban a favor, de ahí que gozara tanto cuando se lo montaba con Axel. No había una seducción «clásica», todo era diferente y para ella, hastiada de

convencionalismos, cualquier novedad suponía un gran aliciente.

—Córrete, Portia —ordenó él con los dientes apretados, y ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en él.

Axel sentía la tensión acumulada en sus testículos y aquel escalofrío que lo recorría de arriba abajo, indicando que el final estaba cerca. Embistió una vez más, logrando que Portia soltara elocuentes gemidos, que se mezclaban con los suyos.

—Ahora mismo —contestó jadeante, balanceándose con fuerza.

Él levantó un momento la mirada y vio el reflejo de ambos en el cristal de la mampara que separaba la oficina del resto del taller. Si no hubiese tenido las manos ocupadas, habría sacado el móvil para tomar una instantánea. Aquello sí hubiese sido un selfie y no las chorradas que colgaba la gente en internet. Sin embargo, tendría que conformarse con guardarla en su memoria.

Hizo que Portia fijara la vista en el mismo punto que él y sus miradas se encontraron en el cristal, no con la nitidez de un espejo, pero sí con la suficiente claridad como para que se quedase también impresionada con la imagen de ambos, unidos y sofocados, echando un polvo en un entorno *a priori* tan poco erótico.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, susurrádoselo al oído y hasta mordiéndole el lóbulo de la oreja, a lo que ella contestó apretando con mayor fuerza sus músculos vaginales.

Axel intensificó la presión sobre el ya sensibilizado clítoris de Portia y esta comenzó a jadear sin control, estremeciéndose al alcanzar el ansiado orgasmo, y él, consciente de ese hecho, por fin pudo dejarse ir.

Capítulo 17

Axel tuvo que dejarle una camiseta de publicidad de Grúas González para que no fuera enseñando más de la cuenta al regresar a casa. Y, por supuesto, le advirtió que no la destrozara con las tijeras, porque a ese ritmo se iban a quedar sin una sola camiseta que darles a los clientes como regalo.

Una vez en el apartamento, Portia se fue a la ducha y él se encargó de preparar la cena. Como si el interludio erótico del taller no hubiera tenido lugar, comieron casi en silencio, utilizando solo algún que otro monosílabo, pues cada uno tenía mucho en lo que pensar. Después, como todas las noches, se acostaron juntos pero no revueltos.

A Axel se le agolpaban ciertas cuestiones en la cabeza, y ahora que su riego sanguíneo funcionaba con normalidad, se puso a darles vueltas.

Y como no era un tipo dado a comerse el tarro teniendo la posibilidad de salir de dudas acostada a su lado, decidió coger al toro por los cuernos y preguntar.

—¿Duermes? —inquirió en voz baja para no sobresaltarla.

—Ya no —murmuró ella, aunque por el tono, Axel supo que solo protestaba por inercia, como forma de iniciar una conversación, nada más.

—Perfecto. Tenemos que hablar —prosiguió en voz baja.

Se puso cómodo, boca arriba, con los brazos debajo de la cabeza y dispuesto a mantener una charla distendida, pese a que los temas a tratar a lo mejor no resultaban tan inocentes.

—La frase que cualquier chica, obligada a madrugar, no desea oír bajo ningún concepto —farfulló Portia, cubriéndose hasta la cabeza solo para no oírlo. No obstante, él se encargó de que le prestara atención apartando las sábanas.

—Primera cuestión... —hizo una pausa para crear expectación—, estamos follando digamos que a lo loco, pero de todas las implicaciones, la que más me preocupa es una. ¿Me sigues?

—Las medias palabras solo obtienen medias respuestas —respondió ella haciéndose la tonta solo por jorobarlo un poco.

—Que si tomas algún anticonceptivo o debo empezar a preocuparme —dijo, elevando un poco el tono ante el aparente desdén de Portia.

Ella se aguantó las ganas de reír y fingió no haber oído nada, así él terminaría poniéndose nervioso, porque ¡mira que preguntarle semejante estupidez! ¡Como si fuera una inconsciente que iba follando por ahí sin tener cuidado!

Notó cómo él se movía a su lado, deseoso de escuchar la palabra que le devolviera la tranquilidad, y ella pensó en la forma de responder y pincharlo al mismo tiempo, algo que se estaba convirtiendo en un pasatiempo de lo más cotidiano.

—Portia... —masculló, dándole un pequeño empujón para llamar su atención.

—¿Mmm?

—Responde, joder —la apremió, porque era necesario aclarar aquel punto, vaya si lo era. Hasta la fecha, el noventa y nueve por ciento de las veces había sido

responsable y solo con ella había dejado de serlo.

Y Portia pensó en la forma más extraña de dejarlo tranquilo, porque no eran horas para hablar de semejante asunto y porque ya había adquirido la costumbre de aprovechar cualquier oportunidad para fastidiarlo.

—Si tu intención es reproducirte, tranquilo, no cuentes conmigo —contestó, y Axel frunció el cejo.

—Eres retorcida hasta para responder —la acusó.

—¿Y qué quieres que te diga? —inquirió con actitud ligeramente chulesca.

—Bastaba con un sí o con un no —dijo él resoplando.

—Buenas noches —murmuró Portia, dispuesta a descansar, aunque la suerte no parecía estar de su lado, pues a los cinco minutos Axel volvió a interrumpir, pero en esta ocasión arrimándose más de la cuenta.

—Hay otra cuestión que me quita el sueño —musitó junto a su oído, dándole un cariz más íntimo a la frase.

Ella no sabía si enfadarse con él por molestarla o consigo misma por reaccionar de aquella forma ante un contacto tan leve. No era solo el calor, el roce de piel con piel, era algo más y eso la irritaba.

—Hablamos mañana —farfulló, moviéndose para que se despegara, aunque no hubo forma, pues Axel la sujetó, deslizando una mano hasta situarla sobre su abdomen.

—Creo que ahora es un momento idóneo —la contradijo un tanto zalamero.

—Oye, si quieres follar no hace falta que montes numeritos tiernos, me lo dices y punto.

—Querida, a veces le quitas toda la gracia al asunto —dijo él bostezando—. Y no siempre que un tío se te acerca es para echar un polvo —añadió.

—Pues entonces no sé por qué te pegas tanto —refunfuñó ella.

—¿Es que no puedo tener un gesto cariñoso contigo? ¿Todo lo tienes que malinterpretar?

—Seamos francos —replicó Portia, volviéndose para quedar cara a cara y zanjar el tema de una vez por todas—: tú, como todos, el noventa y nueve por ciento del tiempo pensáis con esto —puso una mano sobre su polla y se sorprendió al no encontrarla en pie de guerra—, así que no me vengas con tonterías. ¡Por favor!

—Entonces la que debería tener cuidado eres tú.

—¿Cómo dices? —preguntó, molesta por el tonito acusatorio.

—¿Has perdido la memoria? Pues yo no, y todas las mañanas, cuando me despierto, te encuentro abrazada a mí y no pienso que quieras follar, así que no me vengas ahora con sandeces —replicó picado por aquellas suposiciones. De acuerdo, casi siempre le apetecía echar un polvo, pero podía controlarse, o al menos intentarlo.

—Bueno, vale, a lo mejor me he excedido —admitió muy a su pesar—, pero si no quieres follar, ¿para qué te arrimas tanto?

—Porque me gusta —respondió en voz baja, y hasta él mismo se sorprendió de lo

íntimo que había sonado aquello.

Portia frunció el cejo, ni quería ni esperaba aquellas palabras, porque su intención era no tener ningún tipo de implicación sentimental con Axel y, la verdad, ya le estaba costando Dios y ayuda controlar sus reacciones, como para encima tener que lidiar con gestos de semejante calibre.

Un asco, la verdad.

—¿Y cuál era ese otro asunto del que querías hablarme? —preguntó, para correr un «estúpido» velo sobre aquel instante y no darle más vueltas.

—Qué sutil eres cambiando de tema, ¿no? —comentó él, sonriendo de medio lado; y, como atacarla tenía su gracia, pero comprobar su reacción cuando era tierno veía que la jorobaba más, alzó una mano y le acarició la cara.

—Y tú qué pesado —replicó Portia resoplando, como si todo aquello no la afectara.

Sin perder la sonrisa, Axel maniobró y, con el factor sorpresa de su lado, logró colocarse encima. Ella abrió los ojos como platos y, antes de que le diera un bofetón, él la sujetó de las muñecas y bajó la cabeza para besarla, para luego pasar a plantearle la otra cuestión que lo tenía preocupado.

—Y ahora vas a explicarme por qué cojones nunca quieres hacerlo en esta postura —dijo, antes de darle otro beso con lengua, para satisfacción propia y, con algo de suerte, confundirla un poco.

—¿Tú eres idiota o qué? —respondió ella, moviéndose para quitárselo de encima, aunque le fue imposible, pues la tenía bien sujeta. El otro motivo para retorcerse era sin duda más perverso, pues rozarse con él le producía cierto placer.

—Contesta a la pregunta —insistió Axel, mostrándose de momento cauteloso, para que ella no se cabreara, más de la cuenta en todo caso.

—¿Has oído hablar del orgasmo femenino? —le soltó Portia como si fuera idiota.

—Pues sí —admitió, haciendo una mueca ante aquella chorrada de pregunta—. A estas alturas, sé lo que es eso.

—Lo dudo —murmuró ella antes de continuar.

—Bueno, basándome en mi experiencia, digo yo que algo habré aprendido —replicó sarcástico.

Portia resopló y él la mantuvo sujeta.

—¿Sabes entonces que hay cuatro tipos de orgasmo?

—¿Perdón?

—Gilipollas —dijo ella entre dientes—. Tú, como todos los de tu especie, salvo dos o tres honrosas excepciones, no tenéis ni pajolera idea.

—¿Cuatro? —repitió él, reflexionando sobre la cuestión, pues hasta la fecha solo lo habían informado de uno—. ¿No será un invento de esas revistas femeninas tan proclives a hacer artículos ridículos del tipo... «Cómo saber si tu chica piensa en ti», o «Diez consejos para estar radiante durante la primera noche juntos»?

Portia se echó a reír ante la voz de falsete que puso.

—Pues no, ignorante sexual. Realmente hay cuatro tipos de orgasmo femenino.

—Ilústrame, si eres tan amable —pidió con ironía y le soltó las muñecas, aunque permaneció sobre ella porque se estaba la mar de a gusto.

—El primero y más fácil de conseguir, aunque hay quien se empeñe en afirmar lo contrario... —Axel escuchó atento porque aquella lección era oro puro, además de estar divirtiéndose, claro— es el orgasmo clitoriano. Sencillo, rápido. Y para alcanzarlo, nada mejor que estimular la zona, cosa que si tú estás encima empujando como un campeón, pues no llega a ocurrir.

—No jodas... —masculló él, frunciendo el cejo.

—El segundo, el que todaaaas y todooooos se empeñan en conseguir, pese a ser casi imposible y que, por culpa de Freud, se considere inmadura a la mujer que no lo logre, es el orgasmo vaginal. Yo, lo siento mucho, pero no lo alcanzo, así que si bien disfruto con la penetración, tampoco la echo de menos.

—No fastidies... —murmuró Axel como un tonto al que le acaban de contar algo así como que los Reyes Magos son los padres.

—El mete y saca está sobrevalorado —apuntó ella sin un ápice de humor.

—Mmm...

—El tercero... genera controversia.

—Miedo me da preguntar...

—El orgasmo anal. Sí, ya sé que a los tíos os encanta y que, con tal de meter no os importa nada más, pero hay que saber hacerlo, que hay gente muy bruta por el mundo.

—Te aseguro que yo soy muy cuidadoso —se apresuró a decir Axel.

—Ya. Claro —murmuró Portia, poniendo cara de circunstancias—. Pero ¿aceptarías invertir las posiciones?

—Creo que no te he entendido bien —contestó alarmado.

—Pues tú te lo pierdes, porque gozarías de lo lindo —replicó ella y, para dar más énfasis a sus palabras, consiguió liberar un brazo y deslizó una mano hacia abajo, buscando la separación de las nalgas de él y tanteando el terreno—. Te aseguro que ibas a correrte como nunca... El masaje de próstata es la hostia.

—Déjalo, me conformo con lo que conozco.

—Allá tú. —Se encogió de hombros, no sin antes presionar un poco sobre su ano, de tal forma que Axel dio un respingo y ella se echó a reír.

—Estate quieta, maldita sea. Con eso no se juega.

—Qué antiguo eres, por favor —bromeó Portia, animada al haber encontrado otro punto débil—. Yo podría iniciarte, tocarte, jugar primero con el dedo, estimular la zona, y poco a poco verías cómo todo sería mucho más intenso.

A pesar de aquel tono tan sugerente que daban ganas de rogar que lo hiciera, él se lo pensó mejor.

—Que apartes de ahí la mano, joder —repitió ante su insistencia en acariciarlo donde nunca nadie lo tocaba, ni por un descuido.

Por si acaso, le agarró la muñeca y le elevó el brazo por encima de la cabeza, donde pudiera verlo, para que no continuara enredando en su culo, pues con Portia nunca había que descuidarse.

—Vale, vale... —murmuró ella, mientras pensaba «Ya te pillaré dormido».

Él, confuso por sus maniobras, no tenía muy claro si era una loca, con aquellas estrafalarias teorías, o sencillamente un genio, ya que pocas mujeres hablaban con tanto carisma y seguridad.

Cuando estaba a punto de apartarse, porque a pesar de estar muy a gusto sobre ella, si surgía la oportunidad acabaría follando, cayó en la cuenta de que, pese a su excelente explicación, Portia había dejado algo pendiente, y aunque tenía cierto reparo en preguntar, prefería enfrentarse a lo que fuera antes que dormirse con la duda.

—Antes has hablado de cuatro tipos de orgasmo... ¿Y el cuarto?

—Uf, ese es sin duda el que más se repite. El que con un mínimo esfuerzo por vuestra parte se consigue. Hasta el hombre más inepto es capaz de lograrlo.

—¿Y cuál es? —preguntó Axel, con ganas de acabar con la incertidumbre.

—Pues el que todas nos vemos obligadas a experimentar más de una vez en la vida.

—¿Cuál?

—Pues ¿cuál va a ser? —Y se echó a reír de aquella forma pícaro y sugerente que encendería a cualquiera—. ¡El orgasmo fingido, idiota!

—Lo que hay que oír... —bufó él, poniendo los ojos en blanco ante tanta gilipollez, y ella, que esperaba una reacción así, añadió:

—Estoy segura de que serías incapaz de distinguir cuando una mujer finge o no.

—¿Me tomas por tonto? —replicó picado en su orgullo—. Tengo la experiencia suficiente como para saber cuándo una tía está actuando.

Portia empezó entonces a respirar de forma entrecortada pero sin exagerar. Entrecerró los ojos y se humedeció los labios mientras movía los hombros despacio. Axel se echó hacia atrás, porque no daba crédito a lo que estaba presenciando. En vivo y en directo una actuación no apta para todos los públicos.

Luego comenzó a gemir bajito. Sonidos casi imperceptibles, aunque a poco que Axel, o cualquier otro hombre, aguzase el oído, se daría cuenta de que pertenecían a una mujer excitada. Él, que esperaba una actuación exagerada (fruto de la influencia del porno), se quedó pasmado, pues resultaba tan verosímil y excitante que hasta se puso cachondo. Y no solo eso, también se interesó más por la que al principio había considerado una estrafalaria teoría de ella, porque a medida que su interpretación avanzaba, se daba cuenta de que quizá, y era un *quizá* muy grande, cabía la posibilidad de que, visto con perspectiva, alguna se la hubiese dado con queso.

—Mmm —ronroneó Portia con un realismo aplastante.

Tanto, pensó él, que si no estuviera delante y viendo con sus propios ojos que ella no se tocaba ni nadie lo hacía, creería que era real, muy real.

Y no contenta con el erótico ronroneo, Portia suspiraba, fruncía el cejo, sonreía; en resumen, mil señales que indicaban lo excitada que estaba, y Axel no lo soportó más. La besó y ella, lejos de apartarse, respondió con el mismo ímpetu, hundiendo los dedos en su pelo y tirando ligeramente de él, haciéndole saber que era bien recibido.

—¿Me crees ahora? —susurró mientras le lamía los labios y le sonreía de forma un tanto perversa—. ¿Cuántas te han engañado?

—Hablemos de ti: ¿cuántas veces has tenido que sobreactuar?

—Demasiadas —suspiró, acariciándolo con cariño.

—¿Conmigo también?

Portia sabía que era una pregunta capciosa, pues si le decía la verdad, él se pondría chulito, y si mentía, terminaría pillándola.

—De momento... no —admitió, y agradeció en silencio que Axel no se diera puñetazos en el pecho.

—Bueno, pues aprovechemos la coyuntura e intentémoslo en la postura «maldita» —sugirió, besándola de nuevo.

—No, dejemos los experimentos para otro día —replicó ella, tratando de tumbarlo y de colocarse encima, algo que le iba a resultar imposible, ya que él, que la había visto llegar, se mantuvo firme.

—Probemos... —canturreó zalamero, y Portia negó con la cabeza.

—No insistas. Me conozco —contestó, dando a entender que ya había hecho todas las pruebas pertinentes y que había tirado la toalla hacía tiempo.

—Eso es porque no lo has hecho conmigo —aseveró Axel, bajando la mano por su costado hasta dejarla justo a la altura de su muslo y desde ese punto obligarla a que alzara un poco la pierna para inclinarla lo suficiente y que a la hora de penetrarla la postura fuera mucho más estimulante.

—¡Oh, por favor! Cuánta arrogancia en una sola frase —se burló ella, negando con la cabeza.

—Tú déjame a mí.

—Lo que me faltaba por oír —se quejó Portia, sin ocultar su escepticismo—. Limitémonos a lo que ya sabemos.

Axel se lo tomó como un reto personal, como no podía ser de otro modo, y comenzó un asalto en toda regla. Besos por doquier, manos tocando cada centímetro de piel al que tenían acceso, y Portia se vio en una situación de desventaja.

«Le doy unos minutos y listo», pensó, respondiendo a sus avances con entusiasmo, porque si bien no creía que tuviera éxito, eso no significaba que debiera ponerle zancadillas. Cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que las manos masculinas le proporcionaban, porque iban por muy buen camino, la verdad.

No amasaban, no magreaban, solo presionaban sobre puntos *a priori* poco erógenos, pero que por lo visto funcionaban. Detrás de las rodillas, por ejemplo. Aquel pequeño pliegue, siempre olvidado, que Axel acariciaba con mimo logrando que ella se relajara, aunque seguía sin estar convencida de que funcionase.

—¿Cómo lo llevamos? —susurró él con tono ronco, tanto que Portia inspiró hondo, porque si hubiera sido otro, ese ejemplo de chulería habría obtenido una respuesta contundente, pero a saber por qué, en ese caso lo disfrutó.

—Bien —contestó en voz baja, tratando de no mostrar excesivo entusiasmo. Aunque se moría por saber cuál era el siguiente punto.

—¿Solo bien? —insistió él risueño, al tiempo que posaba la boca debajo de uno de sus pechos y le lamía otro de esos puntos que con las prisas se pasan por alto. Y todo sin dejar de acariciarla detrás de las rodillas.

Continuó con su lenta seducción, observando cada una de sus respuestas. Quizá había pecado de petulante y Portia, una mujer experimentada, echase por tierra sus intentos, aunque desde luego él se esforzaría al máximo.

Ella gimió cuando comenzó a trazar círculos con la lengua por toda la areola, evitando deliberadamente el pezón, algo que, a juzgar por cómo se removía, la desesperaba, y Axel sonrió contra su piel, porque podía conseguir que sus jadeos fueran aún más intensos y todo sin metérsela, cosa que por supuesto sucedería, pero que pospondría hasta el último segundo.

Tras dejarla a medio camino entre la desesperación y el deseo por lo lento y sutil de sus caricias, se apartó y retiró la sábana para observarla a placer. Portia, lejos de sentirse intimidada, arqueó una ceja indicándole sin palabras que prosiguiera, porque a lo mejor se enfriaba todo el ambiente y sus esfuerzos se irían a la porra.

—Dime una cosa y sé sincera, por favor...

—Lo intentaré —musitó, un poco confusa por aquel tono cómplice.

—Tu primera vez... ¿fue decepcionante? —preguntó Axel, y le levantó una pierna para colocarle el pie en el regazo y comenzar a masajearle el empeine.

Ella torció el gesto.

—¿Importa?

—Por lo general, sí, ya que disponer de todos los datos es fundamental para hacer las cosas bien.

—¿Y si te limitas a seguir con lo que estabas haciendo?

—Mira, no es ningún secreto que me he tirado a unas cuantas y que, hasta tu ilustrativa explicación, pensaba que hacía las cosas bien.

—Vaya, un tipo que admite consejos —murmuró sarcástica, aunque en el fondo apreció el gesto. Muy pocos hombres lo harían.

—También reconozco que ha habido ocasiones en las que me he esforzado más que otras. Ni te imaginas las tías que van por ahí creyéndose la hostia, muy monas y pintadas como una puerta, pero que luego se tumban, se abren de piernas y esperan a que el Espíritu Santo en forma de polla haga todo el trabajo. —Portia se echó a reír ante eso último, porque era bien cierto—. Pero tú no eres de esas y la verdad es que me gustaría... no sé, ¿compensarte?

—Oye, ¿tú quién eres y dónde está mi jefe gruñón, mal hablado y tocachuevos?

Y él, tras ocultar su sonrisa, le agarró el pie, se lo levantó y le mordió el dedo

gordo.

—¿Te vale así?

—Más... —ronroneó Portia, agitando el pie delante de sus narices.

—Primero contesta a la pregunta y después no te preocupes, si hace falta me pongo el mono de trabajo, traigo el maletín de herramientas y la liamos parda.

Capítulo 18

Portia no estaba por la labor de hacer memoria y contarle lo que solía ser un clásico femenino: la decepción de la primera vez. En su caso no supuso más que el primer bache, porque en cuanto fue consciente de su propia sexualidad, el asunto mejoró de manera considerable y, aunque tropezó con algún que otro inepto, el balance arrojaba un saldo positivo.

No entendía por qué a casi todos los tíos les gustaba conocer ese detalle. ¿Por qué no preguntar por el primer tipo con el que «por fin» experimentó el primer orgasmo? ¿Por qué no se interesaban por lo que sintió al experimentar sexo oral?

Pues no, todos parecían estar cortados por el mismo patrón, ya que o bien habías tenido una experiencia religiosa (difícil, dado que sin tener conocimiento del medio esa posibilidad era en la práctica irrealizable) o, por el contrario, una desastrosa o traumática hasta que había aparecido el «salvador» y había arreglado el problemilla sexual.

«Como si una no tuviera manos y la industria de juguetes eróticos no existiera», pensó Portia.

—Mira, puede que algunas queden marcadas por una mala experiencia, pero ya te adelanto, para que no padezcas, que no es mi caso, así que no intentes jugar la baza psicológica conmigo para salirte con la tuya, y deja de hacer el tonto.

—Una cosita, guapa: puede que yo esté muy por debajo en lo que a número de amantes se refiere, pero me he liado con unas cuantas, y un poco de psicología femenina sí controlo —respondió un poco picado en su orgullo masculino.

Portia negó con la cabeza ante tanta estupidez.

—Vaya, vaya, Casanova entre mis piernas —soltó con guasa—. ¡Qué honor tan inesperado!

Y continuó burlándose y hasta se llevó una mano al pecho al tiempo que ponía cara de inocencia y de ilusión por ser la receptora de toda la sabiduría sexual de un semental.

—Mejor llámame... —Axel hizo una pausa para poner morritos a lo chico de anuncio y ella sonrió ante su pose— Tenorio, por lo de barrer para casa. Ya me entiendes...

—¿Tenorio? ¿No te va un poco grande el apodo? —siguió burlándose ella.

—Podría hacerte un resumen de mis andanzas, pero tendrás que confiar en mi palabra.

Portia bufó.

—Vaya Tenorio de pacotilla...

—No eludas la cuestión y responde a la pregunta —insistió él, al darse cuenta de que, con la tontería, no había respondido a su pregunta. Por supuesto, en silencio admiró su habilidad para dar rodeos.

—Da igual, para el caso es lo mismo. Yo no necesito terapia de mercadillo, para

eso ya tengo mis camisetas. —Puso hasta cara de asco al recordarlo—. Lo que necesito es un hombre que sepa satisfacerme sin parecer rebuscado ni intentar comerme el coco con cursiladas.

Axel negó con la cabeza, admitiendo su derrota.

—Solo intentaba comprenderte. No obstante, me rindo —dijo—. Uno intenta ser como tanto os gusta, sensible, y así lo agradeces. Pues nada, vayamos a lo práctico.

Dicho esto, se inclinó hacia delante, le separó las piernas tanto como le fue posible y le mordió el interior del muslo antes de ir al meollo de la cuestión.

—¡Un momento! —exclamó ella, impidiéndole el acceso a su sexo—. Se supone que ibas a ser el adalid del sexo convencional, ¿y ahora te rindes?

—No me toques los cojones... —masculló él, intentando hacer palanca—. Y aclárate. ¿Follamos de manera suave y delicada o directamente a lo bruto?

—Me parece a mí que te has rajado —canturreó Portia, y separó las piernas un poco, lo justo para echar el anzuelo.

Axel sonrió de medio lado y, aplicando el dicho de «es mejor retroceder que perderse en el camino», la agarró por los tobillos y tiró con fuerza hasta situarla como él quería. Era consciente de que tenía por delante una ardua tarea y que, debido a la extraña conversación, el ambiente se había enfriado y ahora tocaba empezar de nuevo.

—Ya que me obligas... —Pausa para mordisquearle las pantorrillas— a demostrar mi teoría en condiciones adversas... —Ascensión por sus piernas hasta la parte superior de las mismas, procurando quedarse cerca, muy cerca, de su sexo pero sin rozarlo—, no me queda más alternativa que...

Portia estuvo a punto de gritar «¡¿Qué?! ¡¿Qué quieres hacerme?!», porque la sonrisa que Axel le dedicó no presagiaba nada bueno, o mejor dicho, nada malo.

—¿Sí? —ronroneó en cambio, esperando las palabras que la excitaran al máximo.

—Jugar sucio —afirmó él en tono ronco.

—¿Cómo de sucio? —preguntó interesada.

—Todo lo sucio que te puedas imaginar —aseveró, haciéndola temblar.

—Excelente —contestó con un jadeo, porque eso era lo que necesitaba, algo sucio, morboso, diferente, nada de estupideces románticas que solo lograban confundirla. Hacía tiempo que había optado por renunciar a ellas y evitar cualquier problema. Sexo, y a ser posible del bueno, nada más.

Axel continuó posando los labios sobre su cuerpo; besos suaves, alternados con pequeños mordiscos o perversos lametones, que incrementaban sin remedio la excitación de Portia, o al menos esa era la impresión que tenía, pues sus continuos jadeos así lo indicaban.

Juguetear con la punta de la lengua sobre su pubis depilado, con la precaución de evitar su clítoris, la puso aún más cachonda, ya que le enredó las manos en el pelo y tiró de él; sin duda, ella estaba impaciente por recibir unas caricias más precisas. Aunque de nada le sirvió, pues continuó tanteando la zona con la lengua, pero no

donde ella tanto ansiaba.

Consciente de su desesperación, decidió dar un pequeño paso más, y con la yema del dedo recorrió su sexo de arriba abajo, separando los labios vaginales. Repitió el movimiento varias veces, siendo lo bastante cabroncete como para presionar un poco más, un poco más, más...

—Axel... maldita sea...

Su súplica cayó en saco roto, ya que él continuó provocándola de manera perversa, desesperándola y llevándola, muy despacio, hasta un punto en el que la excitación y el mal humor se podían confundir al no hallar la liberación buscada.

—Mmm. —Otro mordisco en el interior del muslo—. Mmm, me encanta esta parte... —Lametón erótico y desesperación a partes iguales—. Noto lo cachonda que estás...

—¿Necesitas un plano? —preguntó ella, controlando su respiración y su mal genio ante lo que estaba siendo una completa tortura.

Axel se rio y la penetró con un dedo, mientras su lengua continuaba recorriendo cada pliegue. Percibió en el acto la tensión de su interior y decidió seguir jugando, moviendo aquel dedo dentro de ella, curvándolo para rozar cada nervio y lograr que los jadeos de Portia distaran mucho de una actuación. Eran muy reales.

—Quiero oírte gemir como nunca...

—No pides tú nada...

—Que grites... —Le introdujo otro dedo para pasar del dicho al hecho— como hace mucho tiempo que no gritas, porque te has acostumbrado a lo mediocre.

—¿Te incluyo en ese grupo? —jadeó Portia, mordiéndose el labio cuando sintió que por fin presionaba su clítoris.

—Bien sabes cómo me las gasto... —dejó caer Axel, sin sentirse ofendido por la evidente provocación de sus palabras.

—Pues hasta el momento no he visto nada espectacular —dijo ella, controlando los gemidos, porque eso de discutir mientras tenía a un mecánico con delirios de grandeza entre las piernas, utilizando la lengua de forma tan ladina, tenía su gracia.

—Quiero que no te contengas, que estalles... —prosiguió él, inasequible al desaliento y atacando por dos frentes, bueno, en realidad tres, con labios, manos y palabras.

Portia se tensó. Pues claro que el muy cretino resultaría inolvidable, pero hacérselo saber no entraba en sus planes. Solo quería correrse, dejar que toda la tensión que electrizaba su cuerpo explotase de una maldita vez para poder dormir relajada y saciada.

Se removió impaciente, apretando sus músculos internos para obtener un poquito más de estimulación, y llevó ambas manos a sus pechos para acariciarse. Necesitaba aquella presión sobre sus doloridos pezones y ella misma podía solucionarlo.

—Ah, ni hablar —la interrumpió él, apartándole las manos en cuanto se percató de lo que iba a hacer.

Axel disimuló una sonrisa, porque, joder, follar a lo mejor no follaba, pero divertirse con aquel toma y daca, se iba a divertir un rato largo.

—¡Son mis tetas y hago con ellas lo que me viene en gana! —replicó Portia, intentando tocarse de nuevo. Necesitaba un pequeño ramalazo de dolor, cualquier cosa que la ayudara a sentirse viva, a incrementar su excitación o a liberar la tensión, porque con Axel y sus teorías aquello se podía demorar de manera indefinida y ella no estaba por la labor.

Pero él, raudo y veloz, se movió hacia arriba para que fuese su boca la que atrapara uno de los tiesos pezones, y todo ello sin dejar de penetrarla con dos dedos. No lo sorprendió que Portia se arqueara en busca del mayor contacto posible, lo que hizo que él intensificara la succión y que, tras dejarle bien húmedo el pezón, pasara al otro para dedicarle la misma atención.

—Sí... —gimió encantada, porque desde luego aquella boca resultaba mucho mejor que sus manos.

—Estás empapada —musitó Axel, sin apenas separar la boca de su piel.

—No me digas... —lloriqueó, pensando en su vibrador ultrarrápido. Desde luego, en cuanto cobrara su primer sueldo, aparte de ropa y cosméticos decentes, se compraría uno bien grande y a tomar por el saco los tíos desquiciantes, por muy bien que chuparan los pezones.

—Va a ser una gozada metértela... —Portia gimió bien fuerte— Despacio, para que te acostumbres...

—Baja esos humos, que tampoco tienes una polla como para...

—¿Decías? —preguntó Axel, atrapando el ya de por sí torturado pezón con los dientes, al tiempo que movía con verdaderas ganas los dedos dentro de su sexo.

—... Tirar cohetes —remató ella a duras penas, sabiendo, desde hacía mucho, que el tamaño le traía sin cuidado, aunque no iba a comunicarle ese pensamiento, porque Axel, como todos, se mostraría susceptible.

Pero él, sin sentirse para nada molesto con los comentarios acerca de su pene, se compadeció de ella y fue reptando sobre su cuerpo hasta quedar cara a cara.

—Abre los ojos —le dijo en voz muy baja, casi inaudible, y Portia obedeció—. Aun a riesgo de ser pedante, añadiré que ahora viene lo mejor.

Agarró su erección con la mano y la frotó contra su humedad, estimulando el clítoris para tenerla a punto, y luego empujó un poco, lo suficiente como para que ella torciera el gesto, frustrada por enésima vez, y de paso le clavara las uñas en los hombros. Iban a hacerlo de la forma más clásica posible.

—Espero que cumplas lo prometido —le advirtió Portia desafiante; sin embargo, por cómo había fijado la vista en él, Axel comprendió que confiaba en su pericia.

Empujó hasta introducirse por completo y después, agarrándola por detrás de la rodilla, le alzó una pierna y la giró levemente para que el ángulo de penetración le permitiese ser más preciso y, de paso, al moverse, friccionar su clítoris y lograr así que experimentase un orgasmo inolvidable y, ya puestos, desmentir su estrambótica

teoría.

Aunque, a medida que embestía y jadeaba junto a su boca, Axel se dio cuenta de que ese detalle ya no tenía importancia. Lo que contaba era disfrutar con todo lo que estaba sintiendo estando con ella, lo que despertaba en él y lo que su cuerpo experimentaba.

Portia, por su parte, no entendía muy bien por qué lo que en decenas de ocasiones no funcionaba y la ponía de mal humor, ahora estaba consiguiendo que se volviera loca.

—¿Voy bien? —preguntó él en su oído, con un tono entre arrogante y considerado.

—Podría ser peor —gimió ella, sin dejar de morderse el labio, porque el muy puñetero, con aquellos vaivenes de cadera tocaba el noventa y nueve por ciento de sus terminaciones nerviosas. Además, estas estaban sobrecargadas de estimulación tanto directa, con caricias y besos, como indirecta, con palabras y, en especial, lo que más la preocupaba, con aquellos gestos cercanos al cariño que la confundían, porque en su vida hacía mucho que los hombres no eran más que simples objetos.

Axel no se tomó mal aquella respuesta, ya que el tono empleado dejaba en evidencia que Portia podía poner mil excusas, pero su cuerpo hablaba por sí mismo y no hacía falta insistir para saber que todo marchaba sobre ruedas.

Decidió imprimir un ritmo más rápido, más agresivo, y para ello no dudó en empujar entre sus piernas con todas sus fuerzas, sin olvidar susurrarle cuantas palabras sucias, morbosas y calientes le venían a la mente.

—Hacía tiempo que no follaba así con alguien tan... —hizo una pausa para morderle el cuello— excitante.

—Mmm —ronroneó ella.

—Y de forma tan vulgar... Como una zorra bien entrenada.

—Mmm...

Axel continuó dedicándole palabras obscenas, sin dejar de empujar como un poseso y controlándose al mismo tiempo para no correrse antes que ella.

—Repite eso —musitó Portia entre jadeos, fingiendo escandalizarse ante aquellos términos tan explícitos que sonrojarían a cualquier chica, pero no a una mujer hecha y derecha como ella.

—¿El qué? ¿Lo de que me encanta sentir cómo tu coño me aprieta? ¿Lo de que disfruto sintiendo cómo tus pezones rozan mi pecho? ¿Lo de que me apetece no solo follarte de esta forma, sino también ponerte a cuatro patas y darte como a una perra por detrás?

—Gracias por explicarlo... —gimió—; lo último no me había quedado muy claro.

—¿Alguna duda?

—No, ninguna... —respondió, y se las ingenió para ser ella quien buscara sus labios.

Primero lo besó con pasión, volcando todo el catálogo de emociones que en ese instante sentía, para después atraparle el labio inferior entre los dientes y tirar de él antes de añadir:

—Y espero que lo de «por detrás» sea una realidad... —musitó, justo antes de morderle la oreja a modo de incentivo, dejando bien claro que no la asustaba nada. No al menos en lo que prácticas sexuales se refería, porque en cuanto a los sentimientos, eso ya era otro cantar.

Aquello fue como echar gasolina a una hoguera. Axel no quiso entrar en más detalles, aunque desde luego almacenó esa información en su cabeza, porque no iba a pasar por alto la sugerencia.

Portia, por su parte, se aferraba como buenamente podía, ya que él parecía poseído, pues empujaba con fuerza, tanta, que el cabecero ya había marcado la pared y, para evitar darse con la cabeza, ella colocó la almohada entre esta y la madera.

—Joder... —farfulló tensa, muy tensa, apretando las piernas alrededor de las caderas de Axel para sentirlo al máximo—. Esto es...

—... La puta hostia —remató por ella sin perder comba; y para que resultara aún más intenso, cambió el ángulo de penetración, rotando las caderas, mientras sus manos ayudaban a que todo fuera perfecto.

Con una, la que tenía detrás de su rodilla para mantenerle la pierna alzada, la obligó a ponerse de lado para poder seguir embistiéndola en esa postura. Y con la otra mano le acarició los labios.

Y Portia le atrapó el dedo entre los dientes para lamerlo y morderlo, en una evidente simulación de lo que podría ocurrir si en vez de un dedo tuviera otro apéndice en su boca, tras haberla hecho sufrir lo indecible.

No podía más, estaba harta de que la mantuviera en ese estado de «sí pero no». En el que, tras avanzar un mísero paso, daba dos atrás; ya no tenía edad para zarandajas. Deseaba correrse, nada de juegucitos absurdos de control típicos de machoman caducado.

—Más fuerte —le exigió con voz ronca entre gemido y gemido—, o no vuelves a tocarme.

Axel sonrió para sí porque dudaba que esa amenaza fuera a hacerse realidad, en especial proviniendo de una mujer tan sensual y activa como Portia. Características por las que sin duda cualquier tipo se consideraría el cabrón más afortunado del universo al poder estar junto a ella.

Portia empujó hacia arriba, lo mordió en la barbilla y le tiró del pelo.

Él respondió a ese ataque de furia y excitación pellizcándole un pezón con verdadera saña, logrando que ella gimiera.

—¿Así te va bien? —preguntó con aire burlón, sin dejar de penetrarla.

Y Portia, cansada de ser manipulada, añorando su vibrador de dos cabezas y tres velocidades, sonrió de medio lado y después lo besó, robándole el aliento, para despistar y poder maniobrar como deseaba. Deslizó una mano por su espalda,

clavándole las uñas hasta llegar a su apetecible culo, y allí se entretuvo unos segundos antes de azotarle una nalga. Un sonido que resonó en todo el dormitorio sobresaltando a Axel.

—¿Qué coño haces? —Gruñó, alzándose sobre los brazos para mirarla con el cejo fruncido.

—Tratarte como a un caballo mediocre que pretende ser un purasangre y ganar una carrera: espolearte. —Y le soltó otra nalgada.

—Debería haberte atado.

—Y yo, haberme traído la fusta —replicó, y vio la oportunidad para azuzarlo un poco más—. O mi vibrador turbo...

—Joder... —Gruñó él, al conjurar en su mente la imagen de Portia masturbándose delante de sus narices; pero no contento con ello, también añadió a la composición la fusta.

Acojonante, como poco.

Y ella, sin desviarse de su verdadero objetivo, tras arrearle a base de bien en el trasero, se aventuró un poco más y, cuando él creía que todo marcharía sobre ruedas y no se llevaría ninguna sorpresa más, deslizó con habilidad el dedo índice entre la separación de sus glúteos, buscando ese punto que a ningún hombre le gusta mencionar y mucho menos que se lo toquen, para que Axel comprendiese de una vez que con ciertas cosas no se jugaba.

Presionó sin pensárselo ni siquiera una vez y le introdujo el dedo apenas un centímetro, lo suficiente como para que él estallara.

—¡Estate quieta de una puta vez!

—¡Pues fóllame como es debido! —exclamó ella, introduciendo el dedo un poco más.

Axel cerró los ojos, aquello no estaba bien, no lo debería permitir y muchos menos gustarle, pero joder... Si no se andaba con cuidado, acabaría atado a la cama, sumiso, y, lo que era peor, encantado de someterse y pidiendo más.

La besó sin poder asumir lo que ocurría. La besó, permitiéndole que hiciera lo que le viniera en gana, ya que era demasiado intenso y bueno como para negarse.

Portia lo supo; supo el momento exacto en que Axel se rindió y que, como muchos otros, disfrutaba de algo que ni siquiera había tenido en consideración antes de experimentarlo. Ella estaba muy cerca de correrse y cerró los ojos. No solo para que fuera más intenso, sino también porque, muy a su pesar, se sentía vulnerable, incluso hasta avergonzada de que, tras un largo letargo, ciertas emociones se despertasen en su interior.

—Joder, Portia... córrete conmigo... —gimió Axel junto a sus labios, y ella giró la cabeza a un lado.

Quizá él no se dio cuenta. Ese fue al menos el último pensamiento que pasó por la mente de ella antes de sentir el placer físico que tanto había ansiado.

Capítulo 19

Sin podérselo creer, Portia miró el dinero que acababa de entregarle el cajero del banco. Su primer sueldo en el taller. Una mierda de sueldo, para ser exactos. El mínimo que exigía la ley. O sea, lo que en otros tiempos se habría gastado en un cinturón de diseño o en una sesión de belleza.

Guardó su tesoro en el bolso y se despidió del empleado de banca, el cual, por cierto, no había dejado de mirarle las tetas y además le había dicho que iría al taller para que le revisaran el coche.

—Puaj, qué asco de tío —murmuró ella, saliendo de la oficina y poniéndose las gafas de sol.

Tenía que administrar ese dinero, eso desde luego, pero no conocía el procedimiento para hacerlo, ya que nunca antes se había visto en una situación similar. Quizá la opción más inteligente fuera gastárselo todo en un billete de avión y regresar a casa, presentarse en el despacho de su hermano y negociar con él. No obstante, tomar ese camino significaría admitir que era una inútil incapaz de ganarse la vida por sí misma. Pierce terminaría claudicando, seguro, pero a costa de recriminárselo de por vida.

Y además, aunque le jorobase admitirlo, se había encariñado con el lugar, bueno también con los lugareños. En especial con uno, aunque fuera el jefe más agarrado de la historia. Y eso que se suponía que cuando te tirabas al jefe obtenías ventajas extra.

—Hasta en eso tengo mala suerte —murmuró mientras caminaba.

Su primer objetivo: buscar un salón de belleza que pareciera aceptable. Había preguntado a algunos clientes, pero eran hombres y estos no tenían la más remota idea, por lo que ahora tocaba arriesgarse.

Entró en una peluquería que le pareció interesante, cruzando los dedos para que no le hicieran ninguna barbaridad en la melena. Su fama debía de precederla, porque nada más saludar, todas ya sabían quién era. No obstante, lo dejó pasar hasta que se dio de morros con la única persona que en San Pedro del Pinatar se la tenía jurada: Paloma.

Allí estaba, tan digna y modosita como siempre, esperando a que le peinaran su anodino y desfasado corte de pelo y lanzándole puñales con la mirada.

—¿Qué vas a hacerte? —le preguntó la peluquera en tono áspero, y Portia supo en el acto que se había metido en la boca del lobo y que allí solo encontraría hostilidad, pues ¿a quién apoyarían aquellas mujeres?

Necesitaba un buen corte de pelo, pero a juzgar por cómo la miraba la estilista, no estaba muy segura de que fuera buena idea dejar que se le acercara con unas tijeras.

—Sanear las puntas —contestó, de momento manteniendo la calma.

Sin sentirse tranquila del todo y echando de menos, y mucho, a su estilista de cabecera, se dirigió a la zona de lavado. Se mordió la lengua cuando la muy bruja le mojó el cabello con agua fría y después empezó a frotarle el cuero cabelludo como si

fuera la masa de un pastel, sin nada de suavidad.

Portia, por lo general, no se achicaba ante nada; sin embargo, continuó en silencio cuando tras el lavado/centrifugado al que la sometieron la pasaron a la silla.

Paloma, la modosita, que ya había acabado, continuó fulminándola con la mirada mientras cuchicheaba con otra clienta. Algo que a Portia debería traerle sin cuidado, pues no era la primera vez que era objeto de críticas y miradas reprobatorias de novias celosas.

«Qué manía tienen algunas en echarle la culpa a quien no la tiene», pensó, al tiempo que le desenredaban el pelo a tirones.

—Eres rubia natural, ¿verdad? —preguntó la peluquera.

—Sí —murmuró cortante—. Solo las puntas, por favor —añadió, cuando aquella loca le sujetó el pelo entre los dedos.

—Ya lo sé, tranquila.

—No sé qué ve en ella, la verdad —comentó con toda la intención la amigueta solidaria de Paloma.

De repente se hizo el silencio en la peluquería. Se mascaba la tragedia. Portia se agarró a los reposabrazos y gimió al ver caer un mechón de su preciosa, aunque en los últimos tiempos descuidada, melena.

—Ay, lo siento, lo siento —dijo la peluquera al darse cuenta del estropicio que había causado.

—Ya sabes lo que se dice por ahí... —saltó Paloma, sin ocultar su pérfida sonrisa —: burro mal esquilado, a los quince días, igualado.

—Se va a enterar... —masculló Portia, arrancándose la bata que le habían puesto y levantándose. No llevaba tacones, pero superaba en altura a todas las allí presentes.

—Señorita, por favor, siéntese. Arreglaremos esto y, por supuesto, no le cobraremos ni un céntimo.

—Ni me toques, peluquera incompetente —replicó ella con su tono más esnob, apartándose el pelo mojado de la cara.

Paloma seguía regocijándose con la desgracia ajena junto a su amiga, aunque le cambió el semblante cuando Portia se le detuvo delante, con una peligrosa sonrisa, pese a que el momento no resultaba precisamente propicio para el humor.

—Vamos a ver si te queda claro de una puta vez —dijo, señalándola con el dedo—. Si tanto quieres llevarte al mecánico al huerto, en vez de dedicarte a tocarme a mí las narices empieza por espabilar, porque, hija, no sé qué tendrás entre las piernas, pero yo apenas he tenido que esforzarme.

—¡Zorra! ¿Cómo te atreves a hablarme así? —exclamó Paloma indignada.

—Mira que eres antigua, por favor... —se burló Portia—. Deja de mirarte tanto el ombligo y reacciona. Si eres un poco lista, que lo dudo, pues no hay más que verte, hasta tendrías posibilidades, pero claro, doña modosita quiere cazarlo y eso, querida, hace tiempo que pasó de moda.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó la amigueta solidaria—. No eres más que una vulgar

ramera.

—Vaya por Dios, hasta te has traído coro —se guaseó Portia.

—Estábamos bien hasta que tú llegaste —masculló Paloma rabiosa—. Él me quería...

—Pero ¿te das cuenta de lo ridícula que resultas? —La interrumpió Portia, cansada del sainete—. «Él me quería... estábamos bien...» —repitió en tono de burla—. Reacciona, tía. Si de verdad lo conocieras, dejarías de decir sandeces. Y si de verdad «todo iba bien» entre vosotros, hubiera pasado de mí como de la peste. Madura un poco, por favor.

—No eres más que un pasatiempo para él —soltó Paloma, con la clara intención de hacerle daño y de paso rebajarla.

—Y él para mí, ¡menuda novedad! —exclamó Portia orgullosa—. ¿O crees que quiero echarle el lazo y atarlo para siempre?

Paloma frunció el cejo; sus acusaciones no estaban haciendo mella en aquella zorra.

—Pues entonces lárgate y déjalo en paz. —Otra vez la amiga meticona en favor de la causa.

—No sufras, querida, es temporal. En cuanto cumpla mi «condena», volveré a mi ático de lujo en Chelsea. Asistiré a fiestas que ni en sueños imaginarías y me olvidaré para siempre de Axel, de ti y de todo esto —dijo con el tono de voz más desdeñoso del que fue capaz.

—¿Es verdad que tu padre es lord Wesley...? —preguntó con timidez una clienta, que hasta entonces había estado callada, aunque parecía muy interesada en el devenir de los acontecimientos. Y al preguntarlo mostró una foto de Pierce en su móvil, vestido de etiqueta.

—Seguro que se lo está inventando para darse tono y presumir. ¿No ves que es una muerta de hambre? —soltó Paloma con retintín.

Portia sonrió sin despegar los labios, con la indolencia propia de quienes saben que tienen las cartas ganadoras, y no respondió a la pregunta. Que ellas mismas sacaran sus conclusiones.

Cogió su bolso, se puso las gafas de sol y, mostrando toda su altivez, se dirigió a la puerta, pese a que jamás en la vida había imaginado que saldría a la calle con el pelo mojado, despeinado y con un tijeretazo que se notaba a la legua. Pero, antes de irse, se volvió hacia Paloma y remató:

—Espabila, bonita, porque por mucho que me culpes a mí de tus desgracias, cualquier tía con dos dedos de frente te va a levantar a Axel, incluida la amiga que tienes al lado, que me da la impresión de que ha mojado las bragas pensando en tu «novio»; eso si no se lo ha tirado ya.

La aludida se puso roja como la grana.

—Zorra —insistió la novia ultrajada.

—Y tú, estrecha. Buenos días —concluyó Portia, y por la cara que puso la otra,

supo que había dado en el blanco.

Se alejó sin mirar atrás y al poco se topó con un escaparate que le llamó la atención. Torció el gesto. Adentrarse de nuevo en territorio enemigo no resultaba muy atractivo, pero quería comprarse ropa y ni loca iba a consentir que Axel la llevara de nuevo a una de aquellas horrendas cadenas económicas. Se fijó en los precios e hizo unos cálculos rápidos. No eran prendas de diseñador, pero tenían buena pinta y los precios se podían considerar asequibles. Así que se aventuró.

Aún no había cruzado el umbral cuando sonó su móvil de la empresa.

Bueno, llamar «móvil» a aquello, en primer lugar era un atentado tecnológico: ¡el aparato debía de tener por lo menos tres años! Se lo había dado Axel para que estuviera localizable y solo podía recibir llamadas y SMS.

—¿Sabes qué es el WhatsApp? —le había preguntado ella con recochineo cuando se lo entregó. Y él se había descojonado a su costa.

Reconoció el número de la oficina y sopesó la idea de no contestar, pues se suponía que le había dado la mañana libre. No obstante, optó por responder, pues su jefe podía dar mucho por el saco cuando se lo proponía.

—¿Diga? —contestó toda candidez, acercándose hasta un expositor de camisetas rebajadas.

—¿Ya te has fundido la pasta? —preguntó Axel burlón.

—Estoy en ello, pero con la desorbitante cantidad que me pagas necesitare al menos una semana. ¿Qué quieres?

Él se echó a reír a carcajadas y ella acabó sonriendo también. Bueno, una nota de humor para alegrar el día tras su desastroso comienzo.

—Preguntarte si hiciste el pedido de recambios que te dejé ayer, porque me urgen un par de piezas.

—¿Para eso interrumpes mi jornada de *shopping*? —replicó ella, descolgando del perchero un vestido veraniego multicolor con la intención de probárselo en cuanto el pesado de su jefe la dejara tranquila.

—¿*Shopping*? —repitió él riéndose—. Hay que joderse, ahora a derrochar lo llaman así.

—Sí, lo hice. Llegarán en tres días. ¿Algo más?

—Pues no —respondió, y a ella le dio la impresión de que la llamada era solo para controlarla, pues esa información podía comprobarla por sí mismo si se molestaba en encender el ordenador.

—Adiós —se despidió y colgó antes de que él continuara hablando. Apagó el móvil y se concentró en lo que tenía entre manos.

—Buenos días —la saludó amable la dependienta.

—Buenos días. ¿Puedo probármelo? —preguntó ella en el mismo tono cortés, porque agradecía toparse por fin con alguien así.

—¡Por supuesto! —exclamó la chica, a la que Portia le calculó unos veinticinco años. Morena y con un pequeño tatuaje en el brazo. Rellenita, pero vestida a la moda.

Y lo más importante: simpática, para variar.

—Por aquí, si es tan amable...

Portia se probó el vestido. Le quedaba como un guante, aunque para su gusto un poco largo. Se mordió el labio indecisa. Estaba acostumbrada a vestir de diseñador, y comprar donde, en primer lugar, te adulaban para que te quedases la carísima prenda y, después, te ajustaban la ropa o la modificaban a tu antojo. Sin estar muy segura, salió del probador y esperó el veredicto.

La dependienta se acercó y la miró. Frunció el cejo, cosa que a Portia no le gustó, pues proclamaba a las claras que le sentaba como un tiro.

—¿Puedo hacerle una sugerencia? —preguntó la chica con educación.

—Por supuesto —asintió ella.

—Yo lo cortaría unos cinco centímetros. Tiene unas piernas espectaculares y son para lucirlas. —Acompañó sus palabras mostrándole el efecto que tendría el vestido si se realizaban las modificaciones sugeridas.

—Queda divino... ¡me lo llevo! —exclamó Portia emocionada, no solo por encontrar una prenda adecuada, sino también por la amabilidad de la dependienta.

Luego, sonriente porque por fin hacía algo a lo que estaba acostumbrada y de lo que entendía, se paseó por la tienda mirando el resto de la mercancía. Con la ayuda de la joven se probó todo cuanto quiso y, tras dos horas de quita y pon, finalizó sus compras. Al pagar se dio cuenta de que la mitad de su primer sueldo como mecánica/recepcionista/señora de la limpieza/reponedora se quedaría en aquella tienda, pero no importaba. Además, había hecho una nueva amiga: Aitana, por fin otra mujer con la que hablar y que por suerte no se veía amenazada por la presencia de Portia.

—No puedo aceptarlo... —dijo Aitana cuando ella le dejó, junto al dinero de la compra, una propina, y eso que hacerlo le suponía un gran esfuerzo económico; pero la chica se había esforzado y comportado con profesionalidad.

—Es tuyo, un detalle por lo bien que me has atendido. Por estos lares —recordó el incidente de la peluquería—, no siempre son amables.

—He oído hablar de ti... —dijo Aitana con cautela, tuteándola, pues durante la sesión de probador Portia había insistido en ello.

—Vaya, ahora resulta que tengo fama mundial... —contestó ella con humor—. La Barbie mecánica, ¿me equivoco?

—Pues no, no te equivocas; es que los tienes locos —admitió la joven, sonriendo, ya que la clienta no se sentía ofendida—. Son un poco babosos, lo reconozco, pero no son mala gente. Y la envidia, por supuesto, es muy mala. Todos los tíos querrían ser tu jefe. Y, claro, luego está la petarda de... uy, perdón.

—No digas más; Paloma, ¿no?

—Sí, la que te pone a caer de un burro. Y no ha descansado desde que llegaste.

—¿La conoces hace mucho?

—Aquí nos conocemos todos —murmuró Aitana, frenando un poco su lengua,

porque eso de criticar estando detrás del mostrador quedaba poco profesional.

Portia se percató de ello y decidió utilizar todas sus armas de persuasión y encanto natural para que la chica se soltase.

—Oye, puedes hablar con libertad. En primer lugar, yo nunca mencionaré que hemos tenido esta conversación y, además, ¿qué más da? Total, me marchó en un par de meses.

Aitana reflexionó en silencio. Se podía meter en un lío; aunque si bien nunca había tenido un enfrentamiento con Paloma, tampoco es que fuera santo de su devoción. Siempre se había mostrado altiva cuando pasaba por la tienda y después, si coincidía con ella en otro sitio, ni se molestaba en saludarla, porque por lo visto una dependienta era poca cosa.

—Paloma siempre ha sido... orgullosa —comentó—. Y competitiva. Le gusta quedar por encima de los demás y ser el centro de atención.

—Vaya... —musitó Portia, porque ella era igual, no le gustaba perder ni a las chapas. Puede que ese fuera el motivo por el que se llevaban tan mal.

—Supongo que ahora te ha cogido manía porque le has levantado al novio.

Portia bufó. Qué absurda posesividad. Por favor, ni que le hubiera echado un lazo a Axel y lo llevara de paseo por ahí como si fuera su perrito faldero.

—Iba pregonando que se casaría con él el año que viene —prosiguió Aitana y, con su tono, daba a entender que pocos la creían, teniendo en cuenta la reputación de Axel—. Y que era muy amiga de su hermana, cuando yo sé que con Astrid apenas se trataban. Pero yo creo que como ahora Astrid se ha casado con un tipo importante, solo quiere presumir. Como si fuera la marquesa de chorrapelada.

Ambas se echaron a reír ante el ridículo título nobiliario inventado por Aitana. Portia pensó en el «tipo importante» al que conocía de toda la vida y después en la modosita de Paloma.

—Sí que tiene aires de grandeza, sí...

—Lo mismo pensamos aquí —corroboró Aitana—. Aunque, conociendo a Axel, a mí me da la impresión de que... —negó con la cabeza— a ese no le echa el guante ninguna, te lo digo yo.

—¿Y quién va a querer echarle el guante a un tipo así? —preguntó Portia, pensando en los mil y un defectos de su jefe/amante, porque podía ser bueno en la cama, pero luego era insoportable, al menos la mayor parte del tiempo.

—Pero ¿tú lo has mirado bien? —respondió Aitana con admiración.

—Todos los días, por desgracia —dijo ella, como si fuera un castigo divino.

—Pues serás de las pocas que no quieren algo con él... —murmuró la chica sin podérselo creer.

—Oye, que si te apetece os preparo una cita —se apresuró a decir Portia, y sintió un leve remordimiento que de inmediato mandó a freír espárragos. Nunca había sido posesiva ni celosa y no iba a empezar ahora a serlo por un tipo que perdería de vista en menos de dos meses.

—No te molestes. Ya lo intenté una vez y fue educado pero firme. Y además es un poco mayor para mí —añadió Aitana y Portia sonrió.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó, solo para asegurarse, mientras elucubraba una posible alternativa.

—Veinticuatro. ¿Por qué?

—Espera un segundo...

Sacó del bolso su ladrillo de móvil y lo encendió. Después buscó el número de teléfono que le interesaba y pulsó la tecla de llamada. A los dos tonos respondieron.

—Hola, vida mía, ¿qué necesita mi rubia favorita?

—No seas pelota, Elías —lo reprendió con cariño—. ¿De verdad harías lo que te pidiese?

—Ya sabes que soy tu más fiel servidor —canturreó él feliz.

—Excelente —murmuró Portia, sintiéndose perversa—. Acabo de conocer a la chica perfecta para ti. Es una preciosidad y, lo más importante, inteligente.

La aludida negó con la cabeza, poniéndose colorada.

—Me matas... Yo que pensaba que aún tenía alguna oportunidad contigo —se lamentó él.

—¡Deja de parlotear por teléfono y ponte a trabajar! —oyó vocear a Axel y Portia puso los ojos en blanco.

—No se hable más, este finde sales con ella —dijo, imitando el vocabulario de Elías.

—Mmm, de acuerdo. Pero que conste que tú eres a la única que quiero.

Portia cortó la comunicación con una sonrisa en los labios y se puso manos a la obra para convencer a Aitana de que Elías era un tipo genial, de su edad y además guapetón, porque no estaba nada mal. Un poco joven para ella, aunque podría hacer una excepción llegado el caso. Pero desde que se había cruzado en su camino un mecánico grosero, su brújula interna solo apuntaba en una dirección.

—Anda, vamos a tomar algo y te cuento cositas sobre Elías. Es un yogurín. Te lo vas a pasar estupendamente. Confía en mí.

Capítulo 20

Cargada con sus bolsas, con el pelo hecho una pena y una sonrisa deslumbrante, Portia llegó a última hora de la tarde al apartamento de Axel, dispuesta a ser ella misma quien se ocupase del asunto de su cabello.

Había pasado casi toda la jornada con Aitana en su tienda y más tarde comiendo con ella, para así terminar de enterarse de los chismes sobre Paloma y Axel, aunque estos fueron perdiendo interés en cuanto las dos empezaron a hablar de otras cosas. A Portia le resultó extraño, pues por lo general sus relaciones con las mujeres se limitaban a comentar chismes de otras, ir de compras o a asistir a fiestas de alto copete para ver y dejarse ver. Nada de compartir un sencillo bocadillo en una taberna, con unas cañitas bien frías y hablando de todo un poco. Sin postureo, sin guardar las apariencias, relajadas y, lo mejor, con sinceridad, pues lo que más le gustó de la charla con Aitana fue que esta no parecía intimidada o recelosa cuando algún hombre pasaba por delante, se comía a Portia con los ojos y a ella como mucho le dedicaba un vistazo.

Había pasado una tarde estupenda, sin preocuparse por su más que cuestionable aspecto, por si alguien la reconocía fuera de su ambiente y disfrutando de algo tan extraño como comer con las manos, mancharse y ni siquiera preguntar cuántas calorías tenía la salsa.

—Vaya, vaya... —comentó Axel al verla entrar con sus bolsas.

Se cruzó de brazos y no se molestó en ayudarla, pese a que se moría de ganas de comprobar qué había comprado. La siguió hasta el dormitorio, dispuesto a pincharla un poco porque, joder, la había echado de menos durante todo el día, y no solo porque los clientes preguntaran por ella, sino también porque se había acostumbrado a tenerla pululando a su alrededor y a «reñirla», o al simple hecho de charlar con ella.

—Es mi dinero y me lo gasto como quiero —contestó muy digna—. Y no te metas donde no te llaman.

—De acuerdo —asintió él—. Y durante la fiebre consumista ¿te has acordado de comprar algo para cenar?

—¿Y para qué estás tú? —replicó ella, sacando la ropa para colgarla en el armario.

Sonrió encantada con sus nuevas adquisiciones. Quién iba a decirle que iba a encontrar trapitos de diseño, originales y de calidad por aquellos precios.

Axel esperaba que, aparte de ropa para todos los públicos, sacara de aquellas bolsas algo más picante, aunque en Portia, hasta un hábito carmelita podía resultar provocativo.

Ella, que se había percatado de que no le quitaba ojo, negó con la cabeza. Qué cotilla estaba hecho.

—¿No ibas a preparar la cena? —le soltó.

—Ya la tengo lista —respondió él, sin moverse un milímetro y con una media

sonrisa.

—Pues ve a ocuparte del baño —sugirió ella, con tal de quedarse sola, porque la estaba poniendo nerviosa tenerlo ahí, como un pasmarote.

—Ya está limpio —contestó él, sin moverse un centímetro.

Portia resopló. Joder, ya parecían una de esas parejas «normales», solo les faltaba hablar de la hipoteca.

—¿Y no tienes nada que hacer en casa?

—Pues no, la verdad —dijo, exasperándola.

—Ve al sofá, enciende la tele, tócate los huevos un rato y déjame sola. —Y añadió con retintín—: Por favor.

—No.

—Qué pesadito estás...

Portia había acabado con las compras normales. Solo le quedaba una bolsa por vaciar. La única que no tenía logo. Y Axel se dio cuenta de ello.

—¿Y eso?

—¿A ti qué te importa?

—¿Qué escondes?

—Joder... —masculló—. Es un puto vibrador —dijo, sacándolo de su envase y apuntándolo con él.

Axel dio un paso hacia atrás, como si en vez de un juguete sexual fuera una bomba atómica.

—¿Qué, lo quieres probar para ver si funciona?

—Estate quieta con eso...

—Te gusta, ¿eh? ¿Te pone cachondo?

—Sí que te ha cundido el dinero... —farfulló, dando otro paso atrás y batiéndose en retirada, ya que Portia, con aquel artefacto en la mano, podía ser imprevisible.

Pero ella, lejos de darle un respiro, lo siguió por el pasillo hasta la cocina y continuó molestándolo con el aparatito, mientras él trataba de ignorarla y empezaba a preparar la mesa para la cena. Portia comprobaba la elasticidad del vibrador, admiraba su excelente acabado, comentaba lo morbosos que era el negro para aquellas cosas, lo mucho que se parecía al pene de uno de sus amantes pasados, sus dos velocidades, normal y turbo, el realismo de los pliegues...

—Ya vale... —le advirtió Axel, pensando en cómo arrebatárselo para que dejara de dar por el saco.

—Esta noche pienso estrenarlo —suspiró soñadora, abrazando el aparato como si fuera un peluche.

—No me toques los cojones...

—No seas envidioso, tonto, si tú también puedes jugar con él —canturreó, y a Axel se le iluminaron los ojos ante las posibilidades que esa frase implicaba—. Aunque... —Puso morritos de niña tonta y consentida— te va a doler.

—¿Perdona?

—Con la mierda de sueldo que me pagas, no me ha llegado para lubricante y, bueno, habrá que hacerlo a palo seco —apostilló con toda la mala leche del mundo, cortándole el rollo—. Pero con las pilas nuevas alcalinas de larga duración que me han regalado en la tienda, ya verás cómo entra sin problemas.

—Vamos a cenar —la atajó, con la intención de dar carpetazo al asunto.

—Como quieras. Ah, espero que esta noche me dejes tranquila con mi nuevo amiguito...

—Ni lo sueñes... —murmuró Axel sin que ella lo oyese.

Portia guardó por el momento a su nuevo mejor amigo y se sentó a la mesa. No protestó por la comida y tampoco dejó nada en el plato, y eso que las cualidades de Axel como cocinero dejaban mucho que desear, pero como no iba a ponerse ella entre los fogones, pues tenía que conformarse.

Como cada noche, intentó ayudarlo a recoger, sin mucho entusiasmo, porque por más que lo intentaba, las labores domésticas eran un constante reto y, cuando la cocina estuvo más o menos en orden, dejó a Axel sentado en el sofá y se fue al cuarto de baño, dispuesta a ocuparse de su pelo. Cogió unas tijeras, peine y toalla y se plantó delante del espejo.

Pero él, que se había percatado de sus extraños movimientos, la siguió.

—No sé qué pretendes encerrándote en el baño, pero espero que después no tenga que enfadarme —le advirtió con la sospecha pintada en el rostro.

—Toma, ansioso. —Portia abrió un instante la puerta y le entregó el vibrador de la discordia para que la dejara tranquila—. Y no molestes más.

Una vez parapetada en el cuarto de baño, y asegurándose de tener el pestillo echado para que aquel cotilla con el que vivía no la interrumpiese, miró su brillante melena rubia y torció el gesto. Otro cambio involuntario más en su vida, y ya iban muchos en el último mes.

Con decisión, se mojó el pelo y se lo empezó a cortar un poco al buen tuntún. Los mechones empezaron a caer por el suelo, el lavabo y sus hombros. «Adiós, elegante melena, hola, corte asimétrico improvisado».

Cuando dejó las tijeras sobre la repisa, hundió las manos en los cortos mechones y se revolvió el pelo, creando un efecto despeinado que la sorprendió.

Abrió el armarito del baño y buscó algún producto para perfeccionar su creación, pero como era de esperar en casa de un hombre, la variedad cosmética brillaba por su ausencia.

—Da igual, mañana me compro algo —le comentó a su reflejo y luego, a pesar de la euforia por haberse hecho un corte de pelo original, puso mala cara cuando se vio obligada a recoger.

Acabó la odiosa tarea y tiró las pruebas en el cubo de la basura.

Axel, que la vio pasar con la escoba y el recogedor en la mano, se levantó como si hubiera visto una aparición. Sorprendido, anonadado, estupefacto.

—¿Qué coño has hecho?! —vociferó, siguiéndola hasta el cuarto de baño.

—Tranquilo, no he roto nada —se defendió ella, y le mostró aquellos utensilios de limpieza que nunca pensó que llegaría a usar.

—¡La madre que te parió! —exclamó, al tiempo que parpadeaba y la miraba furioso.

—Es mi pelo y hago lo que quiero —dijo Portia, dejando implícito que no le daba opción a hacer ningún comentario.

—Joder. ¿Es que siempre me vas a salir con la misma estupidez? «¡Son mis tetas y hago lo que quiero! ¡Es mi dinero y hago lo que quiero!» —la imitó con voz de falsete.

—Aparta, que tengo que barrer —le espetó ella, y lo empujó para llevar a cabo su cometido.

Axel, refunfuñando como una vieja, la agarró del brazo y hasta la zarandó, hastiado de sus salidas de tono y sus majaderías. Cada vez que parecía que mostraba un poco de sentido común, luego la jorobaba bien.

—A ver si va a ser verdad eso que dicen de que las rubias sois tontas —murmuró mientras la miraba a los ojos, sin entender qué la había impulsado a hacer aquella atrocidad.

—Repasa tu historial femenino y haz una estadística. A mí, déjame en paz.

—Portia, joder —resopló Axel, cansado de discutir y adoptando un tono más sosegado—, ¿qué te pasa?

Ella se soltó y empezó a barrer sin decir ni pío, porque no estaba dispuesta a justificar sus decisiones y menos aún a compartir sus inquietudes con él. Eso entrañaba confianza, algo que de ninguna manera iba a permitir. Follar con un tío no implicaba abrirle el corazón y tampoco convertirlo en paño de lágrimas. Lo que ellos tenían era sexo y así debía seguir siendo durante el tiempo que le quedaba de «condena», por lo que ignorar su intento de comprenderla era la única forma de no salir perjudicada. De modo que se concentró en la escoba, aunque la tarea le resultaba complicada al ser el objeto de aquella mirada acusadora y al ocupar él el poco espacio disponible.

—Perfecto, ahora te enfurruñas —comentó Axel, apartándose para dejarle sitio.

Y ella continuó barre que te barre, mientras él, en vez de darle un respiro, seguía observándola y enfadándola aún más.

Cuando Portia acabó la tarea, su cabreo había llegado a los niveles más altos, pero se mordió la lengua y prosiguió en silencio.

—¿Vas a hablarme en algún momento? —preguntó Axel con ironía y con ganas de abrazarla.

Joder, algo debía de haber ocurrido para que hiciese una locura semejante. No sabía de dónde le había surgido aquel instinto comprensivo y protector que sentía en esos instantes, pero no iba a asustarse por ello.

—Mira, solo te lo voy a decir una vez: no me toques la moral, ¿de acuerdo? —dijo ella—. Y ahora, si no te importa, me gustaría darme una ducha, relajarme y

después acostarme.

Le señaló la puerta y Axel, molesto por su desprecio, obedeció, aunque regresó dos minutos después.

—Toma, para que no te sientas sola —le espetó, entregándole el vibrador y cerrando la puerta tras de sí.

Luego se fue al dormitorio, se desnudó y se metió en la cama, consciente de que ser comprensivo, amable, incluso amigable, como se suponía que a ellas les gustaba, era una total pérdida de tiempo. Entre otros motivos, porque él nunca lo había sido y hasta entonces no podía quejarse de que las cosas le hubiesen ido mal.

Sin embargo, le escocía que Portia rechazase aquellos gestos de cariño, cuando otras, Paloma por ejemplo, se mostrarían entusiasmadas, ya que en más de una ocasión le habían recriminado lo poco proclive que era a sacar su lado tierno.

—¿Lado tierno? ¡Los cojones! —masculló, cogiendo el mando a distancia.

Puso el volumen al mínimo, porque, aunque le jodiera reconocerlo, quería controlar sus movimientos. La curiosidad por saber si utilizaba el maldito chisme de plástico lo carcomía y lo excitaba a partes iguales.

Lo único que se oía era el débil sonido del agua; después el sonido cesó y eso lo puso aún más nervioso. Desde luego, se había topado con la mujer más extraña, desesperante e independiente del planeta.

¿Dónde estaba ese lado tierno que se les presuponía a las féminas? ¿Dónde quedaban los momentos para la ternura? De acuerdo, su lado romántico nunca salía a la luz, pero llamaba a la puerta de Portia una y otra vez, así que no podía seguir obviándolo de manera indefinida.

La mujer que perturbaba sus pensamientos apareció, recién duchada y envuelta en una toalla, con cara de pocos amigos. Observó cómo abría el armario, iba directamente a su lado del mismo y cogía una camiseta para dormir. No le importaba; si bien al principio a Axel le molestaba, ahora pensaba que a sus prendas no se les podía dar mejor utilidad.

Portia se puso la camiseta y, al tener la piel todavía húmeda del baño, el tejido se le pegó al cuerpo, provocando en Axel una reacción biológica comprensible pero de lo más inoportuna, pues deseaba hablar con ella.

—Buenas noches —musitó Portia, acostándose en su lado y cubriéndose con la sábana. Le dio la espalda y cerró los ojos. La ducha relajante no le había servido para nada.

Axel no estaba muy seguro de qué táctica seguir. La confrontación directa suponía un gran esfuerzo que no le apetecía asumir, y más teniendo en cuenta el momento en que se encontraban. Le quedaba la opción *a priori* más segura con una mujer: la de mostrarse sensible, aunque teniendo en cuenta el carácter de Portia, era otro camino lleno de minas.

Pero como la hora, el ambiente y sus ganas de abrazarla pesaron más, apagó la luz y se acercó a ella con la intención de rodearla con un brazo y acariciarla.

—Si quieres follar me lo dices, pero no te pongas tierno.

Axel resopló; eso eran facilidades y lo demás, tonterías.

—Sí, por supuesto que quiero, pero antes preferiría hablar contigo.

—No hace falta, vayamos al grano.

Se revolvió en sus brazos hasta quedar frente a él. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, por lo que podía verlo con la tenue luz que se filtraba desde fuera.

—Portia... —murmuró Axel—, ¿por eres tan arisca?

—Porque me confundes, por eso —contestó, admitiendo en voz alta el problema.

—¿Te confundo? —repitió, perdido por completo.

—Pues sí —reconoció ella en voz baja, pese a que ese tono era desaconsejable, ya que resultaba íntimo y debía evitarlo.

—Explícate por favor —le pidió él, sin tocarla para que no se enfadara, aunque le gustaría hacerlo, y no solo por el hecho de estar empalmado.

—Los tíos, por lo general no perdéis el tiempo —empezó Portia, tras un silencio que no fue incómodo, sino más bien intenso, con ambos sosteniéndose la mirada— y yo lo agradezco, la verdad. Si quieres sexo, solo tienes que decírmelo, no me voy a escandalizar. Soy lo bastante mayorcita como para rechazar a un tipo si no me convence y aceptarlo si me apetece.

—Mmm... —musitó él.

—No pongas esa cara, vosotros lleváis siglos haciendo lo mismo y os va de perlas —comentó, y Axel pensó en ello.

De acuerdo, Portia tenía razón, pero en su argumentación se había olvidado de una variable importante y era la que precisamente lo estaba martirizando.

—¿Y qué pasa cuando no es solo sexo?

—Que todo se va a la mierda —replicó, dejándolo alucinado—. Eso es lo que pasa.

—¿No estás siendo demasiado radical?

—No lo sé. Solo tengo claro que no quiero sentirme confusa, dudando si te acercas a mí para echar un polvo o porque hay «algo más». —Eso último lo dijo haciendo una mueca—. Ahórrate las palabras bonitas y los gestos de cariño fingidos, no lo soporto, prefiero la realidad.

Axel escuchó atento aquella especie de confesión, sin estar muy seguro de lo que significaba. Por un lado, la comprendía a la perfección, pues él había actuado hasta la fecha con la misma premisa; sin embargo, admitía que, llegado el caso, podía cambiar su forma de pensar. De hecho, lo estaba haciendo en ese preciso instante.

—Mi intención no es confundirte —musitó, y de nuevo tuvo que contenerse para no acariciarle la cara para no molestarla.

—Pues no lo parece —resopló ella y se tumbó boca arriba, no solo para ponerse más cómoda, sino también para evitar mirarlo a los ojos.

—Puedo parecer pomposo, y de verdad que no es mi intención, pero si algo he

aprendido de mi experiencia con las mujeres...

—Tranquilo, Tenorio —lo interrumpió Portia con un deje burlón, a lo que él correspondió con una media sonrisa.

—Como iba diciendo, si algo he aprendido es que, para empezar, no hay dos mujeres iguales, aunque, y no te cabrees por lo que voy a decir, yo os catalogaría en dos categorías.

—Sorpréndeme.

—Las empalagosas y las no empalagosas —explicó, y ella se echó a reír—. No te rías, es cierto.

—¿Y en qué categoría me has incluido a mí?

—Aún no lo he decidido —mintió con descaro y añadió—: Eres demasiado inteligente como para no adivinarlo por ti misma. Bien, dicho esto, como habrás intuido, huyo de las primeras, y, sí, antes de que lo digas, Paloma es una excepción; supongo que me pilló con la guardia baja.

—O la polla en alto, según se mire —comentó ella con humor.

—Puede ser —convino Axel sin sentirse ofendido, porque probablemente esa fuera la razón más lógica para explicar por qué había empezado a salir con Paloma; lo que era más complicado de explicar era por qué había seguido haciéndolo—. El caso es que tú y yo, no sé por qué, nos parecemos y mi intención no es arrastrarme, suplicarte, hacer mil estupideces para que aceptes tener una cita conmigo, o esas gilipolleces que tanto parecen gustarles a algunas.

—Qué desilusión... —dijo Portia, fingiendo.

—Ya te llevé de compras, como hacen algunos, y pagué tu ropa, a lo *Pretty Woman*; no te quejes —le recordó en el mismo tono jocoso.

—Memorable, sin duda. —Hasta sintió un escalofrío con solo recordarlo.

—Así que si me acerco a ti, si quiero hablar contigo, no es para embaucarte ni mucho menos confundirte —dijo y, cansado de contenerse, la atrajo hacia sí y, por suerte, Portia no se resistió—. Aunque, como comprenderás, echar un polvo siempre entra en mis planes —apostilló seductor.

Ella se dejó querer mientras analizaba la conversación que nunca había querido tener, no al menos con un tipo al que pensaba olvidar y con el que, aparte de follar divinamente, no tenía nada en común. Solo existía otro hombre en su vida con el que podía charlar de esas cosas: Monty, su primer marido, aunque había llegado a ese punto de amistad después de mucho tiempo; de ahí que no entendiera por qué con Axel surgía esa complicidad.

Desde luego, él se estaba esforzando por no ser un patán con una buena polla y poco cerebro, de eso no cabía duda, pero tenía que haber un lado negativo. Para empezar, ella se encontraba en una situación anómala, todo le era nuevo y su extraña predisposición a sentirse a gusto con un tío en la cama sin que hubiera sexo de por medio, podía explicarse por una simple cuestión anímica. Al estar rodeada de extraños, en otro país y otro clima, reaccionaba de ese modo.

Estaba de bajón y punto. Sí, esa podía ser una explicación plausible para su comportamiento. En cuanto obtuviera la libertad, la situación y ella misma volverían a ser las de siempre.

Tendría que recurrir a su vena más sádica y hasta autodestructiva si no deseaba caer en la estupidez de encariñarse con Axel y hacer alguna otra tontería.

—Me he acostado con veinticinco hombres —dijo, faltando a la verdad—. ¿Qué te parece?

Capítulo 21

—¿No dices nada?

Axel no se apartó de ella ni mostró ninguna reacción ante sus palabras. Portia permanecía con la mirada fija en el techo, a la espera de que él dijera algo. Si se dejaba guiar por la lógica, lo más probable era que surgiera el rechazo, aunque Axel lo disimularía disfrazándolo de comprensión; pero los tíos no eran muy dados a admitir un hecho así. En el fondo él pensaría lo peor, si bien se callaría como una puta bien entrenada.

Al analizar este último pensamiento, se dio cuenta de que estaba cometiendo un error de principiante: ¿qué más le daba su opinión? ¡Que pensara lo que le diera la gana! En el momento en que das importancia a cómo te juzgan, pierdes la independencia y entonces todo se va a la porra.

Bostezó. Fin de la conversación. Ya tenía levantada la muralla que necesitaba para protegerse de los diversos ataques sentimentales. Él seguía despierto, su respiración lo delataba. Pues estupendo, que rumiara la información e hiciera con ella lo que quisiera.

—¿Seguro que solo han sido veinticinco? —preguntó finalmente, tras un largo silencio.

Era lo último que Portia esperaba y menos aún que se lo tomase a cachondeo, como si estuviesen hablando de los pares de zapatos que almacenaba en su ático de Londres.

—Te lo pregunto —prosiguió él en el mismo tono distendido— porque me extraña que, teniendo tanto tiempo libre, porque hasta donde yo sé no dabas un palo al agua, esa cifra no sea cómo mínimo el doble.

—Muy gracioso —refunfuñó ella.

—¿Voy descaminado? —inquirió sonriendo, justo antes de acercar los labios a su oreja y mordisquearle el lóbulo—. Venga, Portia... —insistió zalamero, recorriendo cada pliegue de su oreja con la punta de la lengua—, dime la verdad...

Ella, en vez de darle una cifra que en realidad desconocía, gimió. Debía apartarse. Quería mantener las distancias, nada de confraternizar con el «enemigo», y Axel, cuando se proponía engatusarla, podía resultar muy difícil de mandar a paseo.

—Vete a...

No pudo rematar la frase, pues él se lo impidió colocándole una mano sobre la boca y riéndose como un tonto. Por supuesto, Portia la apartó de malas maneras, mosqueada por su sentido del humor.

—... La mierda —concluyó, cuando pudo hablar.

—Qué boca tan sucia —la reprendió sin perder el buen humor y, para demostrárselo, deslizó una mano hasta su estómago y empezó a acariciarla alrededor del ombligo. Nada en apariencia sexual—. Y lo mucho que me excita, dicho sea de paso.

Portia giró la cabeza y lo miró de reojo. Que fuera jodidamente guapo podía superarlo, pero que se mostrara tierno, no. Era un sentimiento que no controlaba y por lo tanto podía meter la pata.

—¿Vas a darme mañana el día libre?

—¿Perdón? —preguntó él, sin entender a santo de qué venía aquel cambio de tema tan radical.

—Como me vas a tener en vela hasta saber cuándo, digo yo que tendrás la deferencia de permitirme dormir mañana hasta tarde.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy hábil esquivando preguntas? Y que conste que lo digo con total admiración. No me extraña que seas tan buena con los clientes, los llevas a tu terreno y haces con ellos lo que te viene en gana.

—Gracias —murmuró altiva.

—Pero ahora no quiero hablar de eso, volvamos al tema que nos ocupa: el número exacto de amantes que has tenido.

—Algunos fueron tan decepcionantes que ni siquiera los incluyo en la categoría de amantes —dijo Portia en voz baja y suspirando.

—Vale, pues centrémonos en los relevantes —sugirió Axel, tocándola despacio aquí y allá.

—Dejé de contar cuando llegué al número cincuenta. ¿Contento? —replicó sarcástica.

Él continuó acariciándola de aquella forma delicada y casi inocente que en cualquier otro momento ella disfrutaría, pero que, al ir acompañada de algo más personal, no la dejaba sentirse relajada. Le apartó la mano y se volvió en la cama, dándole la espalda, indicándole así que no estaba dispuesta a hablar más del tema.

—Si crees que voy a juzgarte... es que no tienes ni puta idea de cómo soy —musitó Axel pegándose a su espalda, porque Portia podía mostrarse todo lo esquiva que le diera la gana, pero él continuaría abrazándola.

Ella, cansada de tanto acoso emocional, se sentó en la cama, encendió la luz, cruzó los brazos y lo fulminó con la mirada antes de advertirle:

—Deja de jugar al psicólogo barato, porque tus consejos me los paso por el arco de triunfo. No quiero hablar de mi vida sexual, no quiero escuchar la tuya y quiero dormir de una puta vez. ¿De acuerdo? ¡Solo estamos follando de vez en cuando, por el amor de Dios! —exclamó, resoplando.

—De acuerdo, como tú quieras —convino Axel con desdén—. ¿Quieres follar con la luz encendida o apagada? —añadió en el mismo tono y también cruzó los brazos, igual de chulo que ella, a la espera de una respuesta.

Portia, a la que le daba lo mismo si había luz o no, optó por apagarla, más que nada para evitar mirarlo o, mejor dicho, para que él, en un momento dado, no viera su lado más vulnerable.

Una vez a oscuras, se deshizo de la camiseta que le había cogido (por jorobarlo un poco y porque no tenía ninguna limpia de las suyas) y apartó la sábana para

subirse a horcajadas sobre él. De inmediato, notó las manos masculinas en su culo. Cerró los ojos y empezó a moverse sin dejar que la penetrase aún. Apoyó las manos en su pecho, despacio, al mismo tiempo que se frotaba contra su erección. Adelante y atrás, sin prisa.

Axel, por su parte, permanecía callado, respirando cada vez de manera más errática a medida que ella aceleraba los balanceos, sintiéndose un poco imbécil por no rechazarla, consciente de que se estaba involucrando emocionalmente pese a los desplantes de Portia, y pese a que nadie, ni siquiera él, daría un duro por una hipotética relación entre los dos.

Dejó que llevara el control, incluso que lo usara a su antojo. Si ella se obstinaba en creer que era solo sexo, perfecto, él haría lo mismo. A su edad no iba a volverse un imbécil romántico-empalagoso, y menos por una tía con serios problemas, porque la locura de esquilarse y estropear su preciosa melena rubia no tenía explicación.

Gimió sin poder evitarlo, y eso que deseaba mostrarse contenido, cuando Portia se inclinó y le mordió el cuello. Una agresividad que encendería al más santo y él ni de lejos llevaba hábito.

—Portia... —jadeó, porque, no contenta con morderlo a lo vampiresa, se mostró dominante, pues le agarró de las muñecas y lo obligó a abrir los brazos en cruz.

No se opuso; le permitió que maniobrara a su antojo mientras mantenía atrapada su polla entre las piernas, en la humedad de su sexo, el cual, si ella le dejara, Axel lamería de arriba abajo durante unos cuantos minutos, no solo por complacerla, sino también por saborearla.

Pero no era la noche indicada para poner en práctica sus habilidades amorosas. Portia se mostraba diferente, quizá distante, quizá controlada, algo que le hizo pensar que sería la última vez.

Si a partir de la noche siguiente tenía que quedarse a dormir en el apartamento de encima del garaje para evitarla, o destrozarse la espalda en el sofá, lo haría, porque siempre era mejor poner fin a una relación tóxica antes de que fuera demasiado tarde.

Portia se alzó sobre él hasta ponerle a la altura de la boca uno de sus pezones, y Axel sacó la punta de la lengua humedeciéndoselo, consciente de que ese liviano gesto a ella la indignaría. De hecho, así fue, pues le clavó las uñas en los antebrazos y presionó, a lo que él hizo oídos sordos, limitándose a chupar de forma suave.

Portia gimió a medio camino entre la frustración y la excitación, pues saltaba a la vista que deseaba mucha más contundencia.

—¿No sabes hacerlo mejor? —lo provocó, privándolo de su pecho y mordiéndole el labio inferior.

—Querida, si solo quieres una polla que te satisfaga, coge tu vibrador. Yo no funciono a pilas —le espetó, y ella respiró hondo para no replicar a semejante impertinencia.

Pero en el fondo Axel tenía razón. Y mucha. Él había intentado mostrar una cara más amable y ella casi le había escupido. Podría haber sido un poco más lista y haber

esquivado la cuestión, porque no era la primera vez que un tío se mostraba tierno; la diferencia con Axel era que en él esa actitud la afectaba.

De acuerdo, Axel no era un artilugio de silicona con pilas ni ella, tan tonta como para tratarlo de ese modo, y reconoció para sí que, además de no ser el mono hipersexuado que se suponía por su condición masculina, se merecía algo mejor.

Pero no iba a pedirle perdón. Eso no iba con ella. Le ofrecería una noche especial, algo que se le daba bien, y nada más.

—Sé perfectamente que no lo haces —musitó junto a sus labios y lo besó. Primero con agresividad, jugando con la lengua de la forma más obscena que sabía. Pensó que la rechazaría, pero se equivocaba, pues Axel gimió entusiasmado. Y no solo eso, además le devolvió el beso con mayor entusiasmo, manteniendo, eso sí, las manos apartadas de su cuerpo.

—Portia, joder... —jadeó cuando ella inició un recorrido con la punta de la lengua justo por debajo de su barbilla, mientras le clavaba las uñas en el pecho.

Desde ese punto, se fue deslizándose hacia abajo, mientras combinaba la presión de los dedos con la habilidad de su lengua. Atrapó una de sus tetillas, bajó la cabeza y presionó con los dientes, llegando incluso a causarle algo de dolor.

Él maldijo, pero no la apartó, lo que le dio alas para proseguir. No hizo lo mismo con la otra tetilla, eso sería repetirse, sino que continuó bajando y bajando y bajando.

Axel parpadeó, pues esperaba que tras los mordiscos, las provocaciones y demás tormentos, se detuviera a la altura de su polla y lo compensara.

—¿Me crees tan predecible? —susurró Portia sugerente, acariciándole los muslos con cierta parsimonia.

Él tragó saliva; ella tenía razón, toda la razón. De acuerdo, sentir sus labios sobre su polla era, por decirlo de una manera elegante, la hostia; sin embargo, Portia lo estaba poniendo al límite sin ir a lo más obvio y eso cambiaba las cosas. Los desarreglos emocionales que pudiera tener carecían de importancia. La deseaba, y no solo por el placer físico, aunque tras la conversación quedó patente que únicamente podría estar con ella de una manera un tanto superficial, es decir, lo que él había buscado toda su vida en una mujer, pero ahora que lo tenía al alcance de la mano no le hacía ni puta gracia.

Conclusión, volvería a su rutina, saldría con alguna que otra tía más o menos dispuesta y punto final a su historia con Portia.

—Me decepcionarías si lo fueses —contestó, incorporándose a medias sobre los codos para intentar averiguar con la escasa luz que entraba por la ventana qué se proponía.

Mientras, aquella boca, tentadora, peligrosa, hábil como pocas, continuaba dejando marcas húmedas por sus piernas, algo que ninguna mujer le había hecho y, pese a que su erección apuntaba a lo más alto y resultaba difícil de obviar, Portia se concentró en otras partes de su anatomía, algo que él hacía para complacer a las mujeres con las que se acostaba, pero que nunca experimentaba en su propio cuerpo.

—Excelente respuesta —dijo ella con un murmullo capaz de encender al tipo más sereno.

Llegó a sus pies. Adoptó una sensual pose, a cuatro patas, y relamiéndose, fue bajando hasta atrapar el dedo gordo entre sus labios. Presionó un poco, lo justo para que él gimiera un tanto contenido, y luego dio un paso más, proporcionándole una sensación extraña al mordérselo y masajearse al mismo tiempo.

—Hostia puta —exclamó con la garganta seca, ante la combinación de morbo y sensualidad que ella le ofrecía, acostada a sus pies, en una aparente postura de sumisión. Pero nada más alejado de la realidad, el puto sumiso era él. Joder si lo era, y además encantado de ostentar tal condición.

Pero si Axel creía que se iba a morir de gusto al sentir una juguetona lengua en el dedo gordo del pie, todavía tenía que prepararse para soportar más, pues Portia, en un ejercicio sin precedentes de sensualidad y experiencia bien combinadas, se puso de rodillas, le levantó el pie que había estado chupando y se lo colocó a la altura de aquel par de tetas de diseño que volvían loco a todo el mundo (hombres y mujeres), y empezó a pasarse la planta por encima de un duro pezón.

—Portia... —gimió Axel una vez más, apretando los puños para no comenzar a masturbarse como un loco.

—¿Sí? —musitó ella con aire perverso.

—Deberías haberme atado a la cama —dijo tenso—, porque estoy a punto de levantarme y, te pongas como te pongas, tumbarte y metértela sin contemplaciones para follarte como un loco.

—¿De veras? —Se rio, mordiéndolo otra vez.

—Tú sigue jugando y verás... —contestó él sonando amenazante, lo que no era más que un perfecto incentivo para Portia.

—No lo harás... —respondió en voz muy baja—. ¿Y sabes por qué?

¿Cómo podía ser tan bruja e intentar razonar en esos instantes? ¿Es que no se daba cuenta de dónde se había concentrado la mayor parte de su riego sanguíneo?

—Sorpréndeme —acertó a decir.

—Porque te mueres por saber qué haré a continuación, porque la tienes tan dura que con un simple lametazo podrías correrte... porque eres un hombre hecho y derecho y no un veinteañero inexperto y porque... —hizo una pausa para humedecerse los labios como una chica muy mala— en el fondo no quieres hacerlo.

«Qué bien me conoce», pensó él, cerrando un instante los ojos. No le dio la razón con palabras, solo con hechos, quedándose quieto, con los brazos en cruz, mientras arrugaba las sábanas con los puños y con la espalda empapada de sudor a causa de la tensión acumulada.

Sí, había dado en el clavo. Quería follar, claro que sí, faltaría más, pero, tal como Portia decía, tenía una edad en la que ya no le bastaba con meterla en caliente, en la que los ingredientes básicos del sexo sabían a poco.

—¿Me equivoco? —inquirió Portia, liberando su pie para gatear sobre su cuerpo

y, ya por fin, dar un beso bien sonoro en la punta de su miembro, provocándole otra revolución interna.

—No, no te equivocas... Pero ¿podrías chupar un poco más fuerte?

—Podría, pero no lo haré.

—¿Por qué, maldita sea? —Gruñó impaciente. Y encendió la luz para ver qué se proponía.

—Porque antes quiero que compruebes por ti mismo lo mojada y caliente que estoy.

Portia continuó gateando hasta situar su sexo a la altura de la cara de él. La reacción fue instantánea. Axel parpadeó como si no se lo pudiera creer; le acababa de tocar la lotería y, lo mejor de todo, sin comprar el décimo. No perdió ni medio segundo y, forzando un poco la postura, pegó los labios a su coño, y si bien el instinto de venganza le pedía devolverle la pelota, se dio cuenta de que aquello era una oportunidad única para saborearla. Cerró los ojos, puso ambas manos en su culo para tenerla bien sujeta y empezó a recorrer cada pliegue con la lengua, recogiendo cada gota de sus abundantes fluidos, mientras ella gemía cada vez más alto y se contoneaba sobre él.

Miró hacia arriba y se dio cuenta en el acto de su error, ya que se quedó pasmado ante la visión de Portia con los brazos por encima de la cabeza, los ojos cerrados, los labios húmedos... la viva expresión del placer, y él era el afortunado que se lo proporcionaba.

Ella, por su parte, decidió que disfrutaría unos instantes más. Hacía mucho que un tipo no lograba hacerla gozar de esa forma, y entonces cayó en la cuenta de que, por mucho que quisiera negárselo, la diferencia radicaba en las emociones.

Sí, definitivamente tenía que romper cualquier lazo sentimental con Axel.

Qué bien lo hacía, joder... Apartarse de esos labios le iba a resultar una tarea muy difícil, pero aun así lo hizo.

—¿Por qué te apartas? —preguntó él con toda lógica, cuando lo privó sin motivo aparente de lo que tanto estaba disfrutando.

Portia se deslizó hacia atrás y lo miró a los ojos, a unos ojos que estaban fijos en ella y que debería evitar para no recaer. Le puso un dedo en los labios cuando él hizo amago de hablar y, en vista de que así no se lo impedía, lo besó y pudo notar su propio sabor.

Axel la rodeó con los brazos casi ahogándola, mientras respondía a aquel beso. Rodó con ella hasta situarla debajo, consciente de que Portia odiaba aquella postura, pero él deseaba sentirla de ese modo. Quizá era la forma más simple de conectar con ella.

—No —musitó Portia, acariciándole los labios.

Y Axel se dio cuenta de que no podía negarle nada y de que, en ese aspecto, como en otras muchas cosas, estaba dispuesto a dejarse llevar.

—Como tú quieras —accedió en voz muy baja.

Invirtieron las posturas sin dejar de abrazarse, hasta que Portia rompió el contacto irguiéndose sobre él; No obstante, todavía resultaba más atractiva e imponente. Luego se volvió, dándole la espalda, y se dejó caer sobre su polla para que la fuera penetrando poco a poco.

Jadeó al sentirlo por completo en su interior y Axel le clavó los dedos en la cintura, tenso, muy tenso, apretando los dientes para no empezar a embestir como un poseso.

Por fin comenzó a moverse, despacio, un suave balanceo, y él recorrió su columna vertebral con un dedo hasta llegar a la separación de sus nalgas. Repitió el movimiento dos veces más, mientras la cadencia aumentaba en velocidad y, al llegar a la parte baja, en vez de ascender de nuevo, introdujo el dedo índice buscando su ano. Acarició la zona muy despacio y ese roce a Portia la encendió, y mucho.

No estaba muy seguro de si continuar; controlar sus propias reacciones ya le estaba resultando lo bastante complicado como para pararse a pensar en si ella se molestaría. Presionó un poco más para ir preparando el terreno.

—Mételo ya —gimió Portia, encantada con la iniciativa.

Axel obedeció, aunque no fue brusco, dejó que su dedo se deslizara poco a poco, sintiendo cómo su cuerpo lo aceptaba y se tensaba, de lo que también fue partícipe su polla, ya que ella estaba apretando con mayor intensidad sus músculos internos.

—Portia... voy a correrme... —Gruñó, avisando para que no la pillara por sorpresa.

—De eso... de eso se trata —respondió entre gemido y gemido y, para dejarlo ya boquiabierto del todo, metió la mano entre sus piernas hasta agarrarle los testículos y apretar—. ¡Córrete!

—Portia... maldita sea, no quiero... Oh, mierda...

Ella apretó con fuerza las piernas reteniéndolo en su interior y exprimiéndolo y, cuando fue consciente de que Axel había alcanzado el orgasmo, se dejó llevar.

Capítulo 22

La semana siguiente fue una especie de juego del gato y el ratón. Axel inventaba excusas para quedarse trabajando hasta tarde y así poder utilizar el apartamento de encima del garaje para evitar a Portia, y de paso también evitar dormir en el sofá, aunque esto último hubiera sido preferible a pasarse la noche pensando en ella. Se trataba de una auténtica tortura. Era la primera vez que echaba de menos a una mujer, exceptuando el tema sexual, claro. Se había acostumbrado a su presencia en la casa, a su desorden, a que durmieran juntos y discutieran a primera hora de la mañana, cuando ella se hacía la remolona y no le quedaba otro remedio que sacarla a rastras de la cama y meterla a empujones en la ducha.

No tenía muy claro si la decisión tomada, una vez llevada a la práctica, era la correcta, pues si bien era consciente de que seguir enredándose con Portia solo le traería problemas, también pensaba que estos valdrían la pena si la contrapartida eran los magníficos momentos en los que la sentía desnuda junto a su cuerpo.

Ella, por su parte, se hacía la tonta, fingiendo no percatarse de las maniobras y las peregrinas excusas que él daba para no acompañarla a casa o para no salir a la hora, aunque el resultado era que acababa sola en el piso de Axel y, lo peor de todo, echándolo de menos. Sí, lo reconoció la segunda noche que durmió sola y en la que sacó su vibrador, dispuesta a olvidarlo, pero a duras penas consiguió excitarse con el maldito cacharro de silicona.

—Ha debido de echarle mal de ojo —murmuró, guardándolo en su neceser a la espera de que aquella extraña etapa sentimentaloides llegara a su fin.

Elías, mosca por lo poco que los veía discutir y lo extraño que resultaba verlos trabajar en buena armonía, intentaba sonsacarle a su jefe el motivo del repentino cambio, pero Axel lo mandaba a la mierda cada vez que preguntaba y, claro, no le quedaba más remedio que acercarse a Portia, para indagar al respecto y también para estar cerca de ella, por supuesto.

Pero cada vez que se arriesgaba a hacerlo, el perro guardián en que se había convertido Axel, aparecía como un fantasma y lo apartaba de la dama, impidiéndole cualquier acercamiento, así que tenía que conformarse con especular sobre qué demonios les había pasado a aquellos dos. Por suerte, la chica que le había presentado Portia lo tenía lo bastante entretenido como para no darle excesivas vueltas al tema. La verdad era que con Aitana había congeniado y, bueno, puede que la rubia fuera alucinante, pero también inalcanzable, así que no desaprovecharía la oportunidad que de forma casual le había llegado.

Mientras cambiaba la correa de distribución de un C4, observó de reojo a Portia, que seguía en la oficina, atendiendo a un cliente que se la comía con la vista. Miró con el rabllo del ojo a Axel, que en otro de los elevadores se ocupaba de un Ford Fiesta y que la vigilaba como un halcón, aunque sin acercarse.

Era todo tan raro...

Elías frunció el cejo y empezó a sentir vergüenza ajena al ver cómo el tipo babeaba con descaro frente a Portia. Estaba a punto de interrumpir y sacarlo de allí a guantazos, pero eso sería meterse en camisa de once varas, por lo que apretó los dientes y continuó trabajando a la espera de que el cliente se fuera cuanto antes.

Mientras, reflexionó sobre cómo se comportaban algunos hombres cuando tenían delante una mujer atractiva, y se dio cuenta de que él, en alguna ocasión, había obrado del mismo modo. Cansado de permanecer inactivo, se limpió las manos en las perneras del pantalón y se acercó a Axel.

—¿No vas a hacer nada? —le espetó, haciéndole una señal con la cabeza para que no tuviera dudas de a qué se refería.

—Termina con lo que tienes entre manos y no te metas donde no te llaman —replicó su jefe, controlándose para no elevar el tono, porque no hacía falta que le mencionasen lo obvio.

—Vaya huevos tienes, tío. ¿No se supone que eres el jefe? Y, lo que es más importante, que tú y ella...

—Que te pongas a trabajar y no me toques los cojones —insistió Axel más tenso.

—No hace falta que andes con secretos. No soy tonto y sé que andáis medio liados. Además, Paloma va soltando pestes de ella y, según me contó el otro día Aitana, tu ex, junto a una amiga, le prepararon una encerrona en la peluquería.

Axel dejó la llave de tubo que sostenía sobre el carrito de las herramientas y miró con furia a Elías.

—¿De qué coño estás hablando?

—Eh, tranquilo, ¿vale? Es lo que me han dicho. Por lo visto, Paloma no se da por vencida y como sabe que Portia se largará, todavía tiene esperanzas de cazarte, así que se dedica a intentar acojonar a tu chica, pero, joder, Portia los tiene bien puestos. No hay más que mirarla.

Axel lo mandó de vuelta a su trabajo mientras ataba cabos. Ahora entendía por qué aquella noche se había cortado el pelo de forma tan radical. Por qué estaba tan irascible o por qué le había sentado tan mal que, justo ese día, él hubiera decidido mostrarse comprensivo.

—Eso es el don de la oportunidad y lo demás son tonterías —murmuró para sí.

Intercambió una mirada con Elías, que metió la cabeza debajo del capó del coche para evitar problemas.

Cuando Axel estaba a punto de entrar en la oficina y arrastrar a aquel tipejo a la puta calle para que la dejara tranquila, se abrió la puerta peatonal y entró un mensajero.

—Qué oportuno —rezongó, saliendo a su encuentro.

—Hola, traigo unos paquetes a nombre de Portia Wesley. Y pesan, así que si me echas una mano mientras ella me firma el comprobante...

—Ya te lo firmo yo —lo cortó Axel, hastiado de que todo quisqui apareciera por allí con el único objetivo de babear cerca de ella.

Salió tras el repartidor antes de que este replicara, aunque por la cara que puso el tipo estaba claro que no solo deseaba entregar la mercancía, sino, a poder ser, unirse a la corte de admiradores de Portia.

Cojonudo.

Una vez fuera, Axel miró extrañado la cantidad de bultos, porque, hasta donde él sabía, ya se había fundido el primer sueldo, por lo que no podía seguir comprando. De acuerdo, debía respetar su intimidad, aunque le jodiese no tener ni idea de qué había dentro de aquellas cajas; sin embargo, cuando cogió una para ponerla encima del carrito de reparto, se fijó en el remitente y frunció el cejo. Más que nada porque era uno de sus proveedores habituales.

—Firma aquí —le indicó el transportista de manera grosera por haberlo privado de su momento de alegría visual con Portia.

Axel hizo un garabato y mantuvo la puerta peatonal abierta para que el hombre dejara toda la mercancía en el interior y, tras despedirlo, se fue en busca de aquella rubia problemática que empezaba a afectarle más de lo recomendable.

—Ha llegado esto para ti —dijo con brusquedad, dejándole el albarán de entrega en la mesa.

—Hola, Axel ¿cómo te va? —saludó el cliente, fingiendo una sonrisa.

—Muy bien, señor Sánchez —respondió él de forma mecánica, con ganas de echarlo de allí a patadas.

—Luego lo miro —contestó Portia, mientras esquivaba la mirada de su jefe y se concentraba en el hombre que llevaba más de veinte minutos allí—. ¿Alguna duda, señor Sánchez? —preguntó toda amabilidad.

—Pues yo creo que deberías hacerlo ya. Son varias cajas y molestan ahí en medio —insistió Axel, señalando los bultos.

—Enseguida termino —dijo ella entre dientes, molesta porque no le gustaba nada que la interrumpiera cuando trataba con un cliente—. Como le iba diciendo, señor Sánchez, su coche no podría estar en mejores manos. Lo revisaremos a conciencia y, en cuanto sepamos qué le ocurre, lo llamaré yo en persona para darle presupuesto.

Axel bufó al oírla. Cuánta tontería con un cliente que solo quería mirarle las tetas, porque él, que conocía a todos sus habituales, sabía de sobra que a su coche no le pasaba nada, pues lo había revisado hacía menos de dos meses y el hombre apenas había hecho kilómetros con él.

Portia le advirtió con la mirada que se mantuviera al margen. Era consciente de que el señor Sánchez era un plasta y ya le había repetido cuatro veces lo mismo, pero como era imposible echarlo sin parecer grosera, seguía aguantando el rollo. Finalmente, Axel dio media vuelta y se largó. A través de los cristales de la oficina, ella observó cómo caminaba por el taller y se dirigía a su puesto. Suspiró, porque en breve debería tener una conversación de esas incómodas y que, dependiendo de cómo se planteasen, podían acabar en una bronca monumental.

Cuando iba a decirle al señor Sánchez que ya habían acabado, sonó el teléfono

fijo.

—Talleres González, buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo? —respondió Portia, adoptando un tono de lo más profesional.

—Saca tu culo de mi oficina y manda a ese sebo a la mierda si no quieres que lo haga yo —le soltó Axel sin contemplaciones, llamándola desde el móvil.

Ella dio un respingo al oír su tono agresivo, mientras lo veía a través de los cristales.

—Verá, caballero, antes debo consultar la agenda —contestó, consciente de que el tono empleado lo enfurecería aún más que su intento de deshacerse de él.

—Portia... no me toques los cojones.

—Veré lo que puedo hacer, no cuelgue por favor —añadió aguantando el tipo, pese a que Axel la fulminaba con la mirada. Para más inri, no colgó, sino que le puso la horrible y machacona musiquita de espera, como a cualquier otro hijo de vecino—. Tengo que dejarlo, señor Sánchez, pero como le he dicho, en cuanto mis eficientes compañeros revisen su vehículo, yo misma lo llamaré.

—Así lo espero, rubia.

—Ya estoy libre —murmuró al teléfono, cuando se quedó sola tras la marcha del cliente plasta—. ¿Me necesitas?

Axel colgó de malas pulgas, porque entre el tonito y el doble sentido de la frase ya había conseguido joderle el día. La vio salir de la oficina y caminar como solo ella sabía hacerlo hacia él. Era consciente de que Elías no les quitaba la vista de encima y que debería medir sus palabras, pero ¿cómo hacerlo? Portia tenía la cuestionable habilidad de encenderlo, para bien y para mal, y ahora no estaba muy seguro de en qué situación se encontraba.

—¿Vas a decirme qué narices son todos esos paquetes o voy a tener que averiguarlo yo solo? —inquirió de malos modos, intentando no desviar la mirada hacia la jodida camiseta recortada. Había que tenerlos bien puestos para trabajar de aquella forma.

—Es un pedido —contestó en un tono que decía bien a las claras que era tonto, pero tonto de remate.

—No me digas... —dijo él, achicando los ojos.

—Gilipollas —masculló Portia entre dientes y, por suerte, él no pareció oírla.

—¿Y podrías quitarlo de en medio? —añadió Axel, con el mismo aire impertinente.

—Un «por favor» no habría estado de más —replicó ella.

—¡Mueve el culo, joder! —estalló él ante tanta estupidez.

—Ahora mismo... —musitó y, acto seguido, se agachó poniendo el culo en pompa y moviéndolo más de lo necesario para coger el paquete más pequeño y llevárselo al almacén.

Axel advirtió con la mirada a Elías, que se estaba descojonando con cierto disimulo, para que no dijera ni una sola palabra al respecto. Luego siguió a Portia y

cerró la endeble puerta del despacho, para, ahora sí, tener la bronca de la semana.

—¿Qué has comprado? —preguntó, señalando la pegatina del remitente.

—Cosas mías.

—Ya... Entiendo que dilapides tus escasos recursos en cremas, trapitos y demás, pero ¿eso de comprar recambios para coche no es llevar tu fiebre consumista demasiado lejos? —preguntó con ironía, ya que se moría de ganas de saber en qué se había gastado el dinero aquella insensata.

Portia contó hasta diez antes de contestar.

—No son para mí —dijo, esquivando su mirada, lo que hizo que Axel sospechara.

—¿Perdón?

Ella, sin argumentos válidos y consciente de que se había metido en un buen lío por dejar actuar a su lado más impulsivo, salió de la oficina y volvió con tres cajas más. Empezó a abrirlas y a sacar la mercancía, para que él mismo se diera cuenta de lo que había pedido.

—Dime que es una broma —murmuró Axel, controlando su mala leche a duras penas, pues sabía muy bien para qué coche podían ser aquellas carísimas piezas.

—El otro día, por casualidad, cuando estaba ordenando papeles viejos, tarea que tú me encomendaste —le recordó a modo de justificación para amortiguar el golpe—, encontré el desglose que hiciste para reparar el SL500.

—No me jodas... no me jodas...

—Lo repasé y vi que no faltaba nada, un trabajo detallado —prosiguió, adulándolo un poco para suavizar, o al menor intentarlo, la bronca.

—Dime que se puede devolver.

—Pues no, no se puede y, antes de que te pongas hecho una furia, escúchame. Hablé con ellos y les pedí presupuesto de todo lo que necesitabas, no soy tan tonta como para comprar sin mirar antes el precio.

Axel se pasó una mano por el pelo, despeinándose, sin poder entender cómo aquella cabecita hueca había hecho algo así sin su permiso.

—Les hice una oferta y he conseguido un treinta por ciento de descuento adicional sobre la tarifa habitual, y además negocié el pago en cuatro veces sin intereses —prosiguió, mientras la furia de Axel iba en aumento—. Ese coche que tienes ahí muerto de risa vale dinero y no te costará mucho venderlo una vez que lo hayas puesto a punto.

—¿Quién cojones te crees que eres para tomar una decisión así?

—Una empleada con iniciativa —respondió orgullosa.

—¡Una puta chalada, eso es lo que eres! —estalló él furioso.

—Gilipollas desagradecido...

—Encima me insultas. Cojonudo.

Axel se acercó a ella, que se había sentado, y giró el sillón para tenerla frente a frente. Se inclinó, colocó ambas manos en los reposabrazos y la miró.

—No es un insulto, es la verdad —se defendió Portia—. Me he fijado cuando

trabajas y eres bueno, pero eso de cambiar aceite, hacer puestas a punto y demás no es lo tuyo.

—No tienes derecho a inmiscuirte en mis asuntos —dijo él, señalándola con el dedo.

—También he visto tu proyecto, el que te rechazó el banco.

—¡Joder! ¡No sé quién te ha dado vela en este entierro! —gritó, y zarandó la silla antes de apartarse.

—Eres un cobarde, eso es lo que eres.

Axel la miró amenazador.

—Y tú una... Mejor me callo.

—Te gustan los coches, te gusta transformarlos y sabes que es una oportunidad de negocio increíble, pero en vez de arriesgarte, sigues aguantado estupideces por miedo a lanzarte —le recriminó alzando la voz, cansada de que siempre todas las culpas recayeran sobre ella. Solo había intentado animarlo para que diera el primer paso.

—¡Qué coño sabrás tú de llevar un negocio si te has pasado la vida zascandileando de fiesta en fiesta! —soltó Axel, sin medir sus palabras.

—Ya sé que el banco te negó el préstamo y lo que no comprendo es cómo, teniendo un cuñado como Owen, que podría financiarte, sigues mendigándoles a esos imbéciles.

—No se te habrá ocurrido contarle nada a él, ¿verdad? —inquirió, preparándose para lo peor.

—No, porque sé lo orgulloso y estúpido que eres —le espetó Portia, cansada de discutir.

—No tenías derecho a hacerlo sin pedirme permiso. ¡Joder! —exclamó Axel, dando un golpe en la mesa con el puño.

—¿Me lo habrías dado? —preguntó ella con retintín, intuyendo la respuesta.

—No.

—Yo solo pretendía que te animases, que pudieras hacer lo que realmente te apasiona —dijo.

—Tú lo que tendrías que haber hecho es no hacer nada. ¿Me oyes? ¡Nada! Porque estoy hasta los cojones de ti, de tus salidas de tono, de tus provocaciones, de tener el taller lleno de babosos comiéndote con los ojos y de que te denigres a ti misma.

—¡No eres mi padre, chaval. Enseño lo que quiero y cuando quiero! —le gritó Portia, respirando hondo para no derramar ni una sola lágrima ante aquel energúmeno—. Y si me da la gana de salir a la calle sin ropa, lo hago, y si te jode, te aguantas. No tengo por qué darte explicaciones, es mi cuerpo.

Axel, en vista de que acabarían haciéndose mucho más daño del que ya se habían hecho, optó por no continuar la discusión.

—Recoge todo eso —señaló las piezas— y devuélvelo. Me marcho a hacer un par de recados y cuando vuelva no quiero ver nada.

Salió de la oficina sin despedirse, sin mirarla. Dejándola con la palabra en la boca

y frustrada.

Nunca antes se había preocupado de los intereses, de las aficiones de un hombre o, en ese caso, de su sueño.

—Es para darme de tortas —murmuró para sí, mientras se hacía el firme propósito de no volver a ocuparse de nada que no fueran sus propios asuntos.

Siendo egoísta una funcionaba mejor, ya debería saberlo, pero había infringido esa norma y ahora pagaba las consecuencias, y encima con insultos de propina, porque él se había despachado a gusto llamándola poco menos que *zorra*.

Empezó a recoger las piezas y a meterlas en sus cajas para que no se estropearan. Tendría que llamar, tragar bilis y negociar la devolución. Solo esperaba poder camelarse al empleado de turno y lograr que no les cobraran nada.

Se puso frente al ordenador para redactar un correo electrónico explicando los motivos por los que devolvían la mercancía. Clicó en su cuenta (una que se había creado con la extensión del negocio) y, al hacerlo, en la parte derecha de la pantalla apareció una oferta de vuelos a Londres.

Tomándose como una señal, pinchó el enlace y, sí, era una buena oferta para el billete de avión; no obstante, estaba sin un céntimo, así que no podía ser.

Aunque...

Dos minutos después, buscó un vuelo que saliera desde el aeropuerto de San Javier... alguno tendría que haber. El billete costaba una pequeña fortuna para su exiguo presupuesto, pero el vuelo salía en cinco horas y luego, en apenas tres más, estaría de vuelta en casa.

No se lo pensó; abrió la caja en la que guardaban el dinero, cogió lo justo para el billete y un taxi que la llevara al aeropuerto y garabateó una nota de despedida. Sin disculpas, sin explicaciones.

Su condena ya había durado bastante.

Capítulo 23

Tal como Portia había previsto, a las ocho de la tarde aterrizaba en Heathrow. Fue objeto de miradas especulativas por parte del pasaje y de los tripulantes, pero le traía sin cuidado. A esas alturas poco o nada le importaba ser el centro de atención. Había pagado su billete, no llevaba armas encima y no montaba ningún escándalo. Nadie podía impedir que subiera al avión. Durante el viaje, se parapetó tras sus gafas de sol y se concentró en no adoptar el papel de chica llorosa y fracasada que vuelve a casa con el rabo entre las piernas. Solo faltaba la banda sonora tristona para rematar, pero por suerte solo había tenido que aguantar una peli aburrida.

No llevaba equipaje, solo su bolso, y cuando salió del aeropuerto se dio cuenta de que con lo que había en el monedero no le alcanzaba para el taxi.

Se aguantó una vez más las ganas de llorar porque, aparte de estar sin blanca, tampoco tenía adónde ir, pues, al cortarle la financiación, Pierce le había impedido pagar los gastos de los suministros, por lo que no podría ni darse una ducha caliente en su apartamento.

Notó frío; debería haber pensado en llevar una chaqueta o algo, pero es lo que tiene huir, que no hay tiempo para preparar equipaje.

Se sentó en uno de los bancos intentando encontrar una solución y, a ser posible, rápida. Observó cómo pasaba la gente arrastrando sus maletas, sin detenerse siquiera a preguntar si le ocurría algo. Cada cual iba a lo suyo. Llegó a la conclusión de que rendirse era lo mejor. Llamaría a su hermano y acataría sus normas. Se plegaría a sus exigencias. ¿Qué otra alternativa le quedaba?

Pierce la perdonaría y todos tan felices. Para él, el hecho de salirse con la suya y demostrar que tenía razón era sin duda el objetivo de toda aquella charada y, pasado el momento, él, siempre ocupado con sus negocios, se olvidaría del asunto y vuelta a empezar.

También podría llamar a sus padres, que seguramente estarían al tanto, porque Pierce, eficiente como nadie, les habría contado todas sus desdichas. No obstante, pensó que molestarlos, viviendo como vivían en el sur de Italia, no tenía gracia, pues poco o nada podrían hacer. Como mucho, mandarle dinero para que tirase un par de meses, pero poco más, a no ser que después insistieran en presentarse en Londres y unirse al club creado por Pierce de «Salvemos a la pobre Portia».

Buscó un teléfono público, pero al marcar el primer dígito se detuvo. Tras treinta segundos mirando la pantalla, cambió de idea; solo una persona podía comprenderla. Alguien que era igual que ella, imprudente, irresponsable... Marcó y cruzó los dedos para que estuviera en casa. Iba a gastar las últimas monedas en esa llamada.

—¿Diga? —respondió una voz conocida y Portia suspiró aliviada.

—¿Podrías venir a recogerme a Heathrow? Estoy sin blanca.

—Portia, ¿eres tú?

—Sí. Por favor, ¿puedes? —Casi gimoteó; empezaba a sentirse mal allí, con la

gente mirándola.

—Sabes que no puedo conducir... No importa, coge un taxi, dale mi dirección y yo le pago en cuanto llegues. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias.

Portia colgó el teléfono sintiéndose más miserable aún, pero no podía hacer otra cosa, por lo que tres cuartos de hora más tarde llegaba a un coqueto chalet donde un sorprendido pero amable Patrick la esperaba con los brazos abiertos.

Tras pagar la carrera, la condujo hacia el interior y Portia lo abrazó. Necesitaba ese consuelo. Sentirse a gusto y a salvo.

—Ya sabes que no soy muy dado a estas cosas, pero, hija mía de mi vida, ¿qué te ha pasado? —preguntó, mirándola de arriba abajo y arqueando una ceja ante su lamentable aspecto. Incluso llegó a tocar la camiseta agujereada para comprobar que no era producto de su imaginación y que el tejido era de tan baja calidad como parecía.

—Deja que me dé una ducha, préstame ropa decente y te haré un resumen —murmuró Portia, encantada de poder contar con él.

—Creía que no me lo pedirías nunca —respondió con humor, acompañándola al dormitorio de invitados y proporcionándole ropa para que se cambiara—. ¿Necesitas que te frote la espalda? —propuso sugerente y ella asintió, lo que hizo que él se echara a reír y la dejara sola.

Portia se desnudó e hizo una bola con la ropa para tirarla luego a la basura. Se metió bajo el chorro de la ducha e intentó relajarse. Ya estaba en casa, eso era lo importante; rodeada de gente que la quería y que le brindaría todo el apoyo para salir adelante.

Una vez vestida, fue en busca de su anfitrión, al que encontró en el salón, con una copa de vino preparada para ella y una sonrisa cómplice.

—Venga, bebe y desembucha. ¿Qué tal tu castigo por esos mundos de Dios? —preguntó Patrick de buen humor, pues, aun tratándose de los temas más delicados, nunca era partidario de dramatizar; siempre era más sencillo enfrentarse a los problemas con sentido del humor.

—Te cuento la versión para mayores de dieciocho, ¿verdad?

—Por supuesto —convino él y le dio un empujoncito cómplice—. Y no escatimes detalles, por favor.

Portia comenzó a relatarle la historia de su caída en desgracia, empezando por el día de la boda de Owen, cuando, después de conocer a Axel, terminó borracha perdida, ofreciendo un lamentable espectáculo a los clientes del bar, y cómo Pierce, a traición, la llevó unas semanas después en su *jet* privado y la abandonó en el sur de España con lo puesto.

—Que conste que tanto Owen como yo nos opusimos desde el principio a ese espantoso plan —dijo Patrick, sirviendo más vino—. Pero su excelencia, tu querido hermano, hizo oídos sordos.

—Pierce a veces es muy testarudo... —contestó ella sin rencor, porque al fin y al cabo su hermano intentaba ayudarla.

—Nunca pensé que se atreviera, la verdad —dijo él reflexivo—. Pero se le debieron de cruzar los cables y lo hizo. Y mira que se lo advertí, ese tipo de maniobras nunca surten efecto.

—Contigo lo intentaron también, ya lo sé.

—Pues sí, me dejaron sin dinero y me importó una mierda —dijo Patrick, y ella se dio cuenta de que solo él podía comprenderla.

—Pero ¡a cambio tenemos un glorioso vídeo porno! —exclamó Portia sonriendo, consciente de que a Patrick no le molestaría.

—Bah, no fue para tanto... —contestó todo gallito—. Aunque Owen se ha empeñado y, no sé cómo, ha conseguido sacarlo del mercado.

—Qué lástima —respondió ella amable—. La de gente que no podrá disfrutar de tus habilidades...

—Una lástima, sí —convino divertido.

—Pero por mí no te preocupes, tengo mi copia firmada y dedicada.

—Pues podrías venderla en eBay, seguro que sacas un buen pellizco —la animó, a sabiendas que no lo haría.

—Ni loca, la guardo como un tesoro —replicó Portia.

—Gracias, debes de ser la única que opina así.

—Oye una cosa: ¿no se molestará Helen si llega y me ve aquí? —preguntó, al acordarse de que su amigo ya no era el tipo solitario al que una podía visitar a cualquier hora de la noche sin dar explicaciones, y puesto que le iba bastante bien en su relación (algo que a todos asombraba), no quería ser ella una causa de enfado.

Patrick resopló.

—Pues no, ya ves, no me ha salido celosa. ¡Lástima, con las peleas que podríamos tener!

—¿Lástima? —repitió Portia, arqueando una ceja.

—Por lo de las reconciliaciones intensas y todo eso, ya me entiendes —explicó él sonriendo.

Ella agradeció que Patrick, con su forma de ser tan peculiar, le arrancara alguna sonrisa, para que no todo fuera un valle de lágrimas.

—¿Seguro que no le importará? —insistió por si acaso, ya que cualquier mujer podría sentirse amenazada con su presencia.

—Que no, tonta. Venga, ¿qué hacías con el mecánico entre bujía y bujía?

Portia sonrió; si algo animaba a cualquiera eran las ocurrencias del actor.

—Mira que eres tonto. —Se rio—. Pues complicarme la vida —admitió con un suspiro—. Al principio no lo podía ni ver, por su culpa me encontraba allí, con una mano delante y otra detrás, sin siquiera la posibilidad de llamar para que me rescatasen.

—Pero una vez instalada podrías haber buscado la forma de contactar conmigo,

por ejemplo.

—Ya lo sé, pero aquello se convirtió en una especie de desafío.

—¿Desafío? No te sigo...

—Yo lo puteaba a base de bien...

—¿Y...?

—Y acabé enrollándome con él —admitió con pesar, haciendo una mueca.

Patrick se quedó en silencio tras escucharla. Dio un sorbo a su vino y la miró con cara de circunstancias. Repasó lo que Portia le acababa de contar y, como le quedaban dudas, optó por aclararlas.

—¿Es bueno en la cama? —preguntó, rellenando las copas.

Ella se echó a reír. Lo conocía y, a pesar de todo, seguía sorprendiéndose con sus extravagantes salidas.

—Sí, por desgracia sí —dijo con una sonrisa triste—. Y encima creo que me he colgado de él.

—¿Colgado? ¿De verdad? —murmuró Patrick extrañado, pues conocía al dedillo la azarosa vida de su amiga, de la que formaba parte.

—Pues sí... ¿Te lo puedes creer? ¡Yo colgada de un tío! ¡Yo!

—Es difícil de creer, no te lo discuto —reflexionó él en voz baja—. Y si no es mucho preguntar, ¿qué fue lo que cambió las cosas?

—Cuando hablas así, tan serio, tan...

—¿Normal? —apuntó él con ironía, y ella le dio un empujoncito por gamberro. Aunque lo adoraba con sus excentricidades y bromas. Era un amor.

—Sí, eso, normal. —Se carcajeó y después pensó en la pregunta que Patrick le había hecho—. Si te soy sincera, no lo sé, joder, no lo sé. Me acosté con él sin saber siquiera su nombre, en la boda de Owen. Luego me enteré de que era el hermano de la novia, pero ya me daba igual... —comentó, resoplando al recordar—. Así que cuando lo vi en aquel taller mecánico, se me cayó el alma a los pies, aunque lo que lo remató fue saber que el tío al que me había tirado estando medio borracha era mi «jefe».

—Retorcido sí es, la verdad —apuntó él con suavidad.

—No tendría que haber pasado de ser sexo y punto...

—Si te sirve de consuelo, a mí me ocurrió algo parecido —admitió con una mueca—. Me tiré a Helen para reírme de ella y, mira, me salió el tiro por la culata.

—Pues ya somos dos —respondió Portia, apoyándose en él—. Sé que esto se pasa con el tiempo, que todo volverá a la rutina y que dentro de quince días me parecerá solo una pesadilla, pero, joder, qué mal estás cuando te cuelgas de un tío.

—Pues tienes dos opciones...

—Sorpréndeme con tu sabiduría —se burló ella.

—Espera quince días y después vuelves allí y follas con él para ver si se te ha pasado el cuelgue...

—Patrick, no seas burro —lo interrumpió, riéndose a carcajadas.

—O quédate aquí conmigo. Te relajas, te olvidas de él y de todo y así me haces compañía, que paso muchas horas solo.

Portia arqueó una ceja al oír eso último.

—¡Vaya, y yo que creía que te preocupabas por mí!

—Sí que me preocupo, tonta —dijo, abrazándola con fuerza y dándole un beso rápido en los labios, lo que hizo que ella cerrase los ojos y se diese cuenta de que no iba a ser fácil olvidar a Axel; pero con Patrick cerca podría conseguirlo.

—¿Sabes?, a veces pienso que debería hacerle caso a Pierce y dejar de ser tan impulsiva, pensarlo dos veces antes de hacer algo —murmuró al cabo de un rato.

—¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra! —saltó él, alarmado ante esa posibilidad.

—También creo que debería haberme enamorado de ti. No sé qué hubiera pasado, pero al menos no me habría aburrido ni un momento.

—Ya lo intentamos y no funcionó —murmuró Patrick con una sonrisa triste—. Éramos jóvenes e inexpertos.

—Y yo estaba coladita por Owen...

—¿Ah, sí? —preguntó él, fingiendo asombro ante aquella revelación.

Portia parpadeó y lo miró sonriendo.

—¡Pensaba que lo sabías!

—Eso duele —dijo Patrick con su tono de perdonavidas.

—Oh, joder, si ni siquiera disimulaba. Lo perseguía, iba a verlo a la universidad...

—No es agradable saber que me utilizaste como un vulgar sustituto —replicó su amigo, llevándose una mano al pecho y poniendo los ojos en blanco. Entonces, y, por el tono tan teatrero que había utilizado, Portia se dio cuenta de que se estaba burlando de ella.

—Patrick...

—¡No seas tonta, pues claro que lo sabía! —exclamó riéndose—. Todos lo sabíamos, todos menos el tonto de los cojones de Owen.

—Estaba tan coladita por él... —suspiró.

—Qué panoli ha sido siempre... —dijo Patrick con un deje de cariño hacia su hermano.

Ella suspiró y se recostó sobre él, que la recibió con los brazos abiertos.

—No sé qué falló entre nosotros. El sexo estaba bien, nos divertíamos... Y tanto tu familia como la mía parecían encantados con la idea de vernos juntos.

—Yo era un imbécil inmaduro y tu, una niña caprichosa y consentida. Yo me tiraba todo lo que se movía, con o sin faldas, y a ti te pasaba tres cuartos de lo mismo.

—Bueno, pero a cambio ahora eres mi «muy mejor amigo» —murmuró Portia, imitando a Forrest Gump.

—Sí, lo soy, y mientras quieras aquí me tienes.

—¿Desde cuándo eres tan sensato?

Patrick puso mala cara ante ese adjetivo.

—No se lo digas a nadie. ¿De acuerdo?

Ella asintió y lo abrazó encantada de la compañía que le brindaba y el apoyo recibido. Justo en ese momento, oyeron que se abría la puerta de entrada y Portia, sobresaltada, intentó apartarse, pero Patrick se lo impidió.

Helen entró, dejó su maletín sobre la mesa, se quitó los zapatos de tacón y ni los miró. Se sirvió una copa y, tras beber un sorbo, reparó en la «parejita». Bebió de nuevo como si nada.

—No voy a preguntar porque vengo agotada y no quiero terminar con dolor de cabeza a causa de una de tus imaginativas respuestas —dijo, mirándolos tranquilamente.

—Joder, nena, así no tiene gracia. Me pillas con otra en el sofá, abrazados para más señas, ¿y no me montas un pollo?

—Hola, Helen —saludó Portia, levantándose para darle dos besos, a los que Helen respondió con el mismo cariño.

Patrick, que siempre tenía que ser el centro de atención o reventaba, se acercó a su chica, tiró de ella y la besó de manera un tanto peliculera, hasta que consiguió que ella gimiera, a medias entre el bochorno por el espectáculo y la excitación por su efusividad.

—¡Ay, qué ganas te tenía, fiera! —exclamó él, rematando su actuación con un azote en el culo.

—Ejem, ejem —tosió Portia solo por chingar un poco, pues los conocía a la perfección y siempre se comportaban así.

—Antes de que se me olvide, cariño, Portia está sin blanca y la he invitado a quedarse con nosotros. Le gusta pasearse desnuda, pero aparte de eso es buena chica.

—No seas ganso —lo reprendió Helen con cariño—. Voy a picar algo y me voy a dormir, estoy molida.

—Eso te pasa por ser responsable. Owen está ahora en una nube con eso de que va a ser padre y sus chorradas de recién casado, y tú, en vez de escaquearte como cualquier empleado, haces más horas... —Negó con la cabeza—. En fin, venga, te acompaño.

—Buenas noches, chicos —les dijo Portia con afecto, mientras los dos se marchaban a la cocina. Helen refunfuñando porque quería tranquilidad y Patrick provocándola.

Portia se fue a su habitación y se tumbó en la cama a solas con sus inquietudes y sin perspectivas de mejorar a corto plazo.

De puta madre...

* * *

—¿Le has preguntado a tu amiguita?

—Joder, sí, he hablado con Aitana hace media hora. No la ha visto, no ha pasado por el centro y nadie ha comentado nada sobre ella —repitió Elías por cuarta vez, hastiado de aguantar la bronca de su jefe.

—Cuando la pille por banda... —susurró Axel en tono siniestro, porque eran casi las diez de la noche y no había ni rastro de Portia.

Desde la hora de comer nadie sabía nada de ella y eso no era normal.

—Yo he quedado y me tengo que ir, pero no te preocupes, que si la veo te llamaré —dijo Elías, cogiendo el casco de la moto y dispuesto a irse de allí y perder de vista a Axel, que se estaba comportando de manera irracional.

Le habría gustado decirle que se lo había ganado a pulso, que era normal que la pobre Portia, cansada de tanta bronca, hubiera decidido irse por ahí. Ahora bien, a él también lo preocupaba, se estaba haciendo tarde y, la verdad, la rubia no tenía muchas amistades.

Axel se estaba pasando tres pueblos con ella, de eso no cabía la menor duda, porque la chica intentaba colaborar, se esforzaba en el trabajo y, desde que estaba allí, tenían más clientes que nunca. De acuerdo, jodía reconocer que las personas que iban al taller lo hacían para verle el culo, aunque después salían contentos por cómo les habían reparado los coches.

Portia tenía un don especial para tratar con la gente; no solo por su aspecto físico, sino también por su forma de escuchar, de resolver problemas, y el tonto del culo de Axel le gritaba por todo. Lo último había sido cruel, porque a pesar de que cerraron la puerta de la oficina, él oyó cada palabra y estaba del lado de Portia.

—¡Llama inmediatamente, ¿me oyes?! —vociferó Axel, muy tenso, tanto que Elías no recordaba que nunca antes hubiese llegado a ese extremo.

—Que sí, no seas plasta. Hasta mañana.

Axel se quedó sentado en el maltrecho sillón, mirando de reojo su teléfono y comprobando que tuviera batería y señal. Probó, sin muchas esperanzas, a llamarla de nuevo al móvil que le había dado, pero el mensaje de la operadora indicando que estaba fuera de cobertura lo hizo maldecir.

—¿Dónde cojones te has metido? —dijo en voz alta, reproduciendo en su cabeza la monumental bronca de la mañana.

Miró la hora; debería estar en casa, preparando la cena para los dos, pero hasta se le había quitado el hambre con el cabreo que tenía encima; cabreo consigo mismo, porque después de la movida había reflexionado y llegado a la conclusión de que, aun estando en lo cierto, no tenía derecho a tratarla de aquella forma. Podría haberse esforzado por comprenderla un poco y explicarle que, si bien agradecía su iniciativa, él no estaba por la labor de cambiar de negocio.

Y parte del cabreo se debía a que ella lo había calado, vaya que sí. Pero los jodidos bancos, en particular el suyo, le negaban un préstamo imprescindible para poner en marcha su idea, y de ninguna manera pensaba hablar con su cuñado, el

banquero millonetero todopoderoso; y Portia, que era más lista de lo que imaginaba, sabía por qué no lo llamaría ni muerto. Pero por encima de todo estaba el espinoso asunto de lo que a duras penas admitía, los sentimientos que ella le despertaba. Y para una vez que se mostraba un poco más comunicativo que de costumbre, Portia iba y le daba con la puerta en las narices. Y si a eso se le sumaba una semana infernal, de miradas esquivas, de mentiras, de disimulos... pues no estaba el horno para bollos.

Sin más alternativa que confiar en que apareciera de un momento a otro, recogió las cosas y se dispuso a marcharse a casa. Quizá ya se le hubiese pasado el enfado y la encontrara tan pancha, como si no hubiera sucedido nada y vuelta a empezar. Pero no, si al llegar a su apartamento se la encontraba, iba lista si pensaba que se iba a ir de rositas tras ese numerito de escapismo.

Se le pasó por la cabeza llamar a su hermano y contarle lo que ocurría. No obstante, hacerlo significaba admitir que había sido un bocazas, y tener que explicarle al tipo los motivos por los que Portia había «desaparecido» no era plato de buen gusto, porque si a él alguien le fuera con ese tipo de cuentos sobre su propia hermana, le partiría los dientes. Una reacción hipócrita, desde luego, pero que no podía controlar.

Apagó el ordenador, recogió los papeles que ella había dejado de cualquier manera sobre la mesa y fue al cajón donde guardaban la recaudación, para meterla en la caja fuerte.

Sacó el dinero y le llamó la atención el pósito rosa con forma de flecha (una de las inconfundibles aportaciones de Portia al negocio). Lo despegó para leerlo y se quedó de piedra.

«Hasta siempre».

—Qué hija de la gran puta... —masculló, arrugando el jodido papelito rosa para lanzarlo a la papelera y fallando el tiro.

Capítulo 24

Elías se había marchado hacía más de una hora y Axel tenía el trabajo al día, por lo que podría haberse ido de parranda con Fermín y Arturo, que lo habían invitado a una despedida de soltero, pero no estaba para fiestas de ningún tipo.

Llevaba casi un mes de mala leche y Elías, que estaba hasta los cojones de él, había amenazado con largarse, porque así no se podía trabajar.

Una de las cosas que más lo desesperaban era que todavía había muchos clientes que aparecían llevados por la inercia de la Barbie mecánica y al comprobar que la susodicha ya no estaba, ponían cara de circunstancias, pero para no quedar mal seguían dejando el coche en el taller.

Y para más inri allí estaba un viernes ya tarde, cuando se suponía que debería andar por ahí divirtiéndose; sobre todo ahora que había dejado las cosas claras con Paloma, tras una cena en la que ella intentó convencerlo por todos los medios de que podrían estar muy bien juntos y le dijo que le perdonaba su desliz con Portia, comentario que lo cabreó sobremanera, ya que ni necesitaba el perdón de nadie ni su aventura había sido un simple *calentón*, como lo había denominado Paloma.

Miró por enésima vez el SL500 y las cajas de piezas ordenadas junto a él. Lo había embalado todo, preparado el albarán de devolución y negociado con el proveedor, pero no había sido capaz de llamar a la empresa de transportes para que fueran a recogerlas.

—Joder... —farfulló, pasándose la mano por la cara allí, junto al coche.

Deslizó el dedo por la capa de polvo que lo cubría y se dio cuenta de que así, a lo tonto, aquel Mercedes debía de llevar casi cinco años aparcado allí, y que entre una cosa y otra no se había preocupado siquiera de limpiarlo.

Movido a saber por qué impulso, se fue en busca de un paño y empezó a retirar la capa de mierda y suciedad acumuladas en la parte delantera. Se percató de que la chapa aún tenía un aspecto elegante y pensó que, si se lo proponía, en unos seis meses podría tenerlo listo para la venta.

En ese instante, mientras reflexionaba sobre si con unas horas por aquí y unas horas por allá podría repararlo, le vibró el móvil. Maldijo porque no le apetecía hablar con nadie, y seguramente sería alguno de sus colegas dando por el culo con lo de ir de fiesta.

Cogió el móvil dispuesto a cortar la llamada, pero en el último segundo se fijó en el número y frunció el cejo, pues rara vez recibía una llamada de su cuñado, por no decir nunca. Y menos un viernes a última hora. Se puso aún de peor humor al pensar que cierta rubia metomentodo le habría ido con el cuento y ahora tendría que soportar al millonetis dando la lata.

Por educación, que no por convicción, descolgó.

—¿Diga? —soltó no muy cordial, dispuesto a atenderlo, pero poco más.

—Buenas tardes —saludó el siempre modélico Owen—. Siento llamar con tanta

urgencia, pero tu hermana...

—¿Qué coño le ha pasado a Astrid? —lo interrumpió él, pasando de hastiado a preocupado en menos de medio segundo.

—Nada, tranquilízate. Tan solo te llamo para decirte que la han ingresado hace media hora —añadió con su tono más serio.

—Pero... pero... —balbuceó Axel, caminando inquieto por el solitario taller.

—Está ingresada y en buenas manos. No debes preocuparte.

—Joder, ¿cómo quieres que no lo haga? —masculló.

—Escucha, no perdamos la calma. Mi secretaria te ha enviado por correo electrónico el billete de avión para que mañana mismo puedas estar aquí si lo deseas, junto con la reserva del hotel.

—Por supuesto que lo deseo.

—De acuerdo. Cuando aterrices, te estará esperando mi chófer, que te llevará al hotel y quedará a tu disposición.

—Gracias —suspiró Axel, ante la eficiencia demostrada, una vez más, por Owen.

—De nada. Y no te preocupes, si hay cualquier novedad te llamo de inmediato. También he avisado a tus padres, llegarán pasado mañana.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó al notar la calma con la que hablaba, y entonces lo oyó respirar profundamente.

—Tu hermana no necesita gente incompetente a su alrededor. No obstante, te aseguro que la procesión va por dentro.

Axel se despidió de él y, sin perder medio segundo, llamó a Elías, que aceptó encantado la misión de ocuparse de todo hasta su regreso. Después se fue a casa e hizo la maleta en un suspiro, porque tampoco necesitaba mucha ropa; esperaba que todo saliera bien y no hubiera complicaciones. Se puso el despertador del móvil a las siete de la mañana, aunque cayó en la cuenta de que no iba a ser necesario, pues entre los nervios y la tensión no creía que pegara ojo.

La única parte positiva de todo aquel desasosiego era que, por primera vez en un mes, no pensaba en Portia.

Como había previsto, cuando sonó la alarma del móvil ya estaba despierto y listo para marcharse al aeropuerto. Tras una ducha rápida, salió de casa escopetado, no porque fuera a perder el avión, sino porque la impaciencia podía con él. No había recibido ninguna llamada de Owen, lo que eran, en teoría, buenas noticias, pero no por ello se sentía relajado.

No le sorprendió que le hubiera reservado plaza en Business, pero sus nervios le impidieron aprovechar la circunstancia, pues durante las apenas tres horas que duró el vuelo no paró quieto en el asiento; parecía como si tuviera un escuadrón de hormigas en el culo.

Tal como le había anunciado Owen, Arthur, su chófer, lo aguardaba en la puerta de Llegadas, y cuando el hombre, bueno, el hombretón, se ofreció a llevarle el equipaje, Axel se negó en redondo, igual que cuando le abrió la puerta trasera del

impresionante Mercedes clase S negro.

—Ningún pobre necesita criado —le dijo con una sonrisa, y se sentó en el asiento del copiloto como si tal cosa, ante lo que Arthur terminó por encogerse de hombros.

—Señor González, si lo desea puedo llevarlo primero al hotel para que deje sus cosas y esperarlo para ir luego al hospital.

—Se lo agradezco, de verdad, Arthur, y por favor, deje lo de *señor González*. Ese es mi padre, ¿de acuerdo?

A pesar de habérselo pedido, no hubo manera, y el chófer siguió diciéndole «señor González por aquí, señor González por allá». Por suerte, o gracias al dinero de su cuñado, accedieron al hospital por una zona privada, donde ni siquiera tuvieron que buscar sitio para estacionar y mucho menos pasar por salas atestadas de gente. Aquello parecía un resort de súperlujo en vez de un centro sanitario. Se despidió de Arthur, que, por orden expresa de su jefe, se quedaría a la espera por si necesitaban el coche, y miró un mensaje de Owen en el que este le indicaba el número de habitación.

Subió a la segunda planta y caminó a toda prisa por los pasillos. Según se iba acercando, reconoció a la mujer que iba caminado hacia él, con la misma prisa, y que se detuvo nada más verlo.

—Oh, gracias a Dios que ya estás aquí. Te estaba esperando —comentó Marisa, la suegra de su hermana, saludándolo con dos besos.

—¿Y Astrid? —preguntó serio y preocupado.

—Hace media hora que se la han llevado al quirófano...

—Joder...

—Tranquilo, Owen está con ella. Yo iba hacia allí, acompáñame —le indicó la mujer con amabilidad.

Caminaron en silencio hasta la sala de espera anexa a la zona quirúrgica, mientras Marisa le preguntaba por el viaje y por cómo le iban las cosas. Axel se dio cuenta de que, con mucha sutileza, evitaba mencionar a Portia, y le agradeció el sincero interés por sus cosas. Para él suponía un gran apoyo, teniendo en cuenta que su relación se limitaba a los encuentros familiares y que apenas tenían contacto. Desde luego, Astrid no podría haber tenido mejor suerte con una suegra así. Tras ese pensamiento le vino otro bastante peligroso... ¿qué tipo de suegros le tocarían a él llegado el hipotético caso de que formalizara una relación? Y, ya puestos, como, para qué negarlo, con la única mujer con la que había llegado a imaginar tener una relación era Portia... ¿cómo serían sus padres?

No tuvo tiempo de seguir haciendo cábalas, pues al llegar a la sala de espera se encontraron con Patrick y su pareja, que nada más verlos se acercaron a saludar.

—¿Se sabe algo? —le preguntó Marisa a su otra nuera, y esta negó con la cabeza.

—No, hace más veinte minutos que no nos dicen nada —contestó Helen con pesar.

—Menos mal que tú no vas a pasar por esto —dijo Patrick serio, señalando a su

chica—; de eso me he encargado yo.

—Ay, hijo, no digas eso —replicó Marisa, abrazando a Helen.

Axel dio un paso atrás porque no tenía por qué escuchar temas personales.

Los allí presentes se dieron cuenta de que no era el momento de bromas ni conversaciones banales y ocuparon diferentes asientos, a la espera de noticias. Tres cuartos de hora más tarde seguían sin saber nada y ya les resultaba imposible permanecer sentados. Patrick, algo muy raro en él, mostraba un semblante serio. Marisa y Helen hablaban en voz baja y Axel miraba por el amplio ventanal, tras haberse recorrido la amplia sala al menos diez veces. Una sala en la que por cierto no entraba nadie más; debía de estar reservada para la familia.

Y continuaron pasando los minutos sin noticias, en un tenso silencio. Más de dos horas. Axel se apartó un instante para llamar a sus padres, que llegarían al día siguiente, pero que se mostraban tan preocupados como el resto. Los tranquilizó, pese a que su estado distaba mucho de ser relajado; no obstante, debía transmitirles serenidad, porque, como se suele decir: la ausencia de noticias casi siempre es buena señal. Miró el reloj: cuatro horas desde que había llegado al hospital.

—Para costar un ojo de la cara, el servicio de atención al cliente es una mierda —murmuró Patrick con cara de pocos amigos—. Y encima ni siquiera nos han traído nada para picar.

—Hijo, por favor, no es momento de... —Marisa se detuvo al oírse el sonido característico de una puerta abriéndose. Sonido que se amplificó debido al silencio reinante en el hospital.

Las dos mujeres, que se habían quedado sentadas, se pusieron en pie de inmediato al ver aparecer a Owen, todavía con ropa de quirófano, desprendiéndose de la mascarilla.

Él se acercó a su madre y la abrazó con fuerza. Por supuesto, ella respondió con todo su cariño, acogiendo a su hijo y esperando que encontrara fuerzas para poder hablar.

—Pensaba que... joder, todo se ha complicado... —murmuró casi sollozando y, pese a hablar en voz baja, el resto de los presentes lo oyeron y su reacción lógica fue tensarse—, pero al final... mamá, ha sido increíble... Yo, yo nunca pensé... ¿te lo puedes creer? Soy padre de un niño precioso —finalizó, sin soltarse de su madre.

Axel permaneció en silencio, comprendiendo que el hombre necesitaba aquellos segundos para recomponerse, tras lo que sin duda había sido una experiencia aterradora, aunque gratificante a la vez. Le sorprendió que su siempre sereno e introvertido cuñado manifestase de esa forma sus emociones. No obstante, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo como le viniera en gana. Llegado el momento, hasta él mismo podía reaccionar así.

Al igual que el resto, esperó paciente y en silencio mientras Owen seguía aferrado a su madre.

—Oh, cariño —dijo ella, peinándolo con los dedos y mirándolo con una sonrisa y

lágrimas en los ojos.

—Estoy bien, de verdad, mamá —aseguró Owen con un nudo en la garganta debido a la intensidad del momento.

—¿Y Astrid? —preguntó Axel, incapaz de aguantar un segundo más con aquella incertidumbre.

Owen se apartó de su madre y, algo más recompuesto, se dirigió a su cuñado y señaló:

—Tu hermana es increíble... —Axel respiró hondo, necesitaba escuchar otras palabras, y el padre primerizo añadió—: Y está perfecta.

—Hombre, no creo yo que se pueda ir de jarana esta noche —apuntó Patrick, acercándose a su hermano para darle uno de aquellos abrazos fraternales que lo expresan todo sin palabras—. Enhorabuena, tío. No me lo puedo creer, pero enhorabuena —apostilló, sin ocultar que estaba tan emocionado como el resto.

—Felicidades —dijo Helen, besando a su jefe/cuñado en la mejilla.

—¿Cuándo podremos verlos? —preguntó Marisa.

—Enseguida los trasladarán a la habitación. Tengo que entrar de nuevo —añadió, apurado por regresar junto a Astrid y todos lo entendieron.

—Esto, una cosa: ¿has mirado bien? —preguntó Patrick y nadie entendió a qué se refería.

—Pero ¿qué dices, cariño? —dijo su madre, tan confusa como el resto.

—Bueno, teniendo en cuenta los antecedentes —se señaló a sí mismo y a su gemelo—, yo me aseguraría de que solo hay uno, no vayamos después a tener sorpresas de última hora.

—Mira que eres gamberro —le recriminó Owen con una sonrisa, dándole incluso una palmada en la espalda, y se marchó riéndose de sus ocurrencias.

—Por favor, Patrick, ¿cómo puedes bromear en un momento así? —lo regañó Helen, negando con la cabeza y resoplando.

Pero todos sonreían, porque, adecuado o no, su comentario había destensado el ambiente y ahora se sentían más relajados.

Marisa, ante el silencio y el aire de preocupación de Axel, se acercó a él y, tratándolo como si fuera su propio hijo, lo abrazó y murmuró palabras de cariño para que la tensión se le disipara un poco.

—Joder, no me lo puedo creer, ¡soy tío! —exclamó Patrick sonriente, y después miró a su madre—. Bueno, ahora que ya tenemos heredero, me siento de fábula. Vamos a celebrarlo.

—¿Aquí, en un hospital? —preguntó Helen casi escandalizada.

—No seas agonías, mujer —respondió él con un guiño y un azote en el culo de propina—. ¿Qué, te apuntas? —le preguntó a Axel, que no conseguía sonreír.

—¿Por qué no?

Los dos se marcharon en busca de la cafetería, prometiendo regresar en cuanto Owen les informara de que ya podían entrar en la habitación. Axel no tenía muy claro

si era buena idea irse con Patrick, pues con un tipo así uno nunca sabía a qué atenerse, y además tampoco eran lo que se dice amigos. Aun así, aceptó, creyendo que tomar algo lo ayudaría a pasar el mal trago hasta que pudiera ver a su hermana y comprobara que, en efecto, todo había ido bien.

Sin embargo, una vez en la cafetería, optó por no tomar alcohol y conformarse con una tónica. Patrick pidió lo mismo y, con las bebidas en la mano, dijo:

—Relájate, hombre. Si de algo puede presumir Owen es de organizarlo todo al milímetro. Mi querida cuñada está atendida por los mejores médicos, así que, venga, brindemos, aunque sea con esta porquería. —Levantó su vaso y Axel lo imitó.

—Salud —murmuró.

—Ya sé que Owen y tú no os lleváis nada bien, pero, créeme, mi hermano la cuida como nadie —prosiguió Patrick—. Yo no tengo hermanas a las que sobreproteger, aunque sí amigas a las que quiero como si lo fueran.

Axel torció el gesto.

—No sé de qué me hablas —contestó, intuyendo por dónde iban los tiros.

—Mira, tío, dejémonos de mariconadas y subterfugios, que me repatean. Yo no soy como Owen, al que le gusta hablar con elegancia y esas chorradas. Portia está viviendo conmigo, ya está, ya lo he dicho.

—Joder...

—Y me lo ha contado todo —añadió, poniendo mala cara al tener que beberse aquello, aunque Axel pensó que su mueca se debía a lo ocurrido entre ambos.

—Cojonudo... —masculó.

—Oye, que no voy a partirte las piernas ni a darte la chapa. Solo a decirte que ella está bien —le aclaró Patrick—. Tampoco me voy a poner en plan matón para advertirte lo que te puede pasar si la importunas.

—Pues para no querer ser un matón, te sale de puta madre, la verdad.

—Es que soy un actor cojonudo, ¿a que sí? —preguntó, pasando de un tono serio a otro cercano al egocentrismo tan propio de él—. No hace falta que lo digas, yo lo sé y punto. Como te iba diciendo, Portia para mí es mucho más que una amiga, y ya puedes ir moviendo el culo para que se sienta bien.

Axel parpadeó, porque algo se le escapaba.

—A ver si lo he entendido bien... me das a entender que la proteges, que te preocupas por su bienestar y que a mí me puede partir un rayo con tal de que a ella no le pase nada.

—Exacto.

—Y luego me pides... ¿que la llame? ¿Qué hable con ella? —preguntó, porque aquella conversación no tenía pies ni cabeza.

—Sí. Lo has pillado —contestó con ironía, acabándose su bebida.

—No lo entiendo —murmuró Axel, más perdido aún.

—Pues ya tienes una edad... A ver, no somos adolescentes gilipollas que juegan al ahora te ajunto, ahora no te ajunto; ¿me sigues?

—Más o menos —contestó él.

—Habéis tenido, digamos, vuestro rollete, y por lo visto unos cuantos polvos sin compromiso. —Axel se atragantó ante lo explícito de sus palabras—. Y luego se os ha complicado. A mí me pasó lo mismo —admitió con su tono despreocupado y hasta se encogió de hombros—, así que tampoco sirvo para dar consejos.

—Entonces ¿qué pretendes?

—¡Y yo qué sé! —exclamó el actor—. Si no tengo ni puta idea de resolver mis problemas, ¿cómo voy a resolver los de otros? Esto me pasa por querer ser buena persona y echar una mano. —Eso último lo dijo más como un pensamiento en voz alta que otra cosa.

—Pues sí que eres de mucha ayuda... —comentó Axel con ironía, más perdido aún.

Porque según se desprendía de las palabras de él, tras contárselo todo (esperaba que *todo* no significara *todo*), Portia quizá tenía la idea de volver a verlo, pero ¿en qué condiciones? Puede que solo pretendiera escupirle (en sentido figurado) a la cara para quedarse a gusto, porque dudaba que ella se mostrara demasiado proclive a admitir que entre ambos había surgido una complicidad difícil de explicar.

—No te comas el coco, no sirve de nada —dijo Patrick, sacándolo de sus pensamientos.

—Gracias por el consejo, pero llega demasiado tarde.

—Esta es mi dirección, por si quieres ir a verla. —Le apuntó sus datos en una servilleta.

—Gracias.

—Una cosa más... procura hacerlo cuando yo no esté, por si os da por reconciliaros, ya me entiendes...

Axel se guardó la nota en la cartera, sin tener muy claro si Patrick pretendía echarle una mano o hundirlo en la miseria emocional para siempre, porque no podría haber sido más contradictorio.

—Y ahora, venga, vamos a conocer a ese sobrino que tenemos a medias —concluyó con humor.

Capítulo 25

Tras la confusa conversación, los dos se dirigieron a la habitación en cuanto Marisa les dijo que ya podían visitar al recién nacido y a la madre. Algo que Axel deseaba con fervor, tras la llamada un tanto angustiosa del día anterior y el tiempo que llevaban esperando.

No le sorprendió ver que Astrid estaba alojada en lo que podría ser una *suite*, con todos los lujos a su alcance y con espacio como para celebrar una multitudinaria reunión. Además, por supuesto, de la intimidad que tanto le gustaba a la gente rica.

Fijó los ojos en su hermana, que, recostada en la cama, descansaba con el niño en brazos y, pese a que se le notaba el cansancio en los ojos, sonreía satisfecha.

Se acercó a ella despacio y Astrid le tendió una mano, que él le estrechó de inmediato, transmitiéndole sin palabras todo su cariño.

—Axel... —suspiró ella, apretando con fuerza la mano de su hermano—, por fin estás aquí.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él en voz baja, muy emocionado; como nunca pensó que lo estaría.

—Todo lo feliz que te puedas imaginar —respondió ella, señalando a su hijo—. ¿Quieres sostenerlo en brazos?

Él puso cara de circunstancias, y más sintiéndose observado tanto por el padre como por la familia de este, y, aunque en su vida había sostenido a un recién nacido, pensó que alguna vez tendría que hacerlo. Muy despacio, Astrid se lo colocó en los brazos y Axel estuvo a punto de llorar al contemplar al pequeño. Entendió en el acto por qué el padre se había mostrado tan emocionado, no era para menos.

El recién nacido debía de echar de menos a su madre, pues lloró y Axel no sabía bien qué hacer con él. Pero para eso están los superhéroes, y Patrick se acercó, lo cogió en brazos y, sorprendiendo a propios y a extraños, acunó a su sobrino con habilidad, balanceándolo despacio y logrando que se calmara.

—¡Es que es igualito a mí! —bromeó, guiñándole un ojo a la madre.

—¡Patrick! —exclamó Astrid, riéndose.

—Deja de decir estupideces —respondió Owen, mientras ponía los ojos en blanco y confiaba en que no siguiera con eso.

—Pero, míralo, es clavadito a mí, no me digáis que no —insistió Patrick, y Marisa se acercó para sostener a su nieto.

—Cariño, Owen y tú sois gemelos, es normal que se te parezca —comentó de buen humor, meciendo al recién nacido.

—Oh, la de cosas que voy a enseñarle... —murmuró Patrick, mirando a su hermano con la intención de pincharlo un poco.

—¿Habéis pensando ya en el nombre? —preguntó Marisa con amabilidad, devolviéndole el niño a su madre.

—No, aún no —respondió Astrid.

Axel se dio cuenta de que su hermana mostraba signos de cansancio y de que necesitaba dormir y recuperarse. E intuyó que a los padres les gustaría disfrutar a solas y hablar de sus cosas, por lo que se acercó a Astrid, le dio un beso en la frente y se despidió de ella. El resto hicieron lo mismo.

Al llegar a la planta baja, se encontró con Arthur, que nada más verlo aparecer se encargó de llevar el Mercedes hasta la puerta, y de nuevo Axel se subió a la parte de delante. Ni de coña iba a ir atrás, como el típico magnate oculto tras los cristales tintados. Desde luego, si él dispusiera de medios para tener un coche así, disfrutaría conduciéndolo, y si por un casual tuviera que ir en la parte trasera, sería por un motivo más lúdico.

Arthur lo dejó a la entrada del hotel y, una vez allí, Axel se dirigió directo a su *suite*. Necesitaba una ducha, dormir e intentar no darle muchas vueltas a la conversación mantenida con Patrick sobre Portia.

Empezó a desnudarse de camino al cuarto de baño y, cuando estaba a punto de meterse bajo la ducha, llamaron a la puerta.

—Cojonudo —rezongó él, cogiendo uno de los albornoces cortesía del hotel, para abrir la puerta sin enseñar el culo.

—Buenas tardes, señor González, le traigo su cena —dijo un amable camero, empujando un carrito.

Axel miró el reloj, era un poco pronto para cenar y además no había pedido nada.

—Disculpe, debe de ser un error. No he llamado al servicio de habitaciones —le explicó al camarero.

—Lo sé, señor González. Es un servicio para los clientes especiales del hotel.

—Ah, de acuerdo —contestó, porque no iba a mandarlo al cuerno.

Sin mirar en qué consistía la cena, se marchó al cuarto de baño esperando no tener más interrupciones. Hubo suerte y pudo disfrutar de un buen remojón y de las posibilidades de los chorros a presión de los que disponía.

Sin preocuparse de su desnudez, salió del baño y fue en busca de ropa limpia, pero al abrir la maleta se quedó asombrado, pues no había nada dentro. Ni unos tristes calcetines. La miró, le dio la vuelta para comprobar que fuera la suya y sí, en efecto, lo era, pero no había ni rastro de ropa.

—Pero qué mierda es esto... —masculló, y de repente tuvo una intuición.

Y sí, allí estaban sus pantalones, camisas y demás, colgados en perfecto estado de revista en el armario. Incluso le habían planchado las camisas.

Cogió un pantalón vaquero, una camisa azul oscuro y se vistió. Después se acercó al carrito y levantó las tapas. Todo era tan sofisticado y elegante que daba pena comerlo. No obstante, lo hizo.

Así que, cuando apenas eran las nueve de la noche, ya había cenado, disponía de una *suite* enorme y se aburría, apoltronado en un sofá frente a un televisor de cincuenta pulgadas con canales de todo tipo. Sin embargo, no estaba de ánimo, se sentía solo y, a pesar de saber que en el mueble bar encontraría de todo, optó por

coger la cartera y salir a dar una vuelta.

Nada más poner un pie en el vestíbulo, lo saludaron dos personas, lo que lo incomodó, pues no estaba acostumbrado a tanta formalidad; pero por lo visto el personal había recibido órdenes claras y las estaban cumpliendo. Además, siendo Astrid la directora del establecimiento, era lógico que a él lo trataran poco menos que como a un rey. Salió a la calle y frunció el cejo; debería haberse cogido alguna chaqueta, pues aquel clima distaba mucho del primaveral que disfrutaban en San Pedro del Pinatar.

Merodeó por los alrededores del hotel y no encontró nada que le llamara la atención. En su cartera, como si se tratara de una bomba de relojería, continuaba la servilleta manuscrita, y en su cabeza la idea de parar un taxi y presentarse allí, para... ¿para qué exactamente?

No podía pedirle explicaciones a Portia, tampoco dárselas, y ni mucho menos estaba en disposición de exigirle nada, por lo que su paseo no le aportó ninguna idea válida y terminó regresando al hotel, con peor humor y sin ninguna perspectiva de entretenimiento para el resto de la velada. Cojonudo.

Intentó pasar desapercibido, porque lo de *señor González* lo ponía de mal humor; sin embargo, en esa ocasión una de las chicas de recepción no se limitó a sonreírle y hacerle la pelota, también le indicó que en la cafetería del hotel aquella noche tenían una actuación en directo y lo invitaban a verla.

Axel no tenía nada mejor que hacer y, tras darle las gracias a la empleada, se dirigió hacia allá, dispuesto al menos a escuchar buena música y tomar una copa. Puso un poco cara de circunstancias, pues los allí congregados, en su mayoría, por no decir todos, iban con traje y él, con sus vaqueros y camisa desentonaba como el que más, pero pensó que por una vez se aprovecharía de ser el hermano de la jefa y que a buen seguro los camareros de esa zona ya debían de estar informados de ello. Y así fue, porque al acercarse a la barra y pedir una cerveza (ni loco se iba a tomar uno de esos combinados tan de moda, que le repateaban), lo atendieron con premura y la consabida coletilla de *señor González*.

Se sentó en uno de los taburetes, de cara al escenario, y mientras tomaba el primer sorbo, se fijó en la cantante que, acompañada por un pianista, cantaba *Kissing a fool*. Recordó la versión original de George Michael, pero la cantante le imprimía un aire aún más trágico a cada palabra y pensó que, joder, ni que la hubieran escrito pensando en él, porque se sentía tal como describía la canción: en resumen, un gilipollas.

Pero un gilipollas que disfrutaba de la música y del ambiente relajado. No era del tipo que más le gustaba, pero la cantante poseía una de esas voces envolventes y sugerentes que logran atraparte y, por qué no decirlo, sabía acompañar con los movimientos suaves de su cuerpo la cadencia de su voz.

Con aquella iluminación tenue, un vestido de color cobre y el pelo suelto, sin más adornos, atraía la mirada de todos, porque a pesar de tener un cuerpo atractivo, lo que

impresionaba era su sentimiento al cantar y eso tenía mucho mérito.

Axel se dio cuenta de que así, a lo tonto, una velada que se presentaba aburrida y sin perspectivas interesantes empezaba a mejorar, porque una sesión de buena música con una cerveza no menos buena en la mano siempre ayudaba.

Se terminó la cerveza y pidió otra. La gente aplaudía y él hizo lo mismo. Durante un fugaz instante, tuvo la sensación de que la intérprete lo miraba a él y le sonreía, pero quizá solo fuera producto del cansancio o que, sencillamente, ella tenía que conquistar al público y una mirada intensa siempre funcionaba.

Tras los aplausos, el pianista empezó otra melodía igual de suave, igual de agri dulce. Axel torció el gesto, otra canción que le venía al pelo. *Soaked*, de Muse. Por lo visto el lema a la hora de elegir repertorio debía de ser el desamor, porque, maldita fuera, qué oportuno.

De nuevo se sintió observado desde el pequeño escenario. Esa vez no fue una impresión, no pareció casual. La joven cantó toda una estrofa, la más sentida, la última, con la mirada fija en él, lo que hizo que se removiera en su asiento, inquieto, y que volviese la cabeza por si había otro tipo a su espalda y él se estaba comportando como un imbécil. No había nadie detrás. Nadie. Dio un buen trago a su cerveza sin apartar la vista del escenario y otra vez ella tenía los ojos fijos en los de él.

—Joder... —murmuró, sin podérselo creer.

La solista finalizó la canción e informó al público de que iba a haber un descanso de treinta minutos. Axel no se movió ni un milímetro. Ahora venía la prueba definitiva. La joven bajó del escenario acompañada del pianista, al que besó en la mejilla antes de separarse y echar a andar entre las mesas, deteniéndose cuando algunos espectadores la felicitaban por su actuación. Axel quería que terminase su recorrido y, a poder ser, que el final coincidiera con su ubicación, porque si no se iba a quedar con una cara de idiota monumental.

La espera, a pesar de no durar más de cuatro minutos, se le hizo eterna, aunque valió la pena, porque ella se detuvo junto a él y arqueó una ceja señalando la botella de cerveza. Axel, con media sonrisa seductora, levantó su copa en un brindis un tanto burlón.

—¿Qué desea, señorita? —le preguntó un servicial camarero.

—Lo mismo que él —respondió ella, acomodándose en el taburete de al lado. En cuanto estuvo servida, bebió un buen trago, a morro, y le tendió la mano—. Diana.

—Axel —contestó él, estrechándosela.

—¿Español? —preguntó en castellano y él asintió—. Joder, esto parece *Españoles en el mundo* —añadió de buen humor—. Yo soy de Soria.

—¿Y qué hace una chica de Soria por aquí?

—Buscarme la vida —respondió ella con una sonrisa y se lo quedó mirando fijamente, porque algo no le cuadraba—. Lo siento, pero te estoy observando y, la verdad, tus rasgos... no me parecen a mí muy peninsulares.

Axel se rio, porque estaba acostumbrado a que la gente se lo dijera.

—Basta decir que mi madre es sueca.

—Ahora ya me quedo más tranquila —respondió ella sin perder el buen humor.

Diana lo seguía mirando con interés, o eso al menos pensó él, mientras comentaban cosas sin importancia, aunque era una de esas conversaciones tontas que se entablan con desconocidos en las que se logra cierto grado de afinidad.

—Bueno, me ha encantado charlar contigo —dijo ella, bajándose del taburete y señalando el escenario—, pero mi público me reclama.

—¿Con qué nos vas a sorprender ahora? —inquirió interesado.

—De todo un poco. Tengo tres cuartos de hora por delante y mezclaré canciones muy personales e importantes para mí, que a lo mejor no son conocidas, con otras que se han vuelto indispensables.

—¿Como por ejemplo...?

—No hay actuación en la que pueda faltar *Someone Like You* de Adele. Me encantaba... —Hizo una mueca y continuó hablando—, pero se repite tanto que pierde el cariz intimista original. También recorro a clásicos que me aburren, como *My Heart Will Go On*.

—¿*Titanic*? —preguntó Axel con una sonrisa cómplice, porque a él también le parecía una pastelada de canción.

—Pues sí —admitió ella—. A todo el mundo parece emocionarle, en especial a las parejitas.

Hizo un gesto para que mirase la sala y, en efecto, muchas mesas, por no decir casi todas, estaban ocupadas por parejas.

—¿Y cuál te gustaría cantar y no puedes?

Diana se mordió el labio.

—Puede que hoy haga una excepción. Quédate y lo averiguarás —murmuró, diciéndole adiós con un guiño y caminando hacia el pianista, que ya esperaba sentado a que diera comienzo la actuación.

Axel aceptó el reto que le había lanzado, llevado por la curiosidad de averiguar de qué canción se trataba y, por supuesto, por un interés real por Diana.

Tal como había dicho, recurrió a los clásicos para amenizar la velada. Cuando sonaron las primeras notas de *My Heart Will Go On*, Axel se echó a reír y ella lo miró, a lo que él respondió haciendo el gesto universal de «voy a vomitar». Ahora bien, la escuchó atento, porque sí, la letra era para morirse de sobredosis de azúcar, pero la voz de Diana, a veces ronca, suavizaba el asunto.

Axel pensó que con tanta balada romántica acabaría aburriéndose como una ostra, pero no fue así. Resultaba entretenido observarla a ella y a las parejas, que, ante determinados estímulos musicales, se cogían de la mano o se daban un beso discreto... gestos a los que él no era muy aficionado. Entendió, por supuesto, que la elección de temas para acabar la sesión fuera tan conocida, pues de ese modo se garantizaba el éxito.

—Antes de despedirme de ustedes —dijo Diana—, me gustaría cantar una canción y dedicársela a alguien. Es un tema muy personal. Espero que les sorprenda y agrade —concluyó.

Axel se puso alerta. No había dicho nombres, cosa que agradeció, pero lo había mirado a él, lo que significaba que Diana, al final, se atrevía.

Aguzó el oído al escuchar las primeras notas. No le sonaba de nada y eso hizo que se fijara mucho más. Ella empezó a cantar, para asombro de todos en castellano, lo que significaba que el noventa y nueve por ciento de la sala se iba a quedar *in albis*, pero daba igual.

Diana cantaba sobre una persona que se ha dado cuenta muy tarde de que la relación que tenía se iba apagando, pero que todavía continuaba enganchada a ella y eso solo le iba a producir sufrimiento, porque la otra parte ya había dicho adiós y no había nada que se pudiera hacer.

Axel fue el único que se percató de que la letra la afectaba a un nivel muy muy personal, y cuando entonó la última estrofa, se dio cuenta de que si no se andaba con ojo, a él iba a pasarle lo mismo.

El público aplaudió con moderación, porque desde luego el último tema los había descolocado, pero a la mierda con todos aquellos cursis, pensó él, esperando que Diana se acercara de nuevo.

Capítulo 26

El vestido de color cobre fue abriéndose paso hasta situarse junto a él. Esa vez no tuvo que esperar tanto porque el público, al saber que la actuación finalizaba, fue abandonando la sala y se quedaron solo unos pocos. Mejor, pues así el ambiente sería más propicio para conversar.

Cuando Diana llegó, Axel la aplaudió y le entregó la cerveza que ya le tenía preparada.

—¿Y bien? —preguntó ella de manera sugerente, lo que confirmó las sospechas de Axel de que, si se lo proponía, aceptaría acompañarlo a su habitación.

—Me ha gustado. No conocía la canción, es preciosa.

—*Sentía*, de Mecano; podría decirse que es un resumen de mi vida —contestó la joven con una media sonrisa.

—¿Y eso?

—Siempre me cuelgo de los tíos más cabrones que te puedas imaginar —explicó.

Axel se lo tomó como una advertencia, pero eso tampoco iba a ser motivo para estropear la velada.

—¿Siempre? —preguntó con amabilidad.

—Siempre —corroboró ella—. Si en esta sala se encontrase el mayor cabrón del planeta, yo acabaría enrollándome con él. Pero olvidémonos de mis problemas. Bien, yo estoy aquí por trabajo, ¿y tú? No tienes pinta de empresario adinerado, de esos que últimamente pululan por ahí en busca de chicas indefensas, y lo sé porque yo soy una de ellas.

Axel se echó a reír ante su sentido del humor.

—He venido a ver a mi hermana. Acaba de dar a luz. —Bebió un trago y añadió —: Y, aunque no te lo parezca, sí soy empresario.

Diana arqueó una ceja.

—Pues nunca lo habría imaginado, la verdad. Tienes pinta de ser un tipo normal.

—Ahora entiendo por qué acabas con el más cabrón, te fías de la gente —respondió Axel divertido, interpretando cada palabra, cada gesto de Diana, que ahora ya estaba pegada a él, como un claro síntoma de que mostraba un interés que iba mucho más allá del de una conversación normal.

—Pues va a ser que sí —admitió ella.

Continuaron hablando; eso sí, se alejaron de la barra y de los impersonales taburetes y se sentaron en uno de los sofás más apartados, para, de ese modo, evitar el ruido del resto de los presentes.

Cuando quisieron darse cuenta, habían pasado más de tres horas y ya eran los únicos clientes del bar. Habían recorrido innumerables temas de conversación, incluido el motivo por el que ella había acabado en Londres (había seguido a un tipo/cabrón del que se había enamorado) y cómo, para ganarse la vida, trabajaba de dependienta, aunque su sueño era vivir de la música, algo muy improbable dadas las

circunstancias.

Axel escuchaba encantado sus anécdotas y también era consciente de que Diana le tiraba los tejos. Sin saber por qué, no se sentía inclinado a aceptar la propuesta, y eso que le apetecía echar un polvo tras un mes largo de sequía, durante el que se había conformado con jugar al «solitario». Pero ahora le parecía ridículo lo que antaño había sido habitual para él. Además, lo de acabar con una desconocida en una habitación de hotel supondría recordar cosas. Ya no podría volver a hacerlo. Un motivo más para odiar a Portia.

—Creo que nos están echando —murmuró Diana acercándose, y Axel hizo un barrido visual por la sala y comprobó que, en efecto, los camareros los miraban disimulando su malestar. Entonces decidió hacer una prueba y ver si de verdad eran tan pelotas como se suponía y si lo de ser el señor González funcionaba.

Levantó una mano para llamar la atención y, sí, en menos de treinta segundos un atento camarero estaba junto a la mesa, con una sonrisa tan ancha como falsa, encargándose de atender el pedido.

—Vaya... a ver si vas a ser uno de esos millonarios excéntricos a los que les gusta pasar desapercibidos —comentó ella cuando se quedaron a solas de nuevo.

—Siento decepcionarte —murmuró él—, pero ni millonario ni excéntrico. Tienes que mejorar tu radar, Diana.

Una vez servidos, Axel se sintió mal, pues ella continuaba enviándole señales claras de que la próxima copa podrían tomársela en la *suite*. Y él se planteó el dilema de si ceder a la lógica y llevársela a la habitación, o que prevaleciera la sensatez y no tuviera que arrepentirse al día siguiente.

—Es tarde —dijo, al ver que Axel era inmune a sus intentos de seducción.

—Diana, yo... —masculló incómodo, porque la chica le gustaba de verdad; sin embargo, algo lo frenaba, y por desgracia sabía lo que era.

—Está bien, no pasa nada. No voy a negar que me gustas, pero o bien eres gay o hay una mujer en tu cabeza.

—En estos momentos me gustaría ser gay, te lo garantizo —admitió Axel con una sonrisa triste, apurando su bebida.

—Venga, recurramos a los tópicos y habla con una desconocida de tus problemas sentimentales.

—¿Tú crees que eso ayuda?

—Pues no lo sé, pero si de algo entiendo es de malos rollos de pareja. Soy graduada *cum laude* —añadió con ironía.

Axel no estaba muy seguro de que hablar de ello fuera una forma de solucionar el problema, pues Portia no era un mero problema sino una bomba nuclear, eso para empezar. Y tampoco tenía muy claro que en el hipotético caso de tenerla enfrente quisiera arreglar las cosas con ella, o que, ya puestos a ser cursis, fuera la mujer por la que merecería la pena cambiar su estilo de vida.

—¿Cómo se llama? —preguntó Diana, y él resopló—. Como ves, es una pregunta

facilita. Pero si no te apetece hablar, lo entiendo.

—Tirando de tópicos, te diré que no sé por dónde empezar...

—Sí que es grave, sí —musitó ella, y le cogió de la mano para darle un apretón amistoso.

—Imagina a la persona más pagada de sí misma, superficial, acostumbrada a que sus caprichos se hagan realidad. Incapaz de obedecer. Insufrible. Provocadora. Derrochadora...

—Para, para —lo interrumpió entre risas—. ¡Eso es amor verdadero y lo demás son tonterías!

Él torció el gesto.

—Déjate de *amor verdadero* y sandeces por el estilo. Es cuestión de sensatez. Me pone en el disparador. Me crispa los nervios. Me replica, me...

—Te hace sentir vivo, Axel —volvió a interrumpirlo ella, y le acarició la mejilla con ternura.

—Joder, pues entonces voy de culo —replicó él.

—¡Qué me vas a contar que no sepa! —exclamó Diana, haciéndolo reír.

Axel la miró de reojo, porque, joder y mil veces joder, la tía era simpática, atractiva, buena conversadora, hasta podía afirmar que sexualmente interesante, y en cambio no se animaba. Y en caso de que lo hiciera, le parecía una cabronada lo de tirársela pensando en otra. Algo que hacía unos meses le hubiera traído sin cuidado.

—Escucha, eres una tía cojonuda, pero no quiero aburrirte con mis malos rollos. Y menos hablarte de otra, me parece una falta de respeto.

—Mi último novio, Richi, era mi pianista. Fue, como te podrás imaginar, intenso y tóxico a partes iguales. Tocaba de puta madre el piano, pero le gustaba «dar conciertos» en todas partes y yo, la verdad, al principio hice la vista gorda, porque en el escenario éramos la hostia, hasta que, como suele decirse, abrí los ojos y me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo. Y te aseguro que estaba muy colgada, pero que muy colgada de ese idiota. ¿Sabes qué hice para saber si merecía la pena?

—Sorpréndeme —murmuró él interesado.

—Me presenté en su apartamento compartido con el fin de seducirlo. —Diana hizo una mueca—. Sin embargo, mis planes se fueron al garete, porque él no estaba y acabé liándome con su compañero de piso. Otro idiota, pero al menos me sirvió para espabilar.

—No conozco a las amigas de Portia —masculló él, pensando en el tipo de mujeres que serían. A buen seguro, una panda de pedorras insufribles.

—Portia, ¿así se llama? —Axel asintió—. Bonito nombre. Pero no, no te estoy diciendo que te folles a una de sus amigas. Lo que te estoy diciendo, tontorrón, es que no vuelvas a España con la duda. Si tienes su dirección, ve a verla.

—No es tan fácil.

—¿Que no funciona? Pues listo, carretera y manta. ¿Que solo funciona una temporada? ¡Perfecto! Que te quiten lo bailao. ¿Que es para siempre? No sufras, esa

tercera posibilidad es casi imposible.

—Visto así...

—Venga, que es tarde. Acompañame a mi habitación... y sé un caballero.

—Lo de ser un caballero me ha sonado ambiguo —dijo él con humor.

—La pelota está en tu tejado, Axel.

No respondió a ese último envite y se levantó para, en efecto, acompañarla. Como había imaginado, Diana no se alojaba en la zona de clientes, sino en la de empleados, en donde el lujo brillaba por su ausencia. Caminaron el uno junto al otro, cruzándose con otros trabajadores que los miraban, sobre todo a él, con curiosidad, pues algunos lo habían atendido desde su llegada al hotel y ahora se paseaba por una zona que no era habitual.

En todo momento ambos fueron conscientes de esas miradas y de que algunas eran especulativas sobre lo que iría a continuación, pues el hecho de que él la acompañara a esas horas de la noche solo podía significar que habría un revolcón.

—Es aquí —dijo ella, deteniéndose frente a una puerta.

Axel tenía las manos en los bolsillos. Ahora llegaba la despedida. Alargar aquello era de gilipollas, por no decir otra cosa, pues si no quería nada más con Diana debería darle las buenas noches y listo.

Ella se apoyó en la pared, quizá confiando en que él cambiase de idea y pasaran la noche juntos. Axel se acercó, le acarició la mejilla y murmuró:

—Puedo ser un cabrón si me lo propongo, pero creo que hoy no lo seré. Y no es por falta de ganas, porque eres encantadora.

—Pero no soy superficial ni caprichosa ni...

Axel la besó interrumpiéndola, porque no quería escuchar más tonterías y porque Portia no le iba a estropear la noche. No se acostaría con Diana, pero tampoco terminaría de forma abrupta una velada que le había resultado reconfortante. Hacía mucho, desde que su hermana se había casado con el banquero, que no mantenía una conversación con una mujer.

—Besas muy bien —musitó Diana con una sonrisa triste.

—Gracias. Tú también. Y quiero pedirte un favor... —Buscó en su cartera y le dio una tarjeta—. Cuando seas famosa y vendas millones de discos, acuérdate de mí y envíame uno firmado.

Diana se guardó la tarjeta en el escote del vestido.

—Bésame otra vez.

—Por supuesto.

Le pasó la mano alrededor de la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo, y la besó encantado. Fue un beso ligeramente triste. Sabía a despedida, pero también fue cariñoso.

—Buenas noches —suspiró ella, apartándose la primera.

—Buenas noches —repitió él, y esperó a que Diana entrara en su cuarto, antes de dar media vuelta y marcharse a su *suite* con una sonrisa y un buen sabor de boca.

Hacía tan solo un par de meses ni él mismo hubiera dicho que se comportaría de manera tan modélica. Ver para creer, porque hacer caso al lado más sensato no le ahorra a uno un buen calentón.

Así que, excitado y negando con la cabeza por aquel comportamiento para él desconocido, se fue a su *suite* caminando despacio. Quizá esperando que su lado más visceral tomara el control para estar cerca de Diana en caso de que cambiara de opinión. Pero no hubo suerte; un paso siguió a otro y de ese modo llegó a su habitación, donde se llamó *gilipollas* unas cuantas veces mientras se desnudaba y se acostaba más solo que la una.

Tumbado en la enorme cama, entre sábanas de hilo de esas que cuestan una fortuna, con un minibar a su disposición bien surtido para poder beber hasta perder la conciencia, y solo podía repetirse una y otra vez lo *gilipollas* que era.

No supo cómo, pero por suerte acabó durmiéndose y al menos pudo descansar un poco, porque entre el viaje, la visita al hospital, traspasar, pensar en Portia y demás, su cuerpo ya no daba más de sí. Cuando se despertó bien entrada la mañana, maldijo, ya que se suponía que había viajado a Londres para estar con su hermana y además ver a sus padres, que sin duda estarían ya con Astrid.

Se levantó como alma que lleva el diablo y del mismo modo pasó por la ducha y por el bufet del desayuno antes de encontrarse con Arthur, que, inasequible al desaliento, estaba allí esperando, a su entera disposición. No tuvo ni que darle instrucciones.

—Buenos días, señor González —saludó el chófer en su tono correcto habitual, a lo que Axel prefirió no responder más que con un simple asentimiento, ya que corregirlo por enésima vez le parecía ridículo.

Una vez en el hospital, se acercó raudo a la habitación de su hermana y se encontró con sus padres en la puerta, charlando con Owen, al que por cierto tenían en palmitas. El yerno ideal. Y no era que Axel estuviera celoso, pero pese a que en apariencia su cuñado era perfecto, pensaba que, como todos (incluido él mismo), algún defecto oculto debía de tener.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó su padre, Manuel, nada más verlo.

Axel permitió que su madre lo achuchara como solo ellas pueden hacerlo y que su padre le palmeara la espalda y le preguntase sobre mil cosas, porque hacía ya tres meses que nos los veía y porque, qué carajo, eran sus padres y tenían derecho a acosarlo.

Su madre lo apartó un poco del grupo para hablarle de un aspecto más íntimo.

—Nos ha llamado Paloma —le dijo en sueco, para que nadie entendiese la conversación.

—Cuando la pille por banda... —masculló él cabreado, ya que debería haberlo previsto. Esa mujer estaba dispuesta a utilizar toda la artillería con tal de buscarle las cosquillas.

—No sé qué te traes con ella —prosiguió Analie en voz baja—, pero Paloma te

quiere y se preocupa por ti.

—¿Qué te ha contado? —inquirió preocupado, porque aquella loca era capaz de todo.

—No mucho, solo que te quiere, pero tú sigues tonteando y que has llevado al taller a una rubia muy peligrosa.

Lo de «rubia peligrosa» era una verdad como una catedral, nada podía objetar.

—Mamá, si vuelve a llamarte, por favor, no le hagas caso.

—¿Habéis roto? —preguntó inquieta, porque Axel ya tenía una edad y seguía dando bandazos.

—Sí, pero ella no lo acepta y por eso está tan rabiosa.

—Entonces lo de la rubia es cierto, por lo que veo —comentó mirando su hijo, al que conocía muy bien y no se sorprendía de que tuviera éxito entre las mujeres.

—No puedo hablar de esto contigo —dijo él.

—Mira, puedes ir y venir a tu antojo, liarle, como decís ahora, con una y con otra, no voy a meterme en eso, pero siempre respetando a las mujeres con las que tratas, ¿estamos?

—Joder...

—No digas palabrotas —lo reprendió, dándole unos golpecitos en el brazo—. Lo importante es que hables con esa chica.

—Paloma no atiende a razones —se excusó él.

Lo que no iba a decirle a su madre era que las conversaciones de tipo intimista no eran lo suyo y que las evitaba siempre.

—Pues haz que lo entienda, Axel. Tu padre y yo nunca te hemos dicho con quién puedes o no salir, sin embargo, debes ser educado con todas.

—Lo intentaré —gruñó.

—Eso espero. Y ahora voy a ver a mi nieto...

Él se dio cuenta por el tono lo que implicaba la frase: «A ver si te pones a ello, que quiero más nietos». Pero, como de costumbre, se hizo el tonto.

Después se acercó su padre, que, a pesar de llevar casado con una sueca casi cuarenta años, era incapaz de hablar el idioma de su mujer, intrigado sin duda por la conversación.

—¿Qué te ha dicho tu madre?

—Papá, ahora no...

—Sabes que no me entero cuando habláis en ese idioma del carajo, así que venga, cuéntamelo.

—Pues ya deberías haber aprendido algo —contestó Axel, ocultando una sonrisa para que su padre no se enfadara.

Tras contentarlo con sus respuestas, unas más comedidas que otras, se dispuso a ir a ver a su hermana y al pequeño. No le pasó inadvertido que su cuñado, don perfecto, había observado la escena en silencio con una media sonrisa mal disimulada al verlo sometido al «acoso» paterno y su apuro ante algunas cuestiones tales como «¿Qué

pasó con esa chica con la que andabas enredado?» (refiriéndose, por suerte, a Paloma).

Tras zanjar más o menos aquellos asuntos con su padre, Axel entró en la habitación, donde encontró a su hermana paseando con el niño en brazos. Se le acercó y la besó en la mejilla y después al recién nacido, que poco a poco, gracias al balanceo de su madre, se iba quedando dormido. Astrid lo dejó con mucho cuidado en la cuna y se sentó en uno de los sillones de la amplia sala de estar, haciéndole un gesto para que se acercara.

—Qué bien que ya estás aquí —le dijo en un murmullo.

—Siento no haber podido venir antes...

—No importa, estarías molido del viaje —respondió Astrid comprensiva.

—¿Ya habéis elegido nombre para el pequeño? —inquirió, cogiendo la mano de su hermana.

—Ajá... —respondió ella sonriendo—. Al principio pensé en el del padre de Owen, pero después he cambiado de idea. He decidido llamarlo Samuel.

—Suenan bien —contestó él con una sonrisa.

—Es un nombre muy especial para la familia Boston y me ha parecido apropiado. Y que conste que Owen, desde que supo que estaba embarazada, me dejó total libertad para escoger el nombre —le explicó.

—Vaya con el dechado de virtudes... —murmuró Axel haciéndola sonreír, porque de todos era sabido que entre ambos hombres, a pesar del tiempo transcurrido, había una especie de rivalidad silenciosa—. Y tú ¿cómo estás?

—Más descansada —suspiró ella.

En ese instante se acercó Owen con una expresión para nada feliz. Se sentó junto a Astrid, y tras darle un beso suave en los labios, dijo:

—Tengo que... maldita sea, acaban de llamarme de la oficina y... Ya sé que debería estar todo el tiempo a tu lado, pero...

Axel se percató de su apuro y permaneció en silencio mientras su hermana se dejaba querer y le acariciaba comprensiva la mejilla.

—No pasa nada, Axel se queda conmigo —le dijo amable.

Owen torció el gesto, no parecía muy convencido.

—Tus padres se han ido a descansar al hotel y volverán por la tarde —la informó—. Pero si quieres, digo que vayan a buscarlos y así...

Astrid le puso un dedo en los labios para que se callara.

—Tranquilo. Ve y ocúpate de tus cosas. No voy a estar sola —dijo, señalando a su hermano.

—Astrid, joder... esto no es lo que habíamos hablado. Te prometí...

De nuevo ella lo mandó callar y, para asombro del silencioso Axel, Owen obedeció.

—Volveré en una hora, dos a lo sumo —añadió apurado, y se acercó al pequeño Samuel para darle un beso en la frente.

Una vez a solas, Astrid resopló y se dejó caer de nuevo en el sillón. Axel frunció el cejo; ahí estaba el defecto, delante de sus ojos, su ya no tan perfecto cuñado incumplía una promesa.

—¡Menos mal! —exclamó ella.

—¿Perdón?

—Lo quiero a rabiar, es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero, y esto que no salga de aquí, a veces... —Su hermana se echó a llorar en sus brazos y él, sin comprender nada en absoluto, esperó a que se desahogara—. A veces me siento agobiada.

—Espera un momento, ¿de qué hablas?

—Ha estado pendiente de mí todo el tiempo, de que no me faltase nada, de que todo estuviera perfecto, pero... a veces es asfixiante y luego él... bueno, yo sé que se ha tomado unos días libres, algo que según me ha dicho su madre nunca había hecho antes, para estar conmigo...

Axel frunció el cejo, confuso por las palabras de Astrid, porque en teoría el comportamiento de su cuñado era el que todas las mujeres esperaban de un marido, y más estando a punto de dar a luz.

—¿Y no era eso lo que querías de él? —preguntó desconcertado.

—Sí y no —respondió ella, sin dejar de llorar.

—Explícate mejor —le pidió, y se fue en busca de pañuelos de papel. Se los entregó y volvió a sentarse a su lado.

—Sé que soy importante para Owen, de eso no me cabe la menor duda, pero también soy consciente de que estar, aquí conmigo, le supone abandonar su trabajo y, la verdad, prefiero que se ocupe de sus cosas y así me deje sola, porque...

Una nueva crisis de llanto a la que Axel se enfrentó sin saber por dónde le daba el aire, ya que, aparte de no comprender casi nunca los razonamientos femeninos (por lo general no se involucraba), aún menos entendía lo que le pasaba a su hermana, que además acababa de ser madre, otro campo desconocido para él.

—Pensarás que soy lo peor, una estúpida... pero a veces quiero estar sola, que Owen no me organice nada. La ginecóloga me ha explicado que, después de dar a luz, muchas mujeres llegan incluso a deprimirse y que es normal que me sienta así...

—¿Qué me estás contando? —preguntó, todavía sin entender nada.

La mantenía abrazada mientras ella le contaba sus pesares y, al mismo tiempo, reflexionaba sobre cuestiones que hasta la fecha nunca lo habían preocupado y en las que, si era sincero, prefería no pensar.

—Owen es así, controlador, exigente... Y sé me que quiere, eso no lo dudo jamás. Disfruto de libertad para ir y venir a mi antojo, no me cuestiona; sin embargo, con el asunto del embarazo y las complicaciones del parto... —Astrid se sonó la nariz antes de poder continuar—. Tendrías que haberlo visto, todo el rato a mi lado, preocupado, tenso, en silencio. Una mujer no puede pedir más, lo sé, pero, y te pareceré un bicho raro, quiero perderlo de vista.

—A ver —comenzó Axel titubeante—, ya sabes que el banquero no es santo de mi devoción, y esto también que no salga de aquí, pero yo creo que en este caso se ha portado de manera perfecta...

—Lo sé, lo sé —admitió ella con una nueva crisis de llanto—. Pero no puedo evitarlo y tengo miedo de que, cuando regresemos a casa, termine rechazándolo.

—Tranquila...

—Owen es así, y desde que acepté estar con él nunca he pretendido cambiarlo; sin embargo, me gustaría que a veces no fuera tan agobiante. He hablado de ello con Marisa y me da la razón, porque sabe tan bien como yo que su hijo siempre se ha comportado de forma correcta. Yo lo quiero, pero...

—Deberías decírselo —sugirió él, aplicando la lógica.

—Ya lo sé, aunque después lo pienso y llego a la conclusión de que Owen no se merece algo semejante. Trabaja mucho y no me gustaría que se preocupara más de la cuenta. A pesar de lo que crees, en un hombre íntegro.

—Pero no podéis estar así... —dijo Axel, levantándose para ir en busca de más pañuelos—. Al final todo esto os pasará factura.

Astrid continuó llorando en sus brazos, en silencio, porque poco o nada podía decirle él para proporcionarle algo de alivio, ya que había asuntos, como los sentimientos, en los que era un auténtico negado (no había más que ver su propio ejemplo). No obstante, intuyó que quizá lo que su hermana necesitaba era sentirse querida y desahogarse para poder seguir adelante.

Así pues, no le dijo nada, solo le ofreció su apoyo silencioso e incondicional.

—Pero ¿qué narices le has hecho? —preguntó una voz baja y furiosa, sorprendiéndolos.

Capítulo 27

—¡Owen! —exclamó Astrid, separándose de su hermano y secándose los ojos enrojecidos.

Pero el banquero continuaba mirando a Axel como si fuera la reencarnación de Satanás, a la espera de un motivo para sacarlo a golpes de la habitación.

—¿Me voy apenas veinte minutos y al volver me encuentro este panorama? —preguntó, dejando implícita la acusación.

—Vamos fuera —le pidió Axel, intentando no perder los nervios para no sacudirlo, por mentecato y gilipollas.

—Dime qué te ha hecho para que estés llorando —insistió el otro, acercándose a su mujer.

—Owen, por favor —musitó Astrid apurada, porque no quería que discutiesen—. Axel y yo solo hemos estado hablando.

—Sé que es tu hermano y que vas a defenderlo, pero bajo ningún concepto voy a consentir que te haga daño y que...

—Vamos fuera —repitió Axel, abriendo la puerta e invitándolo a acompañarlo; no deseaba montar una escena delante de Astrid.

Pese a no estar muy conforme, Owen aceptó la «invitación» a regañadientes y lo siguió, no sin antes besarla a ella.

—Ahora vas a contarme qué narices has hecho para que tu hermana esté con los ojos enrojecidos de llorar —le espetó a Axel nada más encontrarse los dos a solas en el pasillo del hospital.

—No me toques los cojones... —respondió él molesto.

—Pues entonces explícamelo y, te lo advierto, si tengo que decir que te prohíban la entrada, lo haré —añadió Owen tenso.

—¡Cómo os gusta a los millonetis eso de dar órdenes! —se burló Axel, pasándose por el arco de triunfo su amenaza—. Pero antes de abrir la boca deberías reflexionar un poco —añadió en plan matón, porque ni su cuñado ni nadie iba a tocarle la moral.

—Astrid se encontraba bien cuando me he marchado. He conseguido solucionar lo que tenía pendiente por teléfono y cuando regreso me la encuentro llorosa y preocupada...

Axel inspiró hondo, porque no era plan enzarzarse en una discusión en medio del hospital y porque, a pesar de ser un tocachuevos, su cuñado se preocupaba por cualquier cosa que afectara a Astrid, y ese era un punto muy grande a su favor.

—Escucha, no le digas nada mi hermana, ¿entendido? —comenzó, y el otro hombre asintió, aunque desconfiando—. Yo no entiendo mucho del tema, pero te recomiendo que hables con un especialista para...

—¿Qué le ocurre?! —lo interrumpió Owen nervioso.

—Joder... —masculló Axel, pasándose una mano por la cara, porque eso de ser el mensajero no autorizado y mantener la calma le estaba costando Dios y ayuda—, deja

de interrumpir y escucha. Por lo visto, Astrid se siente..., y no te pongas hecho una furia, agobiada.

—¿Agobiada?

—Por ti, por tu obsesión de controlarlo todo, para ser exactos —remató, pidiendo perdón interiormente por haber traicionado la confianza de su hermana; pero si alguien podía ayudarla era Owen y, o bien alguien se atrevía a decírselo, o la pobre terminaría tan estresada que aquello podría ir a peor y desembocar en una depresión.

—Eso ha sido cosa tuya —lo acusó su cuñado cabreado.

—Mira, nada me gusta más que tocarte la moral —admitió sin un ápice de remordimiento—; no obstante, sé que ella es lo más importante para ti y que no eres tan cazurro como para no darte cuenta de lo que le pasa. Necesita espacio, estar sola, respirar...

—Solo pretendo que tenga lo mejor —se justificó el otro, ya algo más relajado al ir entendiendo por dónde iban los tiros.

—Déjala a solas con el bebé. No quiere verte todo el rato a su alrededor nervioso o intranquilo porque desatienes tus negocios —prosiguió Axel, sintiéndose un pelín ridículo al hablar con otro hombre con tanta complicidad—. Aquí va a estar bien atendida.

—No puedo evitar preocuparme por ella...

—Lógico, ya lo sé; sin embargo, Astrid necesita ese espacio —repitió con amabilidad.

—Nunca lo había visto de esa forma —admitió Owen, asintiendo.

—Ha llorado porque era una forma de liberarse, no es nada malo.

Owen se pasó una mano por el pelo, contrariado ante lo que estaba oyendo. Pero reflexionó sobre ello y llegó a la conclusión de que a lo mejor su cuñado no estaba tocándole las narices.

—Quizá tengas razón... Pero me atormenta verla llorar.

«Qué tiernos nos estamos poniendo», pensó Axel, esperando que aquella charla no acabara con un abrazo.

—Entra, habla un poco con ella y después vete a trabajar. Luego vuelve tranquilo y sonriente y cuéntale cómo has pasado el día —dijo, y casi le da un ataque ante tanta pastelada y, lo que era aún peor, saliendo de él.

—Gracias —murmuró Owen—. No sabía que tuvieras un lado tan...

—Ni se te ocurra decirlo —lo cortó, advirtiéndole con la mirada que por el bien de su dentadura no continuara.

—De acuerdo, no lo diré, pero lo pienso —bromeó el otro, sonriendo sin despegar los labios—. Qué narices, lo digo: ¡eres un tipo decente!

En ese instante, ambos se volvieron al oír el repiqueteo de unos tacones acercándose y, puesto que las enfermeras calzaban zuecos ortopédicos y aquella zona del hospital estaba reservada para la familia Boston, solo podía tratarse de una visita.

Owen sonrió y salió a su encuentro, y Axel tuvo que tragar saliva al ver cómo

Portia, vestida con un sobrio traje sastre azul marino, que sobre su cuerpo de sobrio tenía poco, abrazaba al banquero con énfasis, este le devolvía el gesto y a él ni siquiera le dedicaba una mirada.

—¡Enhorabuena, papá! —exclamó ella sonriente, separándose un segundo para limpiarle la marca de carmín en la mejilla y volver a abrazarlo.

—Gracias, Portia. ¡Me alegro de verte tan bien!

Axel, con los brazos cruzados, aguantaba el momento del reencuentro como podía, sintiéndose el convidado de piedra.

Ella, evitando mirarlo en todo momento, continuó su entrañable charla con Owen. Saltaba a la vista que existía una gran complicidad entre ambos. Se interesó por Astrid, por el niño, y sonrió emocionada mientras el padre primerizo, más locuaz que de costumbre, le relataba los pormenores. No dejaban de tocarse, de abrazarse y de sonreírse, y Axel pensó durante un instante si en el pasado habría habido algo entre ellos, pero claro, ni loco se atrevería a preguntar; prefería quedarse con la duda de si el banquero pertenecía al club de examantes de Portia.

—Llamarlo Samuel es un detalle precioso —estaba diciendo ella emocionada. Ni rastro de la mujer frívola. Sonreía, sí, pero destilaba sinceridad.

—Me tocó la lotería el día que la conocí —admitió Owen sin vergüenza, y ella suspiró sin dejar de tocarlo con cariño.

—Me muero de ganas de acunar al bebé. Espero que sea tan guapo como el padre.

—Anda, pasa a verla.

Portia, sonriente, lo besó de nuevo en la mejilla con el mismo énfasis y después entró en la habitación, dejándolos a solas.

Owen, que podía hacerse el tonto cuando le convenía, se había percatado de que entre Portia y Axel había ocurrido algo lo bastante serio como para que se ignorasen, bueno, para que ella lo ignorase, pues su cuñado no se había perdido detalle de la conversación. También sabía que ella estaba viviendo en casa de Patrick, lo cual, aparte de parecerle muy mala idea porque su gemelo siempre había sido una influencia nefasta, confirmaba su teoría de que aquellos dos habían tenido sus más y sus menos. Cuando surgiera la oportunidad, hablaría primero con Portia, para que le contara qué pasaba, y después con Axel, para ponerle los puntos sobre las íes en caso de que fuera necesario; sin embargo, no le era desconocido el tipo de vida que llevaba su amiga, cosa que siempre había censurado, pero no tanto como para castigarla tal como había hecho Pierce.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —le preguntó Owen a Axel, comportándose como un hermano mayor que todo lo quiere controlar.

—Nada que sea de tu incumbencia —replicó él.

—Mejor me abstengo de hacer comentarios, ¿verdad? —comentó su cuñado, dándole una pequeña tregua, aunque al final se enteraría de todo.

—Mejor, sí —murmuró Axel—. Despídeme de Astrid, volveré por la tarde.

—Gracias por todo —dijo Owen, mientras le tendía la mano en un gesto sin

precedentes al que Axel respondió estrechándosela.

Se marchó caminando con tranquilidad, al tiempo que pensaba en que, tal como había temido, nada más ver a Portia habían resurgido sus dudas, sus miedos y, sobre todo, sus ganas de tocarla; ya no solo por el hecho físico en sí, sino que más bien, de haber podido, la habría abrazado a la vista de todos.

Sí, había sentido un poco de envidia de Owen, para qué negarlo.

Cuando llegó a la puerta principal del complejo hospitalario, divisó a Arthur y el Mercedes esperándolo y torció el gesto. No le apetecía ir con chófer y se quedó en el vestíbulo principal, sin tener muy claro su siguiente paso. En especial porque no tenía nada interesante que hacer más allá de pasear, encerrarse en su *suite* de lujo y perder el tiempo.

Entonces tomó una decisión que se podría catalogar como malsana: esperaría a Portia. Como un idiota. Como un tonto. Incluso como un gilipollas acosador, que era como ella podría llamarlo en cuanto lo viera; pero, tal como le había dicho Diana durante la esclarecedora charla nocturna, el no ya lo tenía, así que mejor odiarla por ser una borde que regresar a España con la incertidumbre.

Se acercó a Arthur para decirle que se fuera para que el pobre hombre no estuviera allí como un pasmarote, pero él, fiel y bien instruido, se negó a marcharse, alegando que cumplía órdenes. Axel sabía de quién y no discutió.

Se sentó en uno de los sofás dispuestos para las visitas, desde donde podía controlar la entrada sin temor a que Portia se escapara, y sacó su móvil para mirar el correo electrónico y después llamar a Elías para comprobar si su negocio seguía en pie.

—Hola, jefe. ¿Qué, cómo te van las cosas por ahí? —respondió el chico, simpático.

—Muy bien —contestó él, más serio de lo habitual.

—Pues no lo parece —murmuró su empleado ante su tono tan desapasionado.

—¿Ha habido algo? ¿Alguna cosa fuera de lo común? —preguntó, preparándose para lo peor, porque con Elías uno nunca sabía a qué atenerse.

—Tengo el fuerte controlado, jefe —dijo el joven contento, y Axel torció el gesto; eso podía significar cualquier cosa—. Aunque, como suele decirse... cuando el gato no está, los ratones salen a divertirse.

—Espero que solo se trate de uno de tus pésimos chistes —le advirtió Axel.

—Tranquilo, tío, que me defiende bien. La única pega...

—¿Qué ha pasado? —lo interrumpió él, sin dejarlo explicarse.

—Nada, nada. Solo que cada día vienen preguntando por Portia y, claro, se me acaban las excusas.

—Joder...

—Les digo que ha tenido que ir a visitar a su familia, pero ya es mucha visita. También que ha estado enferma. Así que, jefe, espabila y tráela de vuelta o aquí se me revolucionará la gente.

—Diles la verdad, que se ha marchado y listo.

—¿Estás tonto o qué? ¡No puedo hacer eso! Es malo para el negocio y lo sabes.

—Elías, haz lo que te digo —masculló, y con el rabillo del ojo vio a una mujer rubia acercándose a la puerta de salida—. Tengo que dejarte. Adiós.

Colgó de manera abrupta, sin dar tiempo a que Elías se despidiera, y se puso en pie dispuesto a abordarla para que no se le escapara. Pero al acercarse a ella, se dio cuenta de que los nervios y la impaciencia le habían jugado una mala pasada. No era Portia. Se sintió ridículo a más no poder y agradeció en silencio que por allí no pululara mucha gente.

De nuevo se acomodó y esperó. Demasiado. Cada vez que miraba el reloj y se daba cuenta de que apenas habían transcurrido cinco minutos, bufaba e intentaba entretenerse con las revistas médicas allí dispuestas. Después con el móvil, pero no estaba para juegos. Otra comprobación de la hora e idéntico resultado. Desesperado, pensando en abandonar su misión, porque desde luego nunca antes se había visto en una situación similar, empezó a pasearse por la zona de acceso como un imbécil ¿enamorado?

—Quién me ha visto y quién me ve —rezongó para sí, negando con la cabeza.

Casi hora y cuarto más tarde, cuando ya estaba a punto de subir a buscarla, cuando pensaba incluso que Portia se las había ingeniado para darle esquinazo abandonando el hospital por una puerta trasera (estaban en uno de lujo, por lo que esa posibilidad no era para nada remota), la vio salir del ascensor. Con sus gafas de sol, su espectacular figura, el pelo rubio despeinado con un aire punk y subida en aquellos tacones de infarto, no era de extrañar que tanto él como el par de enfermeros que en ese instante pasaban por su lado babeasen casi literalmente. Y ella fue consciente de ello en todo momento.

Daba igual, Axel tenía lo que podría denominarse *opción preferente* y se encaminó hacia ella decidido.

—¡Portia! —exclamó en ese momento una voz cantarina—. ¿Eres tú?

Axel se detuvo en seco y se volvió para ver a quién pertenecía la voz. Se quedó helado al observar cómo un tipo vestido de manera peculiar (nadie en su sano juicio saldría a la calle con un traje verde manzana) saludaba con la mano haciendo más aspavientos de los necesarios para llamar la atención de Portia.

También vio cómo ella se quitaba las gafas de sol, sonreía de oreja a oreja y corría rauda hacia el hombre, pasando por su lado sin mirarlo y sin caerse, a pesar de llevar aquellos tacones.

—¡Jeremy! —gritó ella entusiasmada, echándose a sus brazos.

El tipo podía ser un hortera de manual vistiendo, pero estaba cachas, porque la levantó del suelo y, mientras la abrazaba, giró con ella, armando más escándalo del aconsejable en un hospital; pero claro, los ricos tienen sus prerrogativas, pensó Axel amargado.

—¡Cuánto tiempo sin verte, chica! ¡Estás divina!

Axel puso los ojos en blanco ante tanta efusividad.

—¡Y tú también, querido! —respondió ella, exultante ante los cumplidos del majadero vestido de verde—. ¿Cuánto hacía que no te veía?

—Uy, chica, muchísimo. Como en los últimos tiempos andas desaparecida... Le pregunté por ti al estirado de tu hermano, pero como es tan discreto y reservado no quiso decirme nada. ¡Pensé que te había pasado algo, fíjate!

Axel estaba a punto de darle en todos los morros por cursi y pedante. Y, por supuesto, en primer lugar por continuar allí molestando y, en segundo, por no dejarle hablar con ella.

—He estado por ahí, ya sabes, cosas mías —murmuró Portia con desdén, permitiendo que Jeremy continuara tocándola—. Pero ¡ya estoy de vuelta!

—Me alegro una barbaridad, chica. Las fiestas sin ti no son lo mismo. Se te echa mucho en falta, cariño.

Y otra vez le tocaba el culo con la excusa de abrazarla. «Joder, que tío más pesado, y ella ni siquiera me ha mirado una sola vez», pensó Axel irritado.

—No te preocupes, he vuelto —ronroneó ella, pasándole una mano por las solapas de la chaqueta.

—¡Estupendo! —dijo el hortera con un gritito ofensivo para cualquier persona normal—. Precisamente esta noche...

Axel, hastiado de la conversación, de ser el pasmarote y de no poder hablar con Portia, acortó distancias y se plantó entre los dos, interrumpiendo lo que fuera a decir el otro.

—¿Puedes mandar a este petardo a la mierda y prestarme un minuto de atención? —soltó de mala leche, mirándola a los ojos para añadir no sin cierta guasa—: Por favor.

—Y este espécimen tan agresivo ¿quién es? —inquirió el de los gritos, mirándolo de arriba abajo con interés manifiesto.

—Un incordio. No te preocupes, ahora llamo a los de seguridad y nos le quitan de encima —respondió ella dirigiéndose a su amigo, que no apartaba la vista del culo de Axel.

—Pues tiene su puntito, fíjate —comentó Jeremy, haciendo un gesto de aprobación ante lo que veía—. Bueno, chica, tú sabrás lo que haces.

—Que te vayas, maldita sea —gruñó Axel, volviéndose para que aquel moñas los dejara en paz.

—Uy, uy, uy, cómo me pone este macarra —canturreó el del traje verde.

—Pues es todo tuyo, Jeremy —replicó Portia maliciosa.

—Me da a mí... —Su amigo se llevó una mano al pecho, sobreactuando— que este no juega en mi liga. Es una pena, la verdad, chica, porque los rudos me ponen muchísimo.

¡Zas!

Axel abrió los ojos al recibir un azote y se quedó pasmado al ver que el tipejo

sonreía encantado y aquella traidora se descojonaba a su costa.

—Qué duro... Mmm, chica, dime una cosa, ¿te lo has tirado ya?

—Todos cometemos errores —rezongó ella, enviándole otro dardo envenenado a Axel.

—Como vuelvas a tocarme el culo... —le advirtió Axel.

—Definitivamente, me lo quedo —dijo el petardo, aplaudiendo y con ganas evidentes de manosearlo un poco, pero le fue imposible, porque él se apartó.

Axel se dio cuenta de que estaban dando el espectáculo en el vestíbulo del hospital y que si bien en aquellos sitios de alto copete se permitían ciertas excentricidades, tampoco era cuestión de dar la nota y ser luego la comidilla de todos.

—Vamos a otro sitio —le pidió a Portia en voz baja.

—¿Qué ibas a decirme antes, Jeremy? —preguntó ella, comportándose como si Axel fuera una columna.

—No me toques los cojones...

—Ah, sí, perdona, cariño —respondió el que tenía todas las papeletas para salir de allí con un ojo a la funerala—. Es que este tipo tan duro, tan soez y tan primitivo me ha despistado. Iba a comentarte que, si te apetece, esta noche hay una fiestecita en el Boss que organizo yo, ya sabes... —El tipo movió las cejas dando a entender que ella estaba al tanto del tipo de juergas que allí se montaban—. Y, por supuesto, tu amiguito el rudo está invitado —añadió Jeremy feliz.

—No sé... —titubeó Portia; sin embargo, ante la mirada acusatoria de Axel terminó de decidirse—. De acuerdo, ¿por qué no?

—Vale, chicos, aquí tenéis los pases. Sed puntuales. ¡Os espero!

Axel cogió de malos modos la jodida tarjetita y soportó que él besara, otra vez, a Portia. Pero como si se callaba, el jodido Jeremy se largaría antes, se mordió la lengua hasta que por fin estuvieron los dos a solas.

Ella, con su desdén habitual, se puso las gafas de sol y echó a andar hacia la salida, sin importarle nada y sin detenerse. Axel la interceptó ya fuera y, sin miramientos, la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia un lado para poder hablar de una puta vez sin interrupciones. Pero Portia no estaba por la labor de entablar ningún tipo de conversación, así que antes de que él pudiera reaccionar, le clavó el tacón de aguja en el zapato.

—La próxima vez, no seré tan comprensiva —le espetó, y dio media vuelta para dirigirse directa a uno de los taxis, dejándolo dolorido, cabreado y sin la oportunidad de hablar.

—¡Joder!

Capítulo 28

Cuando llegó al Boss, Portia se bajó del taxi procurando que al hacerlo su minifalda no revelara más de la cuenta. Había elegido para la ocasión una negra, imitación de cuero, a juego con un top que, debido a su escote, debía llevar sin sujetador. Aún no tenía muy claro qué demonios hacía allí. Podía decirse que era un vicio adquirido y, qué carajo, necesitaba volver a salir, a divertirse. Quizá de esa manera, de nuevo en su ambiente habitual, pudiese olvidar que durante apenas un mes fue una trabajadora precaria y que además había tenido la desgracia de liarse con un jefe inapropiado.

Caminó despacio y el portero le sujetó la puerta. Ni siquiera tuvo que mostrar el pase que Jeremy le había proporcionado. Supuso que aún conservaba cierta popularidad, o que su amigo había dado instrucciones para que todo fueran facilidades.

Una vez que puso el pie dentro, fue como tener un *déjà vu*. La música de fondo, que sonaba envolvente y suave, para que la gente pudiera hablar sin acabar afónica, la acompañó mientras se encaminaba hacia el corazón del local. Se detuvo un instante en el guardarropa para dejar su abrigo y después fue directa hacia la barra.

En ese momento comenzó *Fly Me to the Moon* y Portia sonrió; Jeremy y su pasión por Sinatra. A buen seguro, al finalizar la noche habrían sonado todos sus grandes éxitos. Por el camino unos cuantos y unas cuantas la reconocieron y la saludaron. Bien con una sonrisa cómplice, bien con un gesto o bien elevando sus copas en un brindis silencioso, lo que venía a confirmar que sí, en efecto, todavía se acordaban de ella. Había sido incontables veces el centro de atención como para que ahora pasara inadvertida.

—Has venido... —comentó Jeremy, yendo a su encuentro con una copa que ella aceptó, a pesar de que no estaba muy decidida a emborracharse, pese a que quizá fuera una idea excelente para pasarlo bien.

—Lo dices como si fuera algo difícil de que ocurriera —respondió Portia, besando a su amigo.

—Has estado alejada de los saraos más importantes una buena temporada —murmuró él, rodeándole la cintura.

—Todos necesitamos desconectar, ¿no crees?

—No sabría decirte...

—¿Qué es?

—Pruébalo, una excentricidad del barman.

Portia probó el cóctel. En los últimos tiempos, su ingesta de alcohol se había reducido de forma considerable, ya que al estar casi enclaustrada en casa de Patrick, eso sí, entretenida y bien cuidada por su amigo, solo había tomado alguna que otra copa de vino.

—Muy bueno... —murmuró, pues era cierto.

—¿Tanto como el espécimen ese que te ronda? —Atacó Jeremy, arqueando una

ceja.

—Te repito que es todo tuyo, querido —replicó ella, poniendo los ojos en blanco, aunque en el fondo sentía una incómoda espinita.

—¿Me lo dices de verdad? —inquirió él con escepticismo.

Portia se encogió de hombros.

—Sí, para ti para siempre.

—Ya, claro, como que me lo ibas a dejar... —ironizó Jeremy, y ella sonrió de medio lado, sabiendo que la posibilidad de que un tipo como Axel accediese a estar con él quedaba prácticamente descartada—. Y que conste que lo he intentado.

—Yo que tú insistiría —contestó Portia solo por divertirse.

—Qué generosa. A cambio, supongo que te dejaré mirar...

—Gracias. Será muy instructivo verte follar con un tío —comentó divertida.

—¡Como si fuera la primera vez! —exclamó Jeremy riéndose—. No obstante, dudo que sea posible; desde que ha llegado, solo ha estado pendiente de la puerta.

—¿Perdón? —farfulló ella atragantándose.

—De ti, tonta —apostilló guasón—. Ese hombre es de los que fingen indiferencia, que les importa una mierda lo que haga una tía, pero luego...

—Luego son capaces de levantar la pata y mear para marcar el territorio —acabó Portia por él, torciendo el gesto.

—Exacto —corroboró Jeremy divertido—. Lo tienes ahí.

Miró en la dirección que su amigo le indicaba y sí, allí estaba Axel, con un botellín de cerveza en la mano, desentonando como el que más. Y no solo porque en el Boss todo el mundo tomaba combinados de lo más sofisticados, sino también porque nadie ponía un pie allí dentro con vaqueros, zapatillas deportivas y una simple camisa gris de manga larga. Por su aire de «estoy rodeado de niñatos y aquí yo soy el único que trabaja», y su cara de aburrimiento, supo que aún no la había localizado.

Mejor, pensó Portia dándose la vuelta para que no la viera y así poder salir del local y evitar cualquier encontronazo.

—Y lo tienes preparado... —añadió el chinche de Jeremy ante su silencio.

—¿Preparado? —repitió ella sin querer entender.

—Delante de sus narices han desfilado al menos cinco mujeres que, lejos de pasar y punto, lo han rondado a base de bien. Ya sabes cómo es Ivana cuando se fija en un hombre...

Portia era muy consciente de que ese comentario solo buscaba provocarla para que entrara al trapo, pero la curiosidad y la imprudencia pudieron con ella y miró por encima del hombro. En efecto, allí estaba Ivana, bien pegada a Axel, sonriéndole y él mirándola sin prestarle demasiada atención por el momento.

—Yo no permitiría que otra me levantara un tío —prosiguió Jeremy.

—Mira, querido, me importa un pimiento lo que haga o deje de hacer. Y yo que tú, si de verdad quisiera meterle mano, no perdería el tiempo —dijo, inspirando hondo.

—Ay, hija mía, qué formal te has vuelto —replicó Jeremy, negando con la cabeza—. Yo no voy a meterle ficha porque es un hetero convencido y sé que no tengo nada que hacer, en cambio, Ivana... uff, se lo va a tirar, ya verás.

—Pues que lo disfrute —murmuró ella, alzando su copa.

—Como quieras —dijo Jeremy, rindiéndose a la evidencia y dejándola sola.

Portia sabía que aquel era el momento idóneo para regresar a la comodidad y la seguridad que la casa de Patrick le ofrecía, pero quiso mirar por última vez. Una forma de torturarse como otra cualquiera.

No supo qué extraño impulso o vaga esperanza de que él reaccionara de forma diferente hizo que permaneciera allí observándolo, sin perderse detalle de cómo Ivana progresaba en sus intentos de seducirlo. Axel dejaba que le acariciara el pecho por encima de la ropa y, con astucia, la joven iba deslizándose la mano hacia abajo para detenerse justo a la altura del cinturón.

Portia se dio cuenta de que ella misma, hasta hacía no mucho, utilizaba una técnica similar, porque nada mejor para calentar a un tío para despertar su apetito sin ofrecerle las cosas en bandeja.

Era como ir de pesca, echar el anzuelo y esperar (no mucho). Así de simple.

Había llegado el momento de mirar hacia otro lado, de olvidar y de no volver a las andadas, porque ¿qué más le daba a ella si Axel se follaba a una o a cinco? Durante el último mes había empezado a sentirse a gusto consigo misma sin tener que gastarse una fortuna en cremas ni trapitos. Eso sí, las largas conversaciones con Patrick, incluidos los momentos lacrimógenos, habían ayudado bastante. Sin embargo, todos esos esfuerzos se habían diluido en el momento en que decidió calzarse unos zapatos de tacón y pisar el Boss.

Y por una masoquista decisión continuaba allí de pie, sintiéndose una mirona. Cerró los ojos un segundo y, al abrirlos, se encontró con la mirada de Axel, que seguía allí apostado, con la morena a su lado más desatada que nunca.

Portia bebió un sorbo de su combinado para deshacer, o al menos intentarlo, el nudo que se le había formado en la garganta al ver cómo él, lejos de rechazarla, rodeaba la cintura de Ivana y le acariciaba el trasero sin ningún disimulo, mientras la chica se arrimaba más y más...

Lo peor de todo no fue sentir celos, o mejor dicho, envidia, lo más humillante fue excitarse con algo que *a priori* debería cabrearla. No podía apartar la mirada, quería ver con sus propios ojos hasta dónde era capaz de llegar estando ella delante.

No tardó mucho en intuir que, sin cortarse un pelo, Axel se lo iba a montar con Ivana, pues esta ya tiraba de él para llevarlo a uno de los reservados donde había menos luz y un poco más de privacidad, aunque no mucha, porque si alguien pasaba, podría ver toda la escena. Según Jeremy, nada mejor que tener a la clientela entretenida y contenta. Portia bien lo sabía, pues nunca había dicho que no a un buen revolcón en aquella zona.

Portia no tuvo más que desplazarse hasta el final de la barra para ver cómo Axel

se sentaba en uno de los sofás negros y, de inmediato, Ivana se subía a horcajadas sobre él. Fue directa a su boca, mientras Axel empezaba a levantarle la falda del microvestido.

—No sabía que te gustaba mirar —dijo una voz ronca a su lado, interrumpiendo su sesión de voyerismo.

A Portia no le hizo falta volverse para reconocer al tipo.

—Hola, Davy —saludó al recién llegado.

—Me alegro de verte otra vez, Portia.

Ella interpretó aquel tono suave, meloso, seductor como una proposición de pasar la noche juntos. Y el porqué era bien sencillo: no sería la primera vez. Davy era uno de esos conocidos con los que una se lleva bien siempre y cuando no intente conocerlo a fondo, para así no llevarse desilusiones. Atractivo, educado. Era bueno en la cama y, lo más importante, discreto. Superaba la categoría de *follamigo* desde hacía tiempo y, la verdad, pensó que su repentina aparición podía ayudarla esa noche.

Y como tampoco lo quería para toda la noche, se mostró interesada.

—¿Solo de verme? —Flirteó ella, dejando de mirar a Axel mientras este devoraba la boca de Ivana, para centrar la atención en Davy.

—Portia... me alegro de mucho más, no lo dudes —respondió él sonriendo, y también se fijó en la pareja del reservado a la que ella prestaba atención, por supuesto con una mirada de admiración masculina—. Mmm... Ivana está desatada. A él no lo conozco.

—¿Tú también has venido a mirar? —lo provocó, y Davy dejó de mirar a la pareja para centrarse en Portia.

—Depende... —musitó junto a su oído, haciendo que ella considerase aún más la posibilidad de follar con él.

Aunque le estaba resultando muy difícil apartar los ojos de Axel y la morena. Y menos aún cuando él, mientras Ivana le desabrochaba la bragueta, tenía la vista fija en ella y no en su acompañante.

—¿Decías? —susurró, incapaz de desentenderse de Axel.

—De ti, querida. Siempre depende de ti —susurró Davy seductor, rodeándole la cintura desde atrás y acercándola a él.

Portia lo conocía lo suficiente como para saber que no tendría que esforzarse ni dar excesivos rodeos para acostarse con él y que tampoco objetaría nada al hecho de montárselo allí mismo.

Portia suspiró mientras dejaba que se pegara a ella por la espalda. Al llevar el pelo corto, él pudo acariciarle con los labios el cuello, la oreja y demás puntos sensibles lo suficiente como para desearlo, y todo con la estimulación visual de tener a Axel enfrente casi follando.

—¿Te excita tanto como a mí? —preguntó Davy, bajando una mano por su cadera hasta buscar el dobladillo de su falda y rozar su piel.

—Sí —respondió ella en voz muy baja, casi inaudible.

Ivana le estaba poniendo las tetas en la cara a Axel, pero mientras este le lamía un pezón, se las apañó para continuar con la vista fija en Portia.

Ella respiraba cada vez más agitada, hecho que Davy interpretó como señal inequívoca de su excitación y, por tanto, empezó a meter una mano por debajo de la tela para acariciarle el culo.

—Vamos a un lugar más íntimo —sugirió, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y conteniéndose para no levantarle la falda.

Portia, consciente de que era lo más lógico, pese a que nadie les llamaría la atención, pues no eran los únicos que se ponían cariñosos en el Boss, asintió y con rapidez buscó un reservado desde el que poder seguir observando a Axel.

Davy no se percató de la maniobra y la siguió entusiasmado hasta un sofá rojo burdeos, donde se acomodó a la espera de que ella se le subiera encima. No obstante, Portia nunca sería como las demás, ni para llevarse a un tío a la cama ni para ninguna otra cosa, y en vez de empezar a besarlo y desabrocharle la bragueta, se puso a bailar despacio delante de Davy, aunque dándole la espalda para poder controlar los movimientos de Axel.

Al ritmo de *All I See Is You*, (otra debilidad de Jeremy), balanceó el cuerpo y, aunque era consciente de que tenía espectadores, para ella solo existía uno y no era precisamente el que por detrás le rozaba el trasero y disfrutaba de un primer plano de toda su retaguardia.

Portia se humedeció los labios y se colocó una mano a cada lado de las caderas para subirse un poco el vestido y mostrar la parte superior de sus espectaculares muslos y el final de sus medias. Sonrió y tarareó la letra de la canción de Dusty Springfield, fijándose en cómo Ivana devoraba la boca de Axel y cómo este maniobraba para sacar algo de su cartera; no hacía falta ser muy perspicaz para saber que buscaba un condón.

—Me estás poniendo a mil —gruñó Davy a su espalda, intentando atraparla para que se subiera a horcajadas sobre él.

—Mmm —ronroneó ella, apartándose solo un poco para continuar con su sensual baile y, para que Davy no se impacientara, se dio la vuelta y se inclinó hacia delante para lamerle los labios y ponerle una mano sobre la bragueta, regalándole un buen manoseo como anticipo para mantenerlo expectante.

Retomó el baile. Ahora sonaba *Give It to Me*, un tema más moderno, más atrevido, pero sugerente, y se desinhibió aún más. Y todo sin apartar la mirada de Axel, que permanecía quieto mientras Ivana le colocaba el preservativo. Eso sí, no prestaba la menor atención a la mujer que tenía su polla entre las manos, solo tenía ojos para Portia, algo de lo que, por suerte, no se percató su acompañante.

Portia alzó los brazos dejando que su cuerpo se moviera en completa libertad. Ya había unos cuantos tipos observándola, devorándola con la mirada, pero ella, ajena a todo, seguía meciéndose. Cogió con las manos los tirantes de su top y dejó caer uno, que volvió a colocar en su sitio para decepción de muchos.

—Portia... —gimió Davy a su espalda, intentando tirar de ella para acabar con aquella tortura.

Y ella por fin se sentó sobre él y movió el trasero, volviéndolo loco y pudiendo así seguir mirando. Notó las manos de Davy alzándole la falda y una de ellas colándose entre sus piernas. Gimió cuando él apartó el tanga e introdujo un dedo, al tiempo que la mordía en el hombro. Colocó su mano sobre la de él, instándolo a ir más rápido. Quería que todo aquello durase lo imprescindible. Correrse, liberar tensiones y largarse a casa.

—Parece que me has echado de menos —comentó al sentir los dedos de Davy frotándole el clítoris.

—¡No sabes cuánto!

—Mentiroso... —dijo Portia, pues, como otros tantos, él no esperaba a nadie, y menos en aquel ambiente, donde era tan sencillo acostarse con alguien.

—Estás empapada... —murmuró Davy encantado, sin saber que el motivo de aquella excitación era otro hombre.

A Portia no le hacía falta que le mencionaran lo evidente, aunque tampoco importaba. Su comportamiento podía calificarse como desesperado, ya que lo más sensato hubiera sido marcharse, pero no, ahí seguía, sintiendo la mirada de Axel mientras Ivana lo montaba y a ella la masturbaba Davy. Jadeó y se mordió el labio, echándose un poco hacia atrás para facilitarle las maniobras a un Davy empalmado y deseoso de follarla.

—Espera un segundo —jadeó él, moviéndose para buscar un preservativo.

—Date prisa —lo apremió, exagerando sus gemidos. Estaba ansiosa por acabar con aquella situación, pues mientras ella se frotaba contra la entrepierna de Davy, Ivana se estaba corriendo entre escandalosos aspavientos y Axel embestía sin descanso.

Era muy consciente de que en ningún momento él había dejado de mirarla. Incluso cuando Ivana le metía la lengua hasta la campanilla, se las ingeniaba para mantener los ojos fijos en ella.

—Cuando quieras —susurró Davy, alzándola lo imprescindible para poder posicionarla y de ese modo penetrarla.

Portia jadeó y cerró los ojos solo unos segundos, mientras su cuerpo se adaptaba y canalizaba las sensaciones entremezcladas que experimentaba. Notó las manos de Davy en las caderas, intentando ayudarla en sus vaivenes. Cuando volvió a enfocar la mirada, Axel se estaba quitando el preservativo, en apariencia indiferente, al tiempo que Ivana yacía sobre el sofá, recostada sobre él con expresión satisfecha. Axel se abrochó los pantalones y, a pesar de las carantoñas de la morena, que lo acariciaba por encima de la camisa con aire mimoso, él seguía sin prestarle atención.

—Cómo te he echado de menos... —repitió Davy entre embestida y embestida—. Ninguna folla como tú.

—Sigue... —lo urgió Portia, desesperada por acabar cuanto antes. Incluso estaba

tentada de fingir un orgasmo para no alargar aquella locura.

Axel se puso en pie, se pasó una mano por el pelo y negó con la cabeza a algo que Ivana le decía. Incluso le dedicó una sonrisa que sonaba a premio de consolación. La joven torció el gesto ante su desaire e insistió colgándose de su brazo, pero sin éxito.

—Joder, Portia, voy a correrme...

Ella no le prestó atención a Davy; sus cinco sentidos estaban puestos en Axel, quien, tras follarse a Ivana, se largó de allí pasando muy cerca de donde ella estaba. Portia no quería pensar, pues corría el riesgo de sentirse culpable o de arrepentirse.

Pero iba a ser muy difícil fingir que no ocurría nada, en especial cuando Axel se detuvo un instante para mirarla por encima del hombro. Ella cerró los ojos y simuló correrse con tal de poder salir de allí cuanto antes. Como en tantas otras ocasiones, lo hizo tan bien que Davy no se percató de su actuación.

Capítulo 29

Acostumbrarse a la buena vida costaba muy poco, pensó Axel, entrando en su *suite* tras pasar toda la mañana en el hospital junto a Astrid. Su hermana se encontraba bien, al menos físicamente, lo mismo que el pequeño Samuel, así que al día siguiente les darían el alta, por lo que él regresaría a su casa, su taller y su vida cotidiana.

Aunque no se marchaba cien por cien tranquilo, al menos sabía que todo estaba encauzado y que poco a poco Astrid volvería a la normalidad. Y él debería hacer lo mismo. Se acabaron los lujos, el servicio de habitaciones, los clubes nocturnos, las desconocidas atractivas y demás estupideces. Tenía que preparar la maleta, pues en veinticuatro horas tomaría un avión con destino a España. A su vida. Tal vez en un par o tres de meses regresara para ver a su sobrino Samuel y a su hermana, pero de momento los dejaría adaptarse y no molestaría a Astrid con más visitas, pues una de las conclusiones que había sacado tras hablar con ella era que necesitaba estar sola con su hijo, sin miradas pendientes de cada movimiento ni miles de consejos de cómo criar a un recién nacido.

Así que, satisfecho al ver cumplido el principal objetivo de su viaje, decidió comer algo en la *suite* y descansar. Había recibido un mensaje de Diana, la cantante, diciéndole que esa noche era su última actuación y que estaba invitado. Dudó si era buena idea; sin embargo, al final decidió ir, ya que, tras lo ocurrido la noche anterior en aquel maldito club, ya nada tenía sentido, y si Diana quería verlo o lo que surgiera, ya le daba igual.

Se esforzó en no recordar lo acontecido en el maldito Boss. Había acudido por una especie de tonto arrebatado, esperando la oportunidad de hablar con Portia, o de echarle en cara el pisotón al más puro estilo diva consentida que le había dado a la salida del hospital, pero no, como siempre, ella tenía que ser diferente, hasta para ponerlo en el disparadero.

Axel se había follado a una morena a la que ni le preguntó el nombre, solo por el perverso placer de ver la reacción de Portia, de comprobar hasta qué punto era capaz de soportarlo, y le había salido el tiro por la culata. Tirarse a otra había sido como tomar un aperitivo cuando se está muerto de hambre, o tener que conformarse con comida rápida en vez de una *delicatessen*.

Lo cierto era que la morena le puso voluntad, sabía a lo que iba y no se mostró pesada en exceso tras echar el polvo; no obstante, Axel no apartó la vista en todo el rato de lo que hacía Portia, experimentando en todo momento una dolorosa contradicción entre la excitación que le provocaba verla contonearse, dejando que otro la tocara, y la amargura de no ser él quien la acariciaba.

De todas formas, tenía que reconocer que todo había sido extraño y morboso y si bien le hubiera gustado estar con Portia, tampoco se sentía culpable y ni mucho menos arrepentido. No tenía muy claro si eso era buena señal, pues se suponía que cuando a uno le gusta una mujer no se excita viéndola follar con otro.

Como tampoco iba a sacar nada en claro y no quería darle más vueltas, decidió echarse una siesta después de comer, algo que hacía mucho tiempo que, debido al trabajo, no podía permitirse y que disfrutaría.

Cuando se despertó, se dio cuenta de que eran casi las seis de la tarde y había dormido como un tronco; no era de extrañar, pues con tantos vaivenes emocionales no había podido dormir a pierna suelta.

Para despejarse, nada mejor que una buena ducha, por lo que se fue directo al cuarto de baño y se metió bajo el chorro de agua, reflexionando sobre la perspectiva que se le presentaba aquella noche. Estaba convencido de que el capítulo «Portia» ya se había cerrado e intuía además que, por desgracia, de manera irrevocable.

Fracasó en su intento de no excitarse pensando en ella y, como las manos siempre van al pan, se encontró empalmado y masturbándose. Y si bien no había empezado a tocarse con mucho ánimo, fue cogiendo velocidad.

Alojarse en un hotel de lujo a veces resultaba agobiante, con tantas atenciones, así que cuando en medio de su particular ducha llamaron a la puerta, Axel torció el gesto. Ya había dicho en recepción que se marcharía al día siguiente, y que no hacía falta que le preparasen la maleta. Refunfuñando como una vieja a la que no dejan colarse en la cola del pan, se enrolló una toalla a la cintura y caminó hacia la puerta de mala leche, salpicando a su paso, ya que no le había dado tiempo a secarse como era debido.

—¿Quién cojones será ahora? —masculló, mojando la moqueta y sujetándose la toalla justo antes de abrir.

Entornó la puerta lo imprescindible, dispuesto a mandar a paseo a quienquiera que fuera, parapetado detrás de ella al no estar lo que se decía muy presentable.

—¿Puedo entrar?

Axel parpadeó porque, desde luego, había bromas de muy mal gusto. Tardó unos segundos en poder darle a Portia una réplica adecuada, por la sorpresa que se había llevado.

—¿No vas a hacerte pasar por alguien del servicio de habitaciones? —preguntó él con ironía, mientras se apartaba para dejar entrar a la última persona que esperaba ver en su *suite*.

—Mi hermano forma parte del consejo de administración de la cadena a la que pertenece este hotel, tu hermana es la directora y una buena amiga, y Owen es uno de los principales accionistas —le espetó ella con chulería—; si quisiera colarme en tu habitación, o en cualquier otra, no tendría mayor problema —remató altiva, mientras se colgaba las gafas de sol del escote de la camiseta roja—. Pero he preferido recurrir al método tradicional y llamar a la puerta.

—Pues nada, estás en tu casa —replicó Axel burlón, haciéndole una reverencia y repasándola de arriba abajo, porque la verdad era que estaba para comérsela, con aquellos *shorts* negros, la ajustada camiseta roja con la que se le marcaba todo y sus sempiternos tacones de aguja, que estilizaban aún más sus ya de por sí increíbles

piernas.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó Portia con recochineo, mientras avanzaba hasta situarse en medio de la antesala del dormitorio; una vez allí, procuró concentrarse en la cara de él y no en la gran cantidad de piel húmeda que tenía a la vista, y, mucho menos, si en un descuido tonto se le caía la toalla.

Estuvo a punto de cruzar los dedos para que eso ocurriera.

—No. Me gusta recibir a las visitas de esta guisa —contestó él en el mismo tono irónico.

—Vayamos al grano —atajó Portia, abriendo su bolso y sacando un sobre que le tendió—. He venido a darte esto.

Axel lo cogió con brusquedad, sin entender nada, y cuando miró dentro arqueó una ceja.

—No tengo ni puta idea de lo que pretendes —dijo, sin perder (de momento) la calma y devolviéndole el sobre—. No obstante, me lo tomaré como una broma de mal gusto.

—Ese dinero es tuyo —replicó ella, sin coger el sobre, que él acababa de dejar sobre la mesita esperando una explicación.

—¿Mío?

Portia resopló, sabía que no iba a encontrar facilidades, pero tanta hostilidad empezaba a cabrearla.

—Es lo que me llevé de la caja del taller —admitió sin avergonzarse.

Axel, que en su momento había achacado el descuadre de la caja a un error contable de ella, no salía de su asombro. Ciertamente se había preguntado cómo había conseguido el dinero para largarse, teniendo en cuenta su afición a gastárselo todo en chorradas, pero llegó a la conclusión de que su hermano le habría proporcionado los medios necesarios.

—Pues muchas gracias, aunque no era necesario. Considéralo el finiquito por tu trabajo —replicó con cierta rabia.

No había más que decir, pensó Portia. Ahora, según sus planes, debería dar media vuelta y decirle adiós para siempre. Con un poco de suerte, solo tendría que volver a verlo en alguna reunión familiar. Lo miró fijamente y Axel a ella. Había sido un error presentarse allí. Podría haberle hecho llegar el dinero por mensajero o dejárselo en recepción. No obstante, un inexplicable arrebató la había empujado a cometer esa estupidez.

—¿Algo más? —preguntó él, cruzando los brazos con cierto aire arrogante, ajeno al apuro de Portia, que procuraba mirarlo todo el rato a la cara.

Ella respiró hondo y negó con la cabeza. No, ya no pintaba nada allí.

—No, nada más —acertó a decir.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo él con una cortesía fría y distante. Cogió el sobre por si a ella se le olvidaba y se lo entregó, pero Portia lo rechazó.

—Es tuyo, guárdalo —insistió.

Axel puso mala cara, ya que el dinero se la sudaba. Lo que no quería, bajo ningún concepto, era alargar aquel momento, porque ya estaba bien de dar por el culo. Todo había cambiado la noche anterior y los dos evitaban mencionarlo, pese a que había resultado tan contradictorio como excitante.

—No me toques los cojones... —masculló él, recurriendo a su frase favorita, y Portia arqueó una ceja.

—¿Es una invitación? —lo provocó, sin poder evitarlo.

Axel se dio cuenta de que, o la echaba a patadas, o acabarían como el rosario de la aurora y, la verdad, no le apetecía acudir a su cita con Diana de mal humor y estropear una velada con una mujer estupenda por culpa de una caprichosa y tocapelotas.

—No, no te confundas, es una forma de decir que te largues —respondió él, hastiado de que ella continuara en su *suite*.

—De acuerdo... —convino Portia, aceptando que ya era hora de marcharse—. Pero, por favor, acepta el dinero —añadió en un tono tan humilde que hasta ella misma se sorprendió—. Sé que os hace falta.

Eso último lo terminó de cabrear, porque sonaba hasta humillante. Claro que les hacía falta en el taller, no te jode, pero podía permitirse ese pequeño gasto, más que nada porque gracias a ella tenían sobrecarga de trabajo y la caja llena.

—Gástalo en trapitos y cremas. Considéralo una paga de beneficios —contestó serio.

—Tú lo necesitas más —insistió Portia.

Cabreado por que lo estuviera llamando poco menos que *muerto de hambre*, acabó por quitarse la toalla y decirle con una carga de sarcasmo excepcional:

—Pues nada, cógete el cambio, que no llevo suelto. —Y se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en las caderas, provocándola para que se marchara de una puta vez.

Portia hizo verdaderos esfuerzos para no mirar hacia abajo y comprobar si todo aquel rifirrafe lo había excitado como a ella, que notaba la humedad en su sexo desde hacía unos minutos. Inspiró hondo para calmarse.

Prometerse cosas a sí misma y no cumplirlas, pese a haber reflexionado una y mil veces sobre ello, era, desde luego, la peor de las meteduras de pata; no obstante, estando él presente su fuerza de voluntad flaqueaba.

Podía disimular la verdad diciéndose que aquello era una despedida y nada más. Que no la afectaba. Que él era otro más en su larga lista de errores. Ya vería después, a solas, si le funcionaba. O si con uno de sus vibradores ultrarrápidos lograba conformarse, aunque no confiaba mucho en ello.

—De acuerdo —dijo, dejando caer su bolso al suelo y, sin apartar la mirada de sus ojos, se sacó el top por la cabeza y lo tiró de cualquier manera, quedándose desnuda de cintura para arriba. No sonrió, pese a que su maniobra hizo que Axel respirara de forma muy evidente. Acto seguido, se quitó el *short* y el tanga, todo en el

mismo movimiento, mandándolos lejos de una patada, para terminar de bajarse de los tacones, extender el brazo y poner la palma de la mano sobre su torso antes de deslizarla hacia abajo pero sin llegar a su pene, que manifestaba mucho interés por ella.

Portia respiró hondo y rozó su vello púbico.

Él se tensó de arriba abajo y supo lo que debería hacer a continuación...

No le quedó más remedio que tomar la iniciativa y se lanzó a por ella.

—Joder... —Gruñó, agarrándola de la nuca para besarla de una forma que solo podía describirse como brutal—. Vuelve a ponerte los zapatos.

—De acuerdo —convino Portia.

Sujetándose en su brazo, se agachó para volver a calzarse y quedar ante él desnuda, excitada y algo tambaleante.

Axel no perdió ni un segundo. Se apartó un instante el pelo aún mojado para poder verla bien y ella cerró los ojos encantada cuando la salpicó. Un leve y excitante contraste.

Separó los labios y se sujetó a sus hombros para no caerse ante su ímpetu, y gimió encantada cuando sintió cómo sus pezones, ya duros, se rozaban con su pecho aún húmedo. Echó la cabeza hacia atrás en cuanto él comenzó a lamerle el cuello hasta llegar a su oreja y morderle el lóbulo, gruñendo excitado.

En un momento de lucidez, Axel se dio cuenta de que la puerta estaba todavía abierta, por tanto arremetió con fuerza y esta se cerró de golpe, evitando así dar el espectáculo en el hotel. Pero no se detuvo en ese punto, sino que enredó los dedos en su pelo y tiró para forzar aún más su postura y atacar su garganta.

—Sí... —jadeó ella encantada, arqueándose al máximo y tirándole también del pelo, porque a agresiva no la ganaba nadie y porque necesitaba que continuara tocándola.

¿Qué más daba acabar con la espalda magullada?

Axel bajó las manos hasta su culo y la levantó para caminar con ella bien aferrada a su cuerpo hasta llegar al dormitorio. Por suerte, Portia no se resistió, más bien todo lo contrario, pues durante el breve trayecto no dejó de besarlo, arañarlo y gemir, cada vez más excitada.

Una vez que estuvieron junto a la cama, Axel la echó encima como si fuera un fardo y ella parpadeó algo confusa, lo que le dio ventaja a él, ya que se le echó encima, inmovilizándola con su cuerpo y sujetándole las muñecas por encima de la cabeza. La postura que Portia más odiaba.

—Hoy no estoy para estupideces ni exigencias, y mucho menos para soportar teorías sobre el orgasmo femenino —le advirtió, mirándola fijamente y sin soltarla, por si acaso, en un tono que no admitía réplica.

—Yo tampoco... —mintió ella a medias.

Portia, poco o nada amiga de los tipos dominantes, decidió no rebatirlo en esa ocasión, pues estaba demasiado excitada como para pensar en nada; de todas formas,

tampoco tenía por qué corregirlo, estaban a punto de echar un polvo exprés, por lo que bien podía consentirle aquellas salidas de tono. Para que no tuviera dudas, separó aún más las piernas, mostrándose todo lo obediente que Axel esperaba, aunque fuera en contra de sus principios.

Dobló las rodillas y clavó los tacones en el colchón, una postura de lo más insinuante, que lo invitaba a continuar sin ninguna duda.

—¿Decías? —lo provocó.

Cuando Portia, forzando la postura, se elevó para atraparle el labio inferior y mordérselo, Axel gruñó y comprendió que pedirle sumisión era perder el tiempo y, además una de las cosas que tenía muy claras era que si por algo perdía la cabeza, era por el descarado, la irreverencia y la espontaneidad de ella, y que cambiarla sería estúpido.

Cerró los ojos mientras Portia se frotaba con el descarado acostumbrado bajo su cuerpo, sin dejar de jadear. Él intentaba besarla de manera más convencional, sin embargo, ella continuaba retándolo en silencio, tentándolo, y un nuevo reto siempre era bienvenido.

Le soltó una muñeca y Portia enseguida le enredó la mano en el pelo y tiró. Semejante agresividad fue el combustible perfecto para que él se mostrara de igual modo y, sin titubear, se deslizó hacia abajo lo justo para quedar a la altura de su pecho. Dudó unos segundos cuál de los dos pezones morder primero.

Portia se arqueó impaciente y con la mano libre le azotó el culo, espoleándolo para que se dejara de titubeos. Como no obtuvo los resultados esperados, se las apañó para clavarle el tacón de aguja en una nalga y eso sí funcionó, pues notó el contacto de su lengua sobre el pezón izquierdo, como adelanto del agujonazo que experimentó cuando Axel lo atrapó entre sus dientes y tiró de él.

—Vas a dejarme marcas —masculló él, alzando un segundo la mirada para fijar sus ojos en los de ella.

—Pues hazlo con más fuerza... —gimió Portia, intentando liberar la mano que aún tenía apresada para poder clavarle bien las uñas en los hombros.

Sin embargo, él la mantenía sujeta y, pese a que si de verdad lo intentara acabaría soltándose, lo cierto era que podía renunciar a arañarlo por ese pequeño placer de sentirse inmovilizada.

—¿Así? —preguntó Axel, apresando el pezón libre con dos dedos y apretando con saña, sin soltar el que torturaba entre los dientes.

—¡Perfecto! —exclamó ella, con una voz tan erótica que no le quedó más remedio que apartar un instante los labios de su piel para inspirar hondo y no correrse antes de penetrarla.

—Joder... —farfulló, porque la imagen que ofrecía, aparte de increíble, lograría derretir al más santo y él no era ningún santo, así que estaba en sus manos. Lo único que debía hacer era procurar que Portia no se diera cuenta de ello, porque de otro modo acabaría bien jodido.

Le liberó por fin la muñeca y empezó a bajar por su cuerpo, al tiempo que mordisqueaba la suave piel de su estómago, a lo que ella respondió con intensos gemidos a la par que retorciéndose, con lo cual dificultaba lo imprescindible sus avances. Axel apoyó las manos en la cara interna de sus muslos, forzando un poco su postura para, de inmediato, besar aquella porción de piel e ir marcando el camino hasta alcanzar su sexo depilado. Notó la tensión de Portia cuando con la punta de la lengua buscó entre sus labios vaginales hasta dar con el clítoris y presionar.

Ella abrió los brazos en cruz y, cerrando los puños, fue apretando el cobertor a medida que Axel seguía entre sus piernas. Alternando lengüetazos suaves, casi imperceptibles, con otros mucho más perversos. Y, para colmo, cuando notaba que estaba a punto de correrse, el muy ladino frenaba en seco para después introducir un dedo, a modo de clara provocación.

—Deja de perder el tiempo —dijo entre dientes, mientras intentaba cerrar las piernas para que se apartara.

Axel se echó a reír ante esa demostración de impaciencia.

—¿Ahora resulta que comerte el coño es perder el tiempo?

—No lo necesito —contestó ella sin responder abiertamente—. Y estoy segura de que te mueres por follarme.

—Por supuesto que quiero follarte, maldita sea, y de diferentes maneras —admitió, antes de darle un buen mordisco en el interior del muslo.

—Me tienes a punto...

Con habilidad, movió el pie hasta rozar su polla y él, viendo un tacón afilado cerca, se apartó a tiempo. Portia hubiera preferido hacerlo con las manos para que resultara más eficaz, pero a juzgar por la expresión de Axel, no iba nada mal, lo había dejado sin respiración.

—De acuerdo —aceptó él, subiendo encima de ella hasta quedar cara a cara y besarla, y luego, sin perder un segundo, penetrarla con fuerza.

Portia arqueó todo su cuerpo y clavó los talones en el colchón para sentirlo al máximo, respondiendo encantada a las exigencias de su boca. No le importó recoger de los labios de Axel su propio sabor y gimió bien fuerte cuando él empezó a embestirla de manera ruda y continua. Es más, lo agradeció y salió a su encuentro, disfrutando cada vez que chocaba su pelvis con la suya, al tiempo que apretaba sus músculos internos para que fuera más intenso, aunque, desde luego, lo que la desarmaba por completo era la mirada de determinación de Axel.

Él, aprovechando la situación, volvió a aferrarla de las muñecas y a alzarle los brazos por encima de la cabeza, pero lejos de inmovilizarla, su intención era entrelazar sus dedos, para que el contacto fuera aún mayor.

—Axel... —gimió Portia, a un paso de correrse.

Gemido que fue directo a la libido de él, sirviéndole como combustible para volverse más agresivo. Por un instante temió que pudiera hacerle daño, sin embargo, descartó la idea, pues Portia respondía encantada a sus bruscas embestidas.

—¿Más fuerte, más despacio? —preguntó él entre arremetida y arremetida, con todo el cuerpo tenso, empapado de sudor y apretando los labios para no correrse antes que ella.

—Sigue... —respondió Portia con un suspiro—. Vas muy bien...

Axel se retiró un segundo, pero solo por el placer de volver a entrar con la misma brusquedad, y repitió ese movimiento unas cuantas veces, hasta que cerró los ojos y sintió cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral, con toda la tensión concentrada en un solo punto.

Portia se percató de ello y, respirando agitada, volvió a morderle el labio y contrajo los músculos vaginales para estrechar su polla y que su también inminente orgasmo fuese más intenso y placentero.

—Joder... —jadeó Axel, embistiendo por última vez para después sentir cómo ella emitía un gemido casi lastimero al alcanzar el orgasmo.

Capítulo 30

Cometer una estupidez no significa que luego una deba flagelarse por ella una y otra vez, pero sí al menos mostrar un poco de propósito de enmienda. Ese fue el pensamiento que a Portia se le pasó por la cabeza cuando abrió los ojos.

La teoría le había fallado de pleno y ahora le tocaba enfrentarse a la realidad.

No tenía la menor idea de qué hora era, pero poco a poco fue siendo consciente de que se había quedado dormida en la cama de Axel tras follar con él. Había llegado el momento de largarse de allí y, a ser posible, sin armar mucho ruido.

Escabullirse de una habitación de hotel no era su *modus operandi*, pero con Axel desde luego sería lo mejor. El primer escollo a salvar era soltarse de su abrazo, pues lo tenía pegado a la espalda y con la mano apoyada en su estómago. Demasiada intimidad, dadas las circunstancias, y, pese a sentirse muy a gusto, Portia sabía que solo era una ilusión.

No sabía si estaba dormido, pero debía arriesgarse. De todas formas, dudaba que Axel se molestase si se marchaba. Su encuentro y posterior desenfreno sexual había sido una especie de anomalía y nada mejor que una dosis de realismo para asumirlo.

Se movió con decisión, tenía que localizar su ropa y su bolso, pero antes de que pudiera poner un pie fuera de la confortable cama, él se movió.

—No tienes por qué huir. No es tu estilo —dijo, incorporándose y liberándola de su abrazo—. Hasta puedes darte una ducha antes de largarte.

Se sentó en la cama, con los brazos cruzados, observándola; aquella inusual cautela lo había dejado confuso. Portia no era discreta y que hubiesen follado no significaba que tuviera que irse de allí a escondidas.

Su ofrecimiento la pilló por sorpresa. Nada de dobles sentidos y tampoco ironías. Abandonó la cama, y sí, era una idea estupenda lo de pasar por la ducha, no porque la molestase oler a sexo después de follar, sino porque el agua la espabilaría tras el sueñecito poscoital, que la había dejado un poco atontada.

Axel miró cómo caminaba desnuda hasta entrar en el cuarto de baño, con aquel contoneo de caderas innato en ella, y suspiró mientras se pasaba una mano por el pelo y caía en la cuenta de que se había convertido en un gilipollas olímpico. Récord mundial, para ser exactos.

Miró la hora y resopló. Joder, era tardísimo. Entre una cosa y otra no se había acordado de la cena y mucho menos de su cita con Diana, y todo por tirarse a la mujer menos indicada del planeta. «Aplausos, por favor».

Se había hecho tarde, la situación ya no tenía vuelta de hoja y no le apetecía mucho fingir normalidad con Diana cuando acababa de acostarse con otra. Decidió enviarle un mensaje de disculpa, confiando en que no se sintiera menospreciada y que lo entendiera. Lo dudaba; no obstante, al menos lo intentaría.

Con el móvil en la mano y nada contento consigo mismo, se bajó de la cama y, como último gesto educado hacia Portia, fue en busca de su ropa para acercársela

hasta el baño. Podía interpretar ese detalle de forma equivocada, como si deseara deshacerse de ella, pero le daba igual, que opinara lo que quisiera, ya estaba harto de intentar ser correcto. Caminó desnudo hacia la salita y no tardó nada en coger las tres minúsculas y livianas prendas de ropa. Los zapatos de tacón los localizó junto a la cama. Entonces miró por encima del hombro y sí, en una nalga tenía la marca del tacón. Nunca había sido especialmente fetichista con los objetos femeninos, aunque un buen y sugerente conjunto de ropa interior siempre lo ponía cachondo, pero en ese momento, con la ropa de Portia en la mano, por un instante pensó quedarse con aquel ridículo pedacito de tela también llamado *tanga*. No obstante, terminó no haciendo el tonto y le llevó todas sus cosas.

Entró en el cuarto de baño sin llamar, pues no tenía sentido andarse con formalismos cuando habían vivido juntos. Y, para qué negarlo, buscaba una última imagen que almacenar en su memoria, la de ella desnuda y mojada en la ducha.

Pensó que ya no quedaba espacio para más sorpresas, sin embargo, cambió de parecer en cuanto la vio.

Portia estaba bajo el chorro de la ducha, de espaldas a él, con las manos apoyadas en la pared y la cabeza baja, dejando que el agua cayera por su espalda. Tenía el pelo corto aplastado y le tapaba un poco la cara. Una actitud que se le antojó reflexiva o incluso apesadumbrada, muy impropia de ella.

No tenía muy claro si preguntar o salir sin hacer ruido, pero al verla allí, cabizbaja, sintió remordimientos y, lo que era aún peor, una excitación del todo inconveniente. Ver su perfecto trasero despertó, otra vez, su lado más primitivo, impidiendo que su parte racional hiciera las cosas de manera correcta.

Dejó caer la ropa de cualquier manera sobre el banco de madera y el ruido de los zapatos contra el suelo hizo que ella volviese la cabeza y lo viera allí de pie, empalmado y devorándola con la mirada. Axel se aclaró la garganta, pues, dependiendo de la estupidez que soltara a continuación, las cosas podían salir mal o muy mal.

Pero no dijo nada, avanzó.

Deslizó la mampara y se metió también en la ducha, empujándola con su cuerpo hacia delante, y no porque la cabina fuera pequeña, más bien por la necesidad de sentir su contacto. Portia siguió con las manos apoyadas en la pared y él empezó a subir las suyas por sus costados, presionando hasta llegar a sus pechos, que apresó con fuerza para pegarla más a su cuerpo, encantado de que su erección quedara justo en la separación de sus nalgas.

Ella gimió y mantuvo la cabeza gacha, una postura demasiado sumisa, pero que a él le encantó. Tiró de sus pezones y ella movió el trasero. Podía dar la sensación de que deseaba apartarlo, pero no, todo lo contrario, solo quería rozarse.

El agua seguía cayendo, pero ninguno de los dos prestaba atención a ese hecho, pues estaban demasiado excitados y pendientes el uno del otro.

Portia jadeó cuando él, tras colocar una mano sobre la suya, la obligó a bajarla y a

situarla entre sus piernas.

—Mastúrbate —ordenó, separándole las piernas con el pie.

Una orden que podía resultar contraproducente y más pronunciada en aquel tono tan imperativo; sin embargo, Portia musitó un «de acuerdo» y, despacio, movió la mano y la desplazó hasta situarla entre sus piernas, al tiempo que Axel adelantaba un poco más las caderas para lograr el máximo contacto entre sus cuerpos.

Ella inspiró hondo y empezó a acariciarse, tomándose sus palabras no como una orden, sino como una sugerencia. Cerró los ojos y fue buscando despacio, con la yema del dedo, cada punto sensible, dejando que la tensión fuera creciendo poco a poco. Estaba cachonda, desde luego, pero podía ralentizar todo aquello y no estropearlo con las prisas. Masturbarse estando él presente resultaba mucho más placentero que hacerlo sola, y más aún cuando Axel presionaba su polla contra su trasero.

—Axel... —jadeó cuando él, al ver sus lentos movimientos, unió su mano a la de ella, instándola a ir más rápido.

Le mordió el cuello, sin liberar su mano, sintiendo la humedad y el calor de su sexo y experimentando cada vez con más fuerza la necesidad de follársela, como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo, como si no hubiera sucedido nada en la cama. Entonces, cuando Portia se movía presa de su propia excitación, cuando él creía que no iba a poder aguantar más, recordó el día en que ella, tal vez como una simple provocación o un juego, le medio insinuó que estaría encantada de que le follara el culo y, teniendo en cuenta que aquel encuentro sonaba a despedida, a Axel aquel le pareció el momento apropiado para pasar de las palabras a los hechos.

—Voy a follar tu precioso trasero, aquí, ahora —gruñó en su oreja, y embistió, a modo de preaviso, logrando que sus palabras adquiriesen mayor intensidad—. Y vas a disfrutarlo...

—Axel... —susurró ella con un gemido que él interpretó como de aceptación, y además se arqueó de modo que su trasero quedó todavía más expuesto.

—Por lo que veo, la idea te excita —prosiguió él, sin dejar de masturbarla con sus manos unidas.

—Sí... me excita mucho —admitió con voz ronca.

No cabía duda, lo deseaba tanto como él.

Axel no quería hacerle daño y no disponía de ningún lubricante ni otro producto que sirviera como tal, así que tuvo que recurrir a lo que tenía más a mano. Se agarró la polla y la colocó de forma que pudiera penetrarla desde atrás. Ella dio un respingo, pues, tras su declaración de intenciones, no esperaba que recurriera al método clásico.

—¿No ibas a...? —preguntó jadeando, mientras empujaba hacia atrás, al sentirlo en su interior.

—A follarte el culo —finalizó la frase por ella—. Sí, por supuesto. A eso voy.

Continuó penetrándola por la vagina, al tiempo que con un dedo le estimulaba el ano y se lo lubricaba con sus propios fluidos.

Para ella era muy difícil de soportar aquella doble estimulación, y además continuaba masturbándose, por lo que su orgasmo se acercaba cada vez más y, la verdad, deseaba comprobar si con él el sexo anal resultaba tan intenso como el vaginal.

—Axel, por favor —lloriqueó, intentando que dejara de follarla de ese modo.

—Espera, un par de minutos más —respondió él jadeante, sabiendo que como no anduviera listo, él mismo tampoco aguantaría—. No quiero hacerte daño.

Portia fue consciente del tono tenso con que respondió, pero tenía que entender que no podía jugar de aquel modo con ella. Dejó de masturbarse en un intento por controlarse un poco.

—Hazlo ya, maldita sea —ordenó, más impaciente que nunca.

Axel continuó embistiéndola, todo lo despacio que podía, al tiempo que estimulaba y dilataba su ano, no muy convencido de hacerle caso. Pero ella empujaba hacia atrás, gemía, instándolo a follarla por detrás de una vez.

—De acuerdo —aceptó, retirándose de su sexo y posicionando su polla.

—¿A qué esperas? —insistió Portia, mirándolo por encima del hombro.

Axel se apartó el pelo mojado de la cara de un manotazo y adelantó las caderas. No recordaba haberse tirado nunca a una mujer tan exigente a la par que decidida y, lejos de acojonarlo, lo que le provocaba (un sentimiento al que no ponía nombre, pues, al igual que Portia se le antojaba inclasificable) era el afán de obedecer como un tonto, sin medir las consecuencias.

Le puso la mano izquierda en la cadera, afianzándola antes de empujar, algo que hizo despacio, dejando que el cuerpo de ella se fuera acostumbrando. Apenas había metido la punta, pero Portia quería más. Otro empujón, y otro, hasta que por fin se clavó por completo.

Ella chilló, no a causa de la ambigua sensación, sino del intenso placer que experimentó, incrementado sin duda por el ambiente, la excitación previa y, por supuesto, el hecho de que fuera él y no otro quien estuviera haciendo aquello.

—Axel... —gimió, apoyando las manos en los azulejos, porque, debido a los envites, cada vez le era más complicado mantenerse en pie. Pero se le resbalaban las palmas de las manos y no deseaba estropear el encuentro.

Él se percató de ello y le rodeó la cintura con un brazo, mientras con la otra mano mortificaba su clítoris sin piedad.

—Córrete, Portia... —Gruñó al tiempo que embestía, aunque no con la fuerza que hubiese deseado, por temor a hacerle daño y porque allí, ambos de pie en un ambiente tan húmedo, podían perder la estabilidad y caerse.

—Sí... —musitó ella con la garganta seca de tanto gemir—. Sí... —repitió, inspirando hondo para poder llevar algo de oxígeno a sus pulmones—. Oh, sí...

—Joder, Portia... ni te imaginas cómo me aprietas la polla, cómo entra y sale de tu impresionante trasero... —dijo Axel de manera entrecortada a causa del esfuerzo.

—Más fuerte... más... fuerte... —exigió ella, consciente de que podía llegar a

hacerle daño, aunque, si llegaba el caso, tampoco lo detendría.

Y él notó cómo su voz se iba apagando y vio que se ponía de puntillas antes de emitir un último e impactante gemido, que precipitó su propio orgasmo. Axel echó la cabeza hacia atrás, tensó la mandíbula y apretó la mano con la que la sujetaba, al sentir cómo se corría, para quedarse después todavía enterrado, bien adherido a ella, incapaz de mover ni un dedo.

Una situación muy similar a la de Portia, que, con los ojos cerrados, intentaba a duras penas volver a la normalidad.

—Quédate... —murmuró él, aclarándose la garganta antes de proseguir—. Quédate esta noche... por favor.

Ella no respondió de inmediato, lo que lo hizo sentirse vulnerable y algo estúpido por pedirle peras al olmo; sin embargo, Portia lo sorprendió al musitar:

—De acuerdo —en voz muy baja, casi inaudible, consciente de que era muy mala idea, pero sabiendo que prefería tropezar con la misma piedra una y mil veces que regresar a casa sana y salva.

Axel se retiró de ella y, antes de que uno de los dos estropeara el momento con algún comentario fuera de lugar, la agarró por los hombros, obligándola a volverse, para, de inmediato, acunar su rostro con las manos y besarla con pasión. Portia respondió rodeándole el cuello con los brazos, y así permanecieron, besándose, abrazándose, hasta que Axel fue capaz de apartarse medio segundo. La miró a los ojos y un millar de ideas, a cada cual más contradictoria, se le pasaron por la cabeza. Ninguna lo bastante clara como para expresarla en voz alta.

Sin decir nada, se enjabonaron el uno al otro, quizá con miedo, al no saber cómo comportarse ante aquella situación tan extraña que sin querer se había creado entre ambos. El silencio los ayudó a relajarse, a tocarse sin segundas intenciones. A buscar un punto de entendimiento que hasta el momento no habían logrado.

Portia incluso fue capaz de sonreír, algo tímida y no tan incómoda como pudiera parecer, cuando Axel, en un alarde de caballerosidad, salió primero de la cabina de la ducha y la esperó con el albornoz abierto. Después se ocupó de sí mismo y los dos se comportaron con cierta normalidad, teniendo en cuenta lo que acababa de suceder, no ya tanto a nivel físico como a nivel emocional.

Eso sí, hubo infinidad de miradas mientras compartían espacio, a cual más difícil de interpretar, pues ninguno de los dos quería romper aquella especie de tregua que se había establecido. Del mismo modo eran conscientes de que aquella noche sería la última, una especie de despedida por todo lo alto. Sin recriminaciones, sin malos rollos. Un «hasta siempre» con sabor agridulce.

Axel, continuando con su faceta más detallista, se encargó de pedir la cena. Evitó mirar el móvil por si Diana había respondido a su mensaje, para que no le surgiera el sentimiento de culpa por haberla dejado plantada y porque apenas pensó en ella más de diez segundos, ya que estando Portia delante, su atención no podía concentrarse en ninguna otra mujer.

A pesar del intenso ejercicio, no comieron mucho, se limitaron a picotear, envueltos en los albornoces y evitando temas comprometidos. Lo que no evitaron fueron las miradas, intensas, cómplices, incluso provocadoras, pues a pesar de lo acontecido tanto en la cama como en la ducha, seguían latentes la atracción y el deseo.

—Acompáñame —murmuró él, levantándose y tendiéndole una mano.

Portia sonrió de manera suave y aceptó el ofrecimiento, pues, pese a resultarle extraño, se sentía muy a gusto con aquella cordialidad, situación que nunca hubiera imaginado, dada la hostilidad previa.

Axel la condujo al dormitorio, donde no encendió ninguna luz. Le quitó el albornoz y, mientras ella se acomodaba bajo las sábanas, él se quedó igual de desnudo y ocupó su lado de la cama.

De nuevo en silencio, y como si se tratara de un ritual cotidiano, se acostó boca arriba y Portia se acomodó sobre él, cerrando los ojos y dejando que la abrazase. Posó la mano con cierta cautela sobre su pecho y notó que Axel estaba relajado, igual que ella. Lo acarició de manera distraída, sin más pretensión que estar juntos, cómodos y en silencio. Él respondió bajando la mano hasta dejarla descansar sobre su trasero y así, de ese modo tan sencillo, acabaron durmiéndose, mientras pensaban que nunca una despedida había sido tan extraña.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Portia no se llevó las manos a la cabeza ni la decepción hizo acto de presencia. Estaba sola en la cama y su intuición le advertía que tampoco encontraría a nadie ni en el baño ni en el saloncito.

Su ropa estaba doblada a los pies de la cama, junto con el dichoso sobre y una nota encima. No le hacía falta leerla para saber que Axel se despedía de ella.

Se quedó tumbada boca arriba, intentando entenderse a sí misma y llegando a la conclusión de que los sentimientos eran una mierda. No solo habían dormido juntos, no solo se habían despertado a saber a qué hora y habían vuelto a follar, eso sí, de forma un poco más moderada, sino que además, por primera vez, habían estado juntos sin tirarse los trastos a la cabeza. Sin hablar, solo expresándose a través de sus gestos, y eso nunca les había ocurrido antes.

Un motivo de peso para odiarlo.

Aunque, mientras se vestía para abandonar la *suite*, se dio cuenta de que no tenía sentido. Ahora tocaba asumir las pérdidas y afrontar los hechos. El primero, su propia vida, pues continuaba viviendo de prestado en casa de Patrick y sin ninguna perspectiva a la vista.

Convencida de que debía variar su rumbo, aunque muy confusa sobre cuál tomar, subió a un taxi.

Capítulo 31

Cuando Portia llegó a la que era su vivienda provisional, no encontró a nadie. Lógico: Helen estaría trabajando y Patrick, bueno, a saber dónde andaría, pues con un tipo así nadie sabía a qué atenerse, y eso que en los últimos tiempos llevaba una vida más o menos ordenada.

Sonrió. Se alegraba, y mucho, de que a su amigo las cosas le fueran bien.

Estaba sola en casa, sin nada que hacer y sin ninguna perspectiva interesante para pasar el día. Ningún aliciente. Nunca antes se había visto en una situación parecida, ya que en su anterior vida siempre tenía una fiesta a la que asistir, unas amigas con las que ir de *shopping* o un viaje que organizar.

Así que se limitó a cambiarse de ropa y ponerse cómoda, cogió libreta y lápiz, e intentó trazar una especie de objetivos a seguir; debido a la falta de costumbre, lo mejor sería apuntarlo.

Pero no hubo forma; eran demasiados años actuando de manera impulsiva y alocada como para de repente volverse cabal y hacer una lista de cosas para conseguirlo, cuando lo cierto era que no tenía ni pajolera idea de por dónde empezar.

Tras una larga y desquiciante reflexión, se dio cuenta de que para hacer cualquier cambio, primero debía conseguir liquidez. Otra vez. Y que, sintiéndolo en el alma, tendría que volver poner a la venta parte de la ropa y el calzado de marca que amontonaba en su apartamento. Todo un drama, pues para reunir el dinero que había intentado devolverle a Axel había tenido que vender tres pares de zapatos, dos vestidos de fiesta y un bolso. Todo por menos del ochenta por ciento de lo que le costó en su día. Hizo una nueva selección de entre lo que se había llevado a casa de Patrick y, poniéndoselo por última vez, se hizo una foto para que la futura compradora pudiera apreciar mejor la forma y calidad de las prendas.

Cuando estaba en plena faena fotográfica, oyó el ruido de la puerta y entonces se dio cuenta de lo tarde que era. ¡Santo cielo, se le había pasado el día sin hacer prácticamente nada!

—Estás... impresionante —dijo una voz femenina, al verla ataviada con un vestido corto metálico, sin espalda, que solo ella se atrevería a llevar en público.

—Gracias —respondió Portia, torciendo el gesto—. Si lo quieres es tuyo. Tengo que deshacerme de estas cosas.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Helen, admirando las prendas y a la modelo.

—Necesito pasta. Una cosa es vivir aquí de gorra y otra, que me lo paguéis todo —explicó mientras se cambiaba de ropa y guardaba con sumo cuidado los vestidos de diseño dentro de sus respectivas fundas.

—Sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Y no lo digo por compromiso —contestó Helen con total sinceridad.

—Ya lo sé...

Se fueron juntas al salón, donde se sirvieron una copa y se sentaron en el sofá

para charlar. Portia, que se sentía una intrusa, decidió abordar el asunto.

—Dime la verdad: ¿no te molesta tenerme aquí?

—No. ¿Por qué iba a molestarme? —respondió la otra con una sonrisa comprensiva, intuyendo cuál podía ser el motivo de su inquietud.

—No sé si sabrás que Patrick y yo... bueno, tuvimos un rollo hace tiempo —dijo Portia, porque era una estupidez ocultarlo—. Yo tenía diecisiete años y él, veinte. Dos jóvenes y estúpidos niños mimados.

Helen resopló.

—Mira, si me empezara a preocupar por lo que Patrick hizo o dejó de hacer, acabaría tarumba. Y respecto a los celos... bueno, si él quisiera engañarme podría hacerlo, pues ambos pasamos muchas horas separados por trabajo.

—No todas se lo tomarían con tanta calma —dijo Portia con admiración.

—Patrick es como es. Le gusta que lo adulen, sentirse el centro de atención, que le echen flores... y, la verdad, yo a veces vengo tan molida del trabajo, que si a él le sueltan piropos, insinuaciones que le suban el ego y luego viene a casa «animado», pues mejor, yo me llevo los beneficios. Podría decirse que me ahorro los preliminares —concluyó con una sonrisa.

—Vaya, es raro ver a una mujer tan comprensiva —murmuró Portia agradecida—. Pero que conste, por si acaso, que ni se me ocurriría tontear con él. Además... —Bajó el tono para hacer la confidencia—, a Patrick le repatea que lo diga, pero si tuve algo con él fue porque andaba enamorada de Owen. Patrick era una especie de premio de consolación.

Helen se echó a reír a carcajadas.

—¿Y lo sabe? —Portia asintió—. ¡Ay, pobre, con lo frágil que es su ego! —exclamó, sin dejar de reír.

—Ya lo ha superado —dijo ella, sumándose a las risas de Helen—. Y ahora que está más o menos centrado, no quiero ser yo la que...

—No digas bobadas, por favor —la interrumpió la otra.

—De acuerdo. Aunque debo ponerme las pilas. No puedo seguir aquí de forma indefinida. Digo yo que en algún momento tendré que independizarme...

—Ya sabes que, la mayor parte de las veces, dar consejos no sirve de nada, pero si quieres te daré uno: no te agobies.

—Como si fuera tan fácil —resopló Portia—. Ni te imaginas la de estupideces seguidas que soy capaz de llevar a cabo. Anoche, por ejemplo... —Hizo una pausa al recordar— Joder, me dejé llevar.

—¿Y te arrepientes? —preguntó Helen.

—Ese es el problema, que no, no me arrepiento de nada y, claro, así me va —admitió con pesar—. Fue algo... ¿cómo explicarlo?

—Pues si ato cabos... no dormiste en casa... no llamaste para avisar... no te estás dando cabezazos contra la pared...

—Eso último por poco, la verdad.

—¿Y fue primario, imprevisto, alucinante?

—Sí —convino, torciendo el gesto—. Y esta mañana, al verme sola, pues... ¡Maldita sea! Es la primera vez que me sucede. Si algún tipo pasaba de mí no me importaba y desde hace mucho siempre me las he arreglado para ser yo quien ponía fin a... a... bueno, a lo que fuera. ¡Y no al revés!

—La falta de costumbre, supongo —respondió Helen con amabilidad.

—Será eso —masculló Portia—. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que me ha...

—¿Afectado? —apuntó la joven, sonriendo cómplice.

—Algo así —convino ella con un mohín—. Y ahora ando perdida, la verdad. Y cansada, muy cansada de todo esto...

—Decidme que estáis a punto de enrollaros y que he llegado en el momento justo —las interrumpió una voz guasona, y ambas se volvieron para mirar a Patrick, que tras quitarse la chaqueta se acercaba a ellas con sus andares de perdonavidas.

Portia cambió su semblante apesadumbrado en el acto y se movió para quedar bien pegada a Helen, al tiempo que esta, lejos de escandalizarse, le cogía la mano y sonreía.

—No estoy muy segura de querer tener público —dijo Portia sugerente.

—¡Y una mierda os voy a dejar solas! —exclamó Patrick, acomodándose en el sillón frente a ellas.

—Anda, Paaaaatt, déjanos solas, luego te lo cuento —le pidió Helen.

—Ni hablar. Si hay sexo lésbico quiero mirar y, por supuesto, participar. O todos o ninguno —se obstinó, mirándolas con el cejo fruncido.

Portia, animada y dispuesta a seguir la broma, puso una mano sobre el muslo de Helen, eso sí, sin dejar de mirar a Patrick, que ni pestañeaba.

—Lo mejor sería atarlo —sugirió Helen, consciente de que eso lo pondría en el disparadero.

—¡Qué buena idea, querida! —canturreó la rubia.

Él se puso en pie, dispuesto a intervenir.

—Hacedme sitio —ordenó y ellas, en vez de obedecer, se dieron un beso rápido en los labios—. Sois un par de...

—¿De qué? —preguntó Helen, humedeciéndose los labios y pasándose una mano por el escote de su camisa tan elegante y en apariencia recatada.

Portia, para jorobarlo un poco más, le desabrochó un botón, dejando a la vista el borde del sujetador.

—De calentorras —soltó él, haciendo pucheros—. Y bajo mi techo no voy a permitir que lo paséis de puta madre y a mí me mandéis a paseo, ¿estamos?

—No te vamos a mandar a paseo, Patt... —murmuró Helen, sabiendo que odiaba que lo llamasen así.

—Te vamos a mandar a preparar la cena, Patt —remató Portia, estallando en carcajadas.

Helen se unió a ella, aunque se puso en pie para intentar consolar al pobre Patrick,

que no salía de su asombro ante el descarro de las dos. De su amiga esperaba cualquier cosa, pero no de su fiera particular.

—Anda, bobo, que te lo crees todo —lo regañó Helen, negando con la cabeza.

—Sí, claro... —dijo no muy convencido, porque si bien al principio su comentario solo había surgido a modo de burla, cuando ellas le habían seguido el juego pensó que de broma nada, que iban muy en serio; si hasta se había animado.

—No seas bobo, Paaaaaaatt —canturreó Portia, riéndose y acercándose también a él como si fuese una fan, con saltitos, morritos y grititos incluidos—. Sabes que no me van las mujeres, por muy buenas que estén. Así que, venga, prepara la cena y deja de hacerte pajas mentales.

—Lo dicho, sois un par de calentorras —las acusó de nuevo y dio media vuelta, dejándolas solas en el salón.

—¿Tú crees que habrá ido a preparar la cena? —preguntó Portia sorprendida, pues su amigo en los últimos tiempos estaba irreconocible, por lo que todo era posible.

Helen negó con la cabeza.

—Antes muerto que coger un cacharro. Estoy segura de que ahora mismo está encargando cena por teléfono. ¿Qué te apuestas?

—Pues, la verdad, tratándose de Patrick ya es todo un logro —comentó, y Helen sonrió.

—Ya lo creo, pero no se lo cuentes a nadie. Destrozaría su reputación.

Tal como había vaticinado Helen, el repartidor llegó veinte minutos más tarde con la cena y los tres se acomodaron en la cocina, como muchas noches. Olvidado ya el amago lésbico, charlaron de esto y aquello hasta que Patrick, al que no se le escapaba una, dejó a un lado los temas inocuos y disparó.

—¿Con quién follaste ayer por la noche?

—¡Patrick! —exclamó Helen con aire de madre regañona—. ¡Que estamos cenando!

Él bufó, ajeno a la reprimenda.

—Con el mecánico —admitió Portia—. Y antes de que me sermonees, te diré que estuvo de puta madre, pero que se acabó. Ah, y no pienso contarte los detalles —se apresuró a añadir.

—Es una pena, porque ya sabes cómo me ponen los detalles —contestó él, exagerando su pesar—. Pero me conformaré con la versión para todos los públicos. ¿Follaste bien?

—Muy bien. Fin de la historia.

—Pues no lo parece —murmuró él, que la conocía lo suficiente como para intuir cómo estaba el asunto.

Portia suspiró y decidió que ya estaba bien de dar pena, de regodearse en la tragedia y de pensar en un tío con el que no podía tener nada.

—No quiero hablar más del tema —dijo resuelta—. Ahora quiero centrarme. Lo

primero, buscar un trabajo.

Al oír la palabra *trabajo*, Patrick hizo una mueca.

—¿Y por qué no hablas con tu hermano? —apuntó Helen.

En esa ocasión, fueron dos los que torcieron el gesto.

—Porque su excelencia es un adicto al trabajo, un pedante y un poco gilipollas — explicó Patrick, y añadió—: Pero que conste que lo digo con cariño.

Portia asintió, pues la apreciación de su amigo era cien por cien correcta.

—Qué exagerado eres. Pierce es atento, responsable y muy trabajador —lo defendió Helen.

Portia y Patrick se miraron y negaron con la cabeza.

—No puedo con ella —se quejó él con aquel tono suyo de perdonavidas—. En cuanto ve un tipo adicto al trabajo, con traje y corbata, se vuelve loca.

—Mi hermano... seguro que me buscaría algo, pero... no sé...

—Trabaja de nuevo como modelo —sugirió Patrick—. Tienes unas piernas de escándalo, mejorando lo presente. —Miró a su chica dándole un buen repaso.

—Ya estoy mayor para eso —contestó ella, torciendo el gesto—. Así que me parece que tendré que plegarme a los deseos de Pierce.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó su amigo horrorizado.

—Yo no lo veo tan espantoso —terció Helen.

—Tú, ni caso —soltó Patrick.

—Pero tiene razón —admitió Portia—. Llevo aquí más de un mes, debería empezar a buscarme algo... Y ya sé que no os molesta que esté con vosotros —añadió, porque sabía que era cierto—, pero tendréis que aprender a vivir sin mí...

—Escucha, si quieres algo económico y apañadito... ¿por qué no te mudas a mi apartamento? —sugirió Helen.

—Es una caja de cerillas —saltó él y, para asombro del personal femenino, se levantó para recoger los platos y dejarlos en la pila.

—Pero de momento no podré pagarte alquiler...

—No te preocupes por eso —contestó Helen.

—Voy a poner mi ático a la venta y en cuanto pueda...

—Ahora es mal momento para vender. Eso lo sé hasta yo, que todo me resbala —dijo Patrick, y se dio cuenta de que las dos lo miraban disimulando una sonrisa, porque no era ni de lejos tan pasota como quería hacer creer—. Vale, a veces me aburro y leo algo, pero ni se os ocurra contárselo a Owen, que se emocionará y me obligará a ir a la oficina.

—Qué exagerado eres, tu hermano solo quiere echarte una mano y que sientes la cabeza —respondió Helen pensando en su jefe.

—Tengo que vender. Ya sé que no es lo mejor, pero no me queda otra —insistió Portia resignada.

—¿Lo has pensado bien?

—Si me descuido, terminarán embargándomelo, así que toca apechugar.

—Te puedo recomendar una agencia, son serios y gestionan bastante bien estos asuntos —apuntó Helen.

—Gracias, de verdad.

—¿Café? —les preguntó Patrick a las chicas, dejándolas impresionadas. Ellas aceptaron y lo pusieron de los nervios con sus comentarios insidiosos sobre el arte de preparar una buena taza de café, aunque al final las dejó anonadadas, porque el que preparó no era aceptable, estaba buenísimo.

Dos tazas de café más tarde, Portia se bajó del taburete, se acercó a Patrick, le dio un beso en la mejilla y después le dijo a Helen:

—¡Dale caña, que se está volviendo un blandengue!

Con ese puntito agridulce, se marchó a su cuarto, donde, tras pasar por el cuarto de baño, se acostó en la cama y tomó su primera decisión. Quizá no era tan dura como desprenderse de su ropa de diseño, pero era igual de dolorosa.

Con la determinación de quien es consciente de que no tiene otra alternativa, a primera hora de la mañana Portia fue a visitar al agente inmobiliario recomendado por Helen, que se mostró entusiasmado con la idea de vender un ático de lujo y de paso meter ficha a la parte vendedora. Ella insistió en que le urgía llevar a cabo la venta y que no le importaba rebajar el precio, pese a que el agente inmobiliario quería pedir una fortuna, lo que suponía esperar, y tiempo era de lo que Portia precisamente no disponía.

—Señorita Wesley, no se preocupe por nada. Nosotros nos encargaremos de cualquier pormenor y le buscaremos al comprador adecuado.

—Confío en ello —comentó ella, cansada de tanto peloteo.

—Por cierto, ¿me han informado mal o de verdad es usted hermana del señor Pierce Wesley?

Portia disimuló, pues lo más probable era que Helen, adelantándose a su llamada, se hubiera puesto en contacto con el empleado de la inmobiliaria para dejarles claro que debían tratarla como se merecía.

Después se desplazó hasta el apartamento de Helen, donde se suponía que iba a empezar a ser una mujer responsable; el problema era que se sentía vieja para eso y su paso de la irresponsabilidad absoluta a la sensatez obligada no iba a resultar un camino de rosas.

Guardó sus cosas en el armario, solo lo imprescindible, y después hizo algo que hasta la fecha jamás pensó que le tocaría hacer: la compra.

Con una lista de lo más necesario y un presupuesto limitado, se ocupó de ir al supermercado, sorprendiéndose porque no fue tan difícil ni tan tedioso como siempre había creído. Su único precedente había sido el día en que, casi a rastras, acompañó a Axel y entró en una gran superficie de esas en las que los carteles de ofertas lo saludan a uno nada más llegar. Ella, que no había empujado un carrito en su vida, ahora debía mirar el precio hasta de lo más básico, e incluso comprar marcas blancas.

Con las bolsas a cuestras, pues pagar el reparto a domicilio no entraba en su

presupuesto, se dispuso a pasar la primera noche en su nueva casa. Patrick tenía razón, era una caja de cerillas en comparación con su ático de lujo, pero era lo único disponible y debía ponerse las pilas, porque no podía seguir allí de prestado de forma indefinida.

Tras una frugal cena, cogió el teléfono y marcó el número de su hermano; ya no podía posponer más una entrevista con él. Portia estaba convencida que Pierce le echaría una mano, aunque no tenía obligación de hacerlo, ya que, en su día, cuando ella le exigió su herencia, él valoró de forma generosa su parte, que hizo efectiva y que Portia dilapidó en poco tiempo, junto con lo que su primer marido, Monty, le dejó. Con su segundo esposo vivían a lo loco, sin pensar en el mañana. Derrochando y malgastando hasta que no quedó nada en la cuenta bancaria.

Y aun así, Portia no quiso frenar. Le quedaban amigos y mucha gente que le debía favores, para poder divertirse y seguir disfrutando de los placeres de la vida, a costa de su salud y de perder el favor de las personas que de verdad se preocupaban por ella.

—Hola, Portia —dijo Pierce, que por una de esas casualidades de la vida no estaba de viaje.

—Hola —contestó ella, sin saber cómo plantearle el asunto.

—¿Estás bien? —preguntó él con amabilidad, demasiada para tratarse de una conversación entre hermanos.

Una conversación que, por cierto, tenían pendiente desde hacía mucho y que ambos habían ido posponiendo.

—Ya sabes que no —respondió, sin andarse por las ramas—. Porque supongo que estás al tanto de todas mis desgracias.

—Me preocupo por ti —dijo él, sonando un poco a la defensiva.

—Vale, muy bien, dejemos ese tema. Te he llamado porque necesito...

—¿Dinero? —La interrumpió Pierce, suspirando.

—Pues no. De momento no —contestó, cansada de tanta caridad—. Necesito un trabajo.

—Portia, seamos francos...

—Pierce, deja ese jodido tono condescendiente —lo cortó, porque se conocía al dedillo el sermón—. Busco trabajo, algo serio, y, como comprenderás, adecuado a mis aptitudes.

Él permaneció en silencio y eso la desesperó. Le urgía empezar a dar pasos en la buena dirección. No le estaba pidiendo un imposible, maldita fuera. Pierce dirigía sus empresas de forma eficiente y en ellas seguro que podía encontrarle un puesto acorde con sus casi inexistentes cualidades, pero si algo había aprendido trabajando en un taller mecánico, era que servía para algo más que limarse las uñas.

—Está bien, ven mañana a mi despacho y hablamos.

—De acuerdo.

Portia colgó el teléfono. Ese «y hablamos» no había sonado nada bien. De nuevo

el dichoso tono condescendiente tan característico de Pierce, que enervaba a cualquiera, pero más a ella, pues durante su breve conversación no se habían dedicado ni una sola palabra de cariño.

Un asunto más que resolver en su ya larga lista de asuntos pendientes. Pero como suele decirse, *primum vivere, deinde philosophari*.

Capítulo 32

Hacía bastante tiempo que Portia no ponía un pie en el edificio desde donde su hermano jugaba al Monopoly, o lo que demonios hiciera allí tantas horas, pues a ella nunca le había interesado el mundo de los negocios. Jamás la había atraído lo más mínimo, pese a que, de haber querido, ahora podría ser una de esas ejecutivas amargadas que vestían de gris. Si hubiese podido elegir un lugar de encuentro, habría preferido un restaurante o el apartamento de Pierce en vez de su oficina, porque allí no se sentía a gusto. Por nada en particular, nadie era desagradable con ella. Puede que sencillamente fuera que no tenía nada que hacer en ese sitio y que nunca le había gustado aquel ambiente tan aséptico, tan financiero y tan aburrido. Todos los papeles ordenados y todos los empleados «uniformados», como autómatas.

Portia se había presentado quince minutos antes de la hora acordada por una cuestión de principios, aunque eso de la puntualidad todavía lo tenía en asuntos pendientes. En un futuro, a poder ser un poco lejano, quizá un día se levantase y le entrase la sensatez, pero de momento mejor no tentar a la suerte.

Como cabía esperar del dueño del cotarro, el despacho de Pierce estaba en la última planta, así que, tras pasar el control de seguridad (por suerte no tuvo ni que decir su nombre, porque la eficiencia estaba por todas partes), Portia subió en el ascensor junto a un tipo que no fue capaz ni de mirarla a los ojos y que se limitó a decirle «buenos días» de manera atropellada.

Pisando fuerte, haciendo resonar sus tacones, llegó hasta la mesa de la secretaria de Pierce, Mary Ann, una mujer más seca que una uva pasa, pese a tener solo treinta y pocos años, y que la reconoció nada más verla. Tras un escueto y bien modulado saludo, le indicó que esperase un instante mientras avisaba a su jefe.

Portia resopló, pues le parecía estúpido tener que esperar para ver a su hermano. Desde luego, podrían haberse visto en otro lado; no obstante, no podía ser de otra forma y ya no le daría más vueltas.

—Señorita, el señor Wesley todavía está reunido —dijo la uva pasa tras colgar el interfono—; si lo desea, puede acomodarse en la sala de espera, donde le servirán un refrigerio.

«Cuántas palabras seguidas», pensó Portia.

—No, no quiero tomar nada —respondió cortante—. Y lo esperaré aquí.

Decidida, y a sabiendas de que quedaba feo que hubiera gente ociosa en los pasillos, se acomodó en uno de los sillones dispuestos tanto con fines decorativos como para impresionar, frente al despacho de Pierce, y cruzó las piernas, adoptando una postura sugerente. Si nadie la conociera, al verla allí pensarían que era la amiguita de turno del jefe y no su hermana. Pese a haber puesto a la venta muchos de sus modelitos, para la ocasión se había ataviado con un vestido cerrado de arriba abajo, pero ajustado y con una abertura desde la rodilla hasta el muslo, que de discreto no tenía nada. Y, por supuesto, lo que no podía faltar: unos zapatos sin talón

con un tacón de doce centímetros.

Disimulando su malestar, la secretaria se sentó de nuevo tras su escritorio y Portia esbozó una sonrisa, porque no se iba a dejar amedrentar por una estirada de tomo y lomo.

No tenía la menor idea de cuánto duraría la espera, pero se quedó allí viendo pasar a los empleados, que como mucho la saludaban con educación, pues sabían de sobra quién era. Ella respondía con leves gestos de asentimiento. Tanta educación aburría, y mucho, pero no iba a revolucionar al personal.

De repente algo le llamó la atención: un joven vestido de manera informal, con vaqueros y polo gris. Empujaba un carrito lleno de correspondencia y, al pasar por su lado, en vez del consabido saludo correcto, silbó y se detuvo para apreciar mejor las vistas.

—Vaya, vaya... —comentó sonriendo y sin apartar la vista de las piernas de Portia.

Ella, en vez de sentirse molesta, le devolvió la sonrisa, ya que aquella actitud, aunque un poco tónica, era un soplo de aire fresco entre tanta rigidez.

—Hola —dijo, y el chico, que no esperaba que una rubia impresionante hablara con él, miró por encima del hombro, ya que pensaba que era a otra persona a quien iba dirigido el saludo.

—Hola —respondió, sintiéndose un poco tonto—. ¿Eres nueva aquí?

—Depende de cómo se mire —contestó ella.

—Ah, bueno, entonces eres... —El chico, un poco apurado, bajó la voz antes de añadir—: ¿una visita?

Ella casi se atragantó del ataque de risa que le dio, pues por el tono, estaba claro que daba por hecho que no estaba allí por asuntos de negocios, sino por temas personales.

—Soy una amiga... —No era mentira, porque una podía ser amiga de un hermano.

—Ya, una amiga de esas...

—¿Conoces a las amigas del jefe? —le preguntó Portia, porque la idea de enterarse de las aventurillas de su siempre discreto hermano era una irresistible tentación.

—A algunas —murmuró él, haciéndose el importante.

Portia señaló el asiento vacío a su lado, esperando que aceptara la muda invitación. Por supuesto, el chico dudó un poco, pero era demasiado sugestivo estar junto a una mujer así como para rechazar la oferta.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Tres semanas. Como becario.

—¿Y ya conoces al gran jefe? —preguntó, dispuesta a tirarle de la lengua.

—Bueno, no en persona, solo de verlo pasar —aclaró—, pero mi trabajo me permite moverme por todos los departamentos y no soy sordo.

—¿Y qué se dice del señor Wesley?

—Oye, no me quiero meter en líos, ¿vale? Este trabajo es una mierda, de acuerdo, pero me viene bien para pagarme la carrera.

—No te preocupes, soy una tumba —contestó ella en tono cómplice, sabiendo que no se resistiría.

—No sé... es que si luego le vas con el cuento...

—Tengo mejores cosas que hacer con él que chismorrear —replicó, jugando con el doble sentido de las palabras.

—Pero ¿eres o no la amiguita de turno?

Portia arqueó una ceja. Vaya, vaya con Pierce.

—Todavía no...

El chico hizo una mueca.

—Pues estás bien buena, aunque, por lo que se cuenta, en los últimos tiempos le va más lo oriental que el producto nacional.

—¡Qué me dices! —exclamó, exagerando un poco la sorpresa.

—Eso dicen por ahí. Por lo visto, está más que interesado en una japonesa que se ha mudado a un apartamento en el mismo bloque donde él vive.

—Qué bien informado estás... —Lo aduló, archivando esos datos; ya vería luego cómo utilizarlos en su propio beneficio, pues tenía por delante una más que previsiblemente tensa reunión con Pierce, y tocarle un poco los huevos y de paso salirse con la suya podía animarle el día o, ya puestos, incluso el mes.

—Yo solo pongo la oreja —se defendió el chaval.

—Así que ahora le van las *geishas*... es bueno saberlo —reflexionó Portia, sonriéndole para que se sintiera tranquilo.

—¿Señorita Wesley? —los interrumpió la uva pasa—. Su hermano la espera.

Al oír ese apellido, el chico del correo abrió los ojos como platos y Portia, antes de que le diera un síncope, decidió intervenir.

—Tranquilo, nada de esto va a salir de aquí. —Se puso en pie ajustándose el vestido al cuerpo y, antes de marcharse, se inclinó para darle un sonoro beso al joven antes de añadir—: Gracias.

Como solo ella sabía hacerlo, caminó hacia el despacho, marcando cada paso y sin mirar atrás. Con la cabeza bien alta, empujó la sofisticada puerta de madera y entró.

Pierce la esperaba junto a una máquina de café ultramoderna. Sabiendo lo sibarita que era, seguro que disponía de quince variedades exclusivas e intentaba elegir una. Ella, que hasta hacía bien poco se encontraba en una situación muy similar, se puso a su lado, lo apartó con un ágil movimiento de cadera y preparó con rapidez dos tazas.

¡Qué más daba la variedad!

—Gracias —murmuró él, tras probarlo y tras darse cuenta de que no era tan difícil seleccionar una.

—De nada. Y ahora vayamos al meollo de la cuestión —dijo Portia, mirando de

rejo la elegante zona dispuesta para reuniones, las dos no menos refinadas sillas frente al escritorio y, por supuesto, el gran sillón ergonómico de su hermano, y decidió que ninguno de esos sitios serviría. Así que, sin pedir permiso y de un pequeño salto, se sentó sobre la ordenada mesa, con las piernas colgando. Lo mismo que hacía cuando de pequeña visitaba a su padre.

Pierce arqueó una ceja ante su irreverente comportamiento, que no lo pillaba por sorpresa, y se acabó su café antes de hablar.

—Te veo bien, animada.

—Las apariencias engañan —respondió—. Pero no te preocupes, me las apaño bastante bien.

—¿Qué tal en casa de Patrick? —continuó interesándose Pierce, y aprovechó para ponerse cómodo en una de las sillas destinadas a las visitas.

A ella no le hizo falta preguntar cómo había averiguado su paradero.

—De vicio, ya sabes que es un amor. Me han tratado muy bien —explicó y, aunque no lo pretendía, su tono destilaba cierto aire acusatorio.

—Me alegro. Y ahora dime qué puedo hacer por ti.

—¿Devolverme mi asignación mensual? —sugirió, sabiendo de antemano la respuesta.

Pierce sonrió de medio lado y negó con la cabeza.

—¿Algo más?

—En vista de que estás decidido a que me gane el pan con el sudor de mi frente, pues sí, quiero que me contrates.

—Portia, sabes tan bien como yo, y no te lo tomes a mal, que el mundo laboral y tú no sois compatibles. Ya probamos en una ocasión y prefiero no mencionar cómo acabó todo.

—No seas pedante —le recriminó—. No quiero ser ejecutiva, ni relaciones públicas, ni nada de eso.

—¿Entonces? —preguntó él con marcado escepticismo, sin dejar de observarla. Puede que tuviera el aspecto de siempre, pero notaba algo distinto en su hermana. ¿Madurez, quizá?

—Busco algo sencillo, entretenido —explicó ella.

Pierce, sin mucha convicción, se acercó al teléfono y le pidió a su secretaria que le dijera al jefe de personal que fuera a su despacho.

Portia estuvo tentada de preguntarle por qué no llamaba él directamente para ahorrar tiempo, pero, conociendo las manías de Pierce, sería mejor que cerrara el pico.

—Veamos qué se puede hacer.

Ni dos minutos tardó el jefe de personal en presentarse en el despacho. Al entrar, se quedó impactado cuando vio a Portia sentada sobre la mesa, con total descaro y mostrando unas imponentes piernas. Al pobre hombre se le secó la garganta.

Ella no se sintió intimidada por el tipo trajeado. Mantuvo la sonrisa y la actitud

despreocupada.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Wesley? —preguntó el empleado, intentando no mirarla.

—¿Qué vacantes de personal tenemos que cubrir en los próximos días? —preguntó Pierce con su pragmatismo habitual.

—Pues... —El hombre titubeó mirando a su jefe y a la rubia, sin saber en qué tipo de encerrona podía estar metido—. Hay un hueco en el departamento de contabilidad, por una baja...

Pierce miró a su hermana y esta negó con la cabeza.

—¿Qué más?

—En recepción...

Portia volvió a negar con la cabeza y el hombre puso cara de circunstancias, pues a la amigueta del jefe no se la colocaba en cualquier sitio.

—¿Queda algún hueco en mantenimiento? —preguntó ella resuelta, dejándolos patidifusos.

—¿Mantenimiento? —repitió su hermano casi horrorizado.

—Creo que sí —confirmó el jefe de personal apurado.

—Perfecto —respondió Portia con una sonrisa y bajándose de la mesa, dispuesta a seguir al hombre y firmar el contrato.

—Gracias —dijo Pierce, despidiendo a su empleado con un gesto, confuso por la petición de su hermana.

—Antes de que digas nada —intervino ella—, ya sé que estoy a prueba y bla, bla, bla.

—¿Te has vuelto loca?

—Oye, que soy muy apañada con la llave inglesa si me lo propongo —se defendió.

—Miedo me das —replicó preocupado.

—Dame la oportunidad, ¿de acuerdo? Un mes.

—¿Me prometes no estropear nada? —le preguntó él con cariño.

—Al menos lo intentaré —murmuró ella, acercándose para abrazarlo, que ya era mucha formalidad.

Portia se despidió de Pierce y se fue directa a ver al confuso jefe de personal, que terminó de confundirse del todo cuando ella le entregó su documentación para formalizar el contrato. El hombre se quedó mudo al ver los apellidos de ella y establecer la conexión.

Y poco después Portia salía de las oficinas sonriente, con un empleo y un sueldo bastante ajustado, pero con posibilidades de ascender. Y, lo más importante, sintiendo que iba por buen camino.

Con ese optimismo, llegó al pequeño apartamento, por el que pronto podría pagar un alquiler, y como a hacerse la comida todavía no se atrevía, compró algo preparado y, mientras comía, revisó los mensajes. Uno de su hermano, enviado al poco de salir

de su oficina, preguntándole si todo había sido una broma; ella le respondió diciéndole que nanay, que al día siguiente acudiría a su puesto puntual.

El segundo era del agente inmobiliario: ya tenía la primera oferta. Un poco por debajo de sus expectativas, pero aceptable. Suspiró, otro capítulo para cerrar. Al día siguiente le daría un toque para saber los detalles.

Como ya se había ocupado de las tareas pendientes y aún le quedaban bastantes horas por delante antes de acostarse y como no quería deprimirse ni pensar en Axel para no acabar tirándose de los pelos, hizo una especie de repaso de sus amistades. ¿A quién podría llamar para pasar un buen rato excluyendo el sexo?

La triste conclusión fue que a nadie. Porque con sus conocidas, que no amigas, solo podría hablar de estupideces, nada serio, y, la verdad, necesitaba otro tipo de compañía.

Una que le aportara algo, y entonces cayó en la cuenta de que solo había una persona con la que podría sentirse a gusto en ese instante. Indecisa, se mordió el labio, pues no estaba muy segura de que él quisiera...

—Tendré que arriesgarme —murmuró, cogiendo el teléfono, uno bastante cutre, pero que a falta de mejores ingresos debería servir.

Esperó a que le respondieran y cuando oyó su voz respiró profundamente.

—Soy yo —dijo un poco avergonzada.

—¿Portia?!

—Sí, la misma, sigo viva, Monty.

—Me alegra oír tu voz. ¿Y cómo estás? —preguntó su exmarido con cariño.

—Como suele decirse... jodida pero contenta —dijo con una sonrisa triste, porque era bien cierto.

—Me apena oír eso...

Portia se armó de valor, porque, de acuerdo, él había rehecho su vida, y aunque no tenía ninguna obligación y hasta podía causarle algún perjuicio, para ella hablar con Monty sería muy beneficioso.

—¿Te apetecería cenar hoy conmigo? —Lanzó la pregunta y lo oyó respirar. Desde luego lo había sorprendido; sin embargo, lo conocía, y Monty no era de los que se inventaban excusas. Si le era imposible aceptar su propuesta, lo diría sin problemas.

Tras un silencio de esos que uno nunca sabe si son incómodos o necesarios él dijo:

—De acuerdo. ¿Donde siempre? —preguntó, con aquella amabilidad innata que la había conquistado desde el primer día, pero que había tardado demasiado tiempo en apreciar.

—Sí, donde siempre —convino ella, emocionada ante la respuesta, sencilla y emotiva, de su ex.

Nerviosa como si se tratase de una primera cita, algo del todo ridículo, se arregló y, puesto que en breve tendría que desprenderse de su ropa de marca, aprovechó la

ocasión para lucir por última vez uno de sus vestidos más queridos, diseñado en exclusiva para ella. Azul intenso, cuello barco y espalda al descubierto. Corte asimétrico, justo por encima de la rodilla. Bolso y zapatos confeccionados a juego. Un capricho de muchos ceros por el que, con un poco de suerte, podría sacar para dos meses de alquiler.

Otra de las cosas a las que se empezaba a acostumbrar era al transporte público. Un mundo desconocido hasta no hacía mucho. Nada de taxis. Una aventura, si quería darle un punto divertido a todo aquello. Desde luego, ataviada con aquel modelazo destacaba como la que más, y fueron muchas las miradas que recibió, entre curiosas y especulativas.

Poco le importaba.

Una vez que llegó a su destino, tuvo un leve ramalazo de remordimiento, ya que Monty había rehecho su vida y quizá su encuentro pudiese malinterpretarse. No conocía a su nueva esposa, pero a buen seguro poca ilusión le haría saber que se veía con su ex.

Monty no la esperaba dentro del restaurante donde cenaron la primera vez que salieron juntos, sino en la puerta. Y en cuanto la vio sonrió. Portia, sin poderlo evitar, suspiró y hasta estuvo a punto de echarse a llorar.

Capítulo 33

—Estás... impresionante —fue el sincero saludo de Monty nada más verla.

Y Portia, sonriente y agradecida, giró sobre sí misma para que la observara bien, posando como en los viejos tiempos. La idea no era presumir, pues no tenía sentido, más bien dejarse querer. Un pequeño aliciente, frívolo quizá, para que su ego bailara un poquito, porque llevaba una racha en la que cualquier detalle, por insignificante que fuera, le levantaba bastante el ánimo. Además, su exmarido no era un adulator, sino un hombre cariñoso y sincero.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal —respondió, dejándose abrazar.

—Nunca has sabido mentir —murmuró él agradecido.

Juntos entraron en el restaurante; él, faltaría más, le sostuvo la puerta y le cedió el paso. Todo un caballero, que hasta le apartó la silla para que se sentara.

Portia lo miró y de nuevo experimentó aquella sensación de culpabilidad por haber jodido a base de bien a un buen hombre. Monty había perdido pelo, aunque seguía con aquel aire de tipo corriente que vestía bien, a pesar de que nunca sería un hombre de bandera. Eso sí, no había engordado ni un gramo ni echado barriga. Y ahora, en vez de llevar las gafas sin montura, usaba una de esas de pasta de colores.

—Antes de nada, quiero agradecerte, y mucho, que hayas accedido a cenar conmigo —comentó Portia después de que el camarero tomara nota de la comanda.

—¿Y por qué no iba a querer hacerlo? —preguntó él con su amabilidad tan característica.

—Porque... bueno, a tu esposa a lo mejor no le hace mucha gracia.

—No seas tonta —la regañó con cariño—. Ella sabe muy bien dónde y con quién estoy. Y le parece bien, no te preocupes.

—Ah. Me quitas un peso de encima.

Portia no sabía muy bien qué decir a continuación y optó por comentar asuntos banales, generalidades para que ninguno de los dos se sintiera incómodo, y poco a poco ir ganando confianza, pues no podía ni quería regresar a casa sin antes sincerarse con él. Quizá fuera tarde e innecesario, pero era una forma de sentirse mejor.

Cuando hubieron tocado temas como el tiempo, lo poco que había cambiado el local desde que lo visitaron por primera vez, lo buena que estaba la ensalada de frutos secos y si iban a compartir postre, como hacían siempre, Monty fue el primero en darse cuenta de que ella necesitaba hablar, así que estiró la mano y cogió la de Portia.

—¿Qué te preocupa?

—Deberías odiarme y en cambio te muestras adorable —musitó ella, aceptando su gesto.

—¿Alguna vez dejarás de darle vueltas a eso? —preguntó él con una sonrisa dulce.

—Me temo que no.

—Escucha, Portia, ocurrió. Ya está. Supongo que las cosas pasan en determinados momentos.

—Te hice daño, Monty. Mucho. —Resopló ante tanta comprensión—. No lo niegues. Joder, me pillaste en la cama con otro, ¡en nuestra cama!

No hizo falta añadir «poniéndome hasta las cejas de coca».

—Ay, Portia, ¿de verdad te sigues torturando por eso? —dijo, negando con la cabeza mientras le apretaba la mano—. Mira, en su momento me dolió, no te lo niego, y sufrí, porque para mí eras lo más importante.

—Y me arrepiento cada día de ello...

—¿Sabes?, te confesaré una cosa. Cuando te conocí, jamás pensé que tú, una mujer despampanante, con admiradores por doquier y hermosa hasta decir basta, se fijara en un tipo sencillo como yo. Dudaba de mí mismo y me preguntaba una y otra vez por qué seguías a mi lado.

—Oh, Monty... —gimió afectada.

—Y no lo negaré; a veces, cuando acudíamos juntos a eventos, me atormentaba la idea de que todos pensaran que estabas conmigo por dinero o, lo que era peor, por lástima.

—¿Cómo pudiste pensar algo semejante?! —replicó, negando con la cabeza y sin soltarle la mano.

—Portia, no hay más que verte... Los hombres te comen con los ojos, y las mujeres, también.

—¿Y crees que eso me hace feliz? —preguntó ella, pues ser el centro de atención ya no alimentaba su ego.

—No lo niegues... en el fondo siempre te ha gustado que te adularan, llamar la atención —dijo él sin que sonara a reproche, y Portia asintió.

—Bueno, sí, un poco. Aunque ahora ya no me hace tanta gracia. Aunque no lo parezca, estoy madurando.

—¿De verdad? —exclamó encantado.

—Pues sí —corroboró ella.

—¿Y cómo es eso?

—Lo dices como si no fuera capaz de ello.

—No seas tonta, Portia. Te conozco y sé que toda esa fachada de frivolidad la usas para distraer a la gente y así hacer de tu capa un sayo. Aunque celebro que poco a poco te des cuenta de lo mucho que vales.

—Pues eres de los pocos que confían en mí —masculló.

—Venga, cuéntame, ¿qué te ha pasado? ¿Qué te ha hecho cambiar?

—Te voy a parecer gilipollas y anticuada, pero... creo que me he enamorado —admitió, poniendo mala cara—. Y he empezado a hacer estupideces, como buscar trabajo.

—¿De verdad? —volvió a preguntar él, sonriente.

—Todo empezó el día de...

Y le contó lo que había ocurrido desde el día en que conoció a Axel y cómo, sin saber siquiera su nombre, acabó follando con él, pensando en que, como a otros tantos rollos, no lo volvería a ver. Cómo, después de tirárselo, se fue al bar del hotel y continuó bebiendo hasta acabar bailando encima de una mesa mientras daba el espectáculo, y cómo su hermano, cansado de financiar su escandaloso ritmo de vida, la abandonó a su suerte en el sur de España, literalmente con lo puesto. Y que a partir de ahí tuvo que ponerse a trabajar, ¡ella, que nunca había dado un palo al agua! Le explicó lo de la ropa de rebajas y los cosméticos de marca blanca, mientras Monty disimulaba como podía la risa.

—Me estás dejando atónito —exclamó él, sin dejar de sonreír.

—Sí, claro, a ti te hace gracia, pero ni te imaginas lo mal que lo pasé... —replicó, haciendo un puchero.

—Portia, tan mal no lo debiste de pasar; ¿me equivoco? —dijo él de buen humor y ella terminó por asentir.

—Bueno, vale. Hacerle putaditas tenía su gracia, lo admito; sin embargo, todo se fue al garete. Y la culpa fue mía.

—¿Por ayudarlo? —preguntó extrañado, pues por la historia que le había relatado, saltaba a la vista que solo buscaba incentivar a aquel hombre.

Portia negó con la cabeza.

—Por ablandarme y por tonta —respondió, y bajó la cabeza hasta darse con la frente en la mesa un par de veces sin dejar de llamarse *idiota*—. Yo... no sé qué me pasó, pero me empecé a preocupar por él, a desearle lo mejor y, ¡joder!, a comportarme como una estúpida enamorada.

—¿Y eso es malo? —inquirió Monty con tono afable, ante el apuro de ella.

—Muy malo —contestó—, porque hace que me comporte de manera idiota, absurda...

—Sé sincera, Portia; ¿cuándo has sido sensata? —La interrumpió él.

—¿Sabes?, da un poco por el saco que me conozcas tan bien —refunfuñó.

Monty se echó a reír.

—Lo sé. Por eso me has llamado, porque no deseas que te regalen los oídos ni quieres escuchar frases hechas. —Le apretó de nuevo la mano, que no le había soltado en toda la conversación—. Y me encanta poder hablar así contigo, que confíes en mí.

—Oh, maldita sea, me vas a hacer llorar —se quejó ella, secándose las primeras lágrimas con la servilleta.

—Estoy muy orgulloso de ti, de verdad. De tus logros, de cómo has sabido apañártelas. La única espinita que me queda es que no acudieras a mí en busca de ayuda.

—No quise molestarte...

—Escucha, tú nunca me molestarás. Si estás en un apuro económico...

—Alto ahí, Monty —lo interrumpió, alzando una mano—. No quiero tu dinero.

Ya me diste suficiente y mira lo que hice con él. Y no deberías ser tan generoso con las mujeres que te engañan —lo regañó.

—Gracias a tu «engaño» conocí a la mujer de mi vida y tengo unos hijos maravillosos. Así que estoy en deuda contigo.

—Eres... —No pudo continuar y se echó a llorar como una niña pequeña, porque Monty, además de ser un hombre excepcional, conseguía con sus palabras no solo que se sintiera mejor, sino además emocionarla.

—Portia, cariño... Anda, ven aquí.

Se levantó para acercarse a ella y ofrecerle su pañuelo, a la par que un hombro sobre el que desahogarse. Portia, sin tener en cuenta que estaban en un sitio público, se levantó y se refugió en sus brazos.

—¿Ves a lo que me refiero? —gimoteó con la voz amortiguada—. Me he convertido en una quejica llorosa. En una débil mujercita...

—Tú, mi querida Portia, nunca serás una débil mujercita. Pero hoy tienes derecho a tu momento de desahogo, así que venga, llora, que con lo que cobran en este sitio por la comida, y con la propina que les vamos a dejar, no creo que se atrevan a decirnos nada.

Y ella, agradecida, se tomó al pie de la letra la sugerencia y, sintiéndose querida, permaneció en sus brazos hasta que poco a poco su crisis de llanto fue remitiendo. Cuando alzó la vista, se encontró con los ojos siempre amables de Monty, que le limpió los restos de rímel con un pañuelo.

—¿Ves lo que pasa por usar cosméticos baratos? —soltó ella, en un intento de sonar frívola.

—No me cansaré de recordarte que tú no necesitas cosméticos.

—Oh, por favor... —protestó, echándose a llorar de nuevo—, dices lo mismo que él.

—Anda, vámonos a otra parte. Aquí ya hemos dado suficiente la nota —sugirió Monty, cogiendo su bolso de la mesa y ofreciéndole el brazo.

De ese modo se fueron a una cafetería donde poder continuar charlando. Ahora que Portia se había quitado un peso de encima, explicándole todas sus cuitas amorosas y vitales, se sentía liberada y por lo tanto más proclive a pensar con lucidez.

Se dio cuenta de que había sido muy egoísta hablando solo de sí misma, y quiso enmendar aquel descuido interesándose por la vida de Monty. Al principio fue un poco raro escucharlo, pues hablaba de su esposa con total devoción; sin embargo, Portia terminó emocionándose cuando le enseñó las fotos de sus dos hijos.

Al final de la velada, ambos sabían que aquel sería el primero de muchos encuentros, pues habían logrado conectar como nunca antes. Él se ofreció a llevarla a casa en su coche y Portia aceptó encantada; eso sí, le pidió que aparcara unas calles antes para que así pudieran dar un paseo y disfrutar de la noche.

—Siempre has sabido aportarme serenidad —murmuró, cogida de su brazo, mientras caminaban a paso lento.

—Y tú a mí, vitalidad —respondió él amable.

—No sé cómo lo haces, pero siempre tienes la respuesta exacta —le dijo, deteniéndose junto a la puerta de su edificio.

—La experiencia. Soy mayor que tú.

—¿Y más sabio? —bromeó.

—Por supuesto.

—Me ha encantado pasar esta noche contigo —aseguró en un murmullo—. Nunca pensé que tú y yo pudiéramos ser amigos.

—Reconozco que durante un tiempo yo tampoco lo creía posible —convino Monty, peinándola con los dedos.

Portia supo que no era, ni de lejos, una maniobra de seducción. Era sencillamente un gesto de cariño que agradeció y se dejó querer, porque se sentía muy bien allí a su lado, sabiendo que ya no existían rencores o malos rollos del pasado. Consciente de que tenía un amigo, quizá con el que podía ser más sincera.

—Y, por favor, si necesitas ayuda del tipo que sea, llámame, ¿de acuerdo? —añadió él, adoptando un tono más serio.

—Lo haré —mintió, pues no estaba dispuesta a enturbiar su amistad pidiéndole favores.

—Muy bien. Y ahora, venga, a dormir, que mañana es tu primer día de trabajo y no puedes llegar tarde.

Portia le dio un rápido beso en los labios y asintió. En efecto, debía dormir bien para afrontar su primera jornada laboral. No solo por el hecho de demostrarles a los demás que no se trataba de un capricho más de la rubia tonta, sino también por ella misma.

Así que, con mentalidad positiva a tope, dispuesta a ser la mejor empleada de mantenimiento y con monedas sueltas para tomarse un café en la máquina como los demás, se presentó en el trabajo a la hora convenida, dejando a su superior con la boca abierta, ya que no era ningún secreto su apellido y su relación con el gran jefe.

Su primer encargo fue revisar los fluorescentes de una sala de reuniones, pues, según una nota enviada al departamento, estos emitían un silbido constante que molestaba mucho a los ejecutivos.

—Pedantes... —comentó ella, mientras se encaminaba hacia la sala en cuestión.

Se había puesto el uniforme corporativo, polo negro y pantalón gris, amorfos ambos, y zapatos de suela de goma de plástico fantástico, que mandaría a paseo al día siguiente y se ocuparía de llevarse unas deportivas menos agresivas para sus pies.

Una vez en la sala indicada, encendió las luces y se pasó un buen rato en silencio, moviéndose por la estancia e intentando averiguar cuál de todos los fluorescentes hacía ruido, pero no hubo forma. A veces oía ruiditos y a veces no y eso la desesperaba. Se fue al interruptor y probó a encenderlo y apagarlo para ver si eso le daba alguna pista, pero nada de nada.

Cabreada y desesperada al mismo tiempo, decidió coger al toro por los cuernos y

sacó su teléfono corporativo para buscar información en internet. Tomó asiento y se entretuvo navegando hasta que dio con las posibles causas y, de paso, hizo un cursillo acelerado sobre iluminación, consumo energético y electricidad en general.

Alucinando ella sola con todo aquello de lo que nunca siquiera se había molestado en pensar, se fue directa al almacén, convencida de saber lo que necesitaba. Para empezar, un café; y con él en la mano, fue a ver al encargado.

—Señorita Wesley, ¿dónde ha estado toda la mañana?

—En la sala de conferencias —respondió—. Tal como me ha indicado.

—¿Cuatro horas para sustituir unos cebadores?

—¿Cómo dice? —preguntó, sorprendida por dos motivos: uno, que él ya supiera cuál era el fallo y que debería habérselo dicho para evitarle estar buscándolo como una gilipollas, y segundo, ¿ya habían pasado cuatro horas?

—Ande, tome estos y cámbielos —dijo el hombre en tono condescendiente.

Portia recogió unos pequeños chismes que, según todos los indicios y por las fotos que había visto en internet, eran los famosos cebadores. Con ellos en el bolsillo lateral de pantalón y bebiendo a sorbos su café, se fue de nuevo a la sala de reuniones, y al llegar se dio cuenta de que con las prisas había olvidado pedir una escalera para poder subirse.

Como no iba a darle al encargado el gusto de echárselo en cara, se quitó los horrendos zapatos para no dejar marca y se subió a la pulida y elegante mesa, dispuesta, según las instrucciones que había leído en una web, a cambiar los malditos cacharros.

Sus cálculos no fueron del todo exactos y, aun de puntillas, le costaba un triunfo llegar, además debía sacar primero el fluorescente y no quería romperlo. Maldijo y miró a su alrededor en buscar de algo que le sirviera, pero como solo había sillones, se rindió a la evidencia y se las arregló para poner uno encima de la mesa y después subirse.

—Pero ¿qué coño estás haciendo ahí subida?

Portia miró por encima de su hombro y casi se cae de culo del susto.

—¡Pierce!

—Baja de ahí, anda, que al final acabarás en el hospital. ¿Qué hacías ahí?

—Examinar el techo, no te jode —farfulló, aceptando la ayuda de su hermano para volver a poner los pies en suelo firme.

—Portia...

—Cambiar estos malditos chismes —contestó, mostrándole los cebadores.

—¿Y no podías usar una escalera, como todo el mundo?

—¿Tú crees que si yo tuviera una...? Bah, da igual. ¿Qué haces aquí?, ¿espíarme?

—Evitar que te rompas la crisma, por lo que veo. Anda, trae eso.

Portia se quedó muda cuando él le arrebató los chismes y, de un salto, se subió a la mesa. Gracias a su altura, llegaba sin problema, y desenroscó el tubo fluorescente

para cambiar los cebadores y todo con precisión.

Repitió la operación con el resto de los puntos de luz y, cuando acabó, se bajó de otro salto, le entregó los viejos y se ajustó la corbata.

—¿Sorprendida?

—Mucho; se supone que el jefe no se ensucia las manos.

—Te sorprenderías de lo que sé hacer.

—Deberías sustituir esos fluorescentes por luces led, ahorran energía —le dijo, y Pierce arqueó una ceja, pues el verbo *ahorrar* no figuraba en el diccionario de Portia.

—Tomo nota —murmuró.

—¿Me espiabas o no? —insistió ella.

—No —mintió—. Venía a invitarte a comer.

—¿Y eso? —preguntó suspicaz, pero escondiendo una sonrisa.

—Considéralo parte de la política de integración de la empresa —respondió y, por supuesto, Portia no lo creyó.

—Oh, vaya, qué considerado... —se burló, solo para pincharlo un poquito—. Acepto, y así de paso te haré un par de sugerencias...

Capítulo 34

A ella le pareció buena idea lo de comer juntos en el despacho de Pierce. Era cierto que añoraba degustar una comida en un restaurante de lujo, pero si algo había aprendido era a ganarse las cosas por sí misma, y aunque una invitación de su hermano no se podía considerar peligrosa, prefirió no dejarse llevar y evitar caer en antiguos vicios, como vivir de prestado.

—No se te ocurra manchar nada —le advirtió él un tanto divertido, cuando ella empezó a abrir los envases de comida.

Habían tenido una pequeña discusión acerca del menú; sin embargo, Portia logró imponer su criterio y, para perplejidad de Pierce, cogió el teléfono y llamó a un restaurante de comida rápida. Y por si no lo había sorprendido del todo, lo hizo cuando pagó la cuenta; no era muy caro, pero quería darse el gusto de invitar a su hermano.

—¡Mira, tenemos hasta servilletas de papel! —exclamó burlona, ya que ambos se habían criado entre lujos.

Pierce, a quien no le apetecía acabar con una mancha de salsa sobre su costosa camisa gris, se dispuso a comer estirando todo lo posible los brazos y adoptando una postura cómica.

—La próxima vez nos vamos a un restaurante —gruñó, cuando ella empezó a reírse en su cara.

—Ay, Pierce, qué pedorro eres. Lo gracioso de comer con las manos es poder chuparse los dedos.

—Y acabar hecho un asco, por lo que veo —masculló, teniendo aún más cuidado si cabía—. Bueno, ahora que estamos en plan cutre, ¿podrías ponerme al día sobre tu vida?

—No hay mucho que contar...

Portia le explicó por encima cuál era su situación actual, y él, al verla hablar sin arrebatos, ni berrinches, entendió que a lo mejor su hermana por fin le había visto las orejas al lobo y por tanto podría dejar de vigilarla.

—Pero lo de dejarme en aquel taller de mala muerte no te lo perdonaré nunca —concluyó, poniendo morritos y haciéndolo reír, pues no lo decía en serio.

—Oye, reconozco que a lo mejor no fue la idea más acertada, pero tenía que hacer algo para que reaccionases. Habías entrado en una espiral muy peligrosa —dijo, mirándola a los ojos.

—Ya sé que me quieres y todas esas cosas de hermano mayor; no obstante, podrías haber buscado otra forma de espabílarme —contestó, recogiendo los restos de la comida.

—Lo importante ahora es cómo has enfocado tu vida. Aunque lo de mantenimiento...

—¿Qué pasa? ¿Lo consideras un trabajo deshonesto?

Pierce puso cara de póquer.

—No es eso, Portia, pero entenderás que toda la situación es irónica. Nadie en su sano juicio, pudiendo elegir un puesto de más categoría y mejor remunerado, escogería trabajar como chica de mantenimiento —le explicó con suavidad, procurando que no se lo tomara como una afrenta personal.

—Quizá ese era el problema.

Pierce frunció el cejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que siempre me has protegido, vigilado y controlado, y que la única vez que no lo has hecho fue cuando me abandonaste a mi suerte en el maldito taller mecánico. No quiero ser una secretaria mona, ni una relaciones públicas, ni menos aún una ejecutiva pedante, porque yo no valgo para eso —admitió—. Si bien no era el mejor lugar, sí puedo entender que era la única opción para que espabilara y dejara de mirarme el ombligo.

—Vaya... me quitas un peso de encima.

—¡No me digas que te sentías culpable!

—Pues sí, Portia. ¿Crees que soy un monstruo insensible?

—A veces te comportas como tal —le recordó.

—Pero no con mi hermana, joder. Cuando hablé con papá y mamá, me echaron un buen rapapolvo. Hasta estuvieron a punto de ir a buscarte.

—¿De verdad?

—Parece que te alegras —murmuró, arqueando una ceja.

—Pues sí, un poco, no lo voy a negar. Soy mayor de edad y en teoría tú no deberías meterte en mi vida —le recordó con suavidad.

—No puedo evitarlo, Portia. Maldita sea, el día de la boda de Owen, cuando me avisaron los del hotel... no te puedes hacer una idea de cómo me sentí.

Ella torció el gesto, pues Pierce tenía razón.

—Vale, la cagué. Hice el ridículo —admitió.

—Mira, puedes hacer con tu vida lo que te venga en gana, pero dentro de unos límites. Has estado casada, dos veces para más inri. No voy a ponerme en plan arcaico sobre los tipos con los que andas por ahí, no soy tan ridículo, pero sí te pido que seas más selectiva y, sobre todo, discreta. Hay mucho hijo de puta suelto sin escrúpulos, dispuesto a aprovecharse de ti y de tu apellido.

—Aprendí la lección con Gordon, no te inquietes —comentó, entendiendo bien la preocupación de Pierce.

—Me alegro.

—Anda, dame un abrazo de hermano mayor controlador, que lo estás deseando —le pidió levantándose, y él decidió no replicar al comentario dirigido a su persona.

Tras un efusivo y largo abrazo, él aún tenía una pequeña duda.

—¿Por qué no llamaste a nadie para que te sacaran de allí?

—Porque soy una mujer de recursos.

—Estaba seguro de ello —murmuró orgulloso, volviendo a abrazarla.

Portia se despidió de él de buen humor, ya que Pierce, lejos de mostrarse prepotente o pedante, se había comportado como un verdadero hermano, algo protector aunque soportable, y eso era de agradecer. Le gustaba volver a conectar con él y saber que por encima de sus diferencias podían tener de nuevo una relación fraternal.

Al principio pensaba que, trabajando para su empresa y en un puesto *a priori* tan poco adecuado, Pierce estaría enfadado, porque para él eso de la imagen pública lo era todo; sin embargo, acabó confesándole que prefería mil veces verla como chica de mantenimiento que como una borracha de fiesta en fiesta, acostándose con cualquiera y dilapidando su herencia.

Como a Portia ya no le quedaba fortuna que malgastar ni ganas de bailar semidesnuda en una fiesta pija, el entendimiento entre ambos estaba cada vez más cerca.

—Será que me estoy haciendo mayor —le dijo a modo de explicación, ante el interés de Pierce por comprender su cambio de actitud.

Ni que decir tiene que a él no lo convenció del todo, pero lo dejó pasar, y al mostrarse menos controlador, facilitaba el entendimiento entre ellos.

Con esa buena sensación, Portia terminó su turno y después se puso en contacto con el agente inmobiliario. No le apetecía mucho quedar con él esa misma tarde, pero pensó que cuanto antes liquidara el asunto, mejor. Otro capítulo cerrado. Quedó con él y, para que el tipo no babeara en su escote, decidió ir con la ropa de trabajo. Sin embargo, al mirarse en el espejo del aseo, llegó a la conclusión de que antes muerta que salir de aquella guisa a la calle. Se cambió con rapidez y consultó con un compañero para saber qué línea de metro coger para llegar a la inmobiliaria. Solo se confundió en una parada, así que podía dar por buena su nueva aventura en el metro, confiando además en que en una semana dominaría la situación.

—Buenas tardes, señorita Wesley —fue el amable saludo que recibió nada más poner un pie en la agencia inmobiliaria.

—Buenas tardes. Vayamos al grano, si no le importa —atajó ella.

—Como desee... —convino el pelota número uno, mostrándole la oferta, por escrito, que había recibido de una pareja.

Ella fue directa a la cifra y torció el gesto. De acuerdo, no era lo que esperaba, pero podría saldar deudas y todavía le quedaría un buen pellizco para meterlo en el banco y ahorrar. Vaya palabra, ¡*ahorrar!* Algo que nunca pensó que haría, pero que mira por dónde ahora iba a hacer, como todo el mundo.

Resignada y obligada por las circunstancias, aceptó y firmó las autorizaciones para que se pudiera hacer la transmisión de la propiedad, de tal forma que en breve recibiría un cheque y podría por fin decir que oficialmente ya no estaba con el agua al cuello y en números rojos. Ahora, con la situación económica solventada, la laboral encarrilada, un ex olvidado por completo (o casi), otro recuperado como amigo y un

hermano soportable, solo faltaba resolver su situación sentimental; pero como no se podía tener todo, decidió no ser codiciosa.

* * *

Dos semanas más tarde, recogía un succulento talón bancario y, cómo no, con él bien guardado en el bolso, se acercó a ver a su banquero favorito y de paso hacer efectivo el dinero. Podía hacerlo como todo quisqui en la ventanilla, pero ella conocía al mandamás y decidió ir directa a la oficina principal. Saludó con una sonrisa a los empleados que encontró de camino, y nadie la detuvo, ni siquiera el de seguridad, que hasta la saludó levantando la gorra, ya que no estaba bien eso de impedirle el paso a la amiga «a secas» del dueño. Cuando se detuvo frente al escritorio de Helen, esta se puso en pie y salió de detrás de su mesa para abrazarla.

—¿Cómo es que has venido?

Portia sacó el cheque de su bolso y lo agitó delante de sus narices como si tuviera el décimo del gordo de la lotería en sus manos.

—¿Esto es un banco? —preguntó guasona, antes de dar un chillido y ejecutar el baile de la victoria, pues hacía mucho que no veía tantos ceros juntos.

—Hay días en que más bien parece una casa de locos —respondió Helen sin perder la sonrisa.

—Si ingreso esto, ¿me regaláis un nórdico?

—No recuerdo que haya ninguna promoción de edredones —contestó la secretaria reflexionando.

—No seas boba, un nórdico de carne y hueso —le aclaró risueña, y ambas se echaron a reír, alegrando el monótono ambiente de trabajo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz seria y enfadada.

Ambas se dieron la vuelta para encontrarse al mandamás cruzado de brazos, mirándolas sin entender por qué su secretaria, ejemplo de discreción y eficacia, montaba tanto jaleo junto a una rubia a la que conocía muy bien.

Portia, sonriente, se fue directa hacia Owen y le soltó con chulería:

—Vengo a hacer un ingreso, ¿puedes ocuparte de ello?

—Anda, pasa —dijo él, señalando su oficina e intentando no reírse ante las ocurrencias de Portia.

—¡Así da gusto! —canturreó ella, haciendo reír a Helen, que recuperó su actitud profesional.

Una vez dentro del despacho, aceptó la taza de café que Owen le ofreció y tomó asiento.

—Te veo muy contenta —dijo él, sentándose a su lado y no enfrente, tras su mesa, como hacía con las visitas de negocios—. Deduzco que ese papelito tiene

mucho que ver.

—No se te escapa nada, ¿eh? —Owen arqueó una ceja en absoluto molesto, más bien todo lo contrario, ya que para él ese comentario era todo un cumplido.

—Lo intento —respondió amable.

—¿No vas a preguntar de dónde lo he sacado?

—¿Me lo vas a contar?

Portia sonrió y lo señaló con un dedo, divertida porque Owen no cambiaría nunca.

—No. Por supuesto que no —respondió risueña, mirándolo.

Había estado muy colgada de él, tanto, que ahora no comprendía cómo podía tenerlo delante y no sentir ya nada de lo que en su momento fue tan importante. Era raro, pero a la vez gratificante, porque lo que fue un enamoramiento intenso de adolescencia se había convertido en admiración y amistad.

—Bien, tú dirás... —dijo él, sonando profesional.

—Lo primero es saber cómo te va, papá...

Owen trató de disimular como pudo una sonrisa e intentó que no se le notara demasiado la felicidad que le producía oír esa palabra.

—Todo lo bien que te puedas imaginar —respondió, sonando correcto.

—¡Owen, que soy yo, conmigo puedes explayarte! —exclamó, para que dejara de ser tan estirado, aunque solo fuera durante cinco minutos.

—¡De puta madre! —admitió con una sonrisa de oreja a oreja y ella, poco o nada dada a la contención, se puso en pie, tiró de él para que hiciera lo mismo y lo abrazó con todo el cariño del mundo, sintiéndose feliz y orgullosa.

—Me alegro tanto, Owen... —murmuró, sin despegarse de él.

—Es increíble, no puedo explicarlo con palabras —respondió emocionado.

Y Portia, ante lo moñas que se estaban volviendo, tras darle un sonoro beso en la mejilla, decidió apartarse y recuperar un poco la compostura, que si continuaban por ese camino, y al notar su propia debilidad, terminaría llorando.

—Y ahora dime, mejor dicho, aconséjame: ¿dónde debo invertir? Eso sí, hazme un resumen, algo sencillo. Ya sabes que no tengo cabeza para los números.

Owen entendió aquel brusco cambio de tema como un esfuerzo por no hablar de sí misma y, puesto que estaba al corriente de los problemillas de Portia, prefirió no ahondar más y centrarse en un terreno seguro.

—Oye, puede que engañes a todo el mundo, pero te conozco y eres lista. Otra cosa muy distinta es que, y no sé por qué, te empeñes en disimular —la alabó, sin exagerar ni un ápice.

Ella se quedó patidifusa ante esas palabras, pero prefirió no rebatir nada, porque así evitaba entrar en cuestiones personales y, como se conocían demasiado bien, no podrían mentirse.

—Y ahora, veamos en qué puedes gastar tu dinero... —añadió Owen, y empezó a explicarle alguna que otra cosilla a la que Portia intentó prestar atención, más o menos.

Con la cabeza como un bombo, pero también con una saneada cuenta bancaria y, por supuesto, contenta consigo misma y también por Owen porque las cosas le iban de puta madre, pese a que el pobre tenía unas buenas ojeras (pero bueno, esa era una de las consecuencias de ser padre), volvió a coger el metro y esa vez sin confundirse.

Cuando llegó a casa, se puso a reconsiderar las opciones que Owen le había explicado sobre cómo debía mover su pequeño capital, pero por más que intentaba concentrarse, no podía. Mientras se comía una sopa recalentada en el microondas, algo hasta hacía poco impensable, seguía sin tenerlo claro y, como no quería acabar con dolor de cabeza, se tumbó en la cama dispuesta a dormir, porque ahora que tenía un empleo, debía hacer el esfuerzo de mantenerlo, y para eso lo primero era ser puntual.

No obstante, el sueño le resultaba esquivo, no conseguía desconectar. Resopló unas cuantas veces y terminó apartando las sábanas de una patada, quedándose desnuda, frustrada y con un cabreo de mil demonios por estar pensando en Axel cuando, joder, nunca antes ningún otro hombre había logrado eso de ella.

—Joder... —masculló, resoplando por enésima vez.

Tras dos nuevos intentos fallidos de dormirse, Portia sacó de su mesita el vibrador de emergencias, dispuesta a relajarse sí o sí, porque ya era mucha la tensión acumulada. Dejó el aparato a un lado para echar mano de él en cuanto fuera necesario y empezó a pellizcarse los pezones hasta notarlos bien duros. Mantuvo una mano sobre el izquierdo y fue deslizándola la otra hasta llegar a su sexo, deteniéndose ahí un instante por el simple placer de acariciar la tersa piel del pubis e ir sensibilizando más la zona.

Dobló las rodillas y separó bien los muslos. Su respiración iba acelerándose y Portia intentaba conjurar en su mente alguna fantasía, una en la que participase un desconocido. Primero como observador pasivo, pero que ante la persuasión de ella al tocarse, finalmente decidiera unirse.

La ventaja de que fuera un desconocido le evitaba perfilar los detalles de su rostro; era suficiente con recrear un cuerpo masculino apetecible, no perfecto, al que hincarle el diente.

—Mmm —gimió, recorriendo con la yema del dedo índice su sexo. Despacio, muy despacio, dejando que la humedad fuera extendiéndose, al igual que la tensión, por todo su cuerpo. Por fin rozó el punto más sensible, más necesitado, presionando sobre el clítoris de manera suave para ir describiendo círculos a su alrededor hasta gemir casi descontrolada. Hacía mucho que no se regalaba una sesión de autosatisfacción y por eso deseaba que fuera lo más intensa posible, para lo cual no podía ir deprisa.

Elevó la pelvis al tiempo que con los dedos extendía sus abundantes fluidos hasta dejar toda la zona, incluida la parte anal, bien lubricada. Echó entonces mano de su vibrador de dos cabezas y colocó primero la parte estrecha justo a la entrada de su ano, para empujarlo despacio e ir sintiendo cómo las diferentes bolas unidas iban

entrando.

—Sí... —jadeó, encantada con la sensación.

Continuó masturbándose con la mano hasta que no pudo más y se introdujo la parte más gruesa del vibrador en el sexo para encenderlo al sentir la doble penetración, y dejar que el aparato obrase el milagro mientras ella se pellizcaba sin piedad los pezones.

El desconocido imaginario seguía contemplándola, excitado y dispuesto a entrar en acción en cualquier momento, al tiempo que se acariciaba la polla al ritmo que las caderas femeninas le marcaban, lo cual resultaba excitante y un complemento ideal para alcanzar el orgasmo. Portia bien sabía lo mucho que ayuda la imaginación.

Movió el aparato, tirando de él para volver a introducirlo, y logrando aumentar así la fricción en ambos orificios, lo que fue definitivo para acercarse un paso más al orgasmo. Repitió el movimiento, una, dos, tres veces, mientras jadeaba ya descontrolada y deseaba que el amigo invisible se materializase para sentir las manos masculinas sobre su cuerpo justo en el momento de correrse.

Su mente lo hizo posible... una hambrienta boca mordisqueaba sus pechos a la par que el vibrador le proporcionaba la estimulación justa para poder liberarse. Arqueó aún más la espalda, aumentó al máximo la velocidad del juguetito y gritó al experimentar un orgasmo de esos que puede que no sacien por completo todo el apetito, pero que al menos son un tentempié aceptable.

Al abrir los ojos, su observador particular se esfumó. No importaba, recurriría a él siempre que fuera necesario, y su instinto le advertía que esa circunstancia iba a repetirse con bastante frecuencia en un futuro próximo.

Sin embargo, tuvo una especie de amago sentimentaloides, pues, si bien antes no lo necesitaba, ahora echaba de menos algún que otro arrumaco, o un poco de conversación. O, ya puestos, discutir, y eso solo se lo había proporcionado un hombre.

Torció el gesto; los efectos positivos del orgasmo se acababan de ir por el desagüe al pensar en Axel.

—Desde luego... es para darme de tortas —refunfuñó, agarrando de malos modos la sábana para cubrirse.

Pero de igual modo que le había sobrevenido el enfado por pensar en él, otra idea apareció en su cabeza. Podía ser una estupidez, una buena obra o, sencillamente, que necesitaba un loquero. Daba igual, iba a llevar esa disparatada idea a cabo, porque, en el fondo, Portia nunca sería una mujer sensata.

* * *

—¿Llevas trabajando aquí poco más de un mes y ya me pides unos días libres?

Portia resopló ante la pregunta de su hermano, que intentaba calmarse, porque no entendía muy bien qué narices estaba pasando. Tan pronto ella se mostraba serena y centrada, como perdía el norte.

—No dramatices. Solo serán tres días —explicó con tranquilidad, sentada frente a él en su despacho.

—Mira, Portia, aquí todos cumplimos unas normas. A rajatabla, además. Y no puedes venir tú, por mucho que te apetezca, a saltártelas.

—¡Pierce, maldita sea, es algo que no puede esperar! —se quejó con amargura ante su tozudez.

—¿Vas a decirme el motivo o tendré que adivinarlo yo?

—Es personal.

—Me lo figuraba —masculló, sentándose de mala gana en su sillón y mirándola fijamente, intentado averiguar qué se traía entre manos—. ¿Tiene algo que ver con la reciente venta de tu ático y el saneamiento de tus cuentas?

—Vaya, veo que para estar tan ocupado has sacado un rato para cotillear con Owen —le espetó sarcástica, porque era algo con lo que ya contaba.

—Déjate de bobadas —murmuró él, pues las suposiciones de Portia eran bien ciertas y estaba al tanto de las operaciones llevadas a cabo por ella—. Me parece una estupidez lo que has hecho, y sin consultar. Seguro que ha sido una operación ruinosa.

—Pues no, sabelotodo de las finanzas. He ganado dinero —se defendió orgullosa.

—Pero no todo el que podrías haber obtenido si en vez de jugar a la empresaria espabiladilla hubieras hablado antes conmigo —respondió Pierce en el mismo tono impertinente.

—Da igual. Es mi dinero y voy a hacer con él lo que me venga en gana, con o sin tu aprobación. Que, dicho sea de paso, no la necesito —afirmó convencida, ya que su intención era tomar las riendas de su vida en todos los aspectos y, por mucho que su hermano se empeñara, tenía que cometer algún que otro error y solucionarlo ella sola.

—¿Adónde cojones vas ahora? —preguntó Pierce, elevando el tono al ver que ella se levantaba y se dirigía a la puerta, dejándolo con la palabra en la boca, algo que hacía muy poca gente.

—A reservar un billete de avión de esos *low cost* o como diantres se llamen, porque, claro, pedirte que preparen el *jet* sería abusar, ¿no?

—Portia... joder, ¡espera!

—A mí no me hables en ese tonito de «orden y mando».

—Disculpa —dijo él entre dientes.

—No soy una de esas *geishas* que te gustan tanto últimamente —le espetó altiva.

Ese comentario pareció frenar un poco a Pierce, que, sorprendido, intentó mostrarse más dialogante antes de que Portia cometiera otra estupidez y así, de paso, no entrar en detalles personales que no estaba preparado para contarle a nadie.

—Deja que mi secretaria se encargue de...

—Ni hablar. La uva pasa esa que tienes ahí sentada —él arqueó una ceja al oír el apelativo que le había puesto a Mary Ann—, seguro que, obedeciendo tus órdenes, tarda una semana en organizarlo y de paso te cuenta adónde voy. No, Pierce, ya me encargo yo solita. Buenos días.

—¡Portia!

Sin esperar, y jugándose el puesto de trabajo, se fue a casa, dispuesta a preparar una pequeña maleta con todo lo necesario. Después entró en varias webs de viajes hasta encontrar la oferta más económica.

Decidida como nunca, casi cuarenta y ocho horas después aterrizaba en el aeropuerto de San Javier con su maleta, un objetivo que cumplir y mucha convicción para no flaquear.

Su plan comenzaba por ir a un hotel económico donde dejar su equipaje, darse una ducha, cambiarse de ropa e intentar pasar desapercibida. Con ese primer punto cumplido y su traje más parecido al de una ejecutiva, un precioso sastre de dos piezas gris de raya diplomática que aún no había vendido, se subió a un taxi y se fue directa a una sucursal de banco muy particular.

Consciente del efecto que causaba, explotó al máximo sus encantos, de tal forma que se ahorró el engorroso trance de tener que preguntar por el director de la oficina y pudo acomodarse en el despacho de este cuatro minutos después de haber llegado.

—Señorita Wesley, qué placer tenerla de nuevo entre nosotros —comentó el director, Eusebio, un tipo que se creía atractivo, pero que necesitaba un blanqueo dental a la voz de ya.

—El placer es mío, se lo aseguro —mintió ella como toda una profesional.

Para crear expectación, tal como había visto hacer a su hermano, sacó de su cartera (una de imitación de piel comprada en un bazar, pero con su presupuesto reducido no podía aspirar a más) una serie de documentos para tenerlos a mano en caso de que fuera necesario.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Eusebio el pelota, tratando de mirarla a los ojos.

Portia, consciente de todo, se humedeció los labios, se inclinó hacia delante y murmuró, señalando la estilográfica del hombre:

—¿Me permite?

—¡Faltaría más! —se apresuró a decir él.

—Verá, Eusebio...

Capítulo 35

Axel desconfiaba de los bancos. Mucho. En primer lugar, porque los consideraba como a ese soplagaítas que uno cree tener por amigo pero que nunca está cuando se lo necesita. Y en segundo, porque estuvo a punto de tener un cuñado que trabajaba en un banco y, en tercero, porque, para colmo de males, había terminado teniendo a un cuñado que no solo trabajaba en un banco, sino que además era el dueño de uno.

Ironías del destino.

Aun así, cuando lo llamó el tonto de los cojones de Eusebio, el director de la sucursal, decidió ir en persona con la firme intención de mandarlo al carajo, pues le parecía que por teléfono era quedarse a medias. De modo que ahora se encontraba allí, en el despacho principal, a media mañana, con ganas de largarse, mientras el repelente Eusebio le contaba no sé qué película sobre ayuda a las pymes.

—Es una oportunidad única de financiación —estaba diciendo el gilipollas aquel.

Axel torció el gesto. Allí tenía que haber no uno, sino unos cuantos gatos encerrados...

—No me queda claro —dijo con desconfianza—. ¿Así, de repente, me conceden un préstamo a interés cero, para poner en marcha mi proyecto empresarial, cuando hace tan solo tres meses me dijiste que era una mierda?

—Dije que no era viable —lo corrigió.

—No me toques los cojones, Eusebio, que nos conocemos —le espetó él mosqueado, no solo por la corrección semántica, sino también por la actitud visiblemente pelota que estaba adoptando el otro para venderle la moto.

—Axel, por favor, no puedes desaprovechar esto —insistió, señalando la oferta impresa en los documentos—. Eres un cliente antiguo, tu padre ya trabajaba con nosotros, así que, tras estudiar con detenimiento tu proyecto, la dirección ha aceptado que es una buena opción comercial. Novedosa y muy atractiva.

—Deja de ser tan rimbombante —lo cortó él, hastiado de tanta palabrería—. Quiero estudiar la propuesta...

Eusebio torció el gesto, aunque disimuló, y Axel se percató de ello, lo que venía a confirmar sus sospechas de que le ocultaba algo importante.

—Tienes que tomar una decisión, Axel —insistió el director, ya que se había comprometido a que toda la operación se pusiera en marcha. Con lo que no contaba era con la reticencia del principal interesado—. Ahora las cosas estás cambiando, se quiere dinamizar la economía y el comité de supervisión está dando el visto bueno a proyectos que antes ni consideraría.

—No me cuadra... —murmuró él, con la vista fija en los papeles—. Aquí dice que el préstamo tiene dos años de carencia.

—Es una fórmula estándar; ten en cuenta que cuando se inicia un negocio, durante los primeros años no suele haber beneficios y, por tanto, se pretende garantizar la continuidad, y para ello nada mejor que dos años sin cuotas.

—De acuerdo —convino, sin estar del todo convencido, porque tenía su lógica—. Sin embargo, la cláusula del interés es un tanto extraña.

—Los fondos... —Eusebio titubeó un instante, poniendo en peligro toda la operación—, los fondos provienen de la Unión Europea.

—Vaya, parece que al final no os vais a quedar con todo el dinero, que algo soltáis —le espetó sarcástico.

—Siempre pensamos en el bien de nuestros clientes —replicó Eusebio, recurriendo a una fórmula correcta y poco comprometedor—. Y por eso te ofrezco esta oportunidad única.

Axel se puso en pie, arrugando un poco los papeles que llevaba en la mano, pues desde luego todo parecía estupendo. Lo que había perseguido desde hacía mucho, ahora lo tenía a su alcance. Pero había algo, podía llamarse intuición o presentimiento, que lo frenaba. Miró de reajo a aquel tonto del culo. No se fiaba de él, aunque en los papeles todo figuraba de forma clara. No había letra pequeña y si aceptaba, dispondría del capital necesario para convertir un taller de reparación de automóviles convencional en uno moderno de personalización de coches.

Aunque seguía reticente, y lo más lógico hubiera sido contrastar aquello con su asesor fiscal, terminó sentándose delante de Eusebio y aceptando la oferta. Eso sí, con el runrún interior de que algo pasaba; sin embargo, una oportunidad como esa no volvería a repetirse y él ya tenía una edad como para desaprovecharla.

Se despidió de Eusebio y abandonó la oficina, dispuesto a aprovechar su visita al banco para realizar alguna otra gestión rutinaria pendiente, cuando, nada más poner un pie en la zona de atención al cliente, se topó de morros con Paloma.

—Joder... —masculló entre dientes, porque no le apetecía nada de nada encontrársela, y menos aún en un lugar público, donde si no se andaba con cuidado ella le montaría un buen pollo.

—Hola, Axel, qué sorpresa —lo saludó educada y, de momento, menos mal, controlada.

—Hola, Paloma, ¿cómo te va? —Hizo la pregunta por cortesía, esperando que ella dijera «bien» y punto.

—Bien —respondió.

Paloma puso cara de mujer traicionada y eso lo enervó. Joder con las actrices aficionadas... Y joder con el previsible chantaje emocional. Axel intuía una encerrona en toda regla, así que escogió el mal menor y dijo:

—¿Te apetece tomar un café? —Ya se ocuparía en otro momento de revisar su cuenta.

Por supuesto, Paloma accedió y salieron juntos del banco. Él no tenía la menor intención de tomar algo justo en el centro, así que señaló su coche y, por suerte, ella no lo cuestionó.

Cuando arrancó, miró de reajo los poco disimulados intentos de Paloma para provocarlo. Al sentarse era lógico que se le subiera un poco la falda, pero no tanto,

porque un centímetro más y terminaría viéndole las bragas. Algo que en otros tiempos hubiera agradecido. Hacía calor, sí, pero no tanto como para poner el aire acondicionado a tope, de tal forma que, debido al frescor, a ella se le endurecieron los pezones.

—¿Adónde vamos? —preguntó melosa, viendo su oportunidad de estar con él.

Axel tenía intención de tomar aquella maldita taza de café cerca del taller, en el bar donde lo tomaba cada mañana, la típica cafetería de currantes, nada de ir a un local donde ella podría encontrar a conocidos, y así se lo dijo a Paloma, que, por supuesto, torció el gesto.

—¿Conoces un sitio mejor por aquí? —preguntó Axel, aprovechando que tuvo que detenerse en un semáforo. La miró e inspiró hondo. Qué cuesta arriba se le estaba haciendo todo aquello. Y encima iba a acabar con un buen catarro por llevar el aire acondicionado al máximo.

—Quiero hablar contigo y no me apetece que estemos rodeados de gente —respondió Paloma, y él reanudó la marcha.

—Pues tú dirás —replicó, esperando no tener que llevarla al quinto pino, porque quería deshacerse de ella cuanto antes.

Vio que se mostraba indecisa, se mordía el labio, se hacía la tonta... vamos, todo el catálogo de fingir no saber adónde ir, pese a tenerlo muy claro.

—Podríamos ir a tu casa —soltó finalmente y, al ver la cara de Axel, añadió tensa—: No es lo que crees. Solo creo que me dejé allí la pulsera de oro que me regaló mi abuela. Recuerdo que se rompió el enganche y luego me olvidé de llevarla a arreglar.

—¿Estás segura? Yo no he visto nada.

—Pues tiene que estar allí —insistió—. Sabes lo especial que es para mí, y ya que hoy te muestras comunicativo...

Pese a que sonaba a encerrona, Axel condujo hasta su apartamento, obviando el tono de reproche. Era sencillo: le abriría la puerta, se quedaría de pie con las llaves en la mano a la espera de que encontrara la maldita pulsera del carajo y saldría de allí.

Pues no. Tres cuartos de hora más tarde, Axel refunfuñaba impaciente porque Paloma lo había revuelto todo en busca de la joya perdida. Eso sí, ordenándolo después, con lo que aquello se le estaba haciendo eterno.

—Tiene que estar por aquí —murmuró ella, entrando en el dormitorio.

Axel dudaba, por supuesto que dudaba, ya que a ordenado no lo ganaba nadie, y si de verdad su pulsera estuviera allí ya la habría encontrado y, ni que decir tiene, devuelto.

Durante medio minuto pensó en la posibilidad de que cierta rubia inestable la hubiera localizado y hubiera reaccionado como suele ser previsible en una mujer que encuentra efectos personales de otra, que es tirándolos a la basura o echándoselo en cara a su pareja para iniciar una discusión. No obstante, esa idea igual que le vino se fue, ya que dudaba, y mucho, que la rubia cabeza hueca, paradigma de lo imprevisible, hiciera algo así. Antes se habría burlado sobre la falta de estilo o

cualquier otro detalle de esos que a él le resbalaban.

—¿Ha habido suerte? —preguntó, cansado de verla merodear por su casa abriendo armarios y cajones que en teoría eran privados.

—No la encuentro y yo creía que...

—No pasa nada. Estará en otra parte.

Pero las palabras de cortesía para quitarse aquel marrón de encima surtieron un efecto inesperado, pues ella caminó alicaída hacia él, se echó a sus brazos y empezó a llorar como una magdalena.

A Axel lo pilló desprevenido y además esas situaciones lo sacaban de quicio porque no sabía cómo actuar. Optó por quedarse quieto y, como suele decirse, aguantar el chaparrón. Sin embargo, pronto se percató de que aquello no era más que otra maniobra de Paloma, ya que su supuesto monumental disgusto por no encontrar la pulserita de marras se transformó, así por las buenas, en un mal disimulado intento de seducción.

—Paloma... —dijo él en tono de advertencia, cuando ella comenzó a posar los labios sobre su cuello.

—Por favor... —murmuró la chica, deslizando una mano por su torso hasta dejarla justo encima de su bragueta.

No lo encontró muy animado, pero siguió tocándolo y él reaccionó sin poder evitarlo, lo cual solo complicaba el asunto, ya que si se empalmaba, Paloma se vendría arriba y sería el acabose. Intentó apartarse, aunque sin éxito, pues ella se había enganchado a su cuello.

Axel respiró profundamente. Aquello se iba a desmadrar. Su día estaba siendo de lo más extraño, y poco a poco se iba transformando en surrealista. Paloma proseguía con sus atenciones. No recordaba que en el pasado se mostrara tan dispuesta, sin embargo, debía pararla. Ya.

La pregunta era: ¿cómo? Porque decir algo así como «¡aparta!» podría herir su sensibilidad y, conociéndola, desencadenar otro ataque de llanto. Pero ella ya le había desabrochado parte de la camisa, y con la boca estaba haciendo cosas muy agradables sobre su pecho, tan agradables que Axel gimió. Un error de principiante, porque para Paloma eso sería un argumento más para proseguir.

Sabiendo de antemano que iba a cometer un grave error, Axel pasó de una actitud pasiva a otra más activa cuando la agarró del culo para pegarla a su cuerpo. Quizá la tensión, la mala leche, las noches en vela, la abstinencia combatida con su mano o a saber qué problema con sus defensas, hicieron que terminara besándola y empujándola hasta caer en la cama.

Paloma se lo puso fácil y separó las piernas mientras él se lanzaba en picado a por sus senos. Casi rasgó la delicada blusa blanca para llegar a su objetivo y, mientras lamía el borde de su sujetador ella metía la mano entre ambos cuerpos para desabrocharle el cinturón. Axel se puso de costado para que le fuera más fácil, ya que no veía el momento de liberar su erección.

A pesar de las prisas y de la impaciencia, tuvo un último vestigio de lucidez cuando estiró el brazo y sacó un condón de la mesilla de noche. Miró a Paloma una vez más y cerró los ojos; ¿qué más daba si se tiraba a una o a otra? ¿Desde cuándo importaba ese pequeño detalle?

Ella sabía a lo que iba, pues muy bien, perfecto. Cuando, una vez enfundado, se colocó de nuevo entre sus piernas, Paloma ya se había ocupado de quitarse las bragas, así que no quedaba espacio para las dudas.

No hubo tanteos; Axel la penetró con fuerza y ni se molestó en mirarla a los ojos, ni mucho menos en besarla. Tenía que ser rápido. Un desahogo puro y duro. Nada de sentimentalismos, y empezó a embestirla sin contemplaciones.

Paloma no lo intentó frenar, se quedó tumbada, quieta, solo con la idea en mente de que así resolverían sus diferencias. Él lo presentía y no hizo nada por sacarla de su error. Cuando quería besarlo, la evitaba sin mucho disimulo, por lo que ella se rindió.

A Axel le repateaban las mujeres complacientes, las que pensaban que con abrirse de piernas ya estaba todo hecho. Las que trataban a los hombres como si fueran un burro al que mostrar la zanahoria, y por ello no se planteó nada más que su propio placer.

Estaba cometiendo un error, o puede que no, porque a lo mejor de una vez por todas Paloma se daría cuenta de que nunca tendrían una relación y, puesto que para ella sexo y amor iban de la mano, quizá follársela como si se tratara de una más podría resultar beneficioso a largo plazo.

A pesar de ser el polvo más triste de su vida, sin recibir más estimulación que la básica, terminó corriéndose, y en cuanto lo hizo se apartó de ella y se abrochó los pantalones. La miró de reojo, desmadejada sobre la cama, despeinada y a punto de llorar. Le dio la espalda y abandonó el dormitorio. Le hubiera encantado darse una ducha, pero se fue a la cocina a la espera de que Paloma se arreglase y se largara.

—Tenemos que hablar —dijo ella, entrando en la concina, ya recompuesta tras el polvo exprés.

—No, no tenemos que hablar de nada. Hemos follado, punto —la corrigió, conteniéndose para no alzar la voz.

—¿Cómo?!

—Lo que has oído —reiteró para que no tuviese dudas.

—Hijo de puta...

Se acercó a él y le arreó un bofetón de esos que duelen más por su significado que por el daño físico. Axel la fulminó con la mirada.

—Lárgate de aquí.

—Te he dado lo que querías. ¡Lo que todos quieren!

—Ni se te ocurra montarme una escenita, Paloma —dijo tenso.

—¿Y así me tratas? —insistió ella, obviando su advertencia.

—Te trato como lo que eres: una zorra manipuladora que comercia con lo que tiene entre las piernas.

Paloma abrió los ojos como platos ante el insulto.

—¡Y encima me insultas! —le gritó muy muy rabiosa.

—Pues sí. Porque eres la típica tía que se cree Dios y que espera pleitesía. Porque me tienes hasta los cojones. Ahora te haces la mártir, cuando resulta que sabías muy bien a lo que venías.

—Cuando es otra quien te lo ofrece, no reaccionas así —le espetó llorosa, aunque sus lágrimas ya no surtían efecto.

—¿Sabes?, me repatean las mujeres como tú. Has obtenido ni más ni menos que lo que has venido a buscar.

—Yo solo te quiero a ti —murmuró ella, probando la técnica del chantaje emocional.

—Ya, claro, y por eso te andas por las ramas. Intentas ponerme cachondo a ver si de ese modo te sales con la tuya —respondió, mirándola con desprecio—. Y después te haces la ofendida. ¡Anda ya!

—¿Y por qué no me has rechazado?

—Porque te conozco y me ibas a montar de igual modo el numerito, así que por lo menos eso que me llevo. Aunque, la verdad, nunca pensé que echaría un polvo tan deprimente.

—Y todo por esa zorra... —masculló ella, volcando toda su frustración.

—Cuidado, Paloma, que te estás retratando. Aquí la única zorra eres tú.

A Axel aquella escena ya le estaba tocando demasiado los cojones como para continuar. Así que decidió poner fin al sainete y para ello nada mejor que echar a la *prima donna* del escenario. Arriesgándose a recibir otro bofetón, se acercó a ella, la agarró del brazo y la llevó a rastras hasta la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida.

—Echarte de mi casa.

—¡Ella no va a volver! —chilló—. Seguro que se está acostando con unos cuantos...

—Pues me alegro, y espero que se lo pase de puta madre, no como yo, que mira lo bajo que he caído —replicó irónico, sabiendo que era una buena manera de devolverle la pelota.

Paloma se resistía a abandonar la casa.

—Que te largues —dijo él, señalándole la puerta y manteniéndola abierta.

Pero ella no estaba dispuesta a rendirse con tanta facilidad.

—Lo siento, de verdad, no sé qué me ha pasado —murmuró en tono de arrepentimiento, lo que hizo que él mostrara aún mayor recelo.

—Muy bien, te perdono. Adiós —dijo con indiferencia.

—Axel, por favor...

—Que no, Paloma, no te esfuerces. No quiero volver a verte, ni a oírte. Que me resbala lo que digas. Te tengo calada desde hace mucho. Lárgate.

—Te quiero y estoy dispuesta a cambiar, haré lo que quieras.

—¿Ah, sí? —dijo Axel disimulando la burla.

Ella lo miró con esperanza. Creía estar a punto de conseguirlo. Asintió. Se mostraría todo lo sumisa y obediente que él quisiera y después... bueno, después ya se vería.

—Pues empieza por ir al psicólogo —remató.

—¿Al... al... psicólogo? —balbució, perdida por completo.

—Sí, al psicólogo. A ver si te ayuda a entender que paso de ti y que los tíos, por mucho que os creáis algunas, no pensamos solo con la polla.

Y para que no replicara, estiró el brazo, la agarró de la muñeca y la sacó fuera, cerrando la puerta con tranquilidad. Si Paloma se puso a insultarlo o se marchó llorando, nunca lo sabría, ya que se fue directo al cuarto de baño a darse una ducha.

Capítulo 36

Convertir un taller de reparación de automóviles convencional en un centro especializado para la personalización de coches no resultaba ni tan sencillo ni tan económico ni tan rápido como Axel había previsto inicialmente.

Al coste, exagerado a su juicio, de algunas partidas, había que sumar el insufrible muro gubernamental que retrasaba cualquier iniciativa. Aitana, la novia de Elías, había comparado todo aquello con la organización de una boda, y eso lo puso de peor humor.

Por supuesto que contaba con Elías, más con su entusiasmo que con su ayuda, pues el chico se despistaba más de lo necesario, pero por lo menos no estaba solo ante el peligro y las incontables normativas que sortear para poner en marcha el proyecto.

Menos mal que el tema de recambios, accesorios y repuestos varios marchaba bien y ya tenía almacenados un motón de productos a la espera de que las nuevas estanterías estuvieran listas para exponerlos al público, ya que su intención era no solo crear una zona destinada a la personalización de coches: quería también que los clientes potenciales dispusieran de una zona de compras, pues eran muchos los que, por afición, adquirían e instalaban accesorios en sus propios vehículos.

Como había cerrado el taller mientras se llevaban a cabo las reformas que las diferentes leyes exigían, no tenía otra cosa mejor que hacer, entre papeleo y papeleo, que empezar a arreglar el viejo Mercedes SL500. Una forma de no perder el contacto con los coches y de no aburrirse en el despacho provisional que había montado en el apartamento de encima del garaje, porque, pese a verse obligado a hacerlo, nunca le había gustado el trabajo de oficina y, de haber podido, habría contratado a una persona para tal menester. Esperaba que, una vez que hubiera puesto en marcha el negocio, pudiera contratar a alguien que lo descargara de tan tediosa tarea.

Con la intención de no pensar más en ello y concentrarse en la mecánica, se fue hasta el box donde guardaba el coche. Tenía más o menos controlada la parte mecánica, ya que cuando lo compró había hecho una estimación muy ajustada; con lo que no contaba era que, por haberlo dejado abandonado, el deterioro de la carrocería y los interiores iba a ser más costoso de lo que pensaba.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Elías, acercándose.

—Más o menos —refunfuñó—. La tapicería está hecha un asco.

—Eso te pasa por desidia. —El chico se rio, sin ahondar mucho en el tema, porque sabía que a su jefe le escocía un poco.

—¿No has quedado con Aitana? —preguntó el otro para cambiar de tema y que se largara de una santa vez.

—Pues sí y llego tarde.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó una voz femenina.

Elías se volvió y, al reconocerla, movió las cejas insinuante, antes de decirle a su jefe:

—A por ella, tío, que está bien buena.

—Lárgate —gruñó él, y el chico saludó deprisa y corriendo a la mujer antes de marcharse.

Axel levantó la vista y respondió con una sonrisa amable, que no seductora, a Daniela, la aparejadora que dirigía el proyecto. Una mujer a la que sin dudarlo se hubiera llevado a la cama en otro momento, pero como se encontraba en un periodo apático, por decirlo de alguna manera, desechaba cualquier implicación con ella ajena al trabajo. Y, además, siendo pragmático, no quería que se complicara el asunto del taller por mezclar churras con merinas.

—No, tranquila —dijo él, bajándose del Mercedes y limpiándose el polvo de las manos.

Juntos subieron a la improvisada oficina y Daniela le entregó unas certificaciones de obra, explicándole de paso cómo iba el asunto gubernamental y los plazos estimados de ejecución de las partidas restantes.

A Axel lo único que le interesaba era acabar ya y poder abrir al público, pero sabía que para eso aún debía esperar al menos tres meses más.

—¿Qué te parece si vamos a comer y seguimos hablando? —propuso ella.

—Hoy no puedo —respondió él torciendo el gesto, porque quién le iba a decir que rechazaría una invitación de ese tipo. De acuerdo, comer con ella no implicaba nada fuera de lo normal, pero, para ser sincero, intuía que Daniela no solo quería hablar de trabajo, y lo cierto era que no le apetecía ser descortés.

—Qué lástima...

—Asuntos familiares —explicó, recurriendo a una excusa tan pobre como válida—. Otro día quedamos.

—De acuerdo.

Su presencia ya no tenía sentido, así que ella recogió unos documentos y dio media vuelta. Él la acompañó hasta llegar abajo, pero justo cuando iba a salir, se topó con un tipo impresionante que había entrado pese a que fuera un cartel decía bien claro: cerrado por reforma.

Daniela dio un paso atrás y lo reconoció.

Axel torció el gesto.

El que faltaba.

El recién llegado se mantuvo impasible, cómo no.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó ella emocionada—. Usted es... es...

Axel no sabía si echarse a reír o a llorar. Qué oportuno. Así que antes de que a Daniela le diera una apoplejía o algo peor, se acercó con intención de presentarlos.

—¡He visto todas sus películas! —Se adelantó ella.

—¿Cómo dice? —preguntó Owen casi ultrajado.

—Daniela, te presento a mi cuñado, Owen Boston —intervino Axel—. Ella es la aparejadora que está llevando todo esto.

—¿Usted no es...? —murmuró confusa, mirándolo.

—Pues no.

—Pues se le parece muchísimo.

—Eso dicen —contestó Owen seco, sin aclararle su relación con Patrick.

Axel, en vista de que Daniela seguía allí embobada, comiéndose a su cuñado con los ojos, cosa que a él le resbalaba, decidió despedirse de ella, pues lo realmente importante era ¿qué hacía allí Owen vestido con traje y con un maletín en la mano?

Conociéndolo, nada bueno, eso seguro.

Daniela se despidió de Axel dándole un beso en la mejilla y dejó entrever que hubiera querido hacer lo mismo con Owen, pero ante la actitud tan distante del hombre, se limitó a un formal apretón de manos.

—No deberías ser tan seco con tus admiradoras —dijo Axel, para pincharlo un poco.

—Estoy casado con tu hermana, es la única admiradora que quiero —replicó cortante.

—Buena respuesta —convino él, sentándose e indicándole que hiciera lo mismo en la inestable silla plegable.

—Vayamos al grano. No he venido para pasar el día. Le he prometido a Astrid que cenaría con ella.

—¿Qué tal están mi hermana y mi sobrino? —preguntó, porque hacía ya una semana que había hablado con ella y, si bien la notaba más animada, todavía no estaba del todo tranquilo. En cuanto tuviera un hueco iría a verla.

—En perfecto estado —contestó Owen, y pese a que sonrió durante medio segundo, enseguida recuperó la compostura—. Pero primero vamos a lo que me ha traído hasta aquí.

—Sorpréndeme —comentó su cuñado sarcástico, porque todo aquello no auguraba nada bueno.

En vez de responder, Owen siguió su política habitual de medir los tiempos. Abrió el maletín y sacó un par de carpetas que dejó fuera del alcance de Axel. Después cogió su estilográfica.

—¿Cómo has podido ser tan cabronazo y engañarla de ese modo? —le soltó a bocajarro.

Axel no esperaba, ni por asomo, una pregunta semejante, y menos en aquel tono que de entrada ya lo condenaba. La tentación de echar a Owen a patadas de allí era muy fuerte, pero a Astrid no le haría mucha gracia recibir a su marido magullado a la hora de la cena.

—Nunca estuve de acuerdo con la cuestionable idea de que Portia viniera aquí —prosiguió Owen—. Pero esperaba que al menos tu comportamiento fuera decente.

—Te estás metiendo donde no te llaman —replicó él respirando hondo, porque aquello iba a estallar de un momento a otro—. No es de tu incumbencia.

—¡Claro que lo es! —exclamó vehemente—. No sé cómo encima tienes la desvergüenza de parecer ofendido.

—¡No me toques los cojones...! —bramó Axel—. Vienes aquí a meterte en mis asuntos personales y encima tengo que aguantar tus insultos.

—Mira, prefiero no saber qué ocurrió aquí entre Portia y tú y así no tener más argumentos para joderte a base de bien.

—¿Me estás amenazando? —le preguntó Axel, que no salía de su asombro.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer.

Se hizo el silencio, pues allí se estaban diciendo palabras muy fuertes. Ellos dos nunca habían tenido una buena relación, se toleraban y poco más y, pese a que los últimos acontecimientos familiares los habían acercado en parte, saltaba a la vista que las hostilidades comenzaban de nuevo.

—Tus amenazas me las paso por el arco de triunfo —le espetó Axel sin alzar la voz.

—No son amenazas —lo corrigió Owen—. Y ahora vas a firmar estos documentos.

—¿Disculpa?

—Lo he hablado con Astrid y ella está de acuerdo.

—Espera un jodido minuto. ¿A santo de qué voy a firmar yo nada? ¿Te llevé yo al notario cuando conociste a mi hermana? —preguntó, sin mencionar lo obvio.

—Ya te he dicho que prefiero seguir en la ignorancia respecto a lo que pasó aquí —insistió su cuñado, recurriendo también a eufemismos—. Lo que no voy a consentir es que además te aproveches de su dinero.

Axel parpadeó.

—¿De qué cojones hablas?

—Ya me jode, y mucho, que me tomes por tonto. Si necesitabas financiación, podrías haber hablado conmigo, pero no, eres orgulloso, cuando te conviene, claro.

—Te estás pasando tres pueblos —dijo Axel muy cabreado, ya que aquellas acusaciones no eran moco de pavo.

—Y por eso convences a Portia, prefiero no saber cómo —Owen lanzó ese otro dardo envenenado y luego prosiguió—, y ella, que tampoco es que tenga la cabeza muy centrada, vende su ático de lujo para que tú puedas montar todo este tinglado.

—¡Para el carro! —exclamó él, mientras encajaba las piezas de un puzle imaginario a toda velocidad.

—De ahí que insista en que firmes estos documentos.

—Joder, que te calles un momento y escuches —gruñó Axel—. Y ni loco voy a firmar nada. No me fío.

No hizo falta que dijera en voz alta que de quien no se fiaba era de Owen.

—Me temo que vas a hacerlo. He hablado con Pierce y está de acuerdo conmigo en que es lo justo. Astrid, como propietaria del cincuenta por ciento de todo esto, le cede su parte a Portia, que se convertirá en tu socia al cincuenta y uno por ciento.

—Espera, espera, ¿cómo que mi socia? —Seguía más perdido que un pulpo en un garaje.

—Puesto que ella ha puesto todo el capital, es lo mínimo.

—A ver que yo me entere... —Axel cambió de postura en su viejo sillón de oficina—. Y te puedo parecer gilipollas, pero ¿me lo puedes explicar desde el principio?

—No te hagas el tonto conmigo. La engatusaste para que te diera el dinero. Joder, nunca pensé que fueras tan mezquino.

—Pero ¡si ella no tenía un puto duro! —exclamó en su defensa, llevándose las manos a la cabeza ante semejante despropósito.

—De ahí que haya vendido su apartamento.

—Estás metiendo la pata, y bien, además. Yo no engatuso a nadie, eso para empezar, y, segundo, pedí un maldito crédito al banco.

—Un crédito... —repitió escéptico.

—Tengo por ahí los papeles —gruñó Axel.

Y para que ese cretino de cuñado que tenía se callara la boca, fue en busca de los documentos que acreditaban lo que decía, pero como todo estaba manga por hombro debido a las obras, tardó más de la cuenta en localizarlos.

—¿Qué es esto? —preguntó Owen, cogiendo los papeles y mirándolos con desdén.

—El contrato del préstamo que pedí —le aclaró él, con más calma de la que en realidad sentía.

Owen revisó con más interés aquel documento y, a medida que leía, se dio cuenta de que el tonto de los cojones de su cuñado era más iluso de lo que pensaba.

—¿Y te tragaste esta patraña? —preguntó con indolencia, mirándolo como si fuera idiota.

—¿Cómo dices?

—Esto no es un préstamo.

—¿Ah, no? —resopló Axel, conteniéndose para no partirle la cara por pedante y sabelotodo. Que ya le estaba tocando demasiado los cojones.

—Es sencillamente un desembolso a cargo de una cantidad depositada en otra cuenta. De ahí que no tengas que pagar intereses —le explicó Owen, dejando los papeles sobre la desordenada mesa, algo que le molestaba.

—¡La madre que parió a Eusebio! —exclamó Axel al darse cuenta.

Owen podía ser pedante, estirado, insoportable... pero en cuestiones económicas, y en especial banqueras, nadie podía discutirle nada.

—Deduzco que ese tal Eusebio es quien realizó la operación.

—El mismo, y cuando lo pille por banda pienso romperle todos los dientes —añadió, pasándose una mano por el pelo, frustrado y muy cabreado.

—Hablaré yo también con él, no te quepa la menor duda.

—No creo que pueda hablar, después de cómo pienso dejarle la boca —rezongó Axel malhumorado.

—¿Por tus palabras deduzco que no sabías nada? —tanteó Owen, dudando,

aunque por su reacción se podía ver que así era.

—Pues claro que no, maldita sea. ¿Por quién me tomas? —refunfuñó, asimilando toda la mierda que se le venía encima.

—¿No estás en contacto con Portia? —siguió indagando su cuñado.

—No —respondió categórico, y añadió—: Y otra que se va a enterar... ¿Dices que ha vendido su apartamento?

—Sí, en efecto. Una operación poco rentable, si me preguntas mi opinión. Y todo por entregarte a ti el dinero...

—Está mal de la cabeza —aseveró Axel—. Y créeme que voy a parar todo esto de inmediato.

—No te precipites, Axel. Firma —contestó Owen, sin perder la calma.

—¡A la mierda el taller!

—Hay una solución menos drástica —dijo el otro en tono conciliador—. La que te he expuesto al principio.

—¿Tenerla como socia? —inquirió él, llevándose las manos a la cabeza ante tal eventualidad.

—Técnicamente sería la dueña, pero sí, seríais socios.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—Mucho, no te lo niego —admitió Owen, y hasta se permitió sonreír.

—¿Y Astrid está de acuerdo? —preguntó desconfiando.

—¿Insinúas que engaño a tu hermana? —preguntó a su vez Owen, ofendido.

—No insinúo nada, joder, pero no me negarás que todo esto es surrealista —replicó, cerrando los ojos un instante porque la situación lo desbordaba.

—Seamos francos. He visto el proyecto, tu proyecto.

—No quiero saber cómo lo has conseguido... —masculló Axel, sabiendo de sobra que una rubia cabeza hueca, al largarse y llevarse el dinero de la caja para pagarse el billete de avión, también se había llevado una copia de sus cálculos.

—Mejor no —convino Owen—. Aunque te diré que me parece una muy buena opción empresarial.

—Viniendo de ti, supongo que es todo un halago —respondió él con ironía.

—Puede que no hayas empezado con buen pie, sin embargo, sería una lástima que todo esto se quedara en nada. Tu hermana, que es bastante más lista que tú, se ha dado cuenta de ello —añadió, cambiando de postura en la maldita silla plegable.

—No voy a firmar nada sin hablar antes con ellas —dijo Axel, cruzando los brazos, porque Owen iba listo si pensaba que podía llegar allí y darle órdenes en su propia casa.

El banquero arqueó una ceja. Eso de hablar con «ellas» sonaba peligroso, pero no podía oponerse.

—De acuerdo. Organizaré una...

—No te molestes. Ya sé que te gusta controlarlo todo, pero en este asunto mejor te quedas al margen —lo interrumpió Axel, poniéndose en pie—. Y ahora, ¿puedo

hacerte una pregunta personal?

Eso último pilló desprevenido a Owen, ya que rara vez, por no decir nunca, hablaba de asuntos de esa índole con nadie; sin embargo, asintió.

—Al llegar has dicho que le has prometido a Astrid que cenarás con ella...

—Así es —asintió su cuñado, sin saber muy bien por dónde iba.

—Y, conociéndote, intuyo que no vas a incumplir esa promesa... —continuó Axel, dándole a todo aquello un cariz de intriga que a Owen lo desconcertaba.

—Por supuesto —replicó molesto al contemplar, ni siquiera hipotéticamente, la idea de fallarle a su esposa.

—Deduzco entonces que no has viajado hasta aquí en vuelo regular...

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó el otro, harto de aquella charla.

—Pues que si esperas media hora, cojo cuatro cosas y me voy contigo.

Capítulo 37

Axel entendió perfectamente la frase «uno se acostumbra a lo bueno con facilidad» en cuanto se bajó del *jet* privado en el que habían llegado a Londres. En un principio pensó que su cuñado se negaría a llevarlo, pero Owen accedió sin poner ninguna pega, lo cual resultaba sospechoso, pero como era lo que a Axel le convenía, no preguntó las razones por las que le permitía viajar con él. Por otra parte, hacer el trayecto junto a su estirado cuñado *a priori* se le presentaba como un ejercicio de contención, pero no fue así y al final terminaron charlando de forma más o menos amistosa, después de que Axel, recurriendo a un tema infalible, la reciente paternidad del otro, lograra sacar su lado más humano.

Otro asunto que lo sorprendió fue que Owen insistiera en que se alojara con Astrid y con él en su lujoso apartamento, en vez de ir a un hotel, como había hecho en otras ocasiones; dijo que así resultaría todo más sencillo, aunque Axel sospechó que lo que pretendía en realidad era tenerlo controlado, como era su costumbre.

Pero entre alojarse en un hotel de lujo, donde estarían pendientes de él a cada segundo, con chófer permanente, o estar con su hermana y su sobrino, no había color.

Relacionarse con un tipo al que le hacían la pelota de forma constante resultaba gracioso, y más aún porque Owen parecía no darse cuenta de cómo lo trataban, fue el pensamiento que se le cruzó por la cabeza a Axel mientras iban camino de su casa, en silencio, por supuesto, los dos sentados en la parte trasera de un impresionante Jaguar conducido por un igualmente silencioso Arthur.

Otro ejemplo de peloteo intenso fue, a su juicio, cuando, al llegar a la puerta de la casa, y sin que nadie tocara el timbre, una asistenta se encargó de darles la bienvenida. Tras saludarlo con aquella letanía de «Bienvenido, señor Boston», que ya aburría, la verdad, Axel no sabía si echarse a reír o ponerse a charlar con la mujer para averiguar cómo sabían la hora a la que el amo y señor llegaba al apartamento. Pero para no enfadar al anfitrión, prefirió quedarse con la duda, aunque cuando pudiera se lo preguntaría a su hermana.

—¡Ya estás aquí! —exclamó Astrid, acercándose a su marido para darle un beso de esos de película, al que el receptor respondió con el mismo entusiasmo, algo que a Axel lo sorprendió, la verdad, pues el siempre contenido señor Boston nunca demostraba sus emociones en público—. ¡Y media hora antes de lo previsto! —añadió ella en tono guasón, sin soltarlo.

—Y con una sorpresa, además —dijo Owen con un matiz de misterio.

—¿Sorpresa? Oh, no, odio que me compres cosas, ya lo sabes —lo regañó Astrid, dándole otro beso en la boca mientras se lo comía con los ojos.

«Yo no debería ver esto», pensó Axel.

—Pues me parece que no lo puedo devolver —replicó Owen señalando a Axel, que se había quedado en la entrada, callado y con una sonrisa burlona.

—¡Axel! —gritó ella, y se echó en brazos de su hermano, que respondió con igual

alegría—. ¿Cómo es que has venido?

—Es lo que tiene ser un empresario ocioso —contestó él con humor, y preguntó—: ¿Dónde está mi sobrino?

—Dormido, hace poco que ha caído, pero ven a verlo —respondió Astrid ilusionada.

Axel la siguió encantado y, tras quedarse embobado mirando al pequeño Samuel, sin atreverse a tocarlo por si el niño se despertaba, se fue a la habitación de invitados para instalarse antes de cenar. Como correspondía al nivel de una casa así, cada dormitorio disponía de cuarto de baño propio, y él aprovechó para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Esperaba una cena más bien formal, por eso, cuando su hermana le dijo que se reunirían en la cocina, se quedó asombrado. Ni rastro de servicio, lo cual también le extrañó, y ver a Owen con ropa deportiva, poniendo la mesa era para grabarlo en vídeo y enseñárselo a todo el mundo.

—Ya voy yo —dijo su cuñado amable, cuando en mitad de la cena oyeron llorar al niño. Se puso en pie de inmediato y los dejó a solas en la cocina.

—Te veo estupenda —comentó Axel con cariño—. Y no sabes cuánto me alegro.

—Sí, estoy mucho mejor —confirmó Astrid sonriente—. Ha sido duro, y aún hay días que se me hacen muy cuesta arriba; sin embargo, tengo un apoyo fundamental.

—Eso parece... —comentó él con aire socarrón.

—No seas malo. Owen se está esforzando al máximo y para él no es fácil cambiar sus hábitos —alegó ella, defendiendo a su marido sin fisuras, algo con lo que Axel ya contaba.

—Es que todavía no me fío de él.

—Axel, de verdad, en algún momento tendrás que dejar de ejercer de hermano mayor —lo regañó con cariño—. Estoy casada con él y, además, cuando se pone «tonto» yo sola soy capaz de ponerle las pilas.

—De acuerdo, intentaré llevarme mejor con él —respondió, sabiendo que cumplir aquella promesa sería casi misión imposible, aunque se esforzaría. Un poco.

—Haré como que te creo... Pero déjate de peloteo y dime por qué has venido.

—¿No puedo venir a verte?

—Que nos conocemos... —le advirtió Astrid.

—Vaya... qué agresiva —murmuró él.

—Tú no vendrías aquí ni borracho, y menos junto a Owen —dijo ella, dando en el clavo.

—Pues a lo mejor la que tiene más que explicar eres tú y tus tendencias altruistas —replicó Axel, dando cuenta del estupendo vino que habían servido.

—Era lo más lógico —contestó Astrid, encogiéndose de hombros—, porque aún no entiendo cómo pudiste aceptar su dinero.

—Otra con la misma canción... —se quejó con amargura—. No sé por qué narices todos pensáis eso.

—Pues explícamelo —le pidió, y Axel agradeció que por lo menos alguien le

diera la oportunidad de contar su versión.

Astrid escuchó con una mezcla de sorpresa y atención cuanto su hermano relataba, lo que se ajustaba más a la opinión que tenía de él. Cuando se había enterado de todo el asunto, no podía dar crédito a aquella historia de que Axel hubiese engañado a Portia para quedarse con su dinero.

—Y aparte de una obligada relación de negocios, ¿qué más hay entre tú y ella? —inquirió, porque conocía muy bien a su hermano y sabía que entre ambos había ocurrido algo serio.

—Nada —se apresuró a responder él, y no fue nada convincente.

—Te lo preguntaré de otro modo: ¿qué pasó entre vosotros? —insistió Astrid.

—No me toques los cojones... —masculló Axel, cansado de que todo el mundo se metiera en su vida privada.

—Da igual, porque me lo imagino —respondió por él—. El caso es que cuando Pierce y Owen se enteraron, armaron un buen jaleo.

—¿Se enteraron de qué exactamente?

—Del asunto del dinero —le aclaró—, lo otro se lo imaginan, aunque Portia, ya la conoces, los mandó a la mierda... y ellos se tuvieron que morder la lengua; pero son hombres de negocios y ya sabes que en ese aspecto no dejan pasar ni una.

—Yo habría hecho lo mismo... —admitió—. Pero lo que sigo sin comprender es tu actitud. Joder, podrías haberme llamado.

—Lo pensé, no creas, pero después de mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que era mejor que me quedase al margen. Y, ya puestos, Axel, no me digas que no te apetece volver a verla, aunque sea por un motivo tan extraño —añadió su hermana arqueando una ceja, porque no hacía falta ser adivina para darse cuenta de que entre el tontaina de su hermano y la alocada de Portia había pasado algo muy importante.

—Me jode, y mucho, que todos os metáis en mis asuntos —dijo él, aunque consciente de que seguiría ocurriendo.

—Tienes que entender que, para Owen, Portia es como una hermana; se conocen desde niños y, además, en los últimos tiempos ella no ha llevado una vida muy sensata que digamos —comentó con cariño, mirando a su hermano, que era incapaz de admitir que se moría por verla.

—Y tú te pones de su parte —se quejó Axel.

—¡Estás exagerando! —protestó ella—. Y es una oferta justa.

—No he firmado nada, que lo sepas. Primero, si consigo controlarme lo suficiente, me enteraré de por qué carajo Portia ha hecho algo así.

—No quiero ponerme cursi, pero...

—Ni se te ocurra decirlo —la interrumpió Axel, porque ni él mismo se atrevía a mencionarlo.

—Niega la evidencia cuanto quieras —dijo ella con un deje burlón.

—Astrid...

—Además, mamá me contó lo de Paloma... Qué alivio saber que la has mandado

a paseo.

—Pero ¿es que uno no puede tener vida privada? —refunfuñó.

Su hermana negó con la cabeza, riéndose.

—Venga, Axel, que no es para tanto. —Y añadió en tono cómplice—: Supongo que en ese caso no quieres saber dónde vive ahora o en dónde trabaja.

—Vas a darme la información igualmente, porque salta a la vista que te mueres por soltarlo —contraatacó él en el mismo tono.

—Pues te vas a quedar a cuadros cuando te enteres...

—No seas mala —le advirtió Axel, y ambos se callaron cuando Owen entró en la cocina acunando a su hijo.

—Parece que tiene hambre —dijo el orgulloso padre, sonriendo como un tonto.

Axel, que no salía de su asombro ante su actitud, vio cómo Astrid cogía al bebé en brazos y, sin más, se desabrochaba la blusa para darle el pecho.

—Será mejor que os deje a solas... —murmuró Axel.

—No seas tonto —le dijo su hermana sin mirarlo, soltando el cierre superior de un horrible sujetador, y empezando a darle de mamar al pequeño.

Axel no lo tenía muy claro, pues había cosas que podían ser normales, pero ver a su hermana de esa guisa, como que no. Así que prefirió recoger los platos de la mesa antes de irse a la cama.

Cuando el pequeño Samuel se sació, su padre se lo puso al hombro y se ocupó de que echara los gases.

—Creo que hay que cambiarle el pañal —comentó Owen, arrugando la nariz—. Tranquila, ya voy yo.

—Si no lo veo, no lo creo —comentó Axel, observando cómo salía tan tranquilo.

«Este hombre sirve hasta para limpiarle el culo a un bebé», pensó con ironía.

—¿El qué? —preguntó ella distraída mientras recomponía la ropa.

—Tu marido. Esa doble faceta, cabronazo de día, padrazo de noche.

Astrid se echó a reír ante sus palabras.

—Si te soy sincera, al principio a mí también me sorprendió, pero ahora... —murmuró feliz.

—Me hago una idea, no me hacen falta más detalles —replicó Axel y, la verdad, tras presenciar aquella escena tan doméstica, su opinión sobre Owen mejoró, aunque solo un poco.

—Bueno... —Astrid bostezó—, me voy a dormir, estoy molida.

—¿No tienes nada que decirme? —inquirió él, porque necesitaba una información vital.

Ella, riéndose de manera disimulada, dijo:

—Trabaja para su hermano; espera un segundo y te anoto la dirección.

Con ese papel a buen recaudo, Axel se marchó a su habitación con la idea de elaborar un plan, porque no pensaba presentarse ante Portia sin pensarlo bien, ya que, conociéndola, podría volverlo loco. Además, él jugaría en campo contrario, porque

ahora ella estaba trabajando en uno de esos puestos que se inventan los potentados para colocar a la familia y justificar pagarles un sueldo.

Tumbado en la cama, a oscuras, intentó organizar sus pensamientos y así elaborar un discurso coherente con el que presentarse ante Portia, pero había un inconveniente: Axel estaba tan rabioso como deseando verla, por lo que debía concentrarse.

Sus disquisiciones lo desvelaron y por eso, cuando a primera hora de mañana sonó la alarma de su móvil, gruñó, aunque se acabó levantando. Caminó bostezando hacia la cocina, dispuesto a dar buena cuenta de una taza de café antes de ducharse y arreglarse. Allí se encontró con Owen, de nuevo con su atuendo de ejecutivo, desayunando.

—Buenos días —saludó él, pasando a su lado y preparándose un café.

—Buenos días —respondió Owen—. Ayer, entre una cosa y otra, te olvidaste de firmar los papeles.

—No me olvidé —contestó Axel, sonriendo de medio lado—. Pero, tranquilo, pienso resolver esta situación hoy mismo.

—Eso espero —replicó seco su cuñado, antes de dejarlo solo en la cocina—. Lo que no entiendo es por qué te resistes tanto a aceptar la realidad —añadió sin embargo.

—No me amargues el desayuno. Ayer hablé con Astrid y sé lo que opina, pero antes debo hablar también con esa cabeza hueca.

—Yo que tú empezaría por admitir algo básico: estás jodido —afirmó Owen con un deje divertido que ocultaba tras sus formas cuidadas.

—No lo dudo...

—De ahí que, cuanto antes te decidas, mejor; solo estás prolongando una situación absurda.

—¡Cómo te gusta verme entre la espada y la pared!

Owen negó con la cabeza.

—Nada más lejos de la realidad —lo contradijo—. Astrid se preocupa y eso me afecta, así que espabila y haz las cosas bien por una vez en la vida.

—Dejé que te casaras con mi hermana... —replicó Axel solo para pincharlo, porque sabía que no podía haber un marido mejor para ella; pero ni muerto lo admitiría en voz alta y menos ante él.

—Tú eres tonto —le espetó Owen—. Pero muy tonto. Ya deberías saber que Astrid, es, entre otras cosas, mucho más inteligente que tú y, sobre todo, tiene su carácter, así que dudo mucho que hubieras podido impedir que se casara conmigo.

Los dos se contemplaron, desafiándose con la mirada, hasta que Owen murmuró un «Que pases un buen día» con su aire más sardónico y lo dejó solo.

Axel terminó de desayunar y después fue en busca de su hermana, porque no quería marcharse sin hablar con ella; pero como la encontró dormida, no quiso molestarla y se fue a su cuarto para arreglarse.

Vestido de manera más o menos formal, al fin y al cabo, iba a una de esas empresas en las que desde el primero hasta el último van de punta en blanco, salió del apartamento y paró un taxi. No le sorprendió que el lugar de trabajo de Portia estuviera en el centro financiero. Un detalle que le traía sin cuidado; lo importante de verdad era que fuese capaz de estar cara a cara con ella y no cagarla.

Cuando llegó a la empresa, se acercó a recepción y preguntó por la señorita Wesley. La chica del mostrador, un poco seca, la verdad, le indicó que bajase al sótano, donde se hallaba el departamento de mantenimiento.

Axel, desconcertado, insistió en que quería ver a Portia Wesley, por si la mujer no lo había entendido bien, y de nuevo obtuvo la misma respuesta. Como tampoco iba a montar un numerito, fue a donde le había indicado, pensando que quizá ella estuviese allí realizando alguna gestión.

Una vez que bajó al sótano, y tras recorrer un pasillo, encontró a un tipo canoso y uniformado junto a una mesa bastante ajada, que lo miró extrañado.

—Buenos días. Me han dicho que la señorita Wesley está aquí. ¿Sería tan amable de decirme dónde?

El tipo sonrió y respondió:

—Yo qué sé por dónde anda nuestra «mejor empleada». —Axel percibió un ligero tono sarcástico—. Hace dos horas andaba en los aseos de personal de la segunda planta.

—¿Perdón? —Axel pensó que no había oído bien.

—Había una pequeña fuga y la he enviado a revisarla para que evaluara la situación.

—No le comprendo... —murmuró él; aquello debía de ser una broma.

—Verá: esa chiquilla le pone voluntad y, siendo como es la hermana del gran jefe, nos la han encasquetado en este departamento; pero, la verdad, mejor estaría en la zona de atención al público, porque para eso es una maravilla.

—¿Ah, sí? —preguntó Axel interesado, pese a que tenía prisa por encontrarla, pero la opinión de aquel hombre podía ser valiosa.

—Pues sí, caballero. Le das una caja de herramientas y la lía parda, pero en cambio, cuando algo no se ha podido reparar y nos vienen quejándose, ella sabe apaciguar los ánimos y además contentar a la gente. Da gusto; desde que está en este departamento tenemos menos incidencias que antes, eso sí, para disimular, de vez en cuando la enviamos a hacer pequeñas reparaciones, sencillas, sin riesgo, para que la chica se anime.

—Bueno, pues gracias por la información —dijo, a falta de otra cosa mejor, pues no salía de su asombro.

—Y usted ¿para qué la busca? No tiene pinta de ser uno de esos ejecutivos pedantes que pululan por aquí.

Axel le sonrió al hombre. Aparte de sincero, era observador. Podía haberse vestido de manera más elegante, pero estaba claro que a él no lo había engañado.

—Pues no, no lo soy —dijo—. ¿Podría indicarme cómo localizarla sin pasar de nuevo por recepción?

—Faltaría más, atienda...

Axel escuchó las explicaciones del hombre y se despidió dándole de nuevo las gracias.

«En busca de la rubia perdida», pensó, mientras subía en el ascensor de servicio. Una vez en la segunda planta, la suerte le sonrió y localizó a la primera los aseos. No sabía qué se iba a encontrar allí, pues todavía no había asimilado que Portia se ocupara de tareas, *a priori*, tan poco glamurosas.

Cuando estuvo delante de los servicios, dudó si entrar al de señoras o al de caballeros, pues había un indicador de averiado sin especificar y no quería sobresaltar a nadie. Aguzó el oído... nada. Así que, tras mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie lo veía, empujó la puerta del de señoras y asomó la cabeza. Ni rastro de Portia.

Sonrió como un tonto. Ella nunca se lo pondría tan fácil.

Para cerciorarse de que nadie los interrumpiera, colocó delante de los servicios de caballeros el cartel que indicaba la avería y se metió dentro.

Allí vio un par de largas piernas enfundadas en unos anodinos pantalones, lo que lo hizo dudar, pero al fijarse en las zapatillas rosa fosforito lo tuvo claro.

—Joder, joder y mil veces joder... vaya mierda —la oyó protestar.

Axel se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, no sabía lo que estaba ocurriendo allí abajo, pero desde luego debía de ser épico.

La oyó resoplar, mascullar algo sobre la madre del fontanero que había hecho la instalación y mil improperios más que no hicieron sino aumentar su sonrisa. Desde luego, nadie como ella para «reparar tuberías».

—¿Dónde coño he puesto la llave del doce? —farfulló, y Axel observó, sin mover un músculo, cómo la mano enguantada de ella tanteaba a su alrededor.

Él la localizó y se apiadó, empujándola con el pie para que pudiera encontrarla y, ya de paso, se acercó un poco para entrar en su campo visual.

—Esto no es lo que decía el tipo de internet —siguió protestando ella.

Sin dejar de refunfuñar, Portia se limpió el sudor de la frente y se dispuso a mandar a paseo al imbécil que se había pasado por el arco de triunfo el letrero que indicaba que los servicios estaban averiados. Sin embargo, no tenía ganas de discutir, porque lo que de verdad deseaba era aflojar de una maldita vez el manguito del lavabo para poder sustituirlo por otro que no estuviera oxidado, pero el muy cabrito se resistía y ella ya no sabía qué hacer, pues en el vídeo que había visto en internet antes de ponerse manos a la obra, parecía fácil. Incluso se había subido ya los repuestos para dejar todo el trabajo hecho. Y ahora encima aparecía un tocapelotas impaciente que no sabía leer.

Hizo un último esfuerzo y sonrió aliviada cuando aquello empezó a aflojar y con la llave pudo soltarlo del todo.

—¡Por fin! —exclamó exultante.

En ese momento, varias cosas ocurrieron simultáneamente...

Un gran chorro de agua salió disparado, pillando por sorpresa a Axel, al que dejó calado hasta los huesos.

Portia se incorporó de golpe, porque ella también se estaba empapando, con tan mala suerte que se dio un coscorrón en la frente.

Él, pese a estar chorreando, se agachó para ayudarla, pero ella intentaba tapar la fuga con desesperación para que, en vez de un aseo, aquello no acabara pareciendo una piscina olímpica.

—¡Corta la llave de paso! —ordenó Axel, viendo sus infructuosos intentos. Se agachó incluso para cerrarla él mismo, pero al estar Portia en medio no podía llegar.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó ella en vez de obedecer, cuando él la apartó de malas maneras para llegar a la dichosa llave de paso.

—¡Darme una ducha, no te jode!

Capítulo 38

Portia escupió agua y se apartó por enésima vez el pelo de los ojos, porque desde luego Axel era la última persona que esperaba ver un viernes, en medio de su jornada laboral y en el servicio de caballeros. Bueno, para ser sincera, lo había echado de menos; sin embargo, prefería no darle el gusto de demostrárselo.

Y, ya puestos, de haber podido preparar el encuentro, se habría esforzado un poco más para que no la pillara en una situación tan comprometida.

—¡Aparta, maldita sea! —gritó Axel ante su pasividad, y como por lo visto seguía en estado de *shock*, tiró de ella, arrastrándola por las piernas, para, una vez despejado el hueco, meterse debajo y así alcanzar la maldita llave de paso y cerrarla. Que al final iban a inundar toda la planta. Por no mencionar la ducha de propina que se estaban dando.

Cuando por fin lo hizo, se incorporó y buscó algo con lo que secarse al menos un poco, pues tenía la camisa blanca pegada al cuerpo, los pantalones le pesaban una barbaridad y el pelo le chorreaba.

—¿Qué narices haces aquí? —insistió ella, fulminándolo con la mirada.

—Pásame esa toalla, anda, y deja de dar por el saco —replicó él, señalándola.

—¿Qué ha pasado con el clásico «no me toques los cojones»? —preguntó Portia, acercándose de malas maneras, para después coger otra y secarse ella, que buena falta le hacía.

Axel entrecerró los ojos. Si había albergado una mínima esperanza de mantener con ella un encuentro amistoso, ya era evidente que tal posibilidad se había evaporado, pues Portia, como de costumbre, había adoptado una actitud beligerante y de esa forma el entendimiento no iba a resultar fácil.

—Renovarse o morir —respondió de mala gana—. ¿Y ahora vas a decirme por qué no has cortado primero la llave general?

Ella se encogió de hombros, mientras seguía secándose, evitando mirarlo demasiado.

—En el vídeo no decían nada de eso —alegó en su defensa tan pancha.

—¿Qué vídeo? —inquirió él, preparándose para lo peor.

—En el de YouTube, ¿cuál va a ser? —respondió, confirmando sus peores temores.

—Vaya fontanera que estás tú hecha —comentó él, negando con la cabeza.

Portia lo observaba de reojo, sin entender, en primer lugar, cómo era posible que justo la hubiese pillado en una situación como aquella. Pase que en un descuido la viera con el horripilante atuendo corporativo, pero de ahí a encontrársela como lo había hecho... Y, por si fuera poco, el muy cretino iba vestido casi como uno de aquellos pedantes ejecutivos que la rodeaban a diario y de los que recibía proposiciones más o menos interesantes, aunque no lo bastante como para hacer que se decidiera; unas eran tan descaradas que en otro tiempo hasta le hubieran hecho

gracia, y otras, comedidas, sin duda las peores, pues dejaban muy claro que el interés era debido al apellido.

A nadie le podía quedar tan bien como a Axel una maldita camisa blanca pegada al cuerpo. Tenía un sueño húmedo con patas delante de sus narices. Resultaba complicado quitarle la vista de encima y ese era un factor muy importante a tener en cuenta a la hora de presentar batalla. Había arañado, besado, tocado aquel torso unas cuantas veces, sin embargo, se sentía como si fuera la primera vez que tenía oportunidad de verlo. «Mierda», pensó, frunciendo el cejo por despistarse. Axel estaba allí, y la pregunta era: ¿para qué?

—Esto no tiene remedio... —masculló él, tirando la toalla empapada encima del lavabo—. ¿Hay alguna forma de conseguir ropa seca?

—En los vestuarios, supongo... —murmuró ella, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Y vamos a dejar esto así? —preguntó extrañado, porque menudo estropicio.

—Ah, bueno, ahora llamo a los de la limpieza —dijo Portia, sin rastro de remordimientos por haber causado aquel desaguisado.

Y Axel vio alucinado cómo cogía el móvil y daba instrucciones para que despejaran la zona catastrófica sin el menor apuro por haber sido ella la causante de todo aquello y sin demostrar en ningún momento alguna intención de reparar la avería. Acojonante. Hablaba en un tono tan amistoso que al final tendrían hasta que agradecerle que hubiera provocado aquel desastre.

—Espera un segundo —dijo él, negando con la cabeza, porque marcharse dejándolo todo de tal guisa lo superaba.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Portia sin comprender.

Y Axel, con toda su santa paciencia, y tras advertirle con la mirada que no abriera el pico, se metió debajo del lavabo, localizó la avería, terminó de soltar el manguito en mal estado y después, con bastante eficacia, comenzó la reparación.

Durante todo el proceso, ella permaneció arrodillada a su lado, evitando mirar las partes de su cuerpo que más nerviosa la ponían, y le fue entregando las herramientas que le solicitaba. Bueno, más o menos, porque los nombres de algunas cosas le daban risa.

—¿Teflón? ¿Qué es eso? —preguntó, frunciendo el cejo.

Axel resopló.

—Mira en esa caja de herramientas tan bonita que has traído, seguro que tienes —contestó sin perder la paciencia.

Como ella no lo localizaba, por el sencillo motivo de que no tenía ni idea de lo que era, él tuvo que arrastrarse y salir de allí debajo para cogerlo él mismo y mostrárselo.

Portia, curiosa y deseosa de aprender, se agachó también para fijarse en cómo lo utilizaba, tomando nota mental de todo, porque a buen seguro en un futuro no muy lejano iba a hacerle falta.

—Vaya... —musitó, al darse cuenta de que solo era cuestión de seguir unos

sencillos pasos.

Axel apretó bien los manguitos, pasó la mano por encima para asegurarlos y después abrió con cautela la llave de paso del agua.

—Vamos a probar... —dijo, incorporándose.

Ella, como eficiente ayudante, lo ayudó y sonrió cuando vio que todo funcionaba a las mil maravillas. La hubiera gustado decir en voz alta lo buen fontanero que era, pero no tenía muy claro cómo interpretaría Axel ese halago, por lo que guardó silencio.

Con la satisfacción del trabajo terminado, lo invitó a seguirla. Cuando los vieron los otros trabajadores hubo muchos murmullos, pero por suerte lograron llegar a la zona de vestuarios sin mayor complicación.

Portia cruzó los dedos para que ningún «amable» empleado le fuera con el cuento a su hermano y evitar así darle explicaciones, pues no estaba muy segura de la reacción de Pierce (sobrepotector hasta decir basta) si se cruzaba con Axel; una cosa era que coincidieran en un ambiente selecto y otra muy distinta llevarse bien después de lo que había pasado.

—¿Qué haces? —preguntó Axel alarmado cuando ella empezó a desnudarse nada más poner un pie en los vestuarios, sin siquiera buscarle ropa seca a él.

Ya era bastante peligroso estar en el vestuario femenino como para que encima ella se despelotase.

—Quitarme esto de encima, que voy a coger una pulmonía —respondió.

—No me toques los cojones...

Portia, en bragas y sujetador, por cierto a juego con sus deportivas, fue hasta un armario y sacó un uniforme de trabajo que dejó en un banco junto a él, para después abrir su propia taquilla y coger ropa seca para ella, bragas incluidas.

Él optó por no decir nada, pero todo era tan surrealista que incluso estuvo a punto de hacer un chiste sobre mojar las bragas, pero no era cuestión de que Portia se pusiera a la defensiva. De modo que no le quedó más remedio que prescindir de sus bóxers y vestirse con aquel uniforme hasta que pudiera pasar por casa de su hermana y cambiarse.

—Y ahora, ¿podemos hablar? —preguntó con retintín, mientras ella se peinaba con los dedos y él se abrochaba el pantalón.

Lo miró a través del espejo y le vino a cabeza la peligrosa idea de que aquella escena, en la que ambos se vestían después de un remojón, se parecía mucho a la típica situación tras haber follado. La diferencia era que se habían «duchado» a la fuerza y, pese a haber estado desnudos el uno delante del otro, no había ni rastro de sexo ni, al parecer, intención de que lo hubiera.

—¿Portia? —insistió Axel debido a su extraño silencio.

—¿Decías? —replicó ella, volviendo a la realidad.

—Tenemos que hablar —repitió él impaciente.

Y Portia, quizá porque Axel acababa de pronunciar esas palabras tan tópicas, por

el tono empleado o porque esperaba otra cosa, decidió replicarle.

—Por si no te has dado cuenta, estoy trabajando. No puedo escaquearme —le espetó, muy digna y responsable.

Axel entrecerró los ojos ante aquella excusa tan absurda.

—¿Trabajar? —respondió irónico.

—Pues sí, trabajo aquí, así que, si no te importa, me voy a ver a mi supervisor —añadió altiva, dispuesta a dejarlo con la palabra en la boca.

Pero antes de que se escabullera, él la agarró de la muñeca y la retuvo.

—¿A qué hora acabas? —preguntó burlón sin soltarla.

—A las cinco —murmuró Portia en respuesta, sin intentar siquiera retirar la mano.

—Muy bien, aquí estaré a las cinco...

Se detuvo a mitad de la frase, pues mientras la miraba a los ojos, solo podía pensar que, pese a estar fuera de lugar, deseaba tocarla. Sentía el pulso de ella tan acelerado como el suyo, y eso fue determinante.

—De acuerdo —respondió Portia en un susurro, y notó cómo él aflojaba la presión de los dedos y poco a poco liberaba su muñeca.

—A las cinco —repitió Axel como un tonto, mientras ella echaba a andar dejándolo confuso.

—Sí, a las cinco —dijo en el mismo tono sugerente, como si hubieran acordado una cita.

El problema, pensó ella unos minutos después, era cómo sobrellevar el tiempo que aún faltaba hasta la hora de la salida. Desde luego, mejor ni tocar la caja de herramientas: con pifiarla una vez al día ya estaba bien.

Así que se pasó las siguientes horas de aquí para allá, organizando el papeleo de mantenimiento, que, dicho fuera de paso, era un desastre. Sus compañeros serían muy expertos con un destornillador, pero eran incapaces de rellenar un parte de trabajo.

Cuando por fin dieron las cinco, cayó en la cuenta de que, aparte de tener que enfrentarse a Axel, e intuía por dónde iban los tiros, no tenía nada que ponerse, pues ya se había acostumbrado a ir y venir de casa con la ropa de trabajo para no llegar tarde y así evitar perder tiempo al cambiarse.

Sin ninguna alternativa, salió por la puerta de personal y allí se lo encontró. Cambiado, con vaqueros, chaqueta de piel y, lo peor para su tranquilidad, una expresión neutra que la desesperó.

—Qué puntual —dijo al llegar a su lado, solo por seguir la costumbre de pincharlo.

—Lo mismo digo —replicó sardónico.

Ella respiró hondo para evitar darle una réplica contundente y acabar a gritos allí mismo. Sacó las llaves de su utilitario y dijo:

—Quiero pasar por casa a cambiarme. Si te parece, quedamos en...

—Te acompaño —la interrumpió él—, tengo un taxi esperando.

Portia arqueó una ceja y después negó con la cabeza.

—Y yo mi coche aquí mismo —dijo, moviendo las llaves—, así que...

—Espera un jodido minuto —la interrumpió Axel, amenazándola con un dedo.

Portia vio cómo se acercaba al taxista, le pagaba y lo despedía, para reunirse de nuevo con ella. Ahora las cosas se ponían más cuesta arriba si pretendía acompañarla a casa.

—Venga, vamos —dijo él impaciente, mirándola de una manera rara que ella no supo interpretar.

Portia caminó con él hasta la zona de aparcamiento para empleados y Axel se fijó en los automóviles allí aparcados. Gama media-alta. Bastante nuevos. Impolutos. Casi todos de colores clásicos, gris metalizado en su mayoría. Ella en cambio se detuvo junto a un artefacto (a falta de una definición mejor) naranja, algo descolorido, con más años que el hilo negro y metió la llave en la puerta del conductor.

—Joder, vaya reliquia... —comentó, aguantándose la risa.

—Es un Mini auténtico, original de 1965 —dijo, orgullosa de su coche. Como no se podía permitir ninguno, había birlado ese del garaje de sus padres; de ahí que, pese a ser tan viejo, estuviera en perfecto estado.

—No hace falta que lo jures —añadió él.

—¿Subes o vas a seguir haciéndote el gracioso? —preguntó Portia, mientras se estiraba para abrir la puerta del copiloto y advirtiéndole con la mirada que no admitiría más bromas sobre su Mini.

Resignado a ir en aquel caldero que, conociéndola, no debía de pasar por un taller para una triste revisión ni de coña, se subió, confiando en que por lo menos condujera con cierta prudencia; eso si arrancaba a la primera, pensó con ironía.

Portia giró la llave de contacto y el «caldero» cobró vida, rugió incluso cuando pisó el acelerador.

Por suerte, condujo con tranquilidad y el coche no hizo nada raro, sino todo lo contrario. Para Axel, acostumbrado a los motores, fue toda una sorpresa que el del Mini sonara bien. Desde luego, nunca habría esperado que Portia tuviera su coche a punto.

—¿No vivías en casa de Patrick? —preguntó cuando abrió la puerta del pequeño apartamento.

—Ya tengo edad para independizarme —replicó ella con chulería—. Pasa, me cambio y nos vamos.

—Y así, por encima, ¿cuánto vas a tardar?

—Mira, Axel, ya vale de tanta estupidez —saltó, cansada de tanto rifirrafe—. Estás aquí y no sé qué demonios pretendes. Creo que quedó muy claro en nuestro último encuentro que ni tú querías saber nada de mí, ni yo de ti.

Dicho eso, lo dejó en el salón y se fue directa al dormitorio para cambiarse de ropa, porque además aquel jodido polo corporativo picaba.

—Eso no te lo discuto —dijo Axel, siguiéndola, y cuando la vio quitarse la camiseta, se dio la vuelta—, pero como siempre, tienes que dar la puntilla.

—¿De qué estás hablando?

Él resopló, porque aquello de hacerse la tonta ya le tocaba un poco los cojones y llegaba demasiado cargadito de casa como para aguantar estupideces.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó de mala leche, y se volvió con tan mala suerte que justo en ese instante ella se estaba bajando los pantalones.

—¿El qué? —preguntó Portia, ajena al hecho de que él la estuviese mirando fijamente.

—No me toques...

—... Los cojones —remató ella, poniéndolo en el disparadero—. No, todavía no te los voy a tocar —añadió, levantándose dispuesta a enfrentarse a él.

—Te las apañaste para engañar a Eusebio, no sé cómo, bueno, sí, me lo imagino, porque Eusebio es un baboso, y de paso me engañaste a mí —la acusó, sin andarse por las ramas.

—¿Y...?

—¿Cómo que «y...»? —replicó, parpadeando ante su indiferencia—. Joder, Portia, pues que no entiendo por qué vas y te metes donde nadie te llama.

Se pasó una mano por el pelo mientras intentaba controlar la mala leche. Aquella conversación no estaba discurrendo como él habría querido.

—Eres un quejica —le espetó ella y él arqueó una ceja—, un quejica, un miedica y un gilipollas.

Dio un paso al frente y, con los brazos en jarras, se quedó a unos escasos cincuenta centímetros de él, con la cabeza bien alta y dispuesta a no dejarle pasar ni una.

—¿Perdón?

—Ya me has oído. Y un orgulloso de mierda —añadió a la ristra de adjetivos, dejándolo aún más confuso—. Tienes entre manos un proyecto estupendo, ¿y qué haces? Quejarte. Obtienes la financiación para llevarlo a cabo sin mover un dedo, ¿y qué haces? Cagarte de miedo y venir aquí a protestar.

—¡Lo que hay que oír!

—La verdad, y te jodes si no te gusta —le espetó, hastiada del temita.

—Claro, y ¿cómo encajo yo que una tía a la que me he tirado me suelte la pasta? ¿Qué crees que piensan todos que he hecho?

—Gilipolleces —replicó.

—Ya, claro, pues resulta que tu hermano y mi cuñado, los jerifaltes del Monopoly —Portia se rio, porque ella pensaba lo mismo—, no se lo han tomado nada bien.

—No les hagas caso, yo los mandé a paseo —dijo tan pancha y se alejó de él para ir al armario, de donde sacó un vestido sencillo para ponerse, algo que él agradeció en silencio.

—Por supuesto, para ti es muy fácil —contestó, sin perderse un solo detalle de

sus movimientos—. Ahora te ha dado por jugar a la fontanería, mañana te pondrás a vender flores en un mercadillo y pasado mañana a diseñar bolsos, pero los demás vivimos en el mundo real.

Esas palabras la cabrearon de verdad, porque intentaba centrarse y dejar atrás una vida llena de caprichos.

—Déjame en paz, ¿de acuerdo? Eres un desagradecido, porque yo solo pretendía que pusieras en marcha una idea que te ilusionaba.

—No tenías derecho a inmiscuirte —masculló Axel—. De todas las estupideces que seguro que has cometido, esta se lleva la palma.

—¿Piensas que soy tonta? Pues a lo mejor sí, por confiar en ti.

—Yo no he dicho que lo seas —murmuró, negando con la cabeza.

—Si de algo me di cuenta cuando tuve la desgracia de trabajar para ti, es que te aburres en ese taller. Haces tu trabajo sin ningún tipo de ilusión, cumples con los clientes y poco más. —Axel resopló ante el panorama que le pintaba—. No obstante, tienes razón —admitió con pesar y se sentó en la cama, mostrándose abatida—, debería haberme quedado quieta, no mover un dedo. Total, no sabes aprovechar una oportunidad ni cuando te muerde el culo.

Él se dio cuenta de que, aparte de actuar de forma impulsiva, Portia también lo había hecho con ilusión, y pensó que a lo mejor no era la mujer frívola que todos creían.

Al oír sus últimas palabras, en especial el tono con que las dijo, tuvo que plantearse si no se habría comportado como un gilipollas, como un miedica, tal como ella aseguraba, o por lo menos de forma impulsiva, ya que ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse.

Portia no soportaba aquel silencio. Jamás esperó que su reencuentro se desarrollaría de ese modo, y todo por estar pillada por él. Decidió no entrar más al trapo, se puso en pie y se fue hasta la barra de la cocina, dispuesta a encargarse algo de comida. Lo de salir quedaba descartado, no le apetecía nada en absoluto. Amén de que era más barato comer en casa.

Él la vio salir de la habitación y se sintió incapaz de pronunciar una palabra coherente. La había cagado, pero bien, además. La tenía a tan solo unos metros y, en vez de decirle de una puta vez lo que sentía, la había abroncado y llamado, entre otras lindezas, niñata.

—Joder... —masculló.

Se pasó las manos por el pelo, dos veces, y abandonó el dormitorio. La vio tras la barra de la cocina y, sin pensárselo dos veces, le arrebató el teléfono de las manos y cortó la llamada.

—¿Qué haces? —saltó ella, sobresaltada ante aquella actitud.

Axel se le acercó y la acorraló contra el frigorífico antes de responder:

—Besarte. Después, si tienes hambre, no te preocupes, de la cena también me encargo yo.

Capítulo 39

A priori no tenía escapatoria; detrás de ella, la nevera le cortaba la retirada y por delante estaba él, con las manos colocadas una a cada lado de su cabeza, de tal forma que solo quedaba el camino del medio: darle en los huevos, acertar y salir corriendo.

¿De verdad quería eso?

Qué tentador...

Qué dilema...

—¿Solo vas a besarme? —terminó diciendo y sonó a desafío.

—¿Nunca escuchas? —respondió Axel sonriendo de medio lado, mientras se acercaba un poco más—. También voy a hacerte... —hizo una pausa, le acarició los labios y arqueó una ceja justo cuando ella suspiraba— la cena.

Portia no dijo ni mu al respecto, porque si de verdad con lo que había allí dentro lograba preparar algo comestible, sería su héroe. O le serviría para descojonarse de él durante una temporada, por arrogante. Todo dependería de su estado de ánimo tras ese beso que no terminaba de llegar y que deseaba.

Se miraron. Ella aguantó el tipo. Axel también.

Él la agarró del culo y, tras un magreo en toda regla, se las apañó para alzarla, volverse con ella en brazos y ponerla sobre la encimera. Separarle las piernas. Colocarse entre ellas. Tirar del bajo del vestido y levantárselo para dejarla en ropa interior.

Y cuando consideró oportuno, y sin encontrar resistencia por su parte (más bien todo lo contrario), pudo acunar su rostro entre las manos y besarla como hacía mucho que deseaba hacerlo. Portia separó los labios, encantada y receptiva a más no poder, mientras hundía los dedos en su pelo y tiraba de él, porque se sentía demasiado excitada como para controlarse.

—Joder... —Gruñó Axel ante aquella efusividad tan violenta, una efusividad que por otro lado había echado de menos.

Y Portia no se quedó en ese punto. Levantó las piernas para rodearle con ellas las caderas y tenerlo lo más cerca posible, y gimió cuando empezó a succionarle un pezón por encima de la tela transparente del sujetador.

—Llévame a la cama —exigió cachonda, con la voz más sugerente que un hombre puede escuchar. Si aquella escena se hubiera desarrollado en la cocina de su antiguo apartamento, habrían dispuesto de sitio de sobra, pero allí no lo tenían.

—Ni hablar —la contradujo él en tono imperativo, desplazando una mano desde su trasero hasta posarla sobre su sexo, aún cubierto por el tanga.

La miró a los ojos. Contempló cómo contenía la respiración a la espera de que hiciese algo más que comprobar la suavidad del tejido, insignificante comparado con la suavidad de su piel.

Portia se mordió el labio cuando Axel presionó por encima de la ropa con un dedo, alcanzando el clítoris y frotándolo sin piedad. Quizá era demasiado brusco,

pero no era capaz de detenerlo. Gimió una vez más y buscó sus labios para besarlos y decirle sin palabras que daba igual si la follaba sobre la fría encimera, de pie contra la pared o en una mullida cama; lo que le pedía el cuerpo era avanzar, dejarse de preliminares y sentirlo bien adentro. Luego, si la cosa no se torcía, ya tendrían tiempo para los arrumacos.

Axel se entretuvo entre sus piernas, poniéndola en el disparadero, consciente de la humedad de su sexo empapado y apañándose para evitar que ella alcanzase la hebilla de su cinturón y le metiera la mano dentro de los pantalones, pues, a pesar de que la presión resultaba insoportable, quería esperar un poco más, tantear unos minutos extra para que Portia explotara solo con sus dedos. Era consciente de que, después de correrse, podría mandarlo a freír espárragos; sin embargo, prefirió arriesgarse a echar un polvo rápido en la cocina.

—Axel... ¡maldita sea! —farfulló, retorciéndose sin parar ante aquella demora, a todas luces injustificada.

—¿Mmm? —replicó él, poniéndola aún más nerviosa con aquella aparente tranquilidad. Aparente, desde luego, porque se moría por penetrarla.

—Deja de jugar y sé un hombre —exigió entre jadeos y tirándole del pelo a modo de incentivo.

—¿Mmm? —repitió Axel, respondiendo a su ataque con un mordisco en el lóbulo de la oreja.

—¡Saca eso que escondes ahí y fóllame, por favor! —exclamó Portia de una forma que parecía un ruego. Nada más lejos de la realidad, y eso lo hizo sonreír.

—Quiero que primero te corras con mis dedos, así, de manera diferente... —ronroneó junto a su oído, y ella resopló.

—Deja de decir bobadas —le espetó.

—¿Esto te parece una bobada? —respondió, golpeándola justo en el centro de su sexo.

Ella chilló y le clavó las uñas en el cuero cabelludo, porque no lo esperaba, porque le había gustado y porque no era suficiente; quería más, mucho más.

—Deja de jugar al dominante gilipollas que ordena y manda cuándo puedo o no puedo correrme —añadió con la respiración entrecortada, deseando que volviera a darle otro de aquellos mágicos golpecitos sobre el clítoris.

—Hoy estás más respondona de lo habitual —dijo él en aquel tono desafiante y bromista que a ella le encantaba y que tanto había echado de menos.

—Y tú, más torpe de lo que recordaba —le espetó juguetona—. Ni siquiera te has desabrochado los pantalones aún. ¿Debo entender que estás perdiendo facultades?

Se oyó un *rassss*; uno muy evidente que solo podía provenir de una cosa.

—¿Decías? —preguntó de manera retórica.

—Ya era hora de que me rompieras las bragas —acertó a decir.

Ella se las ingenió para llegar a la cremallera de sus pantalones y, con la ayuda de los pies, se los bajó hasta medio muslo. Por supuesto, Axel colaboró pellizcándole los

pezones con agresividad, tirando y soltando según su criterio, cosa que la desesperó por completo.

Esta vez fue el turno de Axel de gemir cuando Portia le atrapó la polla con una mano y cerró el puño alrededor, comenzando a masturbarlo de manera lenta aunque firme, disfrutando de cada gemido y gruñido que él emitía.

—Joder... Portia... —musitó, encantado al sentir aquellas manos, hábiles y codiciosas, sobre su erección.

Y ella, atrevida como siempre, lamió sus labios antes de besarlos de manera obscena y sonora, a lo que él solo pudo responder de una forma.

La agarró del culo y la colocó en el borde de la encimera, adelantó las caderas y se aferró la polla con una mano para presionar a la altura de su clítoris y así sentir la humedad y el calor antes de recolocarse y embestirla.

—Te he echado de menos...

—¿A mí o a mi polla?

—Mmm... —se limitó a ronronear ella ante aquella pregunta tan capciosa.

Portia sonrió y le respondió con otro de aquellos besos que roban el aliento de cualquiera, al tiempo que conseguía enlazar los pies por detrás de su culo para así sentirlo más hondo. Más adentro. Más cerca.

Ambos sabían que en esa postura era Axel quien marcaba los tiempos y, si quisiera, podría desesperarla bajando el ritmo, moviéndose lo indispensable; sin embargo, no lo hizo. Se aplicó bien a fondo. Penetrándola sin descanso, con ambas manos en su culo de tal forma que la movía a su antojo para que la fricción fuera la idónea.

Portia aceptó que no podía llevar la voz cantante como tanto la gustaba y lo aceptó, porque era Axel quien le apretaba el trasero, quien la hacía girar para que el ángulo de penetración variase en cada arremetida, para que en cada empuje su pelvis chocara de pleno contra su clítoris, acelerando su motor interno de una manera indescriptible.

—Axel... —chilló, aferrándose a su pelo como si le fuera la vida en ello.

—Joder... apriétame así, fuerte... —masculló él, porque ella tensaba cada músculo de su interior igual que si lo hiciera con un puño.

Portia obedeció encantada, pues no solo le procuraba placer a él sino también a sí misma, con cada contracción daba un paso más hacia un orgasmo que deseaba con todo su ser. Y lo deseaba ya, en ese momento, sin más dilación, y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta.

—Deja de tirarme del pelo —se quejó Axel, soltando su culo para apartarle las manos y no quedarse calvo.

—Pues haz que me corra ya —replicó Portia con voz ronca.

—Estoy en ello... Mira hacia abajo —dijo él, echándose hacia atrás—. ¿De quién crees que es la polla que tienes entre las piernas?

—Déjame pensar... —lo provocó ella.

Portia bajó la vista, por supuesto. No quería perderse aquella imagen. Puede que los comentarios de ambos fueran una especie de constante reto, pero ella tenía muy claro a quién sentía y acogía en su sexo.

—¿No lo notas? ¿No sientes la fricción?

—Perfectamente —gimió él, mordiéndose el labio a la par que experimentaba cada roce que su erección le proporcionaba en la parte de su cuerpo que en ese momento era más sensible.

Axel alzó una mano y le acarició los labios, presionando con el pulgar, deformando su forma natural, y Portia, respirando como podía, atrapó ese dedo y comenzó a succionarlo en una envidiable demostración de sus habilidades bucales, habilidades que por cierto se moría por llevar a cabo en otra parte de su anatomía, de lo que a buen seguro él se mostraría encantado.

—Dios... —gimió Axel, al sentir aquella atrevida lengua sobre el pulgar.

—Olvídate de Dios; soy yo la que después, en cuanto tenga oportunidad, voy a chupártela. —Y para dejarlo aún más expectante, lo mordió, al mismo tiempo que tensaba sus músculos vaginales antes de correrse.

—Hostia puta —gruñó Axel, uniéndose a ella apenas unos segundos más tarde—. Portia...

Ella lo abrazó y él respondió con la misma intensidad, asfixiándola incluso entre sus brazos, sin perder el contacto íntimo. Disfrutando de los últimos coletazos del orgasmo.

No solo la abrazó, también la acarició, le transmitió todo lo que sentía, a nivel físico —eso era evidente— y a nivel emocional, algo en lo que se sentía perdido por completo.

Ella, encantada con aquella faceta tan mimosa, se dejó querer. Quizá pudiera parecer estúpido, se había acostado con muchos tíos, pero con muy pocos (los podía contar con los dedos de una mano) había deseado arrumacos.

—Creo que ha llegado el momento de llevarte a la cama —comentó Axel retirándose, a lo que Portia respondió con una sonrisa cómplice.

—Ya era hora de que lo dijese...

—Yo quería hacer las cosas bien, pero una rubia peleona...

—¿Mmm?

—Se me ha abierto de piernas en la cocina. ¿Qué querías que hiciese? —preguntó él de buen humor, antes de besarla con tanta o más pasión que antes.

Se subió los pantalones de mala manera y, aun corriendo el riesgo de tropezar y acabar en el suelo, la llevó en brazos. Otro gesto de esos caballerosos que pocas veces ponía en la práctica, pero que la hizo reír y sentirse tontorrón, incluso llegó a pensar que, gracias a Axel, ella también mostraba ese lado tierno que creía haber olvidado en el transcurso de sus malas experiencias.

Él resopló por el esfuerzo, porque eso de llevar a una mujer en brazos tras haber empujado como un campeón en la cocina no resultaba tarea fácil y porque estaba

gastando fuerzas, cuando su intención inmediata era desnudarla y volver a perderse en su interior.

—A ver si te vas a lesionar... —bromeó Portia, besándolo en el cuello.

—Pues te encargas tú de todo y listo.

Axel se rio y, una vez en el dormitorio, la dejó caer en la cama con cierta mala leche, solo por el placer de hacerlo, antes de tirarse encima de ella y devorar su boca. Así, en plan salvaje.

—Llevas demasiada ropa encima —comentó con sorna, arrancándole la única prenda que le quedaba, que era el sujetador.

—Mmm —ronroneó ella, abriendo bien las piernas y deleitándose con el roce de sus pantalones entre los muslos.

—Dame medio segundo —pidió él, y se apartó para desnudarse por completo. Batió el récord y, antes de que ella pudiese ponerle un dedo encima, se tumbó en la cama, boca arriba, con los brazos en cruz y añadió—: Venga, lo estás deseando... Domíname. Hazme lo que te venga en gana. Átame si tienes huevos.

—No me des ideas.

—Amordázame —añadió tentador.

—Eso último me parece buena idea. —Portia se mordió el labio y recorrió su torso de arriba abajo hasta detenerse en su polla, que ya se encontraba lista para la acción. De forma suave, recorrió solo la punta y murmuró—: No me decido...

Axel arqueó una ceja.

—Nunca pensé que tú dirías algo así —contestó, porque no era precisamente una mujer titubeante a la hora de follar.

—No seas bobo —lo regañó, acariciándole los testículos sin dejar de mirarlo a los ojos con aquella expresión de chica mala, mala, pero que muy mala—. Estoy indecisa. No sé si chupártela o subirme encima y follarte.

—Joder, a mí me viene bien cualquiera de las dos cosas —respondió riéndose—. Eso sí, decídete cuanto antes.

Portia se relamió y él, jugueteón, se incorporó hasta quedar sentado y se acercó para quedar bien pegado a ella. Le rodeó la cintura con una mano, instándola a que se acomodara sobre sus piernas. Portia no opuso resistencia y quedó también sentada, con las piernas estiradas y rodeándole el cuello con los brazos.

—Deja las dudas para otro momento —musitó Axel, peinándole con los dedos aquel caótico pelo rubio que lo volvía loco.

—De acuerdo —contestó ella en voz baja, en una de esas raras ocasiones en las que se mostraba conforme.

Metió la mano entre ambos, le agarró la polla y la situó de tal forma que con un leve movimiento quedó encajada en su cuerpo. Portia gimió. Él gruñó, o algo parecido, antes de besarla en el cuello, de mordérselo más bien, cuando ella se echó hacia atrás, modificando el ángulo de penetración y tensando las piernas. Empezó entonces a moverse, a balancearse despacio, dejando que las sensaciones fueran

creciendo. Ahora ya no tenían prisa, podían disfrutar de los pequeños detalles que se pasan por alto cuando se echa un polvo exprés.

Axel no se cansaba de mirarla, de tocarla aquí y allá, cualquier punto que pudiera alcanzar, sin importarle que fuera o no erógeno. Tampoco escatimaba besos, algunos intensos y otros muy delicados, deteniéndose para recorrer con la punta de la lengua los recovecos del cuello y de los hombros a los que muchas veces no se les prestaba atención, pudiendo así apreciar el calor y el sabor de su piel.

Portia, por su parte, seguía fascinada, ya que se había acostado con muchos hombres en cientos de posturas, pero hasta la fecha no había experimentado esa conexión que se establece entre la parte física y la emocional. Sí, había gozado y mucho entre las sábanas, pero ahora podía decir que, además, los sentimientos formaban parte de la ecuación.

* * *

Cuando Portia volvió a abrir los ojos, la habitación se encontraba en penumbra. La luz procedente del exterior creaba claroscuros en el dormitorio y ella no tenía la menor idea de qué hora era. Lo que sí sabía con seguridad era quién descansaba a su lado.

Podía parecer una bobada, pero sintió un amago de duda, como si aún faltase algo que aclarar. Aunque esas indecisiones debería consultarlas con alguien no implicado en todo aquello. Axel había viajado allí para verla, pero... ¿eso era suficiente?

¿Qué pasaría al día siguiente, cuando le anunciase que se marchaba?

Otra vez sola.

También era consciente de que tanto él como ella habían evitado el controvertido asunto del dinero; no obstante, ese tema saldría a la luz. Axel era orgulloso y, por mucho que perdieran un poco los papeles cuando se acostaban, la realidad iba a terminar imponiéndose.

Les gustara o no.

Se sentó en la cama. Él continuaba dormido, boca abajo. Sonrió, lo había dejado para el arrastre, palabras textuales. Y encima el pobre ni siquiera había cenado.

Se levantó y, al rodear la cama, vio la ropa de él tirada en el suelo. Se agachó, no para recogerla, sino para ponerse su camisa. Otro gesto de esos tontos, pero que le pareció apropiado.

Descalza, desnuda bajo aquella tela arrugada, se dirigió a la cocina. No tenía ni idea de cocinar ni ganas de aprender ni nada en el frigorífico para intentarlo, pero sí se sabía de memoria el número de un restaurante que podía servirles aunque fueran casi las once de la noche.

Buscó su móvil y lo encontró dentro del bolso. Se dispuso a marcar, pero justo

antes de pulsar la tecla verde, se detuvo. Las dudas, las malditas dudas acechando de nuevo.

Miró de nuevo la hora en el reloj del microondas y se mordió el labio. Era muy tarde, pero ¿los amigos perdonan llamadas a horas intempestivas?, se preguntó, y acabó marcando. Si tenía que disculparse, lo haría.

Al tercer tono le respondieron.

—¿Portia?

—Sí, soy yo —murmuró, porque iba a mantener una conversación de esas complicadas y quería evitar que el bello durmiente la oyese.

—¿Ocurre algo?

—No lo sé —respondió ella respirando hondo, porque era la primera vez, que recordase, que se sentía así, tan desorientada. Debido a la intensidad del momento vivido, temía que hubiera mezclado sentimientos con realidad y ahora, pasada la euforia sexual, las cosas no fueran tan emocionantes.

—Portia, tiene que ser algo importante cuando me llamas a las once de la noche y en tono afligido.

—Ay, perdona, Monty, ¿no te habré molestado? —dijo apesadumbrada, porque al fin y al cabo su ex era un padre de familia responsable.

—No, tranquila —respondió afable como siempre—. Solo sorprendido, pero no te preocupes, aún estaba repasando unos asuntos. Dime qué te ocurre.

—No sabría decirte —dijo ella con sinceridad—. Me siento confusa.

—¿Por qué hablas tan bajo? Casi no te oigo —preguntó él.

—No estoy sola —explicó.

—Entiendo... —murmuró Monty con cariño.

—Te parecerá un poco raro, pero creo que tú eres el único que puede ayudarme.

—Es mucha responsabilidad, cariño. Pero venga, lo intentaré. Cuéntame qué te ha pasado —le pidió comprensivo.

Portia miró la puerta del dormitorio y lamentó no haberla cerrado. Empezó a contarle la sucesión de acontecimientos. Él se echó a reír ante sus andanzas como fontanera, pero luego se puso serio cuando le explicó lo que había ocurrido. Por supuesto, no hizo falta darle los detalles más específicos del asunto, pues Monty los captó a la primera.

—Estás enamorada hasta las trancas, querida —señaló al final, con un deje de humor en sus palabras.

Ella arrugó el entrecejo; aquello era precisamente lo que no deseaba oír.

—Ay, Monty... —suspiró—. Es lo que me temía.

—Lo dices como si fuera algo terrible —dijo comprensivo.

—Y lo es, porque yo nunca he estado así antes... —Se detuvo, porque reconocer su estado actual implicaba admitir que con él no había sido así.

—No te tortures con eso. Ya pasó. Ahora cada uno tenemos nuestra vida. Cometimos errores, aunque...

—Yo no me arrepiento de haber estado casada contigo —lo interrumpió Portia, y entonces levantó la vista y se dio cuenta de que Axel estaba allí, apoyado en el marco de la puerta del dormitorio, solo con los bóxers puestos, cruzado de brazos y con una expresión que no daba ni una sola pista de si llevaba mucho o poco escuchando y de si lo que estaba oyendo lo molestaba.

—Yo tampoco. Consideremos nuestro matrimonio como una especie de prueba, ¿de acuerdo? —sugirió Monty—. Una experiencia que nos va a ayudar a hacerlo mejor.

—Tengo que dejarte —dijo ella, esbozando una sonrisa y secándose una lagrimilla que asomaba—. Buenas noches, Monty. Y gracias por escucharme.

—Suerte, Portia —murmuró su ex y colgó.

Dejó el móvil sobre la encimera y miró a Axel, que se acercaba en apariencia tranquilo hacia ella, pero luego pasó de largo y se quedó frente a la nevera, con la puerta abierta.

—Joder, ¿cómo voy a prepararte la cena si no tienes nada?

Capítulo 40

—¿Cómo dices? —preguntó desconcertada, pues esperaba algún comentario sobre la llamada que ella acababa de hacer, porque se mire como se mire, no queda muy bien eso de que tu amante te pille hablando en voz baja con tu ex.

—¿Qué es esto? —Axel le mostró un envase y frunció el cejo al leer la etiqueta—. ¿Guardas tus potingues en la nevera?

Portia ni siquiera se molestó en parecer avergonzada. Vivía sola, así que hacía lo que le venía en gana.

—Es una crema especial antiedad, que elimina los radicales libres... —Se detuvo ante la cara de incredulidad de él.

—Alucinante... —comentó Axel como si no se lo creyera, y volvió a dejar la crema en su sitio negando con la cabeza.

Portia intuía qué estaba pensando mientras continuaba inclinado, examinando el contenido —escaso— de su nevera y mostrándole toda su estupenda retaguardia. Decidió olvidarse por el momento de la cena (eso podía organizarlo en un pispás usando el móvil) y de los traseros apetecibles, y optó por ser sincera, o al menos intentarlo.

—Estaba hablando con Monty —comentó y esperó su reacción.

Por lo general, a ningún hombre le hacía mucha gracia eso de que los ex anduviesen rondando, y entonces pensó en las posibles mujeres que podían aparecer por parte de él. Por supuesto, no se sentiría amenazada, pero ¿molesta?

Interesante cuestión...

—Tu ex —añadió él, mirándola.

—Sí, mi ex. ¿Te molesta? —preguntó, y se dio cuenta de que había utilizado un tono de voz que él podía interpretar como altivo, aunque no era así.

Axel cruzó los brazos. No entendía por qué justo cuando parecían haber llegado a una especie de entendimiento, ella se mostraba tan proclive a cabrearlo. No por el hecho de la llamada en sí, sino más bien por el tono con que la mencionaba. Un pelín desafiante.

—No, en principio no tiene por qué molestarme —respondió él sereno, esperando a que Portia le hablara de lo que en realidad la reconcomía por dentro, pues había escuchado la última parte de la conversación. Joder, pues claro que entendía que tuviera dudas, él se encontraba en la misma tesitura.

—Ahora Monty y yo somos amigos —explicó, deseando acercarse y tocarlo, aunque permaneció al otro lado de la barra de la cocina.

—Me parece estupendo.

—Me gusta hablar con él, me aporta interesantes puntos de vista —prosiguió.

—Ajá —murmuró Axel, siendo más paciente de lo que acostumbraba, pese a las ganas que tenía de pegarle una voz y decirle que se dejara de rodeos.

—¿Solo vas a decir eso? —masculló Portia.

Él no se podía creer que estuvieran perdiendo el tiempo de aquella manera con una discusión absurda con la que, si no se andaban con cuidado, terminarían jodiéndolo todo de nuevo y vuelta a empezar.

—¿Buscas pelea? Pues no la vas a tener. Joder, ¿tan infantil crees que soy? —replicó él, pasándose una mano por el pelo y mirándola fijamente.

Portia resopló, no tenía muy claro si la causa era el enfado o la desesperación por no saber muy bien cómo demonios encarar la situación.

—No es muy normal hablar con un ex a estas horas de la noche —añadió ella a modo de acicate.

—En eso tienes razón —convino él en tono cansado.

Axel siempre evitaba las conversaciones de ese tipo, con mujeres y con todo el mundo, porque ni le gustaban ni sabían cómo enfocarlas. Quería ponerle fin de una maldita vez, pero Portia se empeñaba en provocarlo.

—Monty me escucha, me comprende...

—Si te hace sentir mejor...

—¡Joder! ¿Es que no puedes ser como los demás tíos y hacerme mil preguntas? —estalló, alzando la voz.

—Mira, Portia, no somos volubles veinteañeros. Que tengo pelos en los huevos... ¿Querías contarle algo? ¿Pedirle consejo?

—Sí. Es un hombre sereno, me aporta equilibrio.

—Estupendo, siempre es bueno tener otros puntos de vista. —Hizo una pausa antes de formular la última cuestión, la que sin duda podría traer cola—. ¿Quieres volver con él?

—¡No!

—Pues entonces no sé por qué te empeñas en hacerme creer que algo normal no lo es. ¡Joder!

—No entiendo cómo te lo tomas con tanta tranquilidad.

—Lo que yo no entiendo es cómo subsistes con una nevera tan penosa —replicó él.

Ella se dio cuenta de que se estaba comportando de manera ridícula. Nunca había jugado la baza de los celos con ningún hombre (siempre había creído que era absurdo), sin embargo, con Axel quería probarlo todo, y la razón era bien sencilla: tenía tantas dudas que necesitaba motivos para darle con la puerta en las narices o bien para abrazarlo.

—Anda, ven aquí —le pidió él amable, porque era la noche de mostrarse sereno, tierno incluso, y porque ella actuaba así debido a su inseguridad. No se lo tendría en cuenta.

Portia se acercó y permitió que la abrazara. Cerró los ojos y suspiró, relajándose, apoyando la cabeza en su hombro desnudo y dejando que unas caricias reconfortantes hicieran el resto.

—Lo siento. Tienes razón —musitó, tras permanecer en silencio un buen rato

notándolo cerca—. Si lo he llamado es porque no tengo la menor idea de cómo afrontar esto.

—Yo tampoco. Ya hablaremos en otro momento. Ocupémonos ahora de lo importante... —susurró Axel sin dejar de acariciarle la espalda—: la cena.

—Eso te lo arreglo yo en un segundo —afirmó ella sonriendo, y se apartó para poder llegar hasta su móvil.

—Oye, digo yo que tendrás que aprender a cocinar —bromeó él, sabiendo de antemano que era muy improbable que lo hiciera.

Portia le puso morritos y, mientras buscaba en la agenda de contactos el número del restaurante, le dijo:

—Una actriz famosa, no recuerdo el nombre, dijo una vez: «Puedo encargarme cualquier cosa por teléfono para tener a mi amante contento, comida, servicio de limpieza, un chófer... pero del sexo me ocupó yo en persona».

Axel se echó a reír y se sentó a esperar que ella acabara el pedido, sin quitarle la vista de encima.

* * *

Portia se movió en la cama y abrió los ojos. Torció el gesto, porque era sábado y su maldito reloj interno, ese que todos los días la avisaba de que debía levantarse para ir a trabajar, podría haberse parado, ya que los fines de semana no era necesario.

Sabía a la perfección quién dormía a su lado. ¡Como para no saberlo! Y se puso de costado para devorarlo con los ojos. Vaya nochedita. Normalmente se echa el polvo de la reconciliación (uno o dos, según la intensidad de la bronca y del tiempo transcurrido separados) y andando. Pero en su caso, en vista de la noche pasada, se pelearía con Axel al menos una vez al mes, porque así podría disfrutar de los tres polvos de la reconciliación.

Tras la cena a base de comida rápida de la que ella se había encargado, él la llevó a la cama en brazos, otra vez, la tumbó y la amenazó con amordazarla con uno de sus calcetines usados si no dejaba de protestar. Amenaza que casi tuvo que cumplir, porque Portia no paraba de interrumpirlo mientras cuestionaba, solo por crear ambiente y estimularlo, sus técnicas orales.

Al final, de madrugada, Axel se salió con la suya, no sin luchar antes, y la ató a la cama con su cinturón, de modo que pudo jugar entre sus piernas como le vino en gana, haciendo que ella reconsiderase sus opiniones sobre cómo utilizar la lengua y los dientes. Y Portia acabó sollozando, retorciéndose, corriéndose y maquinando una venganza acorde que llevar a la práctica en cuanto le fuera posible.

Ahora él seguía dormido. Sonrió, pero su alegría se fue disipando, porque, pese a todo, no sabía a ciencia cierta qué pensaba hacer Axel.

De acuerdo, a todas luces se había mostrado interesado en que funcionara su relación, pero ¿a distancia? Porque en ningún momento había oído de él una propuesta firme.

—Que sea lo que tenga que ser —murmuró muy bajito, y fijó de nuevo la vista en aquel trasero desnudo. Que estuviera durmiendo boca abajo resultaba muy prometedor y, puesto que ya le era difícil volver a dormirse, nada mejor que tentar a la bestia.

Axel se había mostrado tajante respecto al asunto de su retaguardia, pero Portia nunca había sido muy proclive a tirar la toalla, así que estiró un brazo y empezó a acariciarle la espalda. Ningún movimiento que la alarmase. Deslizó el dedo hacia abajo, se mordió el labio sintiéndose perversa y lo pasó por la separación de sus nalgas. Sin presionar demasiado. Axel dijo algo medio dormido, sin embargo, ella siguió a lo suyo, disimulando como podía las risas.

Repetió la jugada, esta vez ejerciendo más presión y acercándose a él para besarlo en el cuello a modo de despiste, pero no funcionó, pues él, supuso que aún medio adormilado, se las apañó para agarrarle la muñeca y detenerla.

—Ya caerás... —musitó Portia, mordiéndole el cuello.

Logró que la soltara y se movió hasta tumbarse sobre él, dejando que los pezones se le endurecieran al contacto con su espalda, y empezó a besarlo en la nuca como inicio de recorrido, antes de deslizarse hacia abajo hasta tener sus nalgas a tiro. Sí, se notaba que hacía ejercicio con regularidad. Se mordió el labio antes de hincarle el diente a una.

—¿Portia? —dijo él algo adormilado, y ella ronroneó mientras le tocaba el culo.

—Se agradece que recuerdes con quién has follado esta noche.

—Como para olvidarte —añadió Axel bostezando.

Ella estuvo a punto de decir «¡qué bonito!», pero prefirió dejar las cursiladas para otro momento.

—Soy inolvidable —afirmó orgullosa.

—¿Qué haces?

Axel la miró por encima del hombro. No tenía nada que objetar al hecho de que ella estuviera acostada sobre su espalda, acariciándolo, excitándolo, porque sentir el contacto de ese cuerpo sobre el suyo le gustaba, y mucho, pero no se fiaba de sus intenciones.

—Qué trasero tan duro —lo halagó.

—Tengo otras cosas duras, así que no sé qué haces ahí.

—Jugar —respondió ella, atizándolo en el culo y riéndose.

—Juega en otra parte —replicó, confiando en no tener que repetírselo.

—¿Por qué? —preguntó, mientras pasaba un dedo por la separación de sus nalgas y hacía que él se alarmara un poco más. Cualquier momento era bueno para retomar su idea.

—Portia... no me toques los cojones...

—No, esos no te los estoy tocando —se guaseó, repitiendo el movimiento con más presión.

—Deja. De. Tocar. Ahí —insistió él.

—Pues no sabes lo que te pierdes —respondió, mordiéndolo.

—Prefiero seguir en la ignorancia —dijo Axel, entrecerrando los ojos.

—Podrías disfrutar, experimentar como nunca —prosiguió ella, ajena a su advertencia de que no siguiera—. Te encantaría...

Que ronronease insinuaciones de semejante calibre un sábado por la mañana, tras pasar la noche juntos y quedando temas importantes sin aclarar, no era de recibo.

—He dicho que no —insistió él.

—Está bien, ya cambiarás de opinión —accedió, gateando por su cuerpo hasta subir de nuevo, lo que hizo que Axel se sintiera más tranquilo. Al menos de momento.

Pero había llegado la hora de enfrentarse a la realidad y decidió no darle más vueltas de tuerca a todo. Se volvió hasta que quedaron cara a cara.

—Portia, tenemos que...

—Ni se te ocurra decir «tenemos que hablar» —lo interrumpió, tapándole la boca con la mano—, o no me vuelves a ver el pelo.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque creo que anoche quedó todo claro —contestó, y cuando fue a besarlo, él arrugó el entrecejo.

—Anoche follamos, Portia. Y sí, fue espectacular; sin embargo, hay cosas pendientes y lo sabes muy bien.

—Creía que en los polvos de reconciliación quedaba implícito todo lo demás. —Apuntó con sorna.

—Escucha, no sé qué te llevó a desprenderte de tu dinero. Joder, no me interrumpas. Esto es serio —advirtió, cuando ella puso mala cara e hizo amago de hablar—, pero el caso es que está hecho. No puedo dar marcha atrás.

—Ni yo quiero que lo hagas —dijo.

—Pero no tengo la menor idea de cómo vamos a afrontar esto. Ahora somos socios. —Ella arqueó una ceja—. Ya te explicaré con detenimiento el contrato y demás. Lo importante es que no me hace ni puta gracia que aparezcas dos veces al mes por mi oficina, revises las cuentas y acabemos follando sobre la mesa para después largarte.

—Mmm —murmuró ella; ¿aquello era una declaración de intenciones? Y si lo era, ¿no resultaba un poco extraña?

Lo miró fijamente; joder, pues claro que se estaba declarando. De una forma atípica, surrealista, de acuerdo, pero había dado el primer paso. Bueno, pensó, ahora la pelota estaba en su tejado.

—¿Dos veces al mes? —repitió, haciendo como que reflexionaba—. Me parece poco.

—Portia...

—Un negocio hay que vigilarlo muy de cerca. Estar encima... —Se movió para rozarlo un poco y lograr que la conversación fuera más animada—. ¿Qué te parece todos los días?

—¿Cómo dices?

—Me refiero a lo de follar, echar cuentas todos los días no, por supuesto —aclaró mimosa, acariciándole el pecho.

Axel se echó a reír.

—¿Lo dices en serio?

—Pues sí.

—La fontanería va a perder a una estrella —añadió él sonriente, antes de que ella se inclinara para besarlo.

Y lo besó a conciencia, gimiendo en su boca mientras se retorció bajo su peso y sentía una prometedor erección entre sus piernas a punto de satisfacerla. Sin embargo, Axel se detuvo y la miró, alzándose sobre los brazos.

—Portia, te...

—Ni se te ocurra decirme que me quieres —lo cortó, tapándole la boca con la mano.

—¿Por qué, si puede saberse? —inquirió molesto, ya que estaba lanzado y ella lo cortaba en seco cuando por fin se había decidido.

—Me lo han dicho demasiadas veces y casi siempre era mentira —musitó, negando con la cabeza.

—Me jode, y bastante, que me tengas por mentiroso —se quejó Axel con razón.

—Prefiero que tú seas diferente.

Eso fue un jarro de agua fría en toda regla. Directo a su recién adquirida capacidad emocional. Era la primera vez que tenía ganas de decirlo, la primera mujer que lograba despertar en él un sentimiento así y la primera que se lo chafaba.

—¿Y ahora? —preguntó, sin saber qué hacer a continuación.

Habían llegado a una especie de pacto silencioso.

—Ahora... —Se encogió de hombros, mostrándose indiferente, lo cual estaba muy alejado de la realidad, pues sentía un hormigueo entre las piernas y unas ganas locas de besarlo para olvidarse de la palabrería y demás. No necesitaban decir en voz alta lo que era tan evidente.

—Soy todo oídos... —La animó, puesto que ¿qué otra cosa podía hacer sino aceptar sus deseos?

—Verás, me conoces lo suficiente como para saber que no quiero mentirte. Ayer, cuando te vi, no me lo podía creer.

—Menos mal —comentó él con cierta ironía.

—Te he echado de menos, mucho —reconoció, acariciándole la cara, áspera por la barba, y ella encantada, porque esa misma aspereza podía sentirla entre los muslos, por ejemplo—; sin embargo, todo esto es difícil. Nunca antes me he encontrado en

una situación semejante.

Axel la besó, sujetándola de la nuca y, con habilidad, fue maniobrando hasta tenerla debajo. Profundizó el beso y Portia separó las piernas y lo rodeó con ellas.

—¿Vas a decirme ahora que todo esto es un capricho de niña rica? —preguntó él, mientras Portia lo besaba en el centro del pecho.

—Noticia de última hora: estoy en la ruina. He invertido lo poco que tenía en un taller mecánico que espero que empiece a dar rendimiento cuanto antes.

—No tienes ni puta idea de hacer negocios —bromeó él, y ella se encogió de hombros.

—Seguramente no, pero fíjate, así, como premio extra, tengo un socio buenorro al que meterle mano cuando me aburra y al que «tocarle los cojones» cuando me venga en gana. —Acompañó sus palabras con una enorme sonrisa.

—Portia, respecto a lo de ser socios...

—¿Ya te estás arrepintiendo? —preguntó ella, mordiéndole el cuello con fuerza, tanta, que le dejó una buena marca que después procedió a lamer para aliviar un poco, muy poco, el dolor causado.

—No, pero me parece que alguien no te ha explicado toda la verdad —comentó Axel, porque tenía que ser sincero.

Eso último captó la atención de ella, que suspiró y, pese a que la apetecía echar el polvo definitivo, porque con tanta ida y venida ya no tenía nada claro, se quedó quieta.

Él la besó en profundidad antes de susurrar, sin apenas separar los labios de los suyos:

—No vas a ser mi socia...

Portia parpadeó, analizando sus palabras, pero Axel ya la estaba besando de nuevo en la boca, jugando con su lengua, mordiéndole el labio inferior, por lo que resultaba complicado entender a qué demonios se refería.

—No vas a dejarme al margen —le advirtió.

—Ni se me ocurriría —añadió él, al darse cuenta de que a ella no le habían explicado nada.

—No me toques los cojones... —rezongó Portia y Axel arqueó una ceja.

—¡Vas a ser la puta dueña!

Lo miró sin entender, pero muy complacida ante aquella afirmación tan entusiasta. Ya se enteraría de qué significaba con exactitud. En aquel instante prefería centrarse en otro asunto.

Epílogo

—Siempre haces lo mismo —le recriminó Portia, cuando vio salir del taller al enésimo comprador potencial del Mercedes con las manos vacías.

—No sé de qué hablas —murmuró Axel mirando hacia otro lado, porque lo habían pillado, aunque no pensaba reconocerlo ni muerto.

—Eres incapaz de deshacerte de él.

—Me ha costado un dineral, digo yo que tendré que recuperar la inversión. ¿O ya no te acuerdas de que esto es un negocio?

—Axel, nadie va a pagarte lo que pides.

—Pues no pienso rebajarlo —dijo, y Portia comprendió en el acto que su intención era quedárselo, pero al ser tan orgulloso, prefería escudarse en la triste justificación de que nadie pagaba el precio solicitado.

—Haces bien, además, esta noche lo necesitamos. Para ir a buscar a mis padres al aeropuerto —comentó ella, ocultando una sonrisa.

Axel, que estaba muy nervioso ante la inminente llegada de los padres de Portia, prefirió no darle más vueltas al asunto. Aún le quedaba terminar de recoger su despacho (sí, ahora ya tenía uno bien equipado, nada de la oficina cutre con sillones viejos de escay y pósteres de chicas y chicos en varios grados de desnudez) y después pasar por casa para cambiarse, ya que por la noche inauguraban de manera oficial el nuevo taller.

Le había dado bastante pena cuando descolgaron el viejo letrero de Grúas González; sin embargo, no le quedó otra alternativa. Pero a Portia, pendiente de todo, incluso de provocarlo mientras hablaba con Daniela, la aparejadora, se le ocurrió utilizar aquellas desgastadas letras para decorar el interior a modo de *rinconcito vintage*, como lo había llamado.

A Axel lo de *rinconcito*, aparte de ridículo y cursi, le había parecido una estupidez, pero transigió porque en el fondo también tenía un lado nostálgico, aunque prefería esconderlo ante su «jefa».

—Venga, que se nos hace tarde —dijo, esperando con las llaves en la mano, a punto de apagar las luces.

—Nos sobra tiempo —replicó Portia, caminando hacia él y bajándose la cremallera del «mono» de trabajo.

Otra concesión más hecha por Axel. Y habían sido unas cuantas. El modelito consistía en un pantalón y chaquetilla en apariencia normales; de hecho, tanto Axel como Elías tenían el mismo, gris oscuro, pero sin el toque personal dado por ella: rodilleras rasgadas, entallado y ajustado a su cuerpo, camiseta de tirantes de licra rosa y el nuevo logotipo del negocio serigrafiado en letras fucsia. Logo que también había diseñado ella.

A cuenta del nuevo nombre también hubo conflicto. Portia sugirió *Pink Cars*, debido a su obsesión con el dichoso color rosa, pero Axel, a pesar de no ser el socio

mayoritario, se opuso con todas sus fuerzas. Elías, solo por tocarle la moral, se había posicionado en el bando «rosita». Ni loco iba a ir por ahí diciendo que trabajaba en Pink Cars, por muy *cool* que sonara. Al final, tras dos semanas de morros, una de abstinencia y una partida de póquer, ganó él y pudo respirar tranquilo, y Evolution Cars comenzó de manera oficial su andadura.

Se subieron al Mercedes ahora restaurado, y Portia le cogió las llaves y condujo hasta casa, disfrutando del coche con su socio al lado, muy callado.

—Relájate —le dijo, maniobrando para aparcar.

—Para ti es fácil decirlo —gruñó él, observando la maniobra atento y mordiéndose la lengua cada vez que el Mercedes se acercaba demasiado a los otros coches.

—Son mis padres, no la reina de Inglaterra —se burló Portia.

Axel bufó, para él era lo mismo.

Una vez en casa, le cedió el turno del baño y él se quedó sentado en una esquina de la cama, pensando. Los nervios no se le iban a ir de ninguna de las maneras. Bastante tenía ya con quitarse el sambenito de aprovechado, pues por mucho que ahora Portia fuera legalmente la jefa, siempre le quedaría la espinita clavada de haber aceptado (que lo engañara el gilipollas del banco no contaba) un dinero de ella. Y, por si fuera poco, iba a conocer a los padres de su chica. Aquello sí que era un marrón en toda regla. Por mucho que su querida socia dijera, no dejaban de ser gente importante.

—¿Qué haces ahí sentado como un tonto? —preguntó Portia, recién salida de la ducha, con su microalbornoz, rosa, por supuesto.

Él alzó la vista y la miró con una sonrisa de disculpa. Estaba tan acojonado que ni siquiera se animó ante aquella erótica imagen. Y ella, que algo barruntaba, se sentó a su lado.

—Pensar —respondió.

—Axel, me preocupas —susurró Portia, negando con la cabeza—. Y mucho. ¿Qué narices te pasa? Llevas unos días apagado. Ni siquiera me dices tu frase favorita.

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa triste, mirándola. Joder, qué pedazo de mujer tenía al lado.

—No me toques los cojones...

Ella resopló ante el casi nulo entusiasmo con el que lo había dicho.

—Qué poca gracia tienes.

Se puso en pie y caminó hasta el armario para sacar el vestido de fiesta que iba a llevar esa noche. Un viejo modelito de marca que había salvado por motivos personales. Muy a su pesar, debía ponerse unos zapatos corrientes, eso sí, a juego. Se quitó el albornoz y frunció el cejo.

—Si utilizo el sexo para animarte, ¿funcionará? —preguntó, ya que Axel no reaccionaba y continuaba alicaído.

—Inténtalo —replicó.

—Mira, soy capaz de caminar desnuda por el pueblo si con eso dejas de comportarte como un idiota, pero imagino que no te haría mucha gracia, por la tontería esa de que estamos juntos, los celos, bla, bla, bla.

—No soy celoso, y lo sabes; además medio pueblo te ha visto ya desnuda —le recordó, sin mostrar su disgusto por ello.

Las excentricidades de Portia las tenía más o menos asumidas; además, intentar convencerla para que no hiciera algo era la mejor forma de que ella se empeñara aún más en llevarlo a cabo. Y porque, qué carajo, su forma de ser era lo que lo tenía loco.

—Casi —lo corrigió porque, muy a su pesar, debía ponerse la parte de abajo del bikini cuando iba a tomar el sol a una de aquellas playas que solo los lugareños tenían el privilegio de conocer—. Y no desvíes la conversación. Estás así por mis padres, no me mientas.

—Sí. No puedo evitarlo —reconoció, y empezó a desnudarse para meterse en el cuarto de baño.

—Ya conoces a mi hermano y no te llevas mal con él. No entiendo por qué con ellos iba a ser diferente.

—Joder, Portia, no quiero cagarla, ¿vale? —estalló, y ella entornó los ojos—. Sé que lo más probable es que piensen que soy poca cosa para ti...

—Alto ahí —lo interrumpió, levantando una mano—. Lo único que piensan es que eres un tipo que me hace feliz y que se acuesta conmigo.

—Eso, tú arréglalo —refunfuñó como una vieja.

—No seas ridículo, por favor. He estado casada dos veces, saben que no me has robado la virginidad —se guaseó, siguiéndolo al baño y pensando que en vez de discutir podrían estar retozando un ratito en la cama.

Para ver si se animaba, le dio un buen azote en el culo y él arqueó una ceja.

—Ahora no —dijo, metiéndose en la ducha.

—Ni se te ocurra dejarme a dos velas, como decís por aquí, solo porque vienen mis padres —le advirtió.

Axel se asomó un instante y señaló:

—Como comprenderás, no vamos a follar como conejos estando tu familia cerca.

—¿Me estás vacilando? Y eso ¿qué tiene qué ver? —Como él no respondió, ella hizo una mueca y le gritó—: Pues ¡pienso masturbarme delante de tus narices!

Axel se echó a reír, lo que ya podía considerarse un gran avance.

Portia lo dejó a solas y, mientras terminaba de ducharse, reconoció que probablemente estuviera haciendo una montaña de un grano de arena, pero no podía evitarlo. Quería hacer las cosas bien, y si aún no había hablado de matrimonio con Portia era por la simple razón de que lo acojonaba un poco pedírselo, porque como ella le había recordado hacía un rato, ya había estado casada y con no muy buen resultado.

Entró en la habitación con la toalla enrollada a la cintura y casi se cayó de culo al verla.

—¿Te gusta? —preguntó ella, posando para él (giro y mano en la cadera a lo top model) con un escotado vestido rojo muy corto que Axel recordó al instante y, claro, su cuerpo también.

—No puedes llevar ese vestido —dijo, tragando saliva.

Qué recuerdos...

—¿Por qué? —replicó provocadora.

—Por esto... —Se quitó la toalla mostrándole cómo le había afectado y, por supuesto, ella se relamió encantada.

—Yo no veo nada del otro mundo —lo provocó.

—No pienso pasarme toda la cena empalmado delante de tus padres.

—Pues acércate, que lo arreglo en un segundo —sugirió.

—No tenemos tiempo —dijo él tras mirar su reloj, aunque si le ponía empeño...

Portia no se lo pensó dos veces; se le acercó, le puso una mano en el centro del pecho para empujarlo, hasta que Axel cayó sobre la cama y, antes de que opusiera mayor resistencia, se subió a horcajadas sobre él.

—¿Te la chupo o follamos? —preguntó con su tono de línea erótica.

—Joder, Portia, vaya preguntas me haces. —Se rio, sentándose para besarla.

—Oye, tú eres el que está nervioso —respondió ella, moviéndose sobre su polla.

—Y cada vez más... —susurró él, besándola con verdadera pasión, mientras le subía el vestido y metía las manos por debajo—. No llevas bragas...

—Mejor, ¿no crees?

Axel le acarició el trasero y después fue moviendo la mano hasta situarla sobre su sexo desnudo. Iban mal de tiempo, pero no iba metérsela sin más. Portia gimió cuando la penetró con un dedo y le mordió en el cuello, encantada y cada vez más cachonda.

Él jugó un rato, lamentando que llevara el vestido puesto y no poder chuparle los pezones, pero por cómo gemía saltaba a la vista que ella disfrutaba, pese a que, de haber dispuesto de más tiempo, se habría entretenido más.

—Axel... —gimió cuando empezó a presionarle el clítoris con la punta de la polla—. Métela ya...

Él volvió a besarla con fuerza, al tiempo que ella se dejaba caer sobre su erección hasta terminar acoplados, y Portia respondió con la misma intensidad, comenzando entonces un memorable vaivén que los condujo a ambos a un rápido aunque insuficiente alivio.

—No vas a llevar este vestido —musitó Axel, besándola una última vez antes de que ella se levantara con la firme intención de no ponerse ropa interior.

—¿Qué te apuestas? —lo desafió toda chula.

—Portia...

Al final, entre las prisas, los nervios y, sobre todo, su habilidad, Portia se salió

con la suya y Axel, disimulando su cabreo, pero con un traje que le sentaba como un guante (elegido por ella, por supuesto), condujo hasta el aeropuerto de San Javier. A pesar de todo, entraron en la sala de espera cogidos de la mano y caminando despacio, ya que Portia llevaba unos tacones imposibles, y si sus piernas normalmente eran de portada, con los zapatos puestos ya eran insuperables.

—¡Hola, mami! —chilló, soltándose de su chico para correr (o dar saltitos) hasta su madre, que sonrió nada más verla.

Anthony y Christie aparecieron arrastrando cada uno una pequeña maleta, y vestidos como dos turistas más. Axel parpadeó, porque desde luego nadie diría que aquel matrimonio pertenecía a una clase privilegiada.

—A tu padre que lo parta un rayo, por lo que veo —murmuró Anthony, acercándose a su hija y abrazándola.

—Papá, mamá, ¡que alegría teneros aquí! —exclamó y Axel sonrió, porque podía discutir con ella todos los días, pelearse por minucias o enfadarse ante sus manías consumistas, pero en ese momento supo que haría cualquier cosa con tal de verla sonreír de ese modo.

—Así que tú eres el que ha engatusado a mi hija... —comentó Christie, acercándose a él y mirándolo de arriba abajo.

—Bienvenida, señora Wesley —dijo él serio.

La madre de Portia le dio dos besos un tanto distantes.

—Y no me extraña —añadió la mujer, echándose a reír y dejando al pobre Axel confundido.

—Papá, este es Axel —los presentó Portia, que al ver a su chico tan tieso le cogió la mano en señal de apoyo—. Y espero que seas amable.

—Encantado —dijo Anthony, tendiéndole la mano.

Tras las presentaciones, un tanto extrañas, los cuatro subieron al Mercedes y en esa ocasión también condujo Portia, quien, durante el trayecto hasta el hotel donde se alojarían sus padres, no dejó de hablar, contándoles lo que a juicio de Axel eran intimidades, pues cuando les mencionó cómo pasó el primer día en San Pedro del Pinatar, todos se echaron a reír, menos él, por supuesto, que se aclaró la garganta.

—Ay, hija, lo que habría pagado por verte con los guantes de fregar —comentó Christie, riéndose.

—Solo con que haya espabilado, me conformo —añadió su padre, mirando a Axel de reajo—. Que ya iba siendo hora.

Tras aparcar frente al hotel, los padres de Portia los dejaron a solas en la cafetería mientras ellos se instalaban y se cambiaban para la fiesta de inauguración. Axel permanecía callado, pues si bien no habían comenzado mal, tampoco era para tirar cohetes.

—Me estás empezando a poner nerviosa. —Él se recostó en la butaca y resopló—. Relájate de una maldita vez, a mis padres les caes bien.

—¿Tú crees? —preguntó, haciendo una mueca.

—Mi madre te ha mirado el culo y mi padre no te ha llamado *muerto de hambre*. Cuando les presenté a Gordon, me amenazaron con desheredarme.

—Joder, sí que estaba alto el listón —apuntó él con ironía.

—Oye, alegre esa cara, que esta noche lo vamos a pasar en grande... —dijo ella con aire enigmático.

—¡Axel! —gritó una voz conocida y él se volvió. Su hermana se les acercaba sonriente—. ¡Sorpresa!

—Pero ¿cuándo has llegado? ¿Por qué no me has avisado? —Axel se puso en pie con rapidez y fue a su encuentro. Ambos hermanos se fundieron en un largo abrazo—. ¡Joder, estás estupenda!

—¿Ves como la noche es perfecta? —dijo Portia sonriendo y abrazando a Astrid.

—Buenas noches —saludó Owen.

—No todo es tan perfecto —masculló Axel al verlo, estrechándole la mano solo para guardar las formas.

Apenas tuvo tiempo de ponerse al día con su hermana, ya que enseguida regresaron los padres de Portia. Pero sí pudo ver las fotos de su sobrino Samuel, que Astrid le mostraba orgullosa aunque con cierto aire de pena, porque lo había tenido que dejar con la niñera para poder asistir a la inauguración.

Desde el hotel se desplazaron hasta las instalaciones de Evolution Cars, en donde ya estaba todo preparado para que diera comienzo la fiesta.

—Eh, tío, esto está hasta la bandera —dijo Elías eufórico, con su chica de la mano, cuando vio llegar a Axel; después miró a Portia, a la que repasó de arriba abajo con total descaro.

Y ella, encantada, posó para él y le dio dos sonoros besos antes de presentárselo a sus padres. Axel le advirtió a Elías con la mirada que se comportara, aunque no confiaba mucho en ello.

El discurso, por supuesto, corrió a cargo de Portia, que había dispuesto una pequeña tarima a la que se subió y desde donde se ganó a la concurrencia y recibió varios vítores, junto con unas cuantas propuestas decentes y otras no tanto, ante las cuales ella sonrió con descaro. El más entusiasta fue su compañero Elías, que, indiferente al hecho de tener a Aitana, su novieta, al lado, y de estar en presencia de la familia de la maestra de ceremonias, no dejó de piropearla, aplaudirla y vitorearla.

—Me gusta esa chica para ti —le murmuró Astrid en tono cómplice a su hermano.

Él estaba escuchando el discurso un tanto silencioso, con una mezcla de orgullo y acojone por si Portia soltaba alguna intimidación. Y deslumbrado no solo por los brillos de aquel vestido tan especial, sino también porque los focos creaban un efecto impresionante.

—Ha hecho maravillas con el viejo garaje de papá, y contigo, por supuesto —añadió su hermana—. Qué lástima que papá y mamá no hayan podido venir. Pero les voy a mandar fotos de todo.

—Si lo que pretendes es regalarme los oídos para que me lleve bien con tu maridito el millonetis, lo tienes claro, Astrid —contestó Axel, cruzándose de brazos y mirando al susodicho de reojo. Owen no andaba muy lejos y, como siempre, estaba al tanto de todo.

La enemistad entre ambos podía considerarse un clásico.

—Oh, por favor, qué pesadito eres. Sabes que en el fondo lo aprecias y él a ti —dijo ella, sonriendo porque Portia estaba diciendo que, como jefa, iba a implantar una estricta política de atención al cliente.

Axel, por supuesto, bufó.

—Muy en el fondo —susurró.

—Y he dejado lo mejor para el final... —anunció Portia sonriente, acaparando todas las miradas cómo solo ella sabía hacer.

Axel sintió una especie de estremecimiento. Nada bueno, por cierto.

Los asistentes, que sonreían todo el tiempo, mantenían la mirada fija en ella sin pestañear.

Astrid le dio un empujoncito a su hermano y lo dejó a solas.

Owen lo miró, sonriendo de medio lado, y en cuanto Astrid estuvo a su alcance, le rodeó la cintura con un brazo.

Los padres de Portia se habían cogido de la mano, pero mantenían una expresión neutra.

Elías silbó a su jefa y después le dio un beso en los labios a Aitana.

—¡Habla, rubia! —gritó uno de los invitados.

Haciendo un barrido visual, Axel intentó averiguar de quién se trataba, pero no lo logró.

—¡Vamos, chata! —añadió otro en el mismo tono guasón y ligeramente ebrio.

—¡No nos tengas en ascuas! —chilló uno más.

—Esto es muy importante para mí y quiero hacerlo bien —comenzó Portia, que los deslumbraba con su sonrisa y con su presencia. Buscó a Axel con la mirada y lo localizó al fondo, rezagado y con cara de sufrimiento. Bueno, esperaba que pronto se le borrara esa expresión.

—¡Tú todo lo haces bien, bonita! —La animó Elías.

—Gracias, guapo —ronroneó ella.

—¡Las que tú tienes!

—En este negocio que hoy inauguramos, hay reglas que pienso cumplir. —Hizo una pausa para mirar a su chico, que no sabía dónde meterse—. Pero ya he hablado bastante de negocios. Ahora quiero hablar de mi vida personal...

Axel se pasó una mano por la cara, el momento que más temía estaba a punto de llegar y, por mucho que quisiera, delante de tanta gente le era imposible silenciarla, así que se preparó para lo peor, porque con Portia uno nunca sabía a qué atenerse.

—He cometido muchas locuras y pienso seguir haciéndolas —prosiguió ella un poco más seria—. He estado casada dos veces... —Él se puso en alerta, y no era para

menos—. La primera con un hombre estupendo al que no supe querer, y ahora sé que Monty fue más como un hermano mayor que otra cosa. —Hizo una mueca triste—. Después vino Gordon, un sinvergüenza que me dejó en la ruina... y me llevó por el mal camino... Da igual, no merece la pena recordarlo.

Al escuchar sus palabras, bastante alejadas de su desparpajo habitual, todos dejaron de hacer bromas y prestaron atención. Aunque, de todos los presentes, el único que contenía la respiración era Axel.

—Por ese motivo, he llegado a la conclusión de que el matrimonio no es para mí —siguió diciendo Portia—. Ahora tengo una relación que podría denominarse complicada, pero con unas normas que voy a romper en este momento...

Astrid miró a su hermano preocupada, pues este tenía una expresión cercana al sufrimiento y ella sabía muy bien lo poco que le gustaba ser el centro de atención.

Elías se le acercó con cara de circunstancias y le dio unas palmaditas en la espalda que Axel no supo cómo interpretar.

Owen mantenía la sonrisa socarrona, sin duda disfrutando por verlo en un aprieto, aunque con ganas de enterarse del final del discurso.

Anthony y Christie miraban a su hija con cariño y orgullo, sin saber de qué iba todo aquello.

—Pero no he aprendido la lección. Por eso, una de las normas que voy a romper, lo siento, pero soy incapaz de respetarlas, es decirle a mi «socio» que lo quiero. Lo sé, Axel, te prohibí utilizar estas palabras, pero...

—¡Axel, joder, dale un beso a tu chica! —exclamó alguien.

—¡Ya se lo doy yo! —se animó otro.

—Sube ahí y haz algo —le dijo Elías entre dientes.

Sin embargo, él estaba paralizado y le era imposible reaccionar ante lo que estaba oyendo. Debido a las palabras de Portia, empezaba a ser el foco de atención. Todos lo miraban esperando un gesto, algo, pero Axel permanecía quieto, tenso.

—Pero ¡ya sabes cómo soy! —exclamó ella, mirándolo fijamente y con un nudo en la garganta, pues él continuaba callado y con cara de no gustarle un pelo todo aquello.

—O vas tú o voy yo; joder, tío, reacciona —masculló el pobre Elías, empujándolo pese a correr el riesgo de ganarse el despido por interferir.

Axel tragó saliva.

—Y no he podido evitarlo... —susurró Portia, y sin importarle que la estuvieran viendo, se metió la mano en el escote y sacó un anillo, dejando a la concurrencia patidifusa—. Me he enamorado de ti, pese a que has sido el peor novio que he tenido.

Todos los presentes guardaron silencio, sin duda expectantes por saber cómo acabaría el discurso de la rubia, pero también por ver la reacción de Axel, que seguía incomprensiblemente apartado de ella y callado.

—Joder... —masculló él, sin saber dónde meterse.

—Elías, por favor —le dijo Portia al chico, y este, tras el ensayo secreto del día

anterior, pulsó un botón del mando a distancia y el equipo de audio empezó a reproducir una melodía.

Ella inspiró, agarró el micro y comenzó a cantar las estrofas de *For Me Formidable*, con una voz clara, algo ronca, sin dejar de mirar al destinatario de cada palabra. Su entonación dejaba mucho que desear, pero eso era lo de menos. Todos la escucharon atentos hasta que terminó. Entonces, las miradas pasaron de ella a un estático Axel que ni pestañeaba.

Portia se bajó de la pequeña tarima y los asistentes formaron una especie de pasillo, mientras caminaba despacio, con el anillo en la mano hacia él. Cuando se detuvo delante de él, inspiró un par de veces. Iba a arriesgarse como nunca antes. Un salto sin red; solo esperaba que Axel amortiguara la caída.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡Bravo! —Aplaudió Anthony entusiasmado y echándose a reír ante la audacia de su hija.

—¡Olé, la rubia! —exclamó Elías.

—¿A que tu hermano va y lo fastidia todo? —murmuró Owen, disimulando su regocijo ante el aprieto de su cuñado y abrazando a su mujer.

Astrid, tras ronronear al sentirse rodeada por él, cruzó los dedos esperando que Axel no hiciera el imbécil.

Este miraba a Portia sin podersele creer. Una encerrona en toda regla. Y con testigos.

¿Era o no era para salir huyendo?

—Sí, sí quiere —se adelantó Elías, incapaz de mantener la boca cerrada.

—Vamos a mi oficina —dijo Axel, fingiendo una sonrisa que con toda probabilidad no engañó a nadie.

La concurrencia, en general, contuvo el aliento.

Ella no tuvo más remedio que seguirlo, quizá arrepentida por haber montado aquel numerito, pero por mucho que lo intentara, no iba a cambiar. Siempre sería impulsiva.

—¡Dejad la puerta abierta! —les pidió un parroquiano.

Una vez a solas, desoyendo la sugerencia, Axel cerró con llave, se quitó la americana y la corbata y las tiró de cualquier manera sobre su ordenada mesa de despacho.

—Estás enfadado... —dijo Portia, guardándose de nuevo la alianza en el escote.

—No te haces una idea de cuánto —respondió serio; sin embargo, se acercó a ella y acunó su rostro para añadir sin parpadear—: Aunque también loco perdido, porque, joder, Portia, ¿cómo no voy a querer casarme contigo?

Ella se lanzó a sus brazos y le susurró:

—Ya sé que está feo dejar desatendidos a los invitados, pero...

Y él le bajó los tirantes del vestido para, entre otras cosas, buscar el anillo.

Referencias a las canciones

Toi et moi, P© 1994 Universal Music B. V., The Netherlands © 2014 Barclay, interpretada por Charles Aznavour.

Kissing a Fool, P1998 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por George Michael.

Soaked, Warner Bros., 2006, interpretada por Muse.

Someone Like You, P2011 XL Recordings Ltd., interpretada por Adele.

My Heart Will Go On, P1992, 1993, 1996, 1997, 1998, 1999 Sony Music Entertainment (Canada) Inc., interpretada por Celine Dion.

Sentía, P1991, BMG Espagne, interpretada por Mecano.

Fly Me to the Moon, P© 2008 Frank Sinatra Enterprises, LLC., interpretada por Frank Sinatra.

All I See Is You, P© 1998 Mercury Records Limited, interpretada por Dusty Springfield.

Give It to Me, 2001 Trojan Records, a division of Sanctuary Records Group, interpretada por Madonna.

For Me Formidable, 2014 Barclay, interpretada por Charles Aznavour.